

DRAMAS DEL TERROR

---

# DON JUAN MANUEL DE ROSAS

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

( SIN CORRECCION DEL AUTOR )

---

LIBRO II.

---

BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BOLIVAR, N° 92 1/2

1882



# LIBRO SEGUNDO

## Un Porteño

Buenos Aires, la esforzada y gloriosa Buenos Aires, pasaba por la situación mas miserable de su vida, con escepcion de la presente, pues entonces conservaba siquiera su integridad territorial que le han arrebatado hoy.

Gozaba de paz, es cierto, con algunas de sus hermanas, pero era una paz vergonzosa para ella, pues era comprada y pagada á peso de oro.

Buenos Aires pagaba á Santa-Fé para no ser invadida, como pagaba á Córdoba y á los caudillos insolentes y bandidos que se habian enseñoreado en Entre Ríos y Corrientes.

Ramirez, el terrible Ramirez, vencedor de Artigas, era el que mas sobresalía por su odio á Buenos Aires y á sus vacas sobre todo que se habia propuesto hacer suyas á toda costa.

Este es el caudillo que mas sangre ha costado á Buenos Aires, que al fin vió su cabeza mandada de regalo como un objeto de terrible curiosidad.

Mas adelante narraremos, la muerte original de este hombre, tan criminal y tan exajeradamente bravo, que llegó á combatir solo contra un ejército, por defender á su hermosa querida que habia caido prisionera.

El general Rodriguez, despues de su desgraciada campaña contra los indios, llevada á cabo contra el torrente de la opinion de Rosas y su fatal retirada, vino apresuradamente á formar un cuerpo de ejército para situarlo en el Arroyo del Medio, en prevision de un golpe de mano de Ramirez, que venia según él, á apoderarse de Buenos Aires.

El mando de esta columna de vanguardia, fué confiado al entonces coronel La Madrid, el valiente y legendario La Madrid, de

quien nos hemos de ocupar mas tarde.

Rosas, disgustado con el estado de cosas cansado un poco del servicio, ó deseando entregarse con mas libertad á sus negocios y tal vez á sus miras políticas, renunció su empleo de comandante general de las milicias del Sud, pidiendo además, como coronel, su separacion del servicio de las armas.

El gobierno hizo decir á Rosas que retirara aquellas solicitudes pero como el jefe de los colorados insistiera en ellas, le fueron aceptadas, con una concesion honorífica.

El gobierno le mandaba su separacion, del servicio con el goce del uniforme y los honores y prerrogativas de un jefe de su clase en servicio.

Rosas se encerró entonces en los Cerrillos asegurando que iba á llevar sus establecimientos á un pié fabuloso de adelanto y riqueza.

Temia un avance de los indios en venganza de su última sablada, por lo que conservó en los Cerrillos, pronto para formar al primer grito, sus terribles colorados cuya fama habia pasado á toda la República.

Rosas empezó entonces, por primera vez, á ser el blanco de algunas intrigas y malas voces que esparcian algunos envidiosos de su prosperidad siempre creciente ó malintencionados y enemigos encarnizados de todo aquel que se levanta sobre los demás, sin mas ayuda que sus solas fuerzas.

—Rosas se separa del servicio, decian unos para desligarse del gobierno y poder obrar por su cuenta el dia menos pensado.

—Es un ambicioso discolo, decian otros, que vá á preparar los grandes elementos de que dispone en la campaña, para dar un golpe de mano y apoderarse del gobierno.

—Rosas no ha tenido nunca buenas intenciones, añadia algun otro.

El dia que él adquiriera una completa fé en en el poder de sus elementos, ese dia verán recién quien es Rosas.

Rosas escuchó con paciencia, primero, las referencias de estos rumores que llegaban hasta los Cerrillos.

Primero no les dió importancia y los escuchó con desprecio, pero parece que mastarde empezaron á mortificarlo y á despertar en él una cólera sorda que debia producir algun mal estallido.

Habituado á dominarse no le fué posible hacerlo entonces, y consultó con su amigo Maza, cuya inteligencia tenia en gran consideracion, el camino que debia tomar ante calumnias tan groseras y malvadas.

El resultado de esta conferencia fué un manifiesto que dió al pueblo, pues ya sus enemigos empezaban á darlo como aliado con enemigos de Buenos Aires.

En este manifiesto Rosas se mostró un porteño de corazon y un hijo de Buenos Aires ante todas cosas.

Son unos hermosos párrafos en los que pueden leerse conceptos como este:

“Mi persona no ha sido ni es de nadie sino de mi provincia madre.”

Luego hacia una esposicion de los servicios que á ella habia prestado y concluia asegurando que para ella serian todos sus esfuerzos del futuro.

En ese manifiesto esponia claramente los motivos que lo habian arrastrado á pedir su baja: el deseo de reconstruir su fortuna y atender sus valiosos establecimientos, que sufrían grandes pérdidas con su abandono.

Este documento cuya redaccion atribuyen á Maza algunos, causó profunda sensacion, matando así en su cuna, todas estas habillitas é intrigas.

Ramirez, entre tanto, se habia venido hasta el Arroyo del Medio, donde habia batido al coronel La Madrid, dispersándole su escasa caballeria.

El gobernador Lopez, fiel á su compromiso estaba del lado de Buenos Aires y preparaba elementos para caer sobre Ramirez, quien con numerosas tropas se preparaba á pelear con todo el que le saliera al frente.

Contaba por aliado al famoso chileno Carrera, que estaba internado por las provincias del Norte y venia buscando su incorporacion.

Los elementos de Ramirez eran tantos, que hasta llegó á temerse pudiera dominar con ellos el resto de la República.

La Madrid volvió á atacarlo una segunda vez con una fuerte division que á su mando

formaba la vanguardia, pero fué rechazado vigorosamente, teniendo que buscar su incorporacion á las reservas.

Ramirez en seguida habia acuchillado una fuerte division de caballeria con que el gobernador Lopez le habia salido al paso, dirigiéndose hácia Córdoba, á cuyas inmediaciones creia encontrar á Carrera con alguna division de primer orden.

Incorporados los dos caudillos, siguieron la serie de triunfos, que debian terminar de una manera hartamente fatal.

Buenos Aires miraba con cierto terror esta marcha triunfal de sus dos enemigos encarnizados, temiendo el dia no lejano, en que vinieran á asolar nuestra campaña y golpear tal vez las puertas de nuestra ciudad.

El gobernador Lopez, cuya audacia y valor ya conocemos, habia recibido el importante refuerzo de los regimientos de Blandengues y dragones, á órdenes de La Madrid resolviendo ofrecer y obligar á aceptar á Ramirez, una batalla decisiva.

El 26 de Mayo á la madrugada se encontró Ramirez con que el gobernador Lopez tendia una línea de batalla, enviando algunas guerrillas que lo hostilizaron.

No era Ramirez hombre que se hiciera repetir dos veces una invitacion semejante.

Engreido con la serie de triunfos que habia venido conquistando, y en la confianza de arrollar aquel ejército que miró con desprecio, Ramirez tendió rápidamente su línea de batalla, despues de apagar los fuegos á las guerrillas de Lopez.

Este, como lo hemos manifestado ya, no era un táctico distinguido, ni un militar que pudiera sobresalir de sus compañeros.

Pero era un hombre sumamente astuto supliendo muchas veces con esta calidad, su falta de estrategia militar.

Así Lopez, aquel dia, antes de tender su línea, habia emboscado sus mejores tropas, entre las que estaban los dragones y Blandengues.

De esta manera, si Ramirez lo arrollaba, como no era difícil, despues de disputado un poco el terreno, vendria á rehacerse detrás de aquellas tropas, donde se ensartaria su enemigo victorioso, segun toda creencia.

Sucedió exactamente todo, como Lopez lo habia previsto.

El choque fué violento y el faego de fusileria vivísimo y sin interrupcion por ambas partes.

Los soldados de Lopez, que sabian tenian cubierta la espalda, disputaban el terreno con una bravura incomparable.

Como á la hora de este combate encarnizado, Ramirez fastidiado con aquella resistente

con que no contaba, trajo personalmente una carga con toda su caballería.

El choque fué espantoso.

Aquellas soldados que parecían de bronce empezaron á arrollar el frente y el ala izquierda de Lopez, impetuosamente, iniciándose entonces una retirada que sin aquella reserva, habria sido fatal y desastrosa.

Los regimientos de Ramirez, una vez que vieron suya la victoria, no se preocuparon mas de formacion, ni escucharon las voces de mando.

Se lanzaron á la persecucion ávidos de acuchillar por completo aquella division que habia combatido de una manera tan bizarra.

Las fuerzas de Lopez alejaron así á las de Ramirez, en la confusion del entusiasmo, hasta que las ensartaron en aquella fuerte division de caballería, á cuya cabeza, en orden de batalla y sable en mano, se hallaban los Dragones y Blandengues.

Aterrados en el primer momento por tan inesperado contra-tiempo, los soldados aquellos dieron media vuelta y echaron á disparar en mayor confusion de la que habian traído.

El sable de los Blandengues y Dragones dió principio á la carnicería que mas tarde terminó el cuchillo de los santafecinos.

Desesperado Ramirez, reunió su infantería y alguna otra tropa que habia quedado un el campo, con la que hizo á Lopez una resistencia tremenda.

Pero era preciso ceder ya el campo á un enemigo mas fuerte, mas impetuoso y que venia de refresco.

Con el semblante desfigurado por la desesperacion y la ira, el valiente caudillo entrecano se puso á la cabeza de aquella terrible retirada, donde el sable de los Dragones y el cuchillo de los santafecinos no daban cuartel.

Las tropas de Lopez se apercibieron entonces de algo en que hasta entonces no habian reparado.

Esto era que Ramirez marchaba acompañado de una hermosísima mujer que habia asistido á toda la batalla.

Rodeados ambos de una escolta pequeña, pero decidida, la mujer aquella no dejaba ver en su semblante ninguna expresion por la que pudiera entreverse el miedo ó la menor desesperacion.

De cuando en cuando en cuando daba vuelta su graciosa cabeza para contemplar á sus perseguidores, que no se cansaban de matar.

Entonces su boca sonreía tranquilamente y su mirada buscaba la de Ramirez, como si esperara encontrar en ella el consuelo de aquella situacion terrible.

Este, por el contrario tenia el semblante desfigurado por el horror de aquella situacion inesperada y desesperante.

Miraba tambien de cuando en cuando á la mujer, y se le oía murmurar:

—Animo, ánimo por Cristo y levanta el caballo.

Aún no estamos perdidos.

En medio de aquella retirada desastrosa y cuando esta empezó á hacerse mas suave por el cansancio de los que perseguian sin descanso hacia mas de una hora, Ramirez pudo juntar unos quinientos hombres, con los que siguió por la costa del rio en direccion á Córdoba.

Estaba salvo por el momento.

La mujer que le acompañaba y que gracias á su valor salvaba con él, no era otra que la conocida por doña Delfina, su amante, con quien vivia hacia ya muchos años.

Doña Delfina era una hermosa mujer digna del corazon de aquel caudillo heróico.

Hermosa, muy hermosa, con sus ojos de tormenta y actitud altiva y bravía, se le veía siempre al lado de Ramirez, á quien no abandonaba ni aún en lo mas récio del fuego.

Siempre á su lado, como si hubiera querido ser su ángel de salvacion, se la veía cruzarse delante del caballo de su amante, cuando el fuego era récio, para recibir ella la bala que le estuviera destinada.

Era tal su valor, sereno y comunicativo siempre, que los soldados se habian habituado á respetarla como á su mejor gefe.

Ramirez por su parte, tenia por aquella mujer una idolatria ciega.

Al principio se le veía desesperado, correr en todas direcciones tratando de conjurar cualquier peligro, que amenazará á su Delfina.

Pero habia concluido por acostumbrarse al estremo de verla, impasible envuelta por una nube de balas y de humo.

Es que doña Delfina con su valor de loba, se habia impuesto al espíritu de Ramirez, cuyos lábios no habian tenido jamás un nó para con ella.

Esta es la hermosa Delfina, á quien hemos hallado con su amante, corriendo la suerte de aquella retirada funesta, y salvándose de una manera tan milagrosa.

Ramirez, cuyo espíritu altivo no habia quedado por este contraste, buscó así la incorporacion del ejército de Carrera, incorporacion que efectuó pocos dias despues.

Así marcharon juntos para batir á Bustos apoderarse de sus elementos y contra-marchar á batir á Lopez.

Pero la suerte de las armas les habia dado la espalda decididamente.

Bustos se fortificó como pudo en la Cruz Alta, donde rechazó con suma bizzaria el ataque desesperado que le trajeron Ramirez y Carrera.

Algo desmoralizados por este contraste, contramarcharon hasta Fraile Muerto, donde los dos aliados se separaron, convencidos que por el momento no habia nada que hacer.

Solo contaban entre los dos con unos ochocientos hombres desmoralizados, y con esto era inútil tentar la menor empresa.

Carrera se fué con su mala música hácia las provincias de Cuyo, y Ramirez, siempre acompañado de doña Delfina tomó por el Norte el camino de Entre-Rios.

El valiente caudillo creia poder reorganizar elementos suficientes para batir á Lopez, que era el mas temible de sus enemigos.

Este, que por Bustos, incorporado á su ejército tuvo noticias de la direccion que llevaba Ramirez, se puso en marcha inmediatamente para concluirlo.

Bustos y Lamadrid emprendieron la persecucion de Carrera, á quien creian alcanzar y tomar muy pronto.

Ramirez fué alcanzado el diez de Julio y obligado á batirse como nadie lo ha hecho jamás.

El coronel Bedoya, que con una fuerte division de caballeria formaba la vanguardia del ejército de Lopez, le dió alcance cerca del rio Seco, y empezó á hostilizarlo picándole la retaguardia.

Ramirez calculó que aquella era la vanguardia de Lopez, y aunque tres veces mas numerosa que su ejército si es que ejército pueden llamarse seisientos hombres, resolvió batirla.

—Tal vez tenga tiempo de deshacerlos, pensó, antes que lleguo Lopez.

Y sobre todo, agregó, mirando á su hermosa querida, es necesario que yo salve este pedazo de mi corazon.

Ramirez desplegó su regimiento, puede decirse, en una larga guerrilla y esperó la acometida.

Entre tanto, habia elegido él mismo, un oficial y veinte y cinco soldados, para confiarles la mas delicada comision.

Era preciso que mientras él contenia al enemigo, con sus guerrillas, aquellos soldados se pusieran en marcha precipitada hácia Entre-Rios, escoltando á doña Delfina.

El oficial que la mandaba, á quien no en vano eligió el caudillo, le aseguró que la señora llegaria ilesa á su destino, aun pereciendo él mismo.

Pero faltaba lo mas difícil de todo, que era decidir á doña Delfina á ponerse en salvo y abandonar á su amante en medio de un

combate que tenia que concluir por su mas espantosa derrota.

Apenas empezó á hablar Ramirez, la hermosa mujer le interrumpió diciendo:

—No te canses, ni te aflijas, que yo me quedo aquí.

—Dónde voy á estar mas segura que á tu lado?

—Imposible, mi querida, repuso el enamorado caudillo.

Este combate me va á ser fatal, inevitablemente fatal.

Nos van á acuchillar y es necesario pensar con tiempo en salvar mi tesoro.

—Por lo mismo, me quedo.

Si tu sobrevives á la batalla, ya me salvarás tu mejor que nadie.

Si sucumbes en ella, qué diablos quieres que haga con mi vida?

Llorarte? yo no he nacido para llorar, vengarte? deshecho tu ejército no tendria como.

Me quedo entonces á seguir tu suerte y no hablemos mas del asunto.

Ramirez insistió y rogó todo lo que la premura del tiempo le permitiera, sin resultado alguno.

Quiso enojarse y mandar, pero no fué ni creido ni obedecido.

Por último recurrió á la ternura misma para obligar á aquella mujer á abandonarlo, por lo que parece que el caudillo aún no conocia á fondo aquel tremendo carácter.

—Es necesario que te vayas, le dijo, por el mismo cariño que me tienes.

La derrota es inevitable y la persecucion será dura.

Quédandote aquí, puedes ser un sério inconveniente para mi misma salvacion.

Ya sabes que huyendo yo solo en mi azulejo no hay quien me agarre.

Huyendo contigo, el resultado seria que los dos caeríamos en poder del enemigo que se divertiria en cortarme la cabeza á tu vista.

—He dicho que quiero correr tu suerte y no hablemos mas.

Ya sabes que mi comadre es tambien lijera como tu azulejo, añadió acariciando el pescuezo de la yegua que montaba.

Quiero ayudarte con todos mis esfuerzos en este trance apurado, y si caes, caer contigo.

No es tan inminente el peligro, por otra parte.

Yo te he visto batir con mayores desventajas que hoy, y salir siempre triunfante.

Por qué dudas hoy del triunfo?

Los combates son ganados siempre por las entrañas del jefe que los manda y no por el número de los soldados que combaten.

Ramirez se iba entusiasmado poco á poco,

bajo el prestigio de la palabra ardiente de su hermosa querida.

Pero quiso tentar un último esfuerzo y re- puso:

—Es que nunca me he batido en una des- proporción tan grande.

Detrás de ese ejército viene otro mas nume- roso aún, fresco y bien armado.

Yo no tengo mas que esos seiscientos leo- nes, mal armados, deshechos por las fatigas de las últimas batallas, y montados en caba- llos que á penas pueden tenerse en pié, á cau- sa de la última retirada, tan violenta y tan penosa.

No tenemos municiones y las mismas armas de fuego escasean ¿qué quieres que se ha- ga así?

—Tenemos sables y cuchillos y eso basta, contestó doña Delfina con un acento incon- trastable.

Basta, pues, de temores indignos en un hombre que se llama Ramirez.

Fé en tus propias fuerzas y adelante.

Ramirez llegó á perder la cabeza ante aque- lla actitud imponente.

Sea como tu quieras, dijo, tal vez tengas razon.

Y seguido de su amante fué á tomar el mando de la division de aquel combate, que se habia empeñado ya hacia mas de cinco minutos, con fuertes guerrillas que hizo avan- zar Bedoya.

Pero como le habia dicho Ramirez, no te- nian municion para los pocos soldados que conservaban tercerolas.

Los escasos soldados que conservaban al- gunos tiros, los gastaron bien pronto en la primera guerrilla.

Fué preciso apelar al sable y no pensar mas en esa arma.

Ramirez, que habia recuperado toda su sangre fria y la terrible bravura que vió vacilar un momento ante el peligro que po- dia correr su amada, se puso al frente de su escuadron, y cayó sobre una guerrilla que avanzaba sobre su izquierda causándole algu- nas bajas.

El empuje de aquella carga fué irresistible y la guerrilla tuvo que replegarse despues de haber sufrido grandes pérdidas.

Esta primer victoria entusiasmó á la tropa, que vió en ella un augurio del triunfo defi- nitivo.

Y Ramirez á la cabeza de este ó aquel escuadron, indistintamente, empezó á arrollar y obligar á todas las guerrillas de Bedoya á replegarse al centro.

Pero aquello no podia durar.

Una vez que Bedoya desplegara su caba- lleria y cargara con ella, todo estaria con- cluido.

Pero el coronel Bedoya era un jefe poco esperto.

Confaba demasiado en su poder numérico, y queria tomar aquel pucho de ejército sin que escapara un solo hombre.

Ramirez, entusiasmado, llegó en sus car- gas hasta donde estaba el mismo Bedoya, asombrándolo con su arrojo, y recibiendo todo el fuego que le hacian á pié firme, algu- nos escuadrones desmontados.

Y sus soldados miraban estasiados, sin sa- ber de que asombrarse mas, si del brillo de aquel valor sobrehumano, ó de la hermosura y corazon de aquella mujer que no se sepa- raba un momento del esforzado caudi- llo.

Como Delfina andaba siempre cubierta de joyas de gran valor, los soldados no la per- dian un momento de vista.

Y no eran solo los soldados, sino los oficia- les, por que el que tomara aquella rica pri- sionera, habria tomado una fortuna en joyas, sin contar lo que pudiera llevar en las balijas que no debian andar lejos.

Y ella parecia comprenderlos, dominando sus miradas de codicia con los rayos de sus hermosos ojos, que les enviaban la espre- sion del mas profundo desprecio.

Debia ser realmente magnífica aquella mu- jer, en situacion semejante.

Los seiscientos hombres de Ramirez, dis- minuidos en cien bajas, por lo menos, ma- niobraban con una exactitud y una rapidez asombrosas.

Tan pronto se desparramaban por el cam- po, no ofreciendo el menor flanco, como se juntaban en compañías ó escuadrones, segun se les mandaba, dando cargas brillantísi- mas.

De pronto llegaron al campo de batalla dos regimientos con que Lopez reforzaba á Bedo- ya, lo que demostraba que aquel jefe de- bia estar muy próximo.

Bedoya se decidió entonces á terminar el combate, para recibir á Lopez con un buen número de prisioneros, entre los que figura- rian en primera línea, aquellos dos amantes legendarios.

—Ya no hay esperanza ninguna, murmuró Ramirez al oido de su amante, desde que vió llegar el refuerzo.

Es preciso que nos preparemos á la huida. —Pero no será sin hacer el último esfuer- zo? pregunto esta.

Ya lo creo que no, repuso el caudillo. Poco habrá que hacer, pues ya se viene encima.

En efecto, Bedoya habia tendido una lí- nea de batalla diez veces mas numerosa que la necesaria y venia cargando al toque de degüello.

Al ver á su jefe firme y sonriente, los soldados permanecieron firmes tambien y sufrieron como pudieron el primer empuje de aquella carga terrible.

Y cedieron por que no era posible otra cosa, abandonando el campo acuchillados por aquellas tropas frescas, y envalentonadas por su superioridad numérica.

—Ahora es preciso huir á todo lo que den los caballos, dijo Ramirez á Delfina, por que no hay nada que hacer aquí y dentro de poco el campo será una confusion sin salida.

—Pues huyamos entonces, contestó aquella mujer de raro temple.

Ya tomarás un desquite digno de tí.

Y bajando las riendas á los caballos se lanzaron á la carrera.

Como no fueron vistos, por la confusion del combate, ningun soldado pudo reparar en ellos y seguirlos.

Pero no sucedió lo mismo con el enemigo.

Un capitán santafecino, que al frente de su escuadron cargaba por la derecha, vió aquellos dos ginetes que salian del campo de batalla, conociéndolos en el acto.

—Allí vá la hermosa de las alhajas, gritó.

Ese es el mejor botín de la batalla, sin contar con que tomaremos á Ramirez que va con ella!

Y aquel escuadron se lanzó frenético en la persecucion de los dos ginetes que tan buenas pilchas llevaban.

El azulejo de Ramirez, como él lo habia dicho era un caballo inalcanzable.

Corria con una velocidad increíble, siendo guiado con gran maestria.

Sabido es que cuando se huye, la verdadera habilidad del jinete está en saber conservar su caballo, sin apurarlo mas de lo debido, y levantándolo siempre sobre la rienda.

La comadre, por su parte, era una yegua digna de su jinete; tan rápida era su carrera como el azujelo; pero no tan bien gobernada.

Empezó á fatigarse primero y á quedarse un poco atrás.

—Apura! apura! la dijo Ramirez, que aun que no nos persiguen aún, pueden hacerlo.

Ninguno de los dos habian notado que eran perseguidos tan de cerca, preocupados con el afán de ponerse en salvo.

De pronto Ramirez sintió un grito de angustia lanzado por doña Delfina.

Sin dejar de correr dió vuelta el semblante y sintió que la angustia hacia desfallecer su corazón.

Uno de los soldados habia boleado la yeguada de su amante, que cayó arrastrándola y los soldados se habian lanzado sobre ella, descuidando la persecucion de Ramirez, por desnudarla mas pronto de sus alhajas.

Al ver esto, el valiente caudillo, haciendo alarde de un corazón por demás generoso, dió vuelta bridas y se vino como una tormenta sobre aquel peloton.

Al valiente caudillo no se le escapaba que aquello era volar á la muerte, pues nada podría él hacer contra los cincuenta hombres que rodeaban á su amante, á la que empezaban ya á despojar de sus ropas.

—Atrás! gritó el caudillo, atrás y levantó su sable sobre aquellas cincuenta cabezas dejándolo caer sobre la de uno de aquellos oficiales, que cayó con ella partida.

Dieron vuelta algunos y acometieron á Ramirez que habia echado ya pié á tierra, preparándose á vender cara su vida.

Aquel combate fué repugnante y tremendo.

Aquellos cincuenta hombre cayeron sobre aquel hombre heróico, disputándose el derecho de herirlo.

Ramirez trató entonces de defender su vida de la manera mas bizarra.

Poco duró aquella lucha titánica.

Aunque rodeado de cadáveres, aquel hombre escepcional en su valor y fortaleza, cayó bañado en sangre y cubierto de terribles heridas.

El mismo capitán que mandaba aquel escuadron, le cortó la cabeza, que ató de los cabellos á los tientos del recado.

Era aquella cabeza sangrienta el trofeo que pensaba llevar al gobernador Lopez.

La hermosa Delfina no sufrió mejor suerte.

Despues de despojada de sus alhajas y ropas y ser víctima de todo género de vejámenes, fué tambien degollada y atada su cabeza á los tientos de otro recado.

El gobernador Lopez, al recibir aquellos trofeos manseabundos, los remitió á Santa Fé, con órden de colocarles en una jaula de fierro, en exhibicion en la plaza principal.

Este fué el fin de aquellos dos héroes.

Aunque en nada se refiere esto á Rosas, lo hemos querido consignar, por que es un episodio de nuestras luchas, poco conocido y lleno de interés.

En cuanto á Carrera, pudo llegar hasta Mendoza, donde fué fusilado sobre tablas.



## En los Cerrillos

Ajeno á todo lo que no era el negocio de campo ó sus miras personales, Rosas vió su cederse tranquilamente todos aquellos acontecimientos que ensangrentaban el pais y otros que debian hundirlo en la ruina.

Las luchas civiles no lograron sacarlo de los Cerrillos, donde se hallaba desde que obtuvo su separacion del servicio.

El movimiento que regeneró el pais en la segunda mitad del Gobierno de Rodriguez, bajo la iniciativa del espíritu poderoso de Rivadavia su ministro, no logró tampoco errancar su atencion de los negocios de campo y de los grandes planes políticos que combinaba ayudado por su amigo el doctor Maza, que veia el prestigio imponderable de que gozaba aquel hombre con verdadero asombro.

—Con este, le decia frecuentemente, usted puede dominar el pais el dia que quiera.

—Déjeme de esas cosas, respondia Juan Manuel tratando de dominar la alegría que le causaban aquellas palabras.

Lo que yo quiero dominar son muchas vacas y muchas leguas de sembrado.

No me gusta la política y creo que todo el poder del mando no vale la pena de dar un galope hasta Buenos Aires.

Y Maza, creyendo de buena fé en aquellas palabras, trataba de convencerlo que no debia perder lo que aquellos elementos podrian brindarle.

Pero con un desprendimiento inimitable le aseguraba que no queria mas gloria que ver todos sus campos cubiertos de vacas.

Y á la par que prestaba una atencion preferente á sus ya valiosísimos intereses, no por esto abandonó un momento su continua correspondencia con Lopez y otros caudillos fuertes de las provincias, á quienes se ganaba por medio de regalos de un buen valor.

Todas las estancias bajo aquella administracion especial, multiplicaron su capital en poco tiempo.

La fortuna de aquella sociedad era así fabulosa.

Cada puesto contaba con un gran capital y cada cosecha de cereales les dejaba una ganancia pingüe.

Rosas, no olvidaba á su familia que vivia con opulencia.

Cada tanto tiempo venia á visitar á doña Encarnacion, con quien pasaba algunos dias.

Entonces observaba con su gran perspicacia el movimiento político y se volvia á sus estancias donde seguia el desarrollo de sus planes y la conservacion de su prestigio.

Solamente con las peonadas de sus establecimientos, podia Rosas formar un ejército no despreciable para aquellos tiempos.

Su prestigio habia crecido de tal manera que en los pueblos de toda la campaña se daban fiestas en su honor, invitándolo.

El que tenia un retrato de Rosas, podia decir que tenia una fortuna, pues no habia fiesta ni baile á donde no fuera invitado, con la condicion de llevar el retrato del patron.

Este retrato era colocado en el sitio de honor, y engalanado con cintas de vivos colores y las flores que habia en la casa.

Y se bailaba á su alrededor, no faltando paisano que le dedicara sus décimas mas inspiradas y sus proclamas mas graciosas.

Se puede decir que toda la campaña Sud y Oeste, se movia á la voz de Rosas sin faltar un hombre.

Y era increíble el respeto y temor que le tenian los gauchos!

De cuando en cuando y para que lo vieran siempre presente, daba una carne con cuero y baile.

Y aunque muchas veces en estas fiestas los concurrentes llegaban y pasaban el número de mil, jamás sucedia cosa desagradable.

El que á pesar de sus esfuerzos por no hacerlo se *punteaba*, iba á encenderse entre los árboles ó entre las matas, para que el patron no lo viera.

Ni por broma se oia hablar de una pelea de consecuencia ni de robos de prendas ó pingos entre la concurrencia.

Es verdad que los paisanos conocian á lo que esponian sus cuerpos cometiendo cualquiera de aquellas tres faltas, sobre todo la última.

Rosas tenia un aborrecimiento innato por los ladrones.

El que era pillado robando, caia de su gracia y podia contar por seguro que se le aplicaria un castigo crudo por mano de los colorados.

Así es que ninguno de ellos hubiera afrontado el castigo, ni menos la pérdida de la gracia del patron.

Las fiestas aquellas duraban todo el tiempo

que duraba la bobida que Rosas hacia llevar.

Cuando no habia ya con que mojar el gañote, cada cual se retiraba á su campo á describir la fiesta á los muy contados paisanos que, por acontecimientos imprevistos no habian podido ir.

Entonces aquella fiesta duraba otra semana, asumiendo un carácter diametralmente opuesto al seguido hasta entonces.

Los que no tenian ningun quohacer urgente y andaban con algunos pesos en el tirador, se desparramaban por las pulperias á referir todos los detalles de la carne con cuero y del baile, asegurando que en todo lo descubierto de la tierra, no habia un hombre que pudiera llegar á la espuela del patron.

El mismo gobierno resultaba un maua comparado con Rosas, y maua que estaba en el poder por que á este no se le antojaba sacar lo de las orejas.

—Y quién ha hecho el gobierno que tenemos últimamente?

El patron que se metió con sus milicos en la misma plaza grande, mandando que le entregaran el puesto.

Pues de la misma manera se hará el Gobierno cuando le dé la gana y se le antoje.

Para eso nos tiene á nosotros que nos hemos de deslomar por él.

Y la adoracion crecia de un modo incalculable.

El que hubiera dicho entonces una palabra contra Rosas, habria sido despedazado.

Y esta adoracion á pesar del tiempo y de los acontecimientos se conserva hasta hoy mismo en los gauchos de esa época que aún viven.

Cuando agarran una tranca de no te muevas, como ellos dicen, el primer grito que se les ocurre para expresar su alegría, es el de: viva Rosas!

No hay hombre del pueblo, de aquellos tiempos, que no emplee la mejor parte de su borrachera en hacer la apologia de aquel hombre.

Es que Rosas habia sobrepuesto á sus paisanos sobre los hombres decentes á quienes trataba con las frases mas despreciativas y humillantes.

Sus negociaciones de amistad con los indios no eran abandonadas un solo dia.

Continuamente enviaba á los caciques mas prestigiosos comisiones compuestas de los mismos indios que tenia empleados en los Cerrillos, con que les enviaba presentes ya de viejos de entretenimiento, ya de haciendas ó ropas y prendas.

Otras veces, y cuando sabia que tal ó cual cacique amigo suyo andaba cerca, lo iba á

visitar él mismo, acompañado de una buena escolta de colorados.

Así borró de la memoria de los indios aquella famosa sableada, persuadiéndolos que él no habia podido conjurar el mal ni atajar la voluntad del Gobierno.

Y volvió á gozar entre ellos de su antigua influencia y á disponer de sus mejores lanzas sin reserva de ninguna clase.

Y eran los Cerrillos y sus campos el cuartel general de aquellos hombres, soldados casi todos del regimiento 5<sup>o</sup> de caballeria.

Rosas mandó invitar al caudillo santafecino, que viniera á visitar sus campos y elegir algunos animales.

Quería sorprenderlo con la vista de todo su poder y riqueza y de su gran prestigio, sin ejercer ningun cargo oficial.

Lopez aceptó la invitacion y se vino con una gran comitiva, siendo tratado con una esplendidez verdaderamente réjia.

Lopez quedó asombrado del órden inalterable de aquel establecimiento colosal, como de la influencia que tenia su amigo sobre el paisanaje.

Le hizo hacer los honores con aquellos mismos colorados que lo derrotaron en Pavon, y mandó que avisaran en todas las pulperias cercanas, que en la estancia habia fiesta.

Era el modo mas cómodo que tenia Rosas de reunir gente, cuando la necesitaba con apuro.

Siendo la pulperia el punto de reunion de todos, á los dos ó tres dias de enviada la noticia, la conocia toda la campaña y los paisanos empezaron á caer con tropilla ó caballo de tiro, segun la distancia que tenian que recorrer para llegar á los Cerrillos.

A los tres dias de estar allí Lopez, se habian juntado mas de mil hombres.

—Y de esta manera los reune tambien para ponerse en campaña? preguntaba Lopez en el colmo del asombro.

—De esta misma manera, respondió Rosas.

Lo que hay es que cuando les hago decir que lo necesito, se apuran mas, y no tardan tanto.

Entonces los reune en horas solamente.

Lopez estaba maravillado.

No sabia que admirar mas, si el prestigio de aquel hombre que no investia cargo público alguno, la magnificencia y número de aquellas haciendas ó la estension inmensa y el órden inalterable del gran establecimiento.

Todo allí se movia como un reloj, cuyo gran mecanismo era movido por la voluntad y tino asombroso de aquel hombre.

—Esto representa una fortuna como no habra otra, exclamó Lopez.

Vale mas que toda Santa-Fé.

—Y sin embargo, repicó Rosas sonriendo de orgullo, todo está aquí á su disposicion.

Yo sabe que yo no reservo nada para mis amigos, y que usted está en primera línea.

El caudillo abrió los ojos desmesuradamente, ante aquel hombre que disponia de tan enorme fortuna y la ponía á disposicion de sus amigos, como si se tratara de cuatro reales.

El baile que tuvo lugar, fué una fiesta digna de los Cerrillos.

Fuera del salon improvisado en el galpon para la gente de cumplimiento, se habia arreglado, á campo, otro de lo mas pintoresco y original.

Con cuerdas tendidas de árbol en árbol, y una gran cantidad de ponchos, se improvisó el techo de aquel sitio, iluminado con profusion de candiles de todos tamaños.

Todo el rededor del espacioso sitio, estaba adornado con cabezas de vaca, y todo género de poyos donde debia tomar asiento la concurrencia.

Se nombró bastonero á Rosas, y el baile empezó al acorde de las cincuenta guitarras que componian la orquesta.

Aquel primer baile fué un gran pericon que organizó Rosas, elijiendo los mas traviesos paisanos de la reunion y los mas aparentes para este baile que él mismo mandó con una gracia como cosquillas.

En seguida del pericon hizo traer su guitarra, y despues de buscar una pareja digna de su huésped, se puso á puntear un gato capaz de hacer bailar á un papa.

—Sirvase amigo, qué para usted es, le dijo á Lopez, que repartia su admiracion entre el punteo de Rosas y la soberbia hermosura de la pareja que este le nombró.

El paisanaje estrechó el círculo, sospechando que que iba á presenciar algo que no se repetiria en muchos años.

En el primer escobilleo, Lopez se habia revelado un bailarín de primera fuerza, interesando la atencion del paisanaje que aplaudió con un estrépito infernal.

Empezaron á sucederse unas á otras las figuras, y los gauchos empezaron á soltar aquellas espresiones criollas y picantes, con que están habituados á demostrar su asombro y complacencia.

La compañera de Lopez, la Nicolasa, paisanita joven y hermosísima, cuya fama como bailarina de gato era tal, que no le llamaban sino la colorada.

Como Rosas al nombrarla le hizo una guiñada que ella comprendió muy bien, á la segunda figura echaba el resto, en medio de la algarabía mas infernal y estrepitosa.

Esto fué lo que acabó de entusiasmar á Lo-

pez, cuyos piés parecian querer disputar su agilidad pasmosa á los dedos con que punteaba aquel gran guitarrero.

El mismo Rosas se entusiasmaba de ver bailar aquella pareja, que á su vez se enardecia sintiendo aquel punteo soberano.

Un inmenso alarido salió de todas las bocas, y una verdadera tempestad de aplausos atronó los aires.

El gobernador Lopez habia terminado el gato con una figura de punta y talon, que fué la novedad de aquellas memorables fiestas.

Rosas, que como siempre, queria sobresalir en todo, echó tambien su matambo que fué la admiracion de todos, y especialmente de Lopez, que declaró que jamás habia visto bailar de aquella manera, ni cepillar con mas gracia y orijinalidad.

El baile concluyó por fin, por que la mañana estaba muy adelantada y el día, segun parece, está reñido con aquella diversion, sin que se sepa hasta ahora la razon de este fenómeno.

Por qué no se baila de dia?

Al decir que se acabó el baile, cometemos una inexactitud, pues aquello fué una suspension para esperar sin duda la noche, en que continuó con mas entusiasmo aún que el dia anterior.

Esta espera fué amenizada con una corrida de sortija en que todos, sin escepcion tomaron parte.

Se corrieron cien sortijas que Rosas habia preparado, todas ellas ricas, habiendo muchas con piedras finas.

La última fué un hermoso brillante que usaba Rosas en el dedo anular.

En esta sortija solo corrieron veinte ginetes, apalabrados todos ellos por Rosas para que dejaran á Lopez sacarse la sortija, única manera de que esto sucediera, pues era tan chambon, que en toda la mañana no hizo ni siquiera una buena errada.

Aquel anillo solo, bien podia valer quinientos patacones, lo que puso á Lopez en el colmo del entusiasmo y adoracion por Rosas.

Este, como en todas las cosas, habia sobresalido en la corrida, sacando veinte sortijas, que volvió á colocar para que las sacaran sus peones.

Pero lo que mas asombró á Lopez fué los caballos en que corrió Rosas, y la manera como guiaba aquellos animales soberanos.

Un tordillo negro sobre toño, cuya fama llegó hasta Palermo, fué el que hizo estremecer de codicia al santafecino.

—Es lo único que me reservo, amigo, exclamó Rosas, y eso por que es de mi mujer.

Sinó, le diria como con los otros: elija el que mas le guste.

Esta no era mas que una mentira con que Rosas salvaba su gran caballo, pues bien sabia que apenas se lo hubiera ofrecido, Lopez lo habria aceptado.

Obligado así á renunciar al tordillo, Lopez que para los buenos caballos era peor que indio, eligió de entre los que habia corrido Rosas aquel dia, un pangaré que era una pintura y de una lijereza poco comun.

Y tan lo quiso asegurar que le mandó poner su recado, no sacándose hasta que no fué á ponerse en camino.

Así como la llegada del dia habia terminado el baile, la presencia de la siesta, con su sol rajante, puso término á la sortija y á algunas carreras que habian empezado á correrse.

Pocos momentos despues todos dormian, pareciendo aquel vasto campo, un campamento militar entregado al reposo de la batalla despues de una victoria.

A la caida de la tarde la gran campana de los Cerrillos llamó á comer.

Y como lanzados de la cama por una mano invisible, todo el mundo estuvo de pié, siendo la primera operacion de cada uno, enrollar el recado ó levantar las pilchas que le habian servido para echar aquella morruda siesta.

Se carneó en un momento, y al brillo de los alegres fogones, se sucedió la presencia de los enormes asadores, con su correspondiente pedazo ensartado.

Los jarros de buen vino empezaron á correr de fogon en fogon, hasta que el acorde alegre de las guitarras anunció que habia vuelto lo hora de desentumir las piernas.

El baile continuó aquella noche, como si la anterior se la hubiera pasado durmiendo aquella gente!

Se bailó por lujo, hasta sol alto, sin que se interrumpiera un momento la general alegría.

Aquella mañana no hubo corrida de sortija ni carreras.

Lopez confesó estar destroncado y se retiró á dormir, siguiéndolo Rosas, por cumplimiento.

Todo el mundo hizo lo mismo en seguida.

Cada uno se fué tendiendo á dormir donde mejor le pareció, hasta que no hubo nadie en pié.

Y era tal el cansancio y tan reposado el sueño de aquella gente, que á media cuadra de distancia no se hubiera nadie sospechado que habia allí mas de mil hombres.

Aquella siesta con madrugada, duró hasta la caida de la tarde, en que todos se levantaron frescos y dispuestos á empezar de nuevo.

Y empezó el baile como si de quince dias atrás ninguno hubiera movido una pierna.

Lopez, habituado á sus tropas, y al mismo paisano de Santa Fé, que es gente poco subordinada y respetuosa, estaba maravillado de aquel órden asombroso.

Apesar de circular el vino, la caña y la ginebra, en jarros, no hubo un solo paisano, no digo que se divirtiera, pero ni aun que se punteara.

Y como esto es imposible entre tantos, parece que el que tenia la desgracia de mamar-se, se retiraba tan sigilosamente y tan á tiempo, que nadie lo notaba.

Lo que prueba el profundo respeto que aquellos hombres tenian al patron.

A pesar de la familiaridad asombrosa con que este trataba á sus paisanos, no se le veia acercarse á un fogon, sin que todos, al momento, estuvieran de pié y con el sombrero en la mano.

El los obligaba á sentarse, pero no se les veia conerse el sombrero hasta que el patron no se habia retirado un buen trecho.

No se guarda mas respeto por su gefe, ni en el mas subordinado de nuestros regimientos de línea.

Aquellas fiestas duraron ocho dias, durante los cuales no se hizo mas trabajo que el de la recojida mañana y tarde.

Solo una vez se paró rodeo, para que el Gobernador Lopez pudiera tener una idea de la cantidad de hacienda que habia en los Cerrillos.

Para fin de fiesta y como un agradable apéndice, Rosas habia preparado una orijinal diversion.

Era esta un simulacro de combate, entre los colorados y unos doscientos indios que tenia Rosas en sus peonadas, y otros tantos de los indios amigos que habian caido al rumor de la fiesta y al olor del aguardiente.

Lopez, que como habrán podido juzgarlo nuestros lectores, era un batallador incansable, quedó maravillado ante aquel magnífico simulacro.

Los indios hicieron proezas.

Sabian que la vida no peligraba y solo se preocupaban en mostrar toda la destreza de que eran capaces.

Pero siempre se encontraban con los colorados, que ya en columnas, ya en batalla, ya en ala, ya escalonados, terminaban siempre obligándoles á dar la espalda y simulando una sableada en toda regla.

Para lucir Rosas todo el poder y la magnífica instruccion de su tropa, redujo el número de esta, poniendo para trescientos indios, cien colorados.

Y despues de hacer maniobras sorprendentes á toda carrera y mandados por el mismo

Rosas, obligaron á los indios á dar la espalda, apesar de todo su empeño por no ceder el campo.

La defensa del sable contra la lanza estaba tan bien estudiada y comprendida, que en este último simulacro, muy pocos soldados cayeron del caballo.

Y ya se sabe que al hote de una lanza, por leve que sea, no hay ginete que no caiga.

La misma conmocion nerviosa que se experimenta al ser tocado, y la mayor ó menor velocidad con que vá el caballo, son fuerzas que sacan al ginete de sobre él, con toda limpieza.

Viéndose los indios vencidos de todas maneras, empezaron á perder la paciencia y á enardecerse poco á poco, al extremo de que algunos empezaron á echar mano de las bolas.

Rosas conoció en la cara de sus colorados que aquel simulacro podia degenerar en un combate verdadero, lo dió por terminado, consolando el amor propio de los indios con algunos jarros de aguardiente.

No ahorra él aquel combate ventajoso para su gente, por ahorrar un espectáculo de sangre que habria gustado á Lopez, ni por impedir una ó mas muertes que poco le suponian.

Es que aún le convenia estar bien con los indios y conservar el prestigio que sobre ellos habia vuelto á adquirir.

De otro modo, él mismo hubiera alentado á sus colorados para que, como quien no quiere la cosa, hubieran hecho del simulacro una verdadera batalla.

Con esta diversion rarísima en aquellos tiempos en que se batallaba diariamente y estaban de más los simulacros, terminó aquella larga fiesta, que durante sus ocho dias y tres mas que tomaron de reposo los paisanos, los hacendados estuvieron dados al diablo.

No tenian ni siquiera mujeres con que hacer la recojida, porque todo el paisanaje se hallaba en la fiesta de los Cerrillos.

Para moralizar estas largas faltadas, los capataces y patrones no tenian mas que el pobre recurso de descontarles el jornal.

Si los despedian, que es lo mas que puede hacerse en castigo de un jornalero, no les importaba absolutamente nada.

Iban á los Cerrillos donde se les daba trabajo inmediatamente, siempre que la causa de la despedida no fuera otra que la de haber estado de jarana en los Cerrillos, faltando al conchavo.

Así, no habia medio de tener seguros á los peones en las estancias, y los hacendados no tenian mas remedio que conformarse.

Lopez anunció por fin que regresaba á Santa-Fé, plenamente agradecido á aquel re-

cibimiento régio y á aquel trato escepcional.

Rosas hizo agregar al pagaré algunos otros caballos de sus tropillas, con lo que hubiera concluido de ganárselo si no lo tuviera bien ganado de mucho tiempo atrás.

La vuelta de Lopez á Santa-Fé, fué la de un general en jefe despues de obtener ruidosos triunfos.

Lo acompañaba el mismo Rosas, y Maza que habia estado en los últimos dias de la fiesta.

Detrás de ellos marchaban las personas que Lopez habia llevado en su compañía, y en seguida un regimiento de paisanos que parecia un ejército.

No quedó ni un paisano que no saliera á acompañar al patron y ayudarle á despedir sus amigos.

Y marchaban quemando cohetes, corriendo carreras y echando uno que otro trago de caña.

Pero todo en un orden escepcional.

No se oyó una sola palabra que no estuviera sujeta al mas estricto respeto.

Lopez se despidió de Rosas, encantado con la fiesta que se habia hecho en su honor, y asombrado del poder y riqueza de aquel hermoso caudillo.

—No olvidaré, le dijo, y cuando usted necesite el apoyo de mi provincia, sabrá usted cuanto lo estimamos yo y mis santafecinos.

Por que Lopez trataba á estos como una propiedad indisputable.

—Lo mismo le digo yo, replicó Rosas, estrechándole ambas manos.

En los Cerrillos siempre habrá un rancho para el amigo y un par de mil hombres para el aliado.

Ya sabe usted que yo no tengo dos palabras.

Y tan entusiasmado se retiró, que en aquel momento hubiera sido capaz de deponerse el mismo, para entregar á Rosas el gobierno de Santa-Fé.

El caudillo porteño, el mas temible y prestigioso que haya tenido nunca la provincia de Buenos Aires, se retiró á los Cerrillos á saborear su triunfo y á seguir en sus maquinaciones políticas.

Habia por otra parte que prestar una gran atencion á las fronteras, por que los indios solian dar sus avances de consideracion aun que á la lijera.

Ellos tenian muy buen cuidado de no hacer sus avances por los campos de su hermano Juan Manuel, ni perjudicar las haciendas de este.

Pero las invasiones eran tan frecuentes, que el gobierno se resolvió á hacer una nueva salida.

Entonces la frontera alcanzaba hasta Rojas, à donde llegaban las avanzadas, del regimiento de Húsares, campado en el Salto. Este regimiento mandaba sus descubiertas hasta el arroyo del Pelado.

Los Blandengues en Lobos, cuidaban las Encadenadas, lagunas de Leoncho, Polvaderas y Mangrullos de Almada.

El gobierno formó entonces un pequeño ejército con el batallón de Cazadores y cuatro piezas de artillería, los regimientos, de Húsares y Blandengues y un fuerte piquete de caballería de campaña pedido á Rosas, el que se incorporó, á pesar de estar separado del servicio, con esta fuerza y unos doscientos de los indios amigos que había en sus campos.

El gobernador, à la cabeza de esta tropa recorrió toda la línea de frontera y campó en el Tandil, donde hizo un fortín espléndido, bien artillado y guarnecido con una compañía de cazadores, un escuadrón de milicias y los doscientos indios, guarnición que dejó allí regresando á la ciudad.

Con esto creía dejar perfectamente asegurada la frontera.

Excusamos decir que entre aquellas milicias dejadas en el Tandil, no había un solo hombre de los colorados.

Estos habían quedado en los Cerrillos, pues Rosas los tenía para las grandes ocasiones, y no le gustaba, según decía, hacerlos venir de espanta-pájaros, ni quería fatigarlos en campañas inútiles.

—Estos son paseos militares, decía, mis colorados no saben pasear.

Llevaré otros paisanos para para que vayan aprendiendo á hacer la guerra.

Y la línea de frontera fué tomada por él como una especie de escuela militar para sus paisanos.

Fatigado de educar soldados, los mandaba à la línea por turno, como contingente, y así iba haciendo con poco trabajo soldados diestros y habituados á las penurias de la guerra.

Maza solía tentarlo con frecuencia, mostrándole la facilidad que tenía para asaltar el poder.

Pero aunque este era su punto objetivo, aunque à este resultado había dedicado toda su inteligencia y esfuerzos, disimulaba lo que sentía respondiendo:

—Jamás por mi gusto seré Gobernador.

Demasiado en que romperme los cascotes en mi gobierno de los Cerrillos!

Veo que el mando es muy amargo para que yo lo ambicione.

Maza creía de buena fé estas palabras y veía con dolor rotas sus esperanzas!

Por que él había estrechado su intimidad con el prestigioso caudillo, pues quería medrar á su sombra y siendo Rosas el Gobernador, se figuraba que él sería el verdadero jefe del poder por el ascendiente que sobre él había sabido adquirir su profundo talento de intrigante.

Ah! si Maza hubiera podido leer entonces el fondo del corazón de Rosas!

Con cuánta precipitación hubiera huido de los Cerrillos para no volver á ver en su vida à su terrible propietario!

## La guerra del Brasil

No está en nuestros propósitos hacer una historia política de aquella época, historia que sería pesada y poco interesante para la generalidad de los lectores de esta sección.

Estamos haciendo la historia de Rosas, y poco ó nada tenemos que decir, de aquellos sucesos que á él no se refieran.

El que necesite consultar la historia política de aquellas épocas, irá á buscar la del general Mitre, pluma mas autorizada que la nuestra, ó la de cualquiera de los otros, según sus simpatías, que sobre ello han escrito.

Nosotros vamos á hacer la historia de Rosas y es à ella que se concreta nuestra atención.

Sin embargo, nos vemos en la necesidad de escribir un par de capítulos sobre la guerra del Brasil y la batalla de Ituzaingó, pues en

algo se refieren à Rosas estos acontecimientos trascendentales, poco conocidos aún.

La misma batalla de Ituzaingó es poco conocida en ciertos detalles interesantísimos, que esplican aquel triunfo brillante de un ejército mal atendido y pequeño, sobre un enemigo diez veces mas numeroso y que combatía con cuerpos de primer orden, entre los que figuraban tres mil alemanes, flor de ejército.

Aunque desde su principio, tomaremos estos acontecimientos à grandes rasgos y ligeramente para no fatigar al lector.

El 9 de Mayo de 1824, estando el coronel Rosas en los Cerrillos, desarrollando sus grandes planes, se recibió del gobierno de Buenos Aires el general José Gregorio Las Heras, uno de los hombres mas puros de

aquella época desventurada y uno de los milites mas esclarecidos con que contaba la patria argentina.

Las Heras tomó la administracion á su cargo, declarando que seguiria la senda marcada por su antecesor, senda luminosa de la que no se apartaria un momento.

El general Las Heras hizo todo género de empeños para que lo acompañara en este propósito el génio fecundo de Rivadavia, pero este se negó y solo aceptó una mision á Europa que tan útil fué á su pais.

El señor rey de Portugal y del Brasil, don Juan VI, aprovechando nuestras divisiones y nuestras eternas guerras, se habia declarado dueño de Montevideo, incorporándolo á su reino de Portugal, bajo el nombre de Provincia Cisplatina, la que ocupó con un ejército de primer orden.

Las provincias argentinas en sangrienta lucha unas con otras y todas ó su mayor parte contra Buenos Aires, eran impotentes para contrarrestar la invasion portuguesa y batir el poderoso ejército que ocupaba Montevideo.

Devorado por el caudillaje, pobre y miserable, Montevideo aceptó aquella imposicion que lo libraba de las llagas que lo roian.

Su Cabildo y la mayor parte de sus hijos aplaudieron el hecho, sin darse cuenta tal vez de las consecuencias que mas tarde podria engendrar.

El Gobierno Argentino tenia ocupados sus hombres y sus dineros en sus luchas internas y se limitó á aceptar aquella dominacion como provisoria y esperar tiempos menos aciagos para reclamarla con las armas en la mano.

Las tropas brasileras formaron é impusieron un Congreso, de los partidarios de aquella rapiña, cuyo Congreso declaró solemnemente, que la Provincia Oriental quedaba incorporada voluntariamente al reino de Portugal, cuya corte residia en Rio Janeiro.

Pero el famoso don Juan VI, que así se apoderaba de una provincia, no se sospechaba el golpe que lo iba á privar de la mitad de su reino.

Habiéndose ausentado á Europa dejó al frente de su reino á su hijo Pedro I, quien encontró el puesto de Emperador propietario mucho mas cómodo y provechoso que el de rey interino.

Así es que aprovechando la ausencia de su señor padre, resolvió echarle como le echó la mas famosa zancadilla que haya memoria en la historia de los gobiernos alejados por sí mismos.

Don Pedro I en 1822, declaró que el Brasil quedaba completamente separado del reino

de Portugal, constituyendo un imperio de que él, Pedro I era el gefe.

Esta declaracion la cumplió, agregando que la Provincia Cisplatina (Montevideo) quedaba formando parte del nuevo imperio que constituia.

Don Pedro mandó emisarios á todas partes, pidiendo se le reconociera como tal Pedro I Emperador del Brasil, lo que no le fué difícil obtener.

No sucedió lo mismo con el gobierno de don Martin Rodriguez que declaró no reconoceria al flamante Emperador, mientras este no se sirviera devolver á la Nacion Argentina la provincia usurpada.

El cuerpo de ejército que ocupaba á Montevideo, se encontró dividido por este acontecimiento inesperado.

Se obedecian las órdenes del nuevo Emperador, ó se esperaban las del rey de Portugal?

El gefe principal declaró que aquello estaba bajo la dominacion portuguesa y que era á don Juan VI á quien se debia obediencia.

Pero la mayoría de los gefes y tropa se pronunciaron por don Pedro I, lo que hizo temer que entre aquel ejército se produjera un conflicto sangriento, conflicto que habria redundado en beneficio de la Nacion Argentina.

El general Lecor, baron de la Laguna, que comandaba mas fuerzas, trató de imponer la autoridad de don Pedro I al general don Alvaro da Costa que declaraba permanecer leal á don Juan, atrincherándose en la plaza de Montevideo por si Lecor hacia efectivas sus amenazas de reducirlo, por la fuerza.

Mas fuerte y decidido que su antiguo compañero el general Lecor, se le fué encima á don Alvaro da Costa fijando así por medio de las armas, la dominacion de don Pedro I en el Estado Oriental.

Los patriotas orientales, emigrados en Buenos Aires, predicaban la guerra contra el Brasil, arrastrando la simpatía de este generoso pueblo.

Pero el gobierno argentino era impotente para llevarla y creia conseguir por medio de la diplomacia lo que tal vez no conseguiria por las armas.

El Brasil tenia además tendencias á las que no era posible permanecer indiferente.

Las tropas brasileras invadian con frecuencia la provincia de Entre-Rios, y se veia clara la tendencia de apoderarse de esta nueva provincia, que podia ser muy bien el principio de una serie de conquistas.

El general Mansilla, coronel entonces, y

gobernador de Entre-Rios, era un obstáculo tremendo que se oponía á las miras conquistadoras del Brasil.

El general Mansilla cuyo gran ascendiente sobre los demás gefes no se escapaba á Lecor y respetable además por sus dotes militares é intelectuales, venía á ser un terrible enemigo para el Brasil, en caso probable de una invasion argentina por el Uruguay.

—Es necesario destruir á Mansilla y sacar lo de Entre Rios, pensó el general brasileiro.

Y desde ese momento puso toda su atencion y esfuerzo para llegar á este fin.

Entre Rios, en manos de hombres adictos á la ocupacion brasileira, seria un aliado tremendo, pues á mas del rechazo de cualquier invasion, podria tener siempre en jaque al gobernador Lopez de Santa-Fé.

El general brasileiro envió hábiles agentes á Entre Rios, para que redujeran á algunos gefes á hacer una revolucion contra Mansilla, ofreciéndoles todo el dinero que necesitaran y el fuerte apoyo del coronel Bentus Manuel, que se hallaba en el Salto con un fuerte regimiento de caballeria, de mas de seiscientos plazas.

Lo que tal vez no hubiera hecho la fuerza lo hizo el dinero y dos comandantes, Pedro Espino y Eusebio Ereñu, se comprometieron á hacer un movimiento contra Mansilla, siempre que la caballeria de Bentus Manuel, los protejera franca y decididamente.

Las tropas brasileiras no podian entrar á territorio argentino, lo que importaria una declaracion de guerra tácita, pero se echó mano de un espediente por demás travieso é ingenioso.

La caballeria de Bentus Manuel simularia una sublevacion, pudiendo de esta manera pasar á territorio entre-riano sin dar nada que sospechar, apoyando así en un caso dado, mezclada á los revolucionarios, el movimiento contra Mansilla.

Ereñu y Espino, con elementos que reunieron en Paysandú y en combinacion con un tal Pita, hombre de algun prestigio y el célebre Bentus, llevaron una invasion por el arroyo de la China.

El coronel Barrenechea, aunque tenia fuerza suficiente, esta no se hallaba en estado de contrarestar la brillante caballeria de Bentus, y se retiró precipitadamente al Paraná, á poner en conocimiento del coronel Mansilla lo que sucedia.

Mansilla organizó tan brevemente como le fué posible, una columna de seis á ochocientos hombres, con lo que creyó tenia bastante para batir á los revoltosos, por mas

apoyados que estuvieran en Bentus y sus famosos escuadrones.

Mansilla se puso en marcha con su pequeña columna, alcanzando al famoso Espino en Gená, yendo de retirada.

Al ver la pequeña columna con que Mansilla se les iba al humo, Espino hizo alto y tendió una línea, desplegando los brasileros en guerrilla, pues le prometian hacer prodigios de valor.

El coronel Mansilla, con su habitual bravura, arrolló las guerrillas y se fué al grueso de las fuerzas de Espino, las que acuchilló y persiguió tenazmente hasta la costa del Uruguay.

Los brasileros llevaron la peor parte, pues la gente que llevaba Mansilla, paisanos en su mayor parte, no les tuvieron ningun género de consideracion.

Cuchillo en mano los acometieron y les hicieron bajas en una proporcion de veinte y cinco por ciento.

El comandante Espino que habia salvado del combate á uñas de buen rocin, seguido de unos ochenta hombres, quiso pasar al Estado Oriental.

Pero sus amigos los brasileros no se lo permitieron, temiendo que esto hiciera sospechar á Mansilla, á quien temian, que la sublevacion del regimiento brasileiro no habia sido mas que una treta.

El coronel Mansilla, despues de recorrer los departamentos de la costa oriental, volvió al Paraná, dejando la provincia completamente pacificada.

Los brasileros comprendieron que no era el momento oportuno de tentar un movimiento por aquel lado y se llamaron á silencio.

El Congreso formado por diputaciones de todas las provincias, sancionó la union de todas ellas, encargando al general Las Heras del ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional, mientras se formaba la Constitucion que debia rejirlas mas tarde.

El pueblo entre tanto seguia pidiendo la guerra de tal manera, que el Gobierno empezaba á quedar en un ridículo espantoso.

No es que Las Heras no comprendiera lo justo y necesario de aquella guerra.

Pero veia las dificultades insuperables con que tendria que luchar por el estado precario del pais, y la guerra en aquellos momentos no podia ser sino un nuevo descalabro.

Los orientales emigrados como hemos dicho eran los mas empeñados en que la guerra se llevara adelante, ayudados por la mayoria de los hijos de Buenos Aires, y aún de toda la Nacion.

Mientras Las Heras seguia haciéndose el sordo y buscando una salida á aquella situacion desesperante, se produjo el hecho gi-



gantesco y grandioso que dió principio á la emancipacion del Estado Oriental.

El dia 11 de Abril de 1825, dia memorable y glorioso para la historia de nuestra hermana Montevideo, treinta y tres héroes guiados por el legendario Lavalleja, se embarcaron en la costa de Buenos Aires, llevando algunas armas y pertrechos juntados entre varios amigos de la guerra contra el Brasil.

Adónde iba aquel puñado de hombres valientes y arrojados, en cuyas fisonomias se podia ver el brillo de una chispa divina?

Iban á libertar la patria que gemia bajo la planta brasilera!

Eran solamente treinta y tres hombres, cuyos nombres guarda la historia como otras tantas reliquias, pero treinta y tres hombres en cuyos corazones ardia el sagrado amor á la patria y en cuyo espíritu iba una resolucion tan temeraria y grande como sagrada.

Diez dias despues estos treinta y tres héroes desembarcaban en el suelo pátrio y aoto continuo se ocupaban en reunir la gente necesaria para abrir sus operaciones.

En Buenos Aires creian que aquella empresa era descabellada, por que era imposible llevarla á cabo con elementos tan insignificantes.

El ejército que ocupaba Montevideo era fuerte, con buena artilleria y gefes de primer orden.

Se podia esperar algo de un enemigo que se ponía en campaña con treinta y tres hombres y unas cuantas docenas de fusiles y sables?

Pues á pesar de todo esto, se puede decir que bien pronto aquel puñado de hombres atrajo sobre sí la mirada de toda la América.

Apenas hubieron reunido doscientos hombres, que armaron malamente, pues las circunstancias no permitian otra cosa, se pusieron en movimiento y abrieron campaña contra el Brasil.

El general Rivero, seducido por aquel rasgo heroico y algunas cartas de Lavalleja, se les unió con un regimiento que mandaba y las operaciones fueron entonces mas serias y mas rápidas, por que en la rapidez estaba el éxito de aquella campaña.

En ocho ó diez dias mas aquellos hombres denodados recorrieron gran parte de la campaña llamando á las armas á sus compatriotas que ocurrieron presurosos á ponerse al servicio de la patria.

Así reunieron quinientos hombres primero y mil despues, con lo que ya pudieron asegurar que tenían ejército, aunque bisoño y mal armado.

Para estos patriotas abnegados y llenos de

fé, no hubo ya dificultad que no se atrevieran á vencer.

Es sabido que los orientales es una de las razas mas valientes de toda la América, y mas habituada á dirimir todas sus cuestiones por medio de las armas.

Si se une á esta condicion de raza el entusiasmo que producía en ellos la causa de aquella guerra, se comprenderá que aunque pequeño, aquel ejército era temible.

El soldado brasilero es un modelo de sufrimiento para el fuego.

Es capaz un cuerpo de ejército brasilero, de sufrir el mas terrible fuego de fusileria, á pié firme hasta que caiga el último oficial y el último soldado.

Pero en los combates al arma blanca, el soldado brasilero no tiene brios ni entusiasmo.

Y precisamente en el arma blanca, sobre todo á cuchillo, cuando el sable incomoda, es donde descollaba la gente de Lavalleja.

Ya esto era una ventaja que demostraron nuestros vecinos y hermanos, en sus primeros encuentros.

El Rincon de las Gallinas, Coquimbo y Sarandí, fueran las primeras victorias que coronaron los inmensos sacrificios de aquellos hombres.

Y siempre adelante y adelante, fueron engrosando sus filas y de triunfo en triunfo hasta reducir á los brasileros á una posicion bastante crítica y apurada.

En tres ó cuatros meses de combates diarios, aquellos denodados patriotas pusieron al enemigo, despues de acuchillarlo en toda la campaña, en la necesidad de atrincherarse en las plazas de Montevideo y la Colonia.

Todos estos triunfos entusiasmaban á la poblacion de Buenos Aires, que pedía la guerra con un ardor indescriptible.

Pero el Gobierno no la juzgaba prudente todavia.

Y aunque por la prensa y en todos los círculos se levantaba contra su actitud prescindente una grito inmensa, juzgaba que era prudente esperar mas todavia, para reunir todos los elementos bélicos que le fueran posible á fin de hacer una guerra que no fuera un ridículo fiasco.

La cosa llegó al punto de formarse en Buenos Aires un partido de la guerra.

La comision directiva de este partido, que llegó á ser poderoso, empezó con gran actividad una serie de trabajos tendentes á provocar la guerra, de manera que el Gobierno no pudiera eludirla.

Se compraban armas y pertrechos de guerra que eran enviados á Montevideo, para el sos-

tea del valeroso ejército, armaban corsarios que hostilizaban en el mar de todos modos á los bajeles brasileros, y hacian manifestaciones públicas contra el imperio del Brasil, de cuyas manifestaciones é injurias reclamó ante el Gobierno el agente político de aquella corte, que residia en Buenos Aires.

Pero el Gobierno tuvo que hacerse el sordo ante aquellas reclamaciones, como se hacia ante el pedido de la guerra.

Entonces el partido de la guerra, viendo que su actitud comprometidora de nada servia es lanzó á pasos mas decididos.

Una mañana fué arrancado el escudo del Brasil que estaba á la puerta del enviado político del nuevo imperio.

Y aquel escudo despoes de ser pateado é insultado por el populacho, fué arrastrado por las calles de la ciudad y degradado de la manera mas vergonzosa.

Para calmar el estado de efervescencia á que habia llegado el pueblo, y levantar en todo lo posible el desprestigio en que habia caido el Gobierno, este pidió y obtuvo del Congreso, una autorizacion para formar un cuerpo de ejército en Entre Rios, con contingentes que se pedirian á las demás provincias tan partidarias de la guerra como la misma Buenos Aires.

Los revolucionarios de Montevideo, cuyos esfuerzos habian sido coronados con tantas victorias, pudieron al fin organizar un Gobierno y un congreso, que declaró á la provincia de Montevideo una provincia argentina, como que formaba parte de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

Comunicada esta resolucio á nuestro Congreso, este no solo la aceptó sino que incorporó diputados orientales á su seno y encargó al Poder Ejecutivo provveyese inmediatamente y como pudiera á la Provincia Oriental, que volvia á formar parte integrante de la Nacion Argentina.

Y como complemento á todas estas disposiciones hostiles al Brasil, se nombraron generales á los héroes coroneles Lavalleja y Rivero, que habia de merecer mas tarde el título de pardiñon, con que lo obsequió Rosas su amigo.

El Gobierno de Las Heras tuvo que ceder así paso á paso, decidiendo aceptar la actitud á que tan violentamente se le empujaba.

Pero el Brasil se le anticipó, y sabiendo los insultos que se habian hecho á sus escudos en las calles de Buenos Aires y la incorporacion de Montevideo, se apresuró á á declarar la guerra.

El 10 de Diciembre, el Gobierno brasilero mandó publicar por medio de bandos y hojas sueltas, su célebre declaracion de guerra,

cuyo texto que encontramos en la obra del doctor Bilbao, decia así:

“Habiendo el Gobierno de las provincias Unidas del Rio de la Plata practicado actos de hostilidad contra este Imperio, sin provocacion y sin preceder declaracion expresa de guerra, prescindiendo de las formas recibidas entre las naciones civilizadas, conviene á la dignidad de la Nacion Brasilerá y al orden que debe ocupar entre las potencias, que Yo, habiendo oido mi consejo de estado, declare, como declaro la guerra á las dichas Provincias y su Gobierno.

Por tanto, ordeno que por mar y tierra se les hagan todas las hostilidades posibles, autorizando el corso y el armamento que quierán emprender mis súbditos contra aquella Nacion; declarando que todas las tomas y presas, cualquiera que sea su calidad, pertenecerán á los aprensores sin deduccion alguna en beneficio del Erario público.

Así lo tenga entendido el supremo Consejo Militar, y lo haga publicar, remitiendo esto por cópia á las estaciones competentes y fijándolo por edictos.

Palacio de Rio Janeiro, 10 de Diciembre de 1825, 4<sup>o</sup> de la Independencia y del Imperio. Con la firma de S. M. Imperial—Vicente de Santo Amaro.“

Esta proclama cayó en Buenos Aires y el resto de la Nacion Argentina, como la noticia de una gran victoria.

Todo eran música, festejos y luminarias.

El pueblo recibia la noticia de la guerra con un júbilo extraordinario, solo comparable al regocijo con que cuarenta años despues se aceptaba la guerra contra el Paraguay.

Si dos individuos se encontraban en la calle, lo primero que hacian era estrecharse la mano y felicitarse por la guerra sangrienta que se preparaba.

A ninguno escapaba que la guerra iba á ser sangrienta y larga.

Todos conocian la situacion del pais y los pocos elementos con que el Gobierno contaba para hacer frente al poderoso enemigo.

Pero la confianza mas santa se anidaba en todos los corazones, al extremo de que, antes que el Gobierno hiciera su llamado á las armas los ciudadanos llenaban ya los cuarteles de la ciudad.

En seguida de la declaracion de guerra, el Brasil habia mandado bloquear el puerto de Buenos Aires por una flota inmensa de mas de ochenta navios, entre los que se contaban treinta naves de guerra de gran poder, ocupando previamente la isla de Martin Garcia.

No habia un minuto que perder sin exponerse á un desastre terrible.

El Gobierno nombró al general don Martín Rodríguez para la formación del ejército de tierra, que debía marchar inmediatamente al Uruguay, y ocupó al coronel don Guillermo Brown el mando de la única flotilla que se pudo formar, compuesta de una corbeta 25 de Mayo, cuatro bergantines, el Balcarme, Belgrano, Congreso y República, de la goleta Sarandí y tres lanchas improvisadas cañoneras.

Esta fué la base de aquella escuadra, re montada hasta el número de 17 embarcaciones, con que el almirante Brown debía asombrar á la América.

Empezaban, pues, los momentos de prueba para la heroica Nacion Argentina.

El general Rodríguez empezó á formar el ejército en el Arroyo del Molino, (provincia de Entre Rios) con un plantel compuesto de dos compañías de cazadores que formaron el batallon 2, mandado por el mayor Navelo. 2 compañías de artillería, regimiento 1.º coronel Brandzen, 5.º batallon, comandante Catoli, que despues mandó don Félix Olazabal, escuadron coraceros, coronel Medina, y el Estado Mayor, siendo ayudante y secretario el hoy general don Gerónimo Espejo, entonces sargento mayor.

Este ejército, lleno de entusiasmo y decisión, marchó atravesando Montiel hasta el Palmar, pasó el rio é hizo campamento general en San José del Uruguay.

El batallon 2 saltó, y los contingentes que á las órdenes del general Paz enviaban las provincias, se situaron en San Nicolás, donde se incorporaron un buen número de gefes y oficiales y donde debia formarse el bizarro y glorioso regimiento 2.

Todas estas fuerzas marcharon al Paraná, buscando la incorporacion del general Rodríguez, cuyo ejército debían engrosar.

A los tres dias de estar esta fuerza en el Paraná, estalló una revolucion que encabezaba Solá contra el gobernador Zapata, revolucion que fué sofocada con facilidad.

Pocas noches despues, el contingente puntano, formado por unos ochocientos hombres, todos armados de garrote de algarrobo, se sublevó pretendiendo regresar á sus pagos.

Este motin que en el primer momento habia asumido grandes proporciones, fué sofocado con algunas pérdidas por parte de los puntanos que tenían que pelear á garrote limpio, fusilándose sobre tablas á los individuos que lo habian encabezado.

Estas fuerzas se incorporaron al ejército, donde ya se hallaba el regimiento 3 á las órdenes del coronel Escalada y el 4 mandado por el intrépido Juan Lavalle, coronel entonces.

Sabiendo Rodríguez que en el arroyo del

Catalan se hallaban las fuerzas mandadas por Bentos Manuel y Bentos Gonzalez, destacó al general Rivero, que se habia puesto á sus órdenes, con el encargo de batirlos y destruirlos.

Despues de una rápida y penosa marcha de ocho dias, en que los soldados no pudieron ni encender fuego para no descubrirse se avistó el campamento, que mandó reconocer Rivero, mientras se preparaban á atacarlo.

Pero el desenoanto fué grande.

Los brasileros habian abandonado aquel campamento, donde solo se hallaban unas cuantas mujeres que no habian tenido tiempo para huir.

Los dos regimientos 3 y 4 regresaron al ejército, que marchó al Durazno, donde se habia retirado Rivero con una pequeña fuerza, presentándose al gobierno que lo envió á Misiones, donde formó un ejército de dos mil hombres.

Campado el ejército en la costa del Yí, obre el paso del Durazno, entonces se ordenó al coronel Paz, que con su regimiento y los dragones orientales mandados por el comandante Oribe, marchase á la Sierra de Camacuá, para batir á los mismos Bentos Manuel y Gonzalez, allí campados.

Este fué el primer desastre y la primer verguenza que afligió al ejército

Un comandante Berdun, que mandaba el escuadron del Cerro Largo y que era el baqueano de la columna, se puso en comunicacion con el enemigo, haciendo sorprender y despedazar á una avanzada del regimiento 2, pasándose en seguida al enemigo.

Regresó Paz despues de este contraste al Arroyo Grande, donde se hallaba el ejército mandado en gefe por el general Alvear.

Allí habian empezado á hacerse algunas reformas de gran importancia con el contingente del general Soler y el general Mansilla, que quedó en las Vacas, para recibir los cuerpos que fueran de Buenos Aires y mandarlos al ejército.

Estos cuerpos fueron el regimiento de artillería de Iriarte, y los batallones 1.º y 4.º de cívicos de Buenos Aires.

Los regimientos 17, 13 y 16 que mandaba Olavarria y Suarez, el de las Conchas, escuadron granaderos y la escolta del general Comandante.

Esta fuerza con el general Mansilla á la cabeza, siguió su marcha de incorporacion al ejército.

En su tránsito se le plegaron numerosas fuerzas orientales, entre ellas el general Lavalleja, con mas de dos mil quinientos hombres, que formaron la columna de vanguardia.

Con este número ya respetable, los gefes del ejército camparon, tratando de organizarlo y disciplinarlo lo mas rápidamente que les fuera posible.

Al Gobierno del general Las Heras habia sucedido el fecundo Gobierno de Rivadavia, que se dedicó en cuerpo y alma á la guerra contra el Brasil, y que fué el que nombró á Alver para que acelerara las operaciones.

Los resultados que durante todo ese tiempo se habian obtenido en el mar, fueron mucho mas brillantes y provechosos.

El coronel Brown, desplegando una acti-

vidad fabulosa y un valor legendario, empezó á atacar las naves brasileras, obligándolas siempre á retroceder, despues de combates terribles y encarnizados.

En unos pocos meses habia hecho levantar el bloqueo, habia recuperado la isla de Martín Garcia, destruyendo veinte de las mejores naves brasileras y tomando otras tantas embarcaciones menos importantes, con las que engrosó su pequeña pero heroica escuadrilla.

Los brasileros, batidos y aniquilados por Brown, abandonaron sus empeños de bloqueo y fueron retirándose poco á poco.

## La batalla de Ituzaingo

Siempre será la batalla de Ituzaingo una de las mas grandes glorias del ejército argentino.

Al general Alvear podrán hacérsele todos los cargos que se quieran sobre hechos que no es del caso ocuparse ni nos incumbe aclarar.

Pero como vencedor de Ituzaingo, nadie podrá disipar la nube de gloria que envuelve su memoria respetable y augusta.

La batalla de Ituzaingo tiene muchos puntos de contacto con la batalla de Waterloo.

Así como Napoleon 1º obligó á Welington á venir á batirse á Waterloo, Alvear obligó al ejército brasilerero á batirse en las lomas de Ituzaingo, terreno que habia estudiado y donde habia elegido ya las posiciones que debia tomar.

Las cargas escalonadas de la caballeria argentina, son semejantes á las mismas dadas por la legendaria guardia imperial, tanto por su brillo y bravura, como por los grandes resultados que ellas dieron.

Solo el final de estas dos grandes acciones fué diferente, pues las armas de Alvear que daron ocupando el campo de batalla, festejando la mas espléndida de las victorias.

La misma retirada de Ituzaingo por el ejército brasilerero, en medio de las sombras de la noche donde no se veia mas que el lambo de los sables que daban la muerte sin descanso, tiene algo análogo con la retirada de Napoleon en Waterloo, aquella retirada fatal y maldecida, que arrancó en una noche á la Francia, la leyenda heroica con que la dotara el génio incomparable del gran Napoleon.

Vamos a dar una idea de aquel hecho de

armas espléndido, con datos que recojemos de boca de los mismos que tuvieron el honor de formar parte del ejército victorioso.

Empezemos por los combates parciales que prepararon aquella gran jornada.

Organizado el ejército de Alvear y fuerte de mas de seis mil hombres, tomó la ofensiva, y marchó al encuentro del fuerte ejército de 12,000 hombres que mandaba el marqués que debia incorporarse á una fuerte division de Barbacena, mandada por el general Braün.

Así Alvear se propuso batirlos en detalle y destruir aquellos dos cuerpos de ejército, los mas importantes con que contaba el imperio.

Balbacena tenia á su lado al célebre Bentus Manuel y a un general Lucas Teodoro, famoso guerrillero, habilísimo en la guerra de recursos y jefe que gozaba de un gran prestigio en el ejército,

Comprendiendo tal vez el hábil plan de Alvear, Barbacena trató de buscar la incorporacion de Braün, aún á costa de un combate que creia fácil, vista su gran superioridad en el número y calidad de sus tropas, entre las que se contaba una division de infanteria de tres mil alemanes elegidos entre los mejores cuerpos de aquel ejército.

Estando campado en Tacuarembó el ejército republicano, el enemigo prendió fuego al campo, operacion diabólica que llevó á cabo el guerrillero Lucas Teodoro, lo que casi ocasionó la pérdida total del ejército.

El general Alvear hizo levantar el campamento con gran actividad, metiendo inmediatamente el parque en el arroyo para impedir de esta manera que volara.

Parte del ejército se dedicó á apagar el in-

endio, en lo que se inutilizaron casi todas las monturas

El ejército siguió su marcha en busca de los brasileros que se habian refugiado en las Sierras de Camacuá, haciendo imposible todo ataque.

Alvear viendo que todo ataque seria desventajoso para él, empezó a simular una falsa retirada que engañó al enemigo hasta el punto de abandonar aquella posicion y ponerse en su seguimientto.

En los primeros dias de Febrero el ejército imperial campó en San Gabriel.

Pocos dias despues, el coronel Lavalle, que marchaba con una division á vanguardia, cubriendo la marcha de flanco que hacia el ejército, descubrió una division brasilerera como de seiscientos hombres, mandada por Bentus Gonzalez y el guerrillero Lucas Teodoro.

El coronel Lavalle batió por completo esta fuerza, acuchillándola hasta dispersarla.

Despues de este triunfo que llenó de entusiasmo al ejército, batida bizarramente en el Ombú otra division brasilerera, mandada por Bentus Manuel, quien se vió obligado á pasar el Ibicuí, en completa derrota.

Aquello fué una série de triunfos que, aunque pequeños, servian para alentar á nuestras tropas y dar al enemigo una idea de la clase de hombres con que iba á combatir.

El coronel Lavalle con ese raro brio que acentuaba su carácter, batia pocos dias despues otra division brasilerera, en las márgenes del Bacacay, y se tomaba por asalto el pueblo de Valles.

El general Alvear marchó entonces sobre San Gabriel, tratando de empujar á Barbacena hácia Ituzaingo, terreno que habia elegido para la gran batalla.

El ejército brasilerero como si quisiera ayudar los planes de Alvear, salió de San Gabriel y fué a campar en las lomas de Ituzaingo, el 19 de Febrero.

Pocas horas despues y cuando ya el enemigo dominaba las alturas, el ejército republicano pasaba tranquilamente el arroyo de Santa Maria.

Pero era preciso desalojar a Barbacena de sus altas posiciones.

A este resultado puso Alvear todos los recursos de su indisputable génio militar.

A la caida de la tarde y á la vista del ejército brasilerero, Alvear hizo que Lavalle repasara el arroyo con sus coraceros, simulando una retirada.

Y él mismo se puso en marcha al principio de la noche, como si quisiera seguir el mismo movimiento de retirada.

Calculaba que el enemigo engañado por

este movimiento, se pondria en su persecucion, abandonando así sus primeras posiciones.

Cuando la noche hubo cerrado completamente, el general Alvear contramarchó silenciosamente y recostándose un poco á la derecha, calculando encontrar al enemigo en el terreno desventajoso que le habia elegido.

Todo salió exactamente como Alvear lo habia previsto.

El ejército brasilerero abandonó las alturas y se puso en marcha, engañado con la falsa retirada, calculando haber pasado el arroyo a la mañana siguiente, ó batir a Alvear si este no habia concluido de pasarlo, en posicion sumamente ventajosa.

Alvear habia hecho abandonar a su tropa en la costa del arroyo el convoy y todo el equipo para alivianarla en lo posible, pues para él era indudable que la batalla tendria lugar en la madrugada siguiente.

En la madrugada del 20, el general Alvear sorprendió al ejército brasilerero cuando este menos lo esperaba, teniendo apenas el tiempo necesario para tender su línea.

El enemigo formó su línea de batalla, teniendo en el centro sus artillerias apoyadas por la infanteria alemana.

Su izquierda y su derecha estaba apoyada en numerosas fuerzas de caballeria.

Solamente en infanteria el enemigo tenia mas de seis mil hombres, mientras el ejército republicano solo contaba con unos mil quinientos.

Era tal la confianza que el enemigo tenia en el triunfo, que formó sus numerosas reservas como quien cumple una obligacion inútil, y se puso á contemplar con todo descanso sin con desprecio, como el general Alvear tendia su línea entusiasta.

Mientras Alvear cuidaba personalmente la colocacion de los diversos cuerpos, se sentia la gran algazara del ejército brasilerero, que creia pasar unas horas de entretenimiento.

Tal era la gransuperioridad del ejército Imperial.

La línea del general Alvear estaba formada del modo siguiente:

Cuatro baterias movibles de cuatro piezas cada una.

Estas cuatro baterias estaban mandadas por el mayor Arengre y capitanes Nazar, Chénau y Chilabert, baterias servidas por cincuenta soldados cada una.

El resto de la artilleria, con los capitanes Pirán y Borges, estaba mandada por el coronel Iriarte, cuyas baterias eran protegidas por su derecha, por los batallones 5<sup>o</sup> y 3<sup>o</sup>, á las órdenes de los coroneles Olazabal y Garzon, y por la izquierda por los batallones 1<sup>o</sup> y 2<sup>o</sup>

mandados por los coroneles Correa y Videla.

Toda la caballería se formó en batalla, escalonada por regimientos y protegida por artillería y la infantería que quedaba.

Estando el ejército en este orden, el intrépido Alvear recorrió la línea alentando los soldados con su palabra entusiasta y saludando á los gefes amistosamente.

Inmediatamente principió la batalla con los disparos de las baterías móviles.

Cada uno de sus comandantes se disputaba sonriendo la gloria de sus mejores y mas ciertos tiros.

Pero este honor lo llevó desde el primer disparo el capitán Nazar, cuyos tiros hacían en el enemigo estragos terribles.

Era incomparable la tranquilidad con que aquel bravo oficial hizo sus punterías durante toda batalla, lo que le valió el grado de sargento mayor, antes del ascenso general que se dió al ejército.

Después de un nutrido y bien dirigido fuego de artillería, empezó á moverse la caballería.

La división oriental tuvo el honor de la primera carga, que fué brillante aunque poco afortunada.

Los regimientos orientales se encontraron con la fuerte división de Bentus Manuel, dos veces mas numerosa y mejor montada.

Después de dos ó tres minutos de combate á sable, los orientales fueron rechazados y obligados á retroceder hasta el primer escalon.

Allí se rehicieron con un denuedo incalculable y volvieron á cargar apoyados por el regimiento 16 del bizarro y hermoso coronel Olavarría.

Tocó su turno de retroceder al denodado Bentus Manuel, pero de una manera tan desgarrada, que fué arrollado encarnizadamente hasta las mismas piezas brasileras que barrían nuestras filas con sus metralhas, á quemarropa.

El fuego se hizo general en toda la línea haciéndose notable desde el principio la disciplina y manejo de la tropa alemana, y el denuedo de la división del guerrillero Lucas Teodoro.

Se habia combatido por espacio de una hora y los dos ejércitos se mantenían firmes é inamovibles en sus posiciones.

La escasa infantería argentina no podia hacer competencia á aquella brillante infantería alemana, cuyos fuegos cruzados eran terribles.

El general Alvear, viendo que era preciso dar un golpe sério á la infantería alemana, fué él mismo adonde estaba el coronel Brandzen, y le ordenó cargara con su regi-

miento á un cuadro de infantería que se hallaba al frente.

Brandzen cargó escalonando su regimiento, con un entusiasmo heróico.

El iba á ostrellarse contra un cuadro de dos mil infantes, no escapando á su penetración que era casi imposible romperlo.

A mas de la mitad del camino Brandzen se encontró con un arroyo seco, que era imposible pasar en el momento.

Al pararse ante aquel obstáculo, el enemigo rompió sobre el regimiento un terrible fuego de fusilería, que sembró entre sus filas la muerte y el espanto.

Un grito terrible dominó por un momento el fragor del combate.

Acababan de rodar muertos, al frente del primer escalon, el coronel Brandzen, su ayudante Lavalle, hermano del coronel y el capitán Marcó.

El regimiento se aterró, se hizo un ovillo bajo aquella lluvia de balas y dió vuelta caras en medio del mayor desorden.

Habia perdido 34 soldados.

Pero aquellos valientes, bajo el terrible fuego enemigo, se rehicieron á la voz del comandante Vega que tomó inmediatamente el mando.

Toda nuestra izquierda se movió entonces, llegando al arroyo, sembrado ya de cadáveres, el coronel Paz al frente del regimiento 2, ávido de entrar en combate.

Dos escalones venían en seguida, los coraceros de Lavalle y el regimiento 9, del coronel Oribe.

El fragor del combate era imponderable, no escuchándose mas voz que la de ¡cierren los claros! ¡cierren los claros!

En aquel momento los fuegos de la artillería enemiga converjieron sobre aquella gran masa de caballería, causando numerosas bajas.

Una bala de cañon dió muerte al comandante Besares, llevándole la cabeza, mientras algunos oficiales caían tambien dando entusiastas vivas á la patria.

El coronel Paz envió entonces al teniente Paunero á pedir autorizacion al general Alvear para cargar al enemigo, que apoyaba sus terribles cuadros en la espléndida caballería del guerrillero Lucas Teodoro.

La victoria empezó entonces á sonreír al ejército argentino.

El teniente Paunero regresó con la orden de cargar, y aquellos escalones que habian sufrido un fuego imponderable, se lanzaron á la carga, siendo el primer escalon el regimiento 2, á las órdenes del coronel Paz.

El 2 dió una brillante carga sobre Lucas Teodoro, y regresó á ocupar sus posiciones.

con la pérdida de cuatro de sus mejores oficiales y 50 individuos de tropa.

Los escalones siguieron la carga sucesiva con mayor facilidad, pues el arroyo estaba entonces lleno de cadáveres y heridos, sobre los cuales pasaban aquellos heroicos soldados.

Ni las caballerías de Lucas Teodoro ni los cuadros de infantería alemana, pudieron resistir el empuje y violencia de aquella carga sucesiva.

La división de Lucas Teodoro fué vencida y acuchillada hasta los cuadros de infantería que fueron rotos y despedazados.

La derecha enemiga quedaba vencida y completamente despedazada.

Recien entonces el general Barbacona comprendió cuán equivocado estuvo al anticiparse al resultado de la batalla.

Un episodio conmovedor habia tenido lugar al ser cargada la división del guerrillero Lucas Teodoro.

El regimiento 9 de orientales, al mando del coronel Oribe, fué doblado y obligado á presentar la espalda.

Inútiles fueron los esfuerzos de aquel jefe heroico para contener sus soldados.

El 9 huía en dispersion, buscando para cubrirse, la espalda de los escalones que venian detrás.

Desesperado Oribe de contenerlos, y anonadado por la vergüenza en que lo sumia su tropa, echó pié á tierra, y arrojando al suelo su kepi, se arrancó las charreteras y empezó á patearlas de una manera frenética, mientras gritaba:

- Cobardes! esto es lo ustedes merecen!

Aquello fué como un golpe eléctrico para la tropa que huía provocando aquella accion.

En el acto todas las compañías rodearon al coronel Oribe, formando denodadamente bajo un fuego terrible.

Oribe saltó entonces á caballo, empuñando sus dos charreteras como una espada, organizó su escalon y cargó con un brillo que arrancó un grito de admiracion al mismo general Alvear, presente en lo mas récío del combate.

Oribe se estrelló entonces contra una batería de dos piezas y la arrolló como todo lo que se opuso á su paso.

Mientras la izquierda enemiga era vencida y anonadada, la derecha sufría tambien un golpe de muerte.

El coronel Lavalle al frente de sus coraceros y el coronel Videla, á la cabeza de su regimiento, cargaron por órden de Alvear, del intrévido Alvear, á la división de Bentus Gonzalez, división fuerte y en la que estaba apoyada la izquierda.

Esta división sufrió el cheque con un de-

nuedo que honrará siempre á las tropas brasileras.

Pero poco despues de chocar tuvo que ceder el campo y dar la espalda, pues el vigor de aquella carga formidable era irresistible.

Bentus Gonzalez fué sableado sin compasion hasta la retaguardia de la línea brasilerá.

Allí Lavalle, con sus coraceros legendarios, tomó el parque brasiler y algunas piezas de artillería que eran defendidas con terrible encarnizamiento.

El coronel Olavarria con su lucido regimiento núm. 16 y el general Lavalleja con las fuerzas de su mando, habian hecho prodigios de valor.

Pocas debian ser las esperanzas del ejército brasiler, y sin embargo, defendia las pocas posiciones que conservaba, con una intrepidez digna de mejor suerte.

Pero el resultado fatal no tenia remedio, Acababa de morir como mueren los leones, el distinguido general Abreu y poco quedaba que hacer, no para ganar la batalla, pero sí para hacer la retirada menos desastrosa.

El general Barbacona ordenó la retirada, no en cuadro, por que las infanterías que quedaban en pié estaban aterradas ante el fuego de artillería que seguía haciéndoseles, pero si de frente y tratando de conservar el mayor órden posible.

Todas las caballerías rodearon entonces al ejército vencido y empezó una persecucion y carniceria indescriptibles, dándose cuartel solo al que se rendia.

El ejército brasiler dejó en el campo de batalla dos banderas, diez piezas de artillería, todo el parque, gran cantidad de víveres secos y como mil trescientos cadáveres.

Los heridos que se recojieron fueron muy pocos á consecuencia de un suceso terrible.

Siendo el campo de batalla una cañada donde habia un gran pajonal, este se prendió fuego con los tacos de los cañones, teniendo lugar el último acto de aquella gran batalla, sobre un campo incendiado.

Así es que la mayor parte de los heridos, murieron quemados.

Los brasileros dejaron en manos del ejército republicano, de ochocientos á mil prisioneros.

Se hubiera podido hacer mas, pero en la persecucion era imposible cuidar á tantos y los gefes habian dado la órden de que todos los dispersos del enemigo que se tomaran, fueran desarmados solamente, dejándoseles en libertad.

La pérdida del ejército republicano, entre muertos y heridos, gefes y oficiales ascendió á un total de ochocientos y pico, cifra enor-

me si se quiere, vista la pequeñez relativa, en el número de su tropa.

Los muertos fueron quemados sobre el campo de batalla y los heridos conducidos al pueblo de Valles, donde se les atendió de la mejor manera que fué posible.

La persecucion duró dos dias y dos noches consecutivas.

Una persecucion tenaz y terrible.

Por fin aquel ejército tan soberbio y activo dos dias antes, despedazado, estenuado por el hambre y el cansancio, reducido à un número miserable, ganó las Sierras de Camacuá, donde cesó la persecucion, pues era tambien necesario dar descanso à los vencedores.

En lo mas récio del combate el coronel Lavalle sufrió dos golpes que hubieran hecho vacilar el carácter mejor templado y que él supo sobrellevar con un valor moral à toda prueba.

Cuando supo que su compañero y amigo el coronel Brandzen habia muerto, se vió pasar un vértigo por sus ojos nobles.

Se acercó al cadáver de su amigo, y lo estrechó entre sus brazos; desprendió del pe-

cho de aquel guerrero las medallas que lo honraban y à las que él honraba à su vez, las que guardó con religioso respeto.

Cuando dijeron que su hermano el ayudante Lavalle habia caido tambien, se le vió cerrar los ojos como si quisiera ocultar las lágrimas que lo ahogaban, cerró las espuelas à su caballo, y se le vió disparar sobre el campo de batalla como un demente, por espacio de dos minutos.

Pero despues llegaba à la cabeza de sus coraceros, pálido y conmovido, pero mas fiero y activo que nunca.

Otro incidente digno de mencion fué el del coronel Olazabal, que, estando el batallón 5º de su mando, peleando en guerrilla, hizo calentar agua con su asistente y se puso à tomar mate, con la misma tranquilidad que lo hubiera hecho en el patio de su cuartel, al mismo tiempo que mandaba y observaba los movimientos de sus guerrillas.

Esta fué la memorable batalla de Ituzaingo, en la que se combatió durante seis horas sin tregua ni descanso.

Antes de pasar adelante, descubrámonos un momento ante aquellas sombras augustas.

## El caso

Qué era entre tanto de don Juan Manuel Rosas?

Por qué no contribuia à la sangrienta guerra que sostenia su patria contra el Imperio del Brasil?

Por qué no se habia visto brillar en los campos de Ituzaingo el sable del 5º regimiento, vencedor en Pavon y en las calles de Buenos Aires?

Cómo podia esplicarse la ausencia del gran caudillo del Sur, en el teatro donde los gefes mas insignificantes se disputaban el honor de morir por la patria?

Es que el sombrío caudillo empezaba à mostrar la hilaza de la profunda ambicion que le dominaba.

—Contribuyendo à la guerra del Brasil con mis elementos, pensaba, contribuyo à afianzar el prestigio del gobierno y la gloria de los gefes que en esa campaña se han de levantar.

Y como à su penetracion no escapaba que su papel tenia que ser muy secundario al lado de hombres como Lavalle y Soler en el ejército y Rivadavia y Las Heras en el gobierno. aquellos y otros mas, harian sombra à su

prestigio y destruirian por consiguiente todos sus planes de ambicion,

Si se encerraba en los Cerrillos sin prestar la menor cooperacion à la guerra, se mantenia à la expectativa, con sus elementos ilesos.

El ejército que operaba contra el Brasil, escaso de elementos y falto hasta de alimentos y ropas, tenia que concluirse mas ó menos tarde y verse obligado el gobierno à hacer la paz.

Entonces, con sus elementos sanos y frescos, podria él imponerse al pais y dictarle sus condiciones.

Rosas empezaba à mostrarse en toda la repugnante desnudez de su ambicion de mando y de su espíritu egoista y vulgar.

Para mejor distraer al Gobierno de sus planes ruines le propuso hacer la paz con los indios y colonizar con ellos grandes territorios fronterizos.

El Gobierno, visto el estado terrible del pais, no va à poder atender à la seguridad de las fronteras, decia.

Y por medio de la paz, hecha con maña,



se puede destruir por completo este eterno y dañino elemento.

El Gobierno se dejó seducir y Rosas fué nombrado en comision para trazar nueva línea de fronteras, mas afuera del Tandil.

Allí se puso Rosas en contacto con los caciques mas influyentes de la pampa, reanupando con unos su vieja amistad y formándola estrechamente con los que aún no conocia.

El resultando de esto fué una gran colonia de indios que formó en los campos de los Cerrillos, colonia que hizo subir su prestigio entre los salvajes, de una manera prodijiosa.

No solo los Cerrillos sinó todo el Sur de Buenos Aires, era un pais aparte, puede decirse, del que Rosas era único gobierno y árbitro.

El gauchaje ignoraba por completo si era Las Heras ó Rivadavia ó el diablo, el Presidente ó Gobernador.

Ellos no tenian que hacer sinó con Rosas, no reconocian mas voz de mando que la de Rosas, de Rosas vivian y poco les importaba de lo demás.

Era Rosas quien los habia de sacar de cualquier apuro y quien atendia á sus mayores necesidades.

No conocian, pues, mas Gobierno que Rosas, ni creian en otro poder mayor que el del patron de los Cerrillos.

El ocupaba en sus estancias tribus enteras de indios, haciéndolos labrar la tierra sembrar y todo los demás trabajos consiguientes á un establecimiento tan importante.

Las mismas mujeres se ocupaban en esquilalar las enormes majadas, y tejer con parte de la lana ponchos, cojinillos y demás pilchaspas por el estilo, que vendian á los peones cristianos y á los mismos indios por precios insignificantes.

Entonces la lana no tenia los precios fabulosos á que hoy se vende, y poco le importaba al astuto caudillo regalar á las chizas gran parte de la trasquila.

En esta labor constante y bien dirigida, Rosas hizo subir sus capitales á una cifra enorme, llegando á obtener en una estacion sola, el producto que antes conseguia en mas de dos años.

Esto lo puso en situacion de poder ser mas desprendido con los indios, á quienes colmaba de regalos insignificantes si se quiere, atendida su gran fortuna, pero con los que los indios quedaban deslumbrados.

Su prestigio llegó á tal extremo entre los salvajes, que estos empezaron á llamarle el gran cacique, llegando dia en que, á su solo llamado formaron mas de ochocientas lanzas dispuestas á marchar donde él las llevara.

Además de esto, Rosas no abandonaba un momento sus relaciones con Lopez y el cau-

tivo de las que iba formando con cuanto caudillo aparecia en el interior.

De este modo él no limitaba su gran prestigio al Sud de Buenos Aires, sinó que lo extendia por toda la República entera.

Para ello contaba con el famoso Lopez de Santa-Fé, que era la trompeta de su fama en todo el interior y litoral.

Y es que Rosas no limitaba su poder á mandar solo en Buenos Aires, sinó en toda la República entera y aún en Montevideo si era posible.

Las fiestas de la campaña se sucedian sin interrupcion unas á otras, viéndosele tomar parte activa en todas ellas.

Y mientras el pais se hacia pedazos para atender á todos sus conflictos, en el Sur de Buenos Aires se vivia en la mayor felicidad.

Allí se entretenia poniendo en el mas amargo ridículo la política seguida por el Gobierno y haciendo servir de mofa del gauchaje á todos los hombres y cosas que podian ser le hostiles.

Y acostumbró al gaucho á despreciar y burlarse de todo aquello que no emanaba de él, y sobre todo á los hombres de la ciudad, á quienes daba los calificativos mas humillantes, con gran algazara y chacota del paisanaje que lo escuchaba como un oráculo.

La autoridad en la campaña era una cosa que el paisano no comprendia, por que nada tenia que hacer con ella.

Qué les importaba caer en desgracia con el Juez de Paz, ó que este los hiciera perseguir por haber dado una puñalada ó cualquier otro delito?

Poco les suponía aquella persecucion que por lo general valia á la autoridad la mas sangrienta burla del perseguido.

Todo su afan era ganar los Cerrillos y ponerse al habla con el patron.

Una vez allí y bajo el amparo de Rosas, sabian que no habia poder humano bastante á arrancarlos.

Y Rosas escuchaba el relato de la aventura que habia motivado la persecucion, siendo el primero en burlarse del Juez de Paz que la habia reclamado.

Muchas veces habian ido á los Cerrillos comisiones de este ó aquel Juez de Paz, pidiendo la persona del criminal allí oculto.

Pero recibian por toda contestacion alguna farsa insolente, mandada hacer por Rosas mismo.

Y si insistian en la entrega del hombre que habian ido á buscar, entonces les hacia ochar los perros y todo quedaba así concluido.

Qué Juez de Paz se hubiera metido á ma-

vos palabras con el jefe de los colorados y comandante general de campaña?

Ni por bromas, pues demasiado lo conocian.

Alguno de ellos recurrió al Gobierno para quejarse de aquel proceder inoportunable, pero el Gobierno hizo oídos de mercader.

Necesitaba á Rosas, orea que su influencia en la campaña era incontrastable, y no queria disgustarlo por la queja de un juez de Paz, que al fin y al cabo podia no tener razon.

El Gobierno por otra parte veia claramente todo el poder de que disponia el coronel Rosas y hasta temia ponerse mal con él.

Cuando sobrevino la guerra con el Brasil y el Gobierno de Rivadavia, Rosas puso todos los medios á su alcance para desprestigiar una cosa y otra, criticando de una manera amarga toda medida que emanara de aquel Gobierno ejemplar y patriota.

Y hablaba á los paisanos en un lenguaje tenia que producir en ellos honda impresion.

—La guerra con el Brasil, les decia, es la ruina de nuestro pais.

Qué nos importa que á Montevideo se lo lleve ó no se lo lleve la trampa?

Es una provincia infame que no necesitamos y que nos presta el flaco servicio de ser la manzana de la discordia.

El pais va á quedar pobre y miserable.

Las haciendas no van á valer un centavo y no habrá quien dé dos reales por todas las haciendas de la campaña.

El Gobierno falto de dinero y pobre de recursos, va á tener que echar mano de la campaña.

Y el patron con sus capitales que serán pesos y el paisanaje con su sangre que será escasa, tendrán que ser los pavos de semejante boda.

Los paisanos escuchaban aterrados la prediccion de un porvenir tan sombrío, y esclamaban entristecidos:

—Ah! si el patron fuera Gobierno!

Esclamacion que escuchaba Rosas con una fruicion arrobadora, pues era aquel mismo elemento el que habia de llevarlo al poder y á un poder como él habia soñado, terrible é incontrastable.

Cuando el noble coronel Suarez empezó á formar en el Norte su famoso regimiento 17, pudo notarse todo el prestigio de Rosas y toda la maldad de sus sentimientos.

Por mas altas que recibiera Suarez, la desercion era tan terrible, que apenas podia reunir un par de escuadrones, cuando de pronto se quedaba sin un soldado.

En qué podia consistir aquella desercion sin precedente en la provincia de Buenos Aires, mucho mas cuando se trataba de reu-

nir tropas para una guerra tan popular como aquella?

El noble Suarez pensaba entristecido sobre la causa de aquella desercion inmotivada pero no podia atinar en ella.

Hacia mas de un mes que estaba en el Monte, y apenas conservaba el escuadron que llevó de plantel para formar el regimiento.

Desesperado Suarez, nombró una comision compuesta de sus mejores oficiales, para que de una manera sigilosa y poniendo en juego todos los medios posibles, trataran de penetrar la causa de aquel fenómeno.

Y tanto anduvieron aquellos oficiales y con tanto sigilo obraron, que bien pronto quedó aclarado el misterio que el coronel Suarez no habia podido penetrar.

Una tal doña Magdalena dueña de una pulperia inmediata al sitio donde campaba Suarez, era quien daba dinero y hasta caballos á los soldados que se desertaban.

Disfrazados de soldados, dos de aquellos oficiales traviesos, formaron parte de un contingente y concurren á la noche á comprar vicios á la pulperia de doña Magdalena.

Y en el acto esta les ofreció dinero y caballos para que se desertaran.

—Es que si nos agarran nos van á fusilar dijo uno de ellos.

—Y quién los va á sacar del lado del coronel Rosas? repuso entonces la pulpera.

Vayanse allá, que es el coronel quien los hace llamar y estando á su lado ni el mismo Gobierno será capaz de meterse con ustedes.

Indignado Suarez, envió dos soldados y un oficial disfrazados de paisanos para que vieran si en los Cerrillos habia algun desertor.

Y la verdad quedó de manifiesto.

Aquel oficial volvió diciendo que habia visto en la estancia de Rosas y en unas charcas de Chaves, de que era él administrador, la mayor parte de los desertores, vestidos aún con las prendas militares que les habian dado al ser dados de alta en el regimiento.

Estos datos de que ha hecho uso tambien el señor Rivera Indarte, están perfectamente corroborados.

Fueron las primeras perfidias cometidas por Rosas, en daño de la patria que habia de asolar mas tarde con su bárbara tiranía de veinte años.

El coronel Suarez montó el escuadron que habia llevado y marchó sobre los Cerrillos con ánimo de castigar á sablazos aquel crimen insaudito, cometido por un coronel del ejército.

Pero temió que el Gobierno desaprobara su conducta de una manera severa, y se detuvo á la mitad del camino.

Allí formó un prolijo sumario que remitió

al Gobierno, quien le mandó la órden de volver á la ciudad con la fuerza que tuviera.

Esto prueba que el Gobierno temia á Rosas, y no queria arrostrar la enomistad del caudillo.

Rosas venia con frecuencia á la ciudad, á informarse por sí mismo del estado de la política y medidas que se tomaban referentes á la guerra del Brasil.

Entonces habia trasladado su familia á la que es aún casa de Gobierno de la Provincia, donde vivia con los Ezcurra, como se sabe.

Ya el cretino Juan Manuel, como llamaba a su hijo, descollaba por la estrechez de meollo, y Manuelita, que apenas contaba diez años daba indicios de una sagacidad que no desmintió mas tarde y de una hermosura plácida y delicada.

—Este es el crédito de mi raza, decia Rosas acariciándole la cabeza, pues de este imbecil no hay nada que esperar.

Con el pretexto de estar al lado de su familia, Rosas pasaba en su casa temporadas mas ó menos largas, que dedicaba, como hemos dicho á observar el movimiento político y á mantener mas viva que nunca, su correspondencia con el general Lopez en Santa-Fé.

Sus relaciones con sus padres permanecian frias, lo que no impedia que les hiciera una ó dos visitas durante su permanencia en la ciudad.

En uno de estos viajes, llegó á Buenos Aires el general don Fructuoso Rivera, que como hemos indicado en el capítulo anterior, venia á presentarse al Gobierno, disgustado por que su colega Lavalleja, habia sido nombrado gobernador y capitán general de Montevideo, puesto que él habia acariciado y queria para sí.

Rosas que no perdía oportunidad de acercarse á todo hombre que representara alguna influencia, se hizo presentar á Rivera, estrechando desde el primer momento una amistad franca y desinteresada en la apariencia.

Rivera, que en el fondo no era mas que un pobre paisano, de poca inteligencia y deslumbrado por su posición, quedó encantado de aquel rico y hermoso amigo que le llovía del cielo, tan franco, tan cordial y tan lleno de ofrecimientos.

Rosas por su parte lo caló desde el primer momento y no vió en él mas que un buen instrumento de que podia sacar grandes ventajas.

Los dos amigos simpatizaron fuertemente desde el primer momento.

Rivera, con toda su inocencia y bondad natural, Rosas, con toda la falsía y ruindad de su espíritu pervertido ya.

Pocos dias despues, don Pascual Costa da

ba al general Rivera, un gran banquete al que asistieron todos los principales personajes políticos.

Rosas asistió á él, comprendiendo que allí se hablaria política, lo bastante para hacerle pulsar el verdadero estado de la situación, de la que ya conocia mucho, por lo que le habia sonacado á su flamante amigo en sus ratos de expansion.

A mitad de comida principiaron los brindis, alusivos á la presencia del general Rivera, tema de todos ellos.

Invitado tambien á brindar Rosas, vaciló un momento, pero se decidió al fin, y tomó la copa poniéndose de pié.

Y con aquel ademán travieso y estudiantil que le fué característico en su juventud, recorrió la mesa con una mirada penetrante y dijo:

—Señores, yo brindo complacido á la salud del gaucho Rivera!

Es el mas importante de los gefes orientales.

Rivera aplaudió frenético aquel brindis, que era el que mas le habia gustado, retribuyéndolo con unas décimas inspiradas en honor del gran caudillo del Sur.

Así quedó consagrada la amistad de Rosas con el que mas tarde habia de llamar el *par-dijon* Rivera.

El Gobierno empezó a sospechar del general Rivera.

Se temia que este gefe, llevado por su ambicion de mando, hiciera algun serio movimiento en la provincia de Montevideo, que pusiera en peligro todos los planes del Gobierno.

Para impedir este descalabro, se resolvió tomar á Rivera y no dejarlo mover de Buenos Aires, inutilizando así su influencia perniciosa y su poder personal.

Pero Rosas que en todo estaba, penetró este plan y lo puso en conocimiento de su amigo.

Inmediatamente se ausentó con él á los Cerrillos, sin que nadie lo supiera, donde pasó los mas alegres dias de su vida, como que estaba en su propio elemento.

Allí hizo competencia á Rosas en sus mas difíciles ejercicios, pero siendo siempre vencido por este.

Fué en los Cerrillos que Rivera concertó con Rosas su famoso plan de mover la campaña oriental, donde tenia tanto prestigio como Rosas en el Sur, y sublevarla en su favor.

De esta manera se apoderaria del Gobierno de Montevideo y podria ponerse con grandes elementos, de estorbo para la continuación de la guerra con el Brasil.

Rosas dió á Rivera una gran cantidad de

dinero y elementos para el logro de sus propósitos.

Y lo envió con una gran escolta á Santa Fé, donde debía ponerse de acuerdo con Lopez, para quien le dió Rosas eficaces cartas de recomendacion.

Empezaba á desarrollar Rosas su famoso y admirable plan de la liga de gobernadores suprema muestra de su astucia en que han tratado de imitarlo actualmente, con demasado buen resultado, por desgracia.

Rivera fué á Santa Fé y se puso de acuerdo con Lopez, pero no pudo realizar sus propósitos.

Perseguido tenazmente por el Gobierno, le fué imposible penetrar á la banda oriental, y tuvo que refugiarse y esconderse en las provincias del Interior.

La miseria en que estaba el ejército que operaba contra el Brasil, no escapaba á nadie, ni al mismo Rosas, como es consiguiente, que la miraba con sumo placer.

De este modo el ejército de línea á que tanto temia por la superioridad que podria tener sobre sus gauchos, se aniquilaria y concluiria por quedar reducido á la impotencia.

Con el éxito de aquella cruel campaña, prosperaba el unitarismo sostenido por Rivadavia, y este era un verdadero golpe de muerte dado á los federales, de quienes era campeón en primera línea don Juan Manuel y en seguida el coronel Dorrego, no por que este valiera menos que aquel, pues era una persona de mas importancia intelectual, pero que no disponia de los grandes elementos de don Juan Manuel, que como hemos dicho podia poner ya un ejército de cuatro ó cinco mil gauchos, con una vanguardia de ochocientas lanzas, al mando de los mas prestigiosos caciques de la pampa.

Así es que el triunfo de Ituzaingo fué un rudo golpe dado á aquel carácter miserable, que solo vió en ella preponderancia de Rivadavia y del partido unitario, á quien martirde habia de hacer el blanco del facon de sus peones.

La noticia de aquel triunfo fué recibida con un regocijo que rayaba en el delirio.

Todo eran fiestas y regocijos populares en Buenos Aires.

El nombre de Alvear circulaba de boca en boca, unido al de Lavalle, Brandzen, Olavarria y tantos otros héroes de aquella batalla magnífica.

Y los festejos eran tanto mayores, cuanto que el triunfo de Ituzaingo concidia con otro obtenido dias despues, por el esforzado almirante Brown.

Con trece de sus buques, número con que ningun almirante francés hubiera comprome-

tido un combate, el gran marino habia atacado diez y nueve de las mejores naves brasileñas, en el rio Uruguay.

Aquel combate fue tanto mas terrible, cuanto que los marinos brasileros disputaban el triunfo de una manera bravía y desesperada.

Una de las naves habia sido abordada, y allí, sobre la ensangrentada cubierta, se habia combatido á hacha y á puñal hasta que no quedó á bordo quien disputara la accion de enarbolar en el buque brasilerero el pabellon celeste y blanco, que tantas y recientes glorias simbolizaba.

La artilleria barria las cubiertas de una y otra parte, tiñendo de sangre las mansas aguas del Uruguay.

Los brasileros disputaron por varias horas la gloria de aquel triunfo, con una bravura que siempre les hará honor.

Pero combatian con aquellos viejos lobos de mar, mandados por Brown, marino de temple heróico, y era inútil disputarles un triunfo que podria retardárseles, pero no escaparse.

La flotilla brasilerera, estenuada, despedazada por la metralla y el hacha del abordaje empezó á flaquear y á ceder el terreno, hasta que lo abandonó por completo, solo en un número de tres navios.

De los otros diez y seis, once quedaban en poder de la escuadra Argentina, con el resto de la tripulacion que no habia perecido, y cinco habian sido completamente destruidos.

Este combate fué de los mas reñidos y sangrientos que tuvieron las dos escuadras en todo el tiempo que duró la guerra.

Estas noticias eran recibidas en Buenos Aires con un verdadero frenesí.

Grandes grupos recorrian las calles y plazas dando vivas al Gobierno y pidiendo la prosecucion de aquella gloriosa campaña.

Pero habia que vencer una dificultad terrible, pues por el momento no habia como subsanarla.

El general Alvear, al mismo tiempo que enviaba el parte de su victoria, anunciaba que se internaba en territorio brasilerero, pero que para seguir la campaña con éxito, necesitaba un refuerzo de infanteria y por lo menos un uniforme con que cubrir las carnes de sus heróicos soldados.

Ademas de esto, el Gobierno comprendia que tenia que enviar pertrechos de guerra y algun dinero para contentar aquel ejército impago de tanto tiempo.

Pero de dónde sacar estos recursos imprescindibles?

Cómo hacerse de dinero?

Cómo reunir siquiera quinientos infantes para llenar el justo pedido del general Al-

vear, cuyo ejército se componia en su mayor parte de tropas de caballeria?

Esta era la dificultad que el gobierno se consideraba impotente para vencer.

No habia mas remedio que esperar, y la espera en semejante situacion podia ser la ruina y la pérdida de todo lo adquirido á costa de tan inmensos sacrificios.

El caudillaje alzaba el poncho en el interior y habia que ocurrir á todas partes sin poder atender á una sola como ora debido.

El caos y la anarquia empezaba á asomar por todas partes su cabeza espantable.

El valiente espíritu de Rivadavia empezó á vacilar y á comprender que para salvar el pais era necesario una paz honrosa pero inmediata.

Pero entonces se echaria encima el partido de la guerra, que era inmenso y entusiasta en Buenos Aires y que podia no solo hacer vacilar, pero aún precipitar al Gobierno en una ruidosa caída.

En semejantes condiciones el Gobierno era insostenible.

Para colmo de desventuras la escuadra sufrió un contraste, en el que perdió sus tres mejores navios.

Creyendo que no habia mas salvacion que la paz, para librar al pais de una vergüenza, Rivadavia envió á don Manuel Garcia á tratarla en Rio Janeiro.

Pero fué tal la algazara que armaron los partidarios de la guerra, y tal la rechifla que dieron á Rivadavia y á Garcia, que el Gobierno tuvo que tirar un decreto inmediatamente, anunciando que rechazaba lo capitulado con Garcia y que la guerra seguiria con mas empeño que nunca.

Dias despues de este decreto el virtuoso Rivadavia presentaba su renuncia de la Presidencia, pues no podia gobernar el pais en el estado por que pasaba.

Veamos entre tanto que habia sido y que era del ejército vencedor en Ituzaingo.

## Siempre sangre

Al gobierno de Rivadavia habia sucedido el del doctor Lopez, autor del Himno Nacional, y á este el del coronel don Manuel Dorrego, gefe del partido federal.

El ejército vencedor de Ituzaingo, sin elementos para operar, sufría con una resignacion asombrosa estos cambios de Gobierno, que lo colocaban en una situacion harto precaria y miserable.

Antes de la gran batalla habia perdido su convoy, arrebatado por fuerzas del insigne é incansable Bentus Gonzalves, quedando los gefes y oficiales en la mayor desnudez.

Todo lo que recibian del Gobierno era una racion de carne flaca y otra de iariña, siendo los vicios de entretenimiento cosa desconocida de aquel glorioso ejército.

Despues de la batalla y en la conviccion de que por el momento no habia operacion que emprender, el coronel don Ignacio Oribe se retiró del ejército, con el regimiento de dragones que mandaba.

El incansable guerrillero Lucas Teodoro, aprovechado del movimiento, se emboscó decidido á darle golpe.

Oribe se retiró al Cerro Largo, donde campó con su regimiento.

La poblacion de aquel punto, como era natural, recibió con muestras de la mayor simpatia al gefe que tan brillante papel acababa de desempeñar en la gran batalla.

Una de las tantas manifestaciones que se le hicieron, fué un gran baile que se preparó en su honor y en el de sus oficiales, á que todos ellos fueron invitados.

Tanto el gefe como los oficiales se prepararon á asistir á aquella fiesta.

Jóvenes todos ellos, que hacia mas de un año no tenian otra distraccion que el fragor del combate ni mas perspectiva que la muerte, acogieron aquella noticia é invitacion con un júbilo incalculable.

Todos ellos, sin faltar el mas humilde cadete, asistieron á aquel baile, donde se proponian pasar la noche mas salada de su vida.

Cuán ajenos estaban de pensar que el final de aquella fiesta habia de ser tan sangriento como bullicioso fué su principio.

El activo Lucas Teodoro habia logrado colocarse á á una corta jornada de Oribe, sin ser sentido.

Esperaba el momento oportuno de caerle encima, sin que escapara uno solo, prometiéndose un ruidoso desquite de todas sus derrotas.

Los bomberos de aquel gefe, segun las instrucciones que tenian, fueron á llevarle el aviso, cuando los gefes y oficiales se fueron al baile, dejando el regimiento entregado al reposo, en poder de los sargentos.

Lucas Teodoro se puso inmediatamente en

marcha silenciosa con toda su division, llegando al campamento de Oribe cuando la fiesta estaba en su mayor apogeo.

El estruendo del tiroteo hizo comprender al coronel Oribe de lo que sucedia, pero tarde, muy tarde ya.

La casa donde tenia lugar el baile habia sido rodeada por numerosas tropas, cuyos gefes les intimaban se rindiesen bajo pena de la vida.

Aquellos oficiales bravos y pundonorosos, con su temible gefe á la cabeza, intentaron una resistencia heroica.

Pero qué podian hacer contra una division de caballeria?

Fueron todos ellos hechos prisioneros y conducidos á presencia de Lucas Teodoro, que los remitió al cuartel general con una fuerte escolta.

Entre tanto el regimiento habia sido sorprendido en medio de su sueño mas placido.

Aquellos leales y bravos soldados empuñaron sus armas é hicieron una resistencia desesperada.

Pero esto no hizo mas que enconar á los vencedores.

Al cuarto de hora de una lucha sangrienta é imposible, el noble regimiento sucumbia bajo el sable de aquella fuerza diez veces mas numerosa.

Los brasileros no dieron cuartel, no respetaron nada, lancearon y acuchillaron mientras hubo un soldado con vida.

No escapó ni uno solo de esos bravos, aunque aquella carniceria costó muchas bajas á la division de Lucas Teodoro.

La noticia de este desastre causó profunda impresion en el ejército, que pocos dias despues levantó campamento y se puso en marcha.

Sostenia la retirada el general Lavalleja, con una fuerte division.

Algunos regimientos de caballeria marchaban á vanguardia, reconociendo el campo á derecha é izquierda.

El desastre de Oribe habia vuelto á los gefes previsores hasta la exajeracion.

Durante la marcha hubieron algunos encuentros parciales, aunque de poca importancia.

Entre estos puede contarse la toma del Yermal, en que fué batida y puesta en fuga la division del general Lucas Teodoro.

A éste encuentro siguió otro no menos reñido en el punto conocido por Carapabú, encuentro que fué tambien desgraciado para las tropas brasileras.

El ejército llegó sin otra novedad al Cerro Largo, donde campó el general en gefe

con todo su estado mayor, el regimiento de artilleria y los batallones 1º, 3º y 5º.

El 2º hizo campamento en la costa del arroyo, con todas las caballerias.

En el arroyo de las Cañas estableció su campo la guardia, compuesta de una compania de artilleria y dos regimientos de caballeria, fuerzas que se relevaban todos los meses.

De esta fuerza entró á formar parte un batallon de tapes misioneros, que con su gobernador á la cabeza, se presentó al general Alvear para ayudarlo en la nueva campaña que se decia iba á abrirse.

De este modo quedó el ejército acantonado y un poco tranquilo, mientras en Buenos Aires tenian lugar los cambios de Gobierno á que hemos hecho referencia anteriormente.

La miseria del ejército era terrible.

Los soldados no tenian ya sinó harapos con que cubrir sus carnes, y el alimento no bastaba ni aún para matarles el hambre.

Con intervalo de pocos dias, bajaron á la ciudad, bajo el pretexto de conferenciar, con el Gobierno, los generales, Alvear, Soler y Mansilla.

Dorrego entonces entregó el mando del ejército al general Lavalleja, el mas inepto para mandarlo, pues carecia de todas las dotes indispensables para ello, al extremo de verse el gobierno obligado, mas tarde, de ponerle á su lado al general don Enrique Martinez para que lo dirigiera.

El nombramiento de Lavalleja disgustó profundamente á los demás gefes, tan aptos y meritorios para desempeñarlo.

Es que Dorrego no tenia confianza en ellos, como en Lavalle por que era unitario, y como queria conservar el poder de aquel ejército, único con que podria contrarrestar los elementos de Rosas, de quien desconfiaba, no queria entregarlo sinó en manos de un gefe completamente suyo.

A los pocos dias de estar Lavalleja al frente del ejército, sufrió este uno de sus mas serios contrastes.

El incansable Lucas Teodoro, á pesar de sus derrotas era el gefe que hostilizaba siempre nuestras fuerzas, esperando y espiando los momentos de efectuar sus atrevidos golpes de mano.

Por esto es que Alvear, siempre previsor, habia mantenido una continua vigilancia, para evitar una sorpresa.

Conocia la audacia de este gefe brasiler; sabia que no desoansaba.

Una mañana en que la vanguardia se hallaba descuidada en su campo, aquel gefe preparó una de las suyas.

Las avanzadas habian recorrido gran distancia y regresado con la noticia de que todo

estaba tranquilo y que el enemigo no daba señales de vida.

Con semejante parte los gefes descuidaron su vijilancia y la division se entregó al descanso y á merodear por los alrededores algo con que engañar el hambre que ya se hacia insoportable.

A eso de las diez de la mañana y cuando se preparaban á carnear unos bueyes flacos que les mandara el Estado Mayor como un regalo del cielo, se presentó el ya terrible Lucas Teodoro, al frente de una bizarra y numerosa division de caballeria.

En vano se tocó reunion y á caballo.

No hubo tiempo de efectuar la menor maniobra.

El valiente guerrillero habia hecho tocar á la carga y se les fué encima con un brio y una pujanza inaguantables.

Las tropas aunque sorprendidas y con el tiempo apenas suficiente para desnudar el sable, se lanzaron resueltamente al combate.

No habian tenido tiempo de formar ni organizarse medianamente.

Pero esto poco importaba para soldados de aquel temple.

El combate fué récio pero fatal para los sorprendidos, pues los brasileros bien montados y mejor dirigidos, principiaron á hacer una carniceria, semejante á la que meses antes habian efectuado con los dragones de Oribe.

El batallon de tapes, que se hallaba en el monte, vino en proteccion de la vanguardia bastante á tiempo para impedir que esta fuera completamente esterminada.

Con increíble arrojo batió á los brasileros, obligándolos á retirarse en confusion.

El resto de la vanguardia podia entonces haber efectuado una persecucion ventajosa, pero Lucas Teodoro, hábil y previsor, desde el principio del combate habia mandado un escuadron que arrebatara todas las cabaladas.

Y la órden fué tan bien ejecutada, que no escaparon de la arriada ni siquiera los caballos de la artilleria.

No hubo, pues, con que efectuar no ya una persecucion, pero ni siquiera la mas pequeña salida.

Con estos golpes el ejército quedó sin poderse mover del Cerro Largo.

Todos los cuerpos que lo componian se hallaban en esqueleto.

Las acciones del Ombú, Bacaray, la toma de Valles, Ituzaingo, los Yerbales, y las sorpresas de Oribe y de las Cañas, habian abierto claros aterrantes, reduciendo el ejército á menos de la mitad de su fuerza.

La miseria y el hambre, por su parte, ha-

bian provocado la desercion que aumentó enormemente los claros de los cuerpos.

En Buenos Aires se tenia noticia de esta situacion violenta, con una desesperacion angustiada.

Dorrego entonces, con una habilidad y un tino que no se le conocia, formó cierta alianza con las preponderantes provincias de Córdoba y Santa-Fé, cuyos gobernadores prometieron concurrir con fuertes contingentes.

Entonces empezó una guerra de montoneras y rapiña que alarmó notablemente al Brasil.

El general Lopez se puso en campaña por el territorio de Misiones, y se lanzó á una guerra vandálica y de pillaje, que daba grandes resultados, pues colocaba al Brasil en un verdadero conflicto.

Al mismo tiempo el general Lavalleja penetraba al territorio de Rio Grande, cometiendo todo género de atropellos y depredaciones.

Dorrego se lanzaba en una pendiente tremenda, bien lo sabia, pero no hallaba mejor recurso para continuar la guerra.

Al mismo tiempo que esto sucedia, Dorrego formaba grandes planes, entre ellos uno de secuestro en la persona del emperador Pedro I, planes que, aunque bien concebidos no dieron el resultado apetecido.

Junto con aquellos planes de secuestro, Dorrego, habia formado otros tendientes á secuestrar las tropas alemanas que servian al Brasil, á cuyo efecto mandó enviados de toda su confianza, alemanes tambien.

Estos trabajos dieron mejores resultados, pues una de las dos brigadas alemanas se pasó al cuerpo de ejército que mandaba el general Lavalleja.

Las depredaciones é iniquidades que cometian las tropas de Lopez y las mismas de Lavalleja que operaban en Rio Grande, levantaron una grita endiablada en todas partes.

La prensa reprobó aquella conducta con un lenguaje enérgico, y el general Lavalle bajó á Buenos Aires, protestando de ello á nombre de sus nobles compañeros de armas.

Pero Dorrego no tenia ya mas remedio que tolerar aquello y reprimir como reprimió á los que se lo reprochaban.

Sus desconfianzas sobre Rosas se habian acentuado tanto, que llegó hasta negarle elementos que este le pidió para seguridad de las fronteras.

Esto dió motivo á un disgusto y cambio de palabras violentas entre los dos amigos.

Y la verdad es que, segun parece, el coronel Rosas, comandante general de la campaña empezaba á jugar súcio á su amigo Dorrego,

No faltó quien le dijera que el patron de los Cerrillos se ponía en combinacion con Lopez y otros gobernadores de provincia para echarle una zancadilla, y suplantarle en el mando.

Dorrego vaciló y comprendió que su único sostén, si aquello era cierto, reposaba en el ejército que operaba contra el Brasil, ó mejor dicho, que estaba vejetando en su campamento.

El mismo Brasil vino á sacarlo de su posición embarazosa.

Alarmado con la guerra de montoneras que se le hacia y con la defeccion de las tropas alemanas, resolvió emprender nuevas negociaciones de paz.

Por intermedio del ministro inglés, se hicieron y se firmaron aquellos tratados de paz, que debían ocasionar la tragedia que terminó con la muerte de Dorrego.

Aquellos tratados de paz fueron acogidos en medio de una rechifla tan terrible, por la prensa, el pueblo y el ejército, que el Gobierno se vio obligado á hacer uso de medidas violentísimas.

A causa de esto mismo el Gobierno ordenó el regreso á Buenos Aires del primer cuerpo de ejército.

Por aquel tratado de paz, calificado de infucio, el Brasil y el Gobierno Argentino convenían en declarar que la provincia de Montevideo se constituía en una Nación bajo la forma de gobierno que quisiera adoptar, y cuya independencia reconocían ambos beligerantes.

Estos tratados pusieron á Dorrego en mayor conflicto todavía.

Se hacia una oposicion vigorosa y bien dirigida.

El partido unitario se habia puesto de pié y se preparaba á la lucha, en la próxima eleccion de dos miembros de la Junta de Representantes.

Los unitarios, apoyados en los gefes que habian venido del ejército antes de la paz, iban á quemar su último cartucho para hacer triunfar candidatos suyos que batieran á Dorrego.

Este por su parte con todo el elemento oficial, como se hace hoy, queria á todo trance ganar la eleccion.

Llegó el dia fijado para efectuarla y los unitarios fueron derrotados por la tropa con que el Gobierno invadió los átrios de los templos.

Todos los que han escrito sobre estos acontecimientos, están contestes en el siguiente rasgo del noble general Juan Lavalle:

“Una patrulla de 25 hombres de tropa de línea mandada por un oficial, vino á ordenar los que rodeaban la mesa, á nombre del

Gobierno, que se separasen inmediatamente para que pudieran votar los grupos ministeriales que tenían tomadas todas las avenidas.

Lavalle entonces, que era el representante del pueblo en aquel punto, con la arrogancia que le era característica, se puso al frente de la tropa y dijo al oficial que la mandaba:

—En este momento no hay Gobierno y por consiguiente no puede impartir orden alguna.

Estraño mucho que un oficial de honor que debia esperar una ocasion favorable para demostrar su energia en el campo de batalla, venga á hacer ostentacion de sus armas en el átrio de un templo y ante el pecho del noble pueblo desarmado.

Como general del ejército ordeno á usted que se retire.

Y el oficial obedeció.

A pesar de todos estos esfuerzos, los candidatos del Gobierno triunfaron, como triunfan hoy y triunfarán hasta que los pueblos asuman sus derechos civiles abandonados á los caciques de banda y baston.

Lavalle volvió á ocupar su puesto en el ejército donde se propuso trabajar por los unitarios vencidos, costara lo que costara.

Se preparaban los sucesos que debían concluir esta época desventurada.

Concluida la guerra del Brasil, Dorrego trató de que aquellos valientes que acababan de conquistar una página de gloria para la historia argentina, regresaran á sus hogares.

Al efecto impartió órdenes para que la primera division bajase á Buenos Aires á recibir el premio de sus fatigas.

Esta primera division se componía de los batallones 1, 4 y 5, tres regimientos de artillería y los regimientos de caballería 16 y 17, colorados de las Conchas, Coraceros, etc.

El resto del ejército, á las órdenes del coronel Paz, quedó en la Banda Oriental, representando á la República Argentina.

La primera division en cumplimiento de la orden de Dorrego, se embarcó en las Vacas y llegó á Buenos Aires á mediados del mes de Noviembre.

Los vencedores de Ituzaingo no venían con la arrogancia y satisfaccion que debia suponerse en tropas que acababan de realizar tan estupenda campaña.

Kran soldados que venían agobiados bajo el peso de la verguenza que importaba para ellos la paz con el Brasil.

—Esta paz es una deshonra maldita para nuestras armas, habian dicho los gefes.

Y los soldados habian repetido la frase plenamente convencidos del hecho.

Y ahogando en sus pechos esforzados la



intima satisfacion que les hacia experimentar la vuelta al seno de la patria y la familia, marchaban mustios y cabizbajos, presintiendo acontecimientos terribles.

El general Lavalle, al frente de aquellas tropas, en cuya mirada podia verse una tormenta, mas bien que el guerrero que marcha al descanso, parecia el enemigo inexorable que iba al encuentro del enemigo.

Habia en todo su aspecto todo el ademán de una amenaza sombría.

Honrado y bravo veia en la conducta de Dorrego la tiniebla que iba à envolver la patria en una noche de verguenza y de sangre, y sentia rujir en su pecho generoso toda la indignacion de su espíritu noble.

—Es preciso deponer á Dorrego, habia dicho, suprimirlo, como se suprime una verguenza ó una mancha del traje de la patria.

El ha hundido en la deshonra un ejército que se habia levantado al pináculo de la gloria, y es el ejército mismo quien debe enviarlo à su casa.

Y sus compañeros de armas, aquellos espíritus jóvenes que irradiaba su luz purísima en el cielo de la patria, estrecharon la mano del general aceptando un pacto terrible.

Dorrego, pues, quedaba condenado, y condenado, por aquella misma columna que con el pretexto del descanso, hacia regresar para el sostén de su Gobierno vacilante y contrarestar con ella, si era necesario, los elementos de Rosas, de Rosas, nombrado general de milicias por el Gobierno, de Lopez, y reconocido como tal por el mismo gobernador Dorrego.

Pero todas las tentativas de Rosas contra su amigo, habian desaparecido ante este hecho formidable, que entrañaba para ellos un peligro comun.

La presencia del general Lavalle al frente de un ejército veterano que debia seguirlo como un solo hombre.

Lavalle era unitario, como era militar y como era patriota, es decir, con todo su corazon y con toda la fuerza de las condiciones de un hombre de su carácter.

Era la cabeza que se habia dado el partido unitario, y cabeza que se proponia luchar sin tregua ni cuartel.

Rosas y Dorrego representaban el partido federal, y el primero el elemento bárbaro de la campaña, en pugna con el hombre de orden y con la civilizacion.

Y à ninguno de ellos se les escapó que en Lavalle venia un enemigo que seria preciso anular, tarde ó temprano, à toda costa.

A la proximidad de Lavalle, Rosas y Dorrego se estrecharon, pero sin dejar de desconfiar el segundo del primero.

Dorrego veia en Lavalle un enemigo has-

ta cierto punto, pero no lo creia capaz de atentar con las armas en la mano à la estabilidad del Gobierno.

A Rosas, mas astuto, no se le escapaba todo el rencor que debia anidarse en el espíritu del general de Ituzaingo.

—La campaña en masa apoyará el Gobierno dijo Rosas à Dorrego.

Voy à moverla y organizarla para que esté pronta al primer llamado.

Pero necesito armas, todas las armas que pueda darme el Gobierno.

No se equivoque, Lavalle viene à golpear las puertas del Fuerte con el pomo de la espada.

Dorrego tenia mas miedo à Rosas que à Lavalle.

Creó que este queria mover la campaña para venirle al humo, y le negó las armas que le pedia.

—Lavalle es un soldado de la ley, dijo y no se levantará contra el Gobierno.

Son temores infundados, los suyos, general Rosas.

De todos modos siempre habrá tiempo para mover nuestros elementos.

Sin la desconfianza que Rosas inspiraba à Dorrego, tal vez el movimiento del 1.º de Diciembre no hubiera tenido un fin tan trágico.

Rosas se retiró dando à todos los diablos.

No es que tuviera un interés de generoso patriotismo al querer salvar à Dorrego.

Es que la caída de Dorrego, entrañaba su propia caída y él se hallaba decidido entonces à sobreponerse à todo otro elemento que no fuera el suyo.

Para eso habia trabajado sin reposo durante la guerra del Brasil, y para ello se habia hecho este plan que revelaba toda la diversidad de su astucia.

—Mientras ellos se destrozan en el Brasil, y aniquilan todos sus elementos, yo conservo virgen mi campaña, y el dia de la lucha, quién podrá disputarme el poder?

Lavalle habia venido à contrariar todos sus planes, pero tenia ya mucho camino andado para desconfiar de su poder.

Hombres le sobraban, pero faltábale armas y es por eso que queria despertar toda la desconfianza y temor del Gobierno único medio de conseguirlos.

Demasiado comprendia que Dorrego no confiaba mucho en él y de aquí nacia su desesperacion por armar la campaña.

Calculando el tiempo que Lavalle tardaria en llegar, despachó emisarios de toda su confianza para que reunieran las gentes en los Cerrillos.

Y al mismo tiempo escribia à su amigo y aliado Lopez de Sant'Fé, para que estuviera

sobre aviso y proviniera á sus amigos del interior que debian estar prontos al primer llamado.

—La guerra civil es inminente, les decía, y es preciso no dejarnos acogotar.

Cuando se anunció que la primera division llegaba, Rosas volvió á acercarse á Dorrego para pedirle armas.

Pero el Gobierno, tratando de no herirlo, se las negó nuevamente, volviendo á asegurarle que Lavalle no le infundia ningun temor.

Rosas volvió á retirarse, dispuesto siempre á estar en acecho, mientras el Gobierno terminaba los preparativos para la recepcion de los héroes de Ituzaingo.

Y mientras la Legislatura decretaba pre-

mios y honores, él trataba de reunir todos los fondos posibles, para pagarles algunos de los tantos meses que se les debian.

Y se preparó á recibir gefes, oficiales y tropa, del modo mas espéndido que le fuera posible.

Dorrego en medio de todo, era un gran corazon.

Estaba realmente conmovido con la recepcion de aquellos bravos, y no creia de ninguna manera que ellos fueron los que habian de arrojarlo del Gobierno.

Quién le hubiera dicho que aquellos mismos soldados habian de formar el cuadro para su ejecucion!

Se preparaban, pues, de una manera terrible y rápida los sucesos que habian de encarnar su muerte tan dramática.

## Juan Lavalle

A fines del mes de Noviembre tenia lugar una fiesta conmovedora en Buenos Aires.

El pueblo en masa, sin faltar un solo hombre, un solo chiquillo, se habia echado á la calle con el corazon rebotando de alegria.

Por todas partes se veian grupos que charlaban en medio del mayor entusiasmo.

Mujeres cargadas de flores, confundidas con las damas, llenaban las plazas y avenidas.

No se veia un solo rostro que no espresara una franca alegria, ni una boca que no estuviera entreabierta por la sonrisa mas íntima.

Es que este pueblo se disponia á recibir á sus héroes, que acababan de realizar la campaña mas fecunda y asombrosa de aquellos tiempos, pues la batalla de Ituzaingo era digna rival de Chacabuco y Maipú.

Los soldados de la primera division volaban á sus hogares, trayendo á la cabeza al mas lucido é intrépido de sus gefes: el general Juan Lavalle.

Cuando aquellos soldados legendarios pisaron tierra de Buenos Aires, un viva unánime, un clamoreo frenético salió de todas las bocas.

Era el estallido de la satisfaccion pública, en honor de los vencedores del Brasil.

Las filas de aquellos veteranos donde tantas veces se habia estrellado el enemigo como en una muralla de muerte, eran rotas por el pueblo, que abrazaba á sus soldados cubriéndolos de flores y de caricias.

Aquellos cuerpos volvian á sus hogares de

una manera que hacia tomblar el corazon. Sus rostros altivos y ennegrecidos por el sol y el humo de las batallas, estaban flacos y desfallecidos.

Eran un testimonio del hambre y las privaciones que habian pasado, hambre que aún se veia lucir en sus miradas.

El estado de desnudez en que venian, era terrible, pues muchos de ellos tenian que poner el arma en diferentes posiciones, para tapar sus carnes con las manos, como avergonzados de que las viera el pueblo.

No parecia aquel el ejército de un pueblo culto y justiciero como el nuestro.

Parecian cuerpos de mendigos que acababan de abandonar el hospital.

El pueblo comprendió todas las miserias que habian sufrido aquellas tropas ejemplares, y la compasion ahogó el entusiasmo.

Aquellos veteranos desfilaban silenciosos y sombrios por las calles de su ciudad natal.

No parecian soldados que vinieran á recoger el premio de sus esfuerzos y glorias.

En cada fisonomia se podia leer una amenaza y en cada mirada un estallido de cólera.

Es que al ejército del Brasil se le habian hecho entender cosas monstruosas!

—No se te paga, por que el Gobierno de Dorrego, ha despilfarrado en otras cosas el dinero con que debia haberte dado de comer! se le habia dicho al ejército.

No se te cubren las carnes, ni se te han cubierto durante un año, por que el Gobier-

no de Dorrego ha dilapidado las rentas del país en la política que debía asegurar el triunfo del partido federal.

El Gobierno de Dorrego tiene la culpa de tu hambre, de tu sed y de todas las desventuras por que has pasado.

El ejército había oído todo esto, lo había creído como un evangelio, y por esto se presentaba sombrío y amenazador.

Estaba ávido de ver llegar la hora en que pudiera tomar desquite de tantas iniquidades.

Por eso es que preocupado con su hambre y con sus privaciones, poco caso hacía de las manifestaciones de admiración y alegría con que el pueblo lo recibía.

El pueblo ageno á todas las miserias oficiales y ciego admirador del esfuerzo con que habían combatido aquellos soldados.

A la cabeza de estos veteranos, tan sombrío y amenazador como ellos, venía como hemos dicho, el general Juan Lavalle, el soldado mas brillante de su época.

Lavalle era un patriota en toda la extensión de la palabra.

Su sangre había estado siempre dispuesta á derramarse por el honor nacional, y con ella había ganado uno á uno todos sus grados militares.

Teniente de aquellos famosos granaderos á caballo que son carne de nuestra gloria, hizo su estreno en la Banda Oriental en los rudos combates que sostuvo Dorrego contra Artigas, el terrible Artigas que tomaba cañones á lazo.

Chacabuco y Maipú vieron lucir su espada valiente, conquistando en la primera acción el grado de capitán y llegando á sargento mayor en la segunda.

Espedicionando con el legendario San Martín en el alto Perú, y batiéndose heroicamente en todos los combates y luciendo su valor sereno desde Pisco hasta Pichincha, llegó á teniente coronel.

Mas tarde, en los desastres de Jovata y Moqueguá, alcanzó el grado de coronel, regresando á Mendoza cuyo Gobierno renunció para venir á tomar parte en la guerra del Brasil.

Y la comportación del heroico gefe en aquella campaña le valió subien merecido ascenso á general despues de la batalla de Ituzaingo.

Los unitarios vieron en Lavalle el hombre á propósito para ponerlo frente á Dorrego y los caudillos federales que se levantaban y lo arrastraron poniéndolo á su cabeza.

Rivadavia, el gran Rivadavia se había retirado al silencio del hogar, y los unitarios creían que era necesario destruir á la federalización que se apoyaba en Dorrego, en Rosas y en el caudillo Lopez.

Juan Lavalle era mas corazon que cabeza,

Sus amigos, hombres hábiles y espertos en los manejos de la política habían sabido persuadir á Lavalle que en el partido unitario estaba la verdadera salvación de la patria, y Lavalle se había hecho unitario con toda la potencia de su alma ardiente.

Para él la ruina de la patria estaba en el partido que encarnaba Dorrego, detrás del cual asomaba la pálida cabeza de Rosas.

Era necesario entonces derrocar á Dorrego y volver a llevar al poder á Bernardino Rivadavia, el único que podría salvar al país del caos á que lo precipitaban.

Lavalle estaba convencido profundamente de esta verdad y volvía irritado contra Dorrego, por aquella célebre elección de que hemos hecho referencia en los anteriores capítulos.

Por esto se le veía sombrío y amenazador recorrer las calles de Buenos Aires al frente de sus veteranos.

El ejército desfiló y fué á acuartelarse inmediaciones de la Recoleta, donde todo se había preparado al efecto.

Y mientras los cuerpos se entregaban a las facnas de establecerse en aquel campamento provisório, los gefes y oficiales vinieron al Fuerte a saludar al Gobernador Dorrego.

En el Fuerte los esperaba la fiesta ó recepción oficial.

El coronel Dorrego que era un militar valiente y un hombre de corazon, estaba conmovido a la vista de aquellos jóvenes de rostros tostados, que venían de acometer acciones a cual de ellas mas heroicas.

Despues de felicitarlos cordialmente, les anunció que iba a tomar todas las medidas tendentes a que se les pagaran algunos meses de sus haberes, y los invitó al gran banquete que para ellos había hecho preparar en los cuarteles de la Recoleta.

Pero el colector de rentas no tenía dinero ni de donde sacarlo.

Buenos Aires tenía dinero para pagar tributos miserables a Santa-Fé y otras provincias, tributos que formaban un serio total, pero no tenía con que cubrir algunos meses de sueldos debidos a aquellos meritorios soldados!

Esto lo hacían correr los unitarios que preparaban la caída de Dorrego, entre el ejército, cuya irritación contra el Gobierno crecía por momentos.

Cuando la conferencia de Dorrego y aquellos gefes hubo terminado, estos se retiraron a sus alojamientos.

Venían ávidos de descanso y deseosos de reposar tranquilos.

Lavalle fué en el acto rodeado por los miembros mas influyentes del partido unitario, que empezaron a prepararlo para el mo-

movimiento que segun ellos no se debia retardar.

Lavalle estaba conforme en todo, y dispuesto à hacer el movimiento con aquella tropa que habia creído venir al descanso.

Rosas, desde que llegó Lavalle, no perdía una pisada de los que conocia como enemigos del partido federal y de Dorrego, por consiguienta.

En el acto fué à verse con este, para conjurar el plan de aquellos y convencerlo de que se trataba de arrebatarle el mando.

Pero Dorrego, como siempre, sonrió de aquellos temores injustificados, y volvió à negar à su amigo y aliado las armas que este insistió en pedirle para mover la campaña y apoyarlo con ella, como ocho años antes habia apoyado al gobierno de Rodriguez.

Dorrego tenia mas miedo y mas desconfianza de Rosas, que de aquellos gefes cuyas manos leales habia estrechado momentos antes.

Ademàs el Gobierno no estaba desamparado y à merced del primer movimiento revolucionario que estallara.

Tenia un cuerpo de línea compuesto de cuatrocientos hombres, y algunas otras fuerzas útiles y buenas.

Ya hemos dicho por otra parte que Dorrego era un gefe valiente y ademàs, ni creia ni queria creer que el ejército del Brasil viziara à derrocarlo.

No pudiendo convencerlo y viendo que la ciega confianza de Dorrego iba à ser la perdicion de todos, el patron de los Cerrillos cambió con él algunas palabras duras, y se retiró, dispuesto sin embargo à insistir hasta que le dieran las armas que pedia.

La conjuracion entre tanto aceleraba todos sus trabajos, pues el movimiento no debia retardarse.

Podia apercibirse de ello Dorrego y entonces no poder hacerlo de la manera tranquila y pacífica que estaba convenido.

Al dia siguiente, à la tarde debia tener lugar el banquete anunciado.

Estaba convenido con que à la terminacion de aquel banquete, Lavalle se pondria al frente de sus tropas, é iria à anunciar à Dorrego que podia retirarse à su casa, puesto que su Gobierno habia caducado.

La conspiracion estaba tan bien preparada, que à última hora no trataban ya de ocultarla.

Rosas mandó entonces un anónimo à Dorrego, anunciándole lo que sucedia.

Al mismo tiempo se veia con sus amigos mas influyentes, para que estos fueran al Fuerte, y convenciéran à Dorrego de lo que pasaba y lo hicieran tomar prontas medidas.

Dorrego recibió el anónimo, escuchó à las

personas que fueron à verle, pero no creyó en el movimiento que se le anunciaba.

Era terquedad de Dorrego ó era un convencimiento ciego de que Lavalle no fuese capaz de derrocarlo?

Dorrego no quiso tomar medida alguna de precaucion.

Pero para satisfaccion de aquellos que habian ido à verle, les prometió conferenciar con el general Lavalle al siguiente dia.

Tarde de la noche, volvieron à ver à Dorrego amigos influyentes, con una noticia mas grave.

—La revolucion le dijeron, es el postre que los gefes se preparan para la terminacion del banquete que les ha dado V. E.

Concluido este, van à salir à la calle, y dirigirse a la plaza de la Victoria.

El partido unitario, que es el autor del motin, los apoya con todos sus elementos.

Sin creer todavia Dorrego lo que se le decia, pero por agazajo à las personas que le llevaban la noticia, llamó à uno de los ayudantes de servicio, à quien dió la comision siguiente:

—Vaya usted ahora mismo à la Recoleta, y diga al gefe de mas graduacion de los que están en el banquete, que se presente ahora mismo en el Fuerte, pues el Gobierno tiene algo urgente que comunicarle.

El ayudante partió y Dorrego despidió a sus amigos diciéndoles:

Dentro de un par de horas podré demostrar à ustedes ue sus temores no tienen fundamento alguno.

Podrá ser que los unitarios conspiren, pero nunca serán apoyados por las tropas del Brasil.

En el banquete de la Recoleta sucedia otra cosa muy diversa.

El general Lavalle, rodeado de las personas mas influyentes del partido unitario, esperaba solo la hora de la diana para ponerse en marcha.

Arreglaban los últimos detalles del movimiento, cuando se presentó en el salon el ayudante del gobernador Dorrego y transmitió la órden de que era portador.

El general Lavalle al escucharla, se puso pálido como un cadáver, y levantándose de la mesa, contestó al oficial con acento breve y duro:

Dirá usted al gobernador Dorrego de parte del general Lavalle, que dentro de un par de horas iré al Fuerte, pero que será à sacarlo de las orejas del gobierno de un país que ha deshonrado.

Hay quien sostiene que las palabras de Lavalle fueron mas groseras, pero nosotros nos atenemos a esta version que creemos mas exacta y mas en armonia con el carácter de Lavalle.

El ayudante se retiró aturdido con aquella contestacion, mientras el general que la habia dado abandonaba el banquete y hacia echar diana, preparándolo todo para ponerse en marcha.

El coronel Olavarría salió tambien a ponerse al frente de sus temidos lanceros, comprometido a seguir el movimiento de su amigo y compañero de armas.

Se acercaban los sucesos terribles.

El coronel Dorrego esperaba en su despacho la contestacion de la órden que habia dado y que suponía seria la presencia del general Lavalle ó del coronel Olavarría que era despues de aquel, el jefe mas caracterizado.

Rosas que acechaba los acontecimientos como el tigre que acecha una presa, volvió al Fuerte así que supo que Dorrego habia mandado llamar al jefe mas caracterizado.

—Todavía es tiempo, señor Gobernador, le dijo.

Podemos irnos con los elementos necesarios juntos para organizar un cuerpo de ejército y venirnos sobre la ciudad.

Dentro de dos horas quizá será ya demasiado tarde, porque estaremos prisioneros de Lavalle.

—Yo no deserto mi puesto, señor general Rosas, replicó Dorrego con la soberbia de un soldado a quien se propone una capitulacion bocherosa.

Soy el Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, y sabré mantener mi puesto á pesar de todos y de todo.

—Es que sin ejércitos no se sostienen puestos, y desgraciadamente Lavalle tiene una division fogueada y habituada al triunfo.

—Yo tambien cuento con cuatrocientos hombres habituados á ser leales al Gobierno y un estado mayor digno como esos jefes.

Ademas, añadió, que ya he dicho á ustedes que no creo en semejante movimiento revolucionario.

—Quiera Dios que cuando se convenza ello no sea demasiado tarde!

—Espere usted que vuelva mi ayudante y lo sabrá.

—No me parece difícil que su ayudante no vuelva, repuso Rosas algo incomodado, pues es lógico suponer que los revolucionarios lo hayan prendido.

Dorrego no respondió.

Empezaba á fastidiarse, fastidio que no trataba de ocultar á don Juan Manuel.

Si habrá revolucion, pensaba Dorrego, esta no puede ser otra que la que Rosas me está por hacer, á cuyo fin me pide armas.

El iba á dar forma á su pensamiento con la franqueza que le era habitual, cuando se dejó sentir en la pieza inmediata al despacho, un gran ruido de voces y espuelas.

Dorrego se levantó precipitadamente y fué á abrir la puerta del despacho.

Rosas se levantó y lo siguió.

Los momentos eran solemnes y aquellas espuelas anunciaban para él el estallido del movimiento que tanto temía.

Apenas hubo Dorrego abierto la puerta, apareció en su dintel el ayudante que habia conducido la órden.

En el aspecto del joven podia conocerse á primera vista que era portador de algo muy grave.

Su semblante lívido hasta lo cadavérico, acusaba una emocion que no trataba de ocultar y en la fatiga de su respiracion se comprendia que habia hecho una jornada violentísima.

—Qué hay? qué es lo que sucede? preguntó Dorrego sin darle tiempo á nada.

Qué han respondido á usted?

El oficial balbuceó un momento, secó el sudor que corría por su frente, y mirando á todas partes, dijo:

—Me es imposible repetir lo que me han dicho, repuso, por sus términos groseros, pero se puede afirmar por ello, que desconocen la autoridad del Gobierno.

—Pero qué han respondido á usted? con cuál de los jefes ha hablado? preguntó Dorrego de una manera imperiosa.

—Ya que el señor Gobernador lo manda, no trepido en obedecer, replicó el oficial, balbuciente aún.

Hé aquí las propias palabras, salvo un término insolente.

—Diga usted al Gobierno que desconocemos su autoridad, y que dentro de dos horas iremos á sacarlo...del Gobierno de un país que ha deshonrado.

—Los términos precisos! rujó Dorrego—los términos precisos, señor oficial!

—Que vendrian á sacar á V. E. de las orejas.

—Y cuál ha sido el jefe que ha dado esa respuesta?

—El general don Juan Lavalle.

Dorrego agobió la cabeza inteligente, como si la revelacion de aquel nombre hubiera sido para él un golpe de maza.

Le costaba creer que el general don Juan Lavalle le mandara una contestacion semejante y se pusiera á la cabeza de una revolucion.

—No hay tiempo que perder, le dijo el general Rosas.

Resistir á las fuerzas de Lavalle es una imprudencia y una imprudencia imperdonable.

Ya no habia tiempo de llevar los elementos que tanto necesitaba, pero sí seria aún tiempo de salvar la cabeza.

Vamos, señor Gobernador, la campaña Sud de Buenos Aires es leal, y allí podrá encontrar el Gobierno tropas bastantes para imponer su autoridad.

—Yo no deserto mi puesto, volví á repetir Dorrego, con una amargura infinita.

Pretendo resistir hasta el último momento, señor general, y abandonaré mi puesto cuando no haya mas remedio.

—Pues yo me voy á cumplir con mi deber, dijo Rosas, preparándose á salir.

En el acto disponíndole lo necesario para poder esperar á V. E. con un núcleo de fuerzas en Santa Catalina.

Cuando V. E. salga del Fuerte, sabe que allí tiene el campamento de las tropas del Sud.

Y Rosas salió aceleradamente.

Quería ponerse fuera de tiro de lo que iba á suceder.

Se fué á pié hasta su casa de la esquina Moreno y Bolívar, y montando sobre un caballo que habia en la puerta ya preparado, se puso á escape, seguido de cuatro ó seis soldados de su regimiento que lo esperaban.

Dorrego quedó en el Fuerte rodeado de sus amigos y Ministros que habia mandado llamar con anticipacion, y se puso á tomar aquellas medidas indispensables para salvar la situacion.

Se mandó llamar al Fuerte el batallon de cuatrocientas plazas que constituia la guarnicion de Buenos Aires, y se preparó á todo evento.

Su caballo de confianza quedaba listo en la puerta del Socorro, en prevision de cualquier accidente fatal.

Dorrego se dejaba franca aquella salida, dispuesto á incorporarse á Rosas y venir con las armas en la mano á pedirle cuenta á Lavalle de aquel crimen político, segun la apreciacion de los federales.

El canto alegre y bullicioso de las golorinas, empezaba á anunciar recién el amanecer del primero de Diciembre.

Cuánto suceso no iba á alumbrar la luz de aquella mañana magnífica!

En el Fuerte los oficiales recorrían sus puestos, ávidos de oír sonar el primer tiro que anunciara el combate.

De pronto se sintió un clamoreo espantoso, mezclado al ruido producido por la marcha de un regimiento de caballería.

Los gritos de ¡abajo Dorrego! muera el Brasil! viva Lavalle! vivan los unitarios! llegaron al Fuerte en una confusion imponente.

A la columna en marcha del general Lavalle se habian agregado miles de partidarios exaltados y otros tantos curiosos, de esos que poco se les supone esponer el pellejo,

con tal de presenciar de cerca lo que va á suceder.

Aquella columna que venia rodeaba de un prestigio insuperable, costó la plaza de la Victoria y siguiendo por la de 25 de Mayo, se dirigió al Fuerte.

La cabeza de la columna la formaba, el bizarro batallon 5<sup>o</sup> que mandaba el general don Félix Olazábal.

Pero este gefe, fiel al Gobierno, no habia querido mezclarse en el movimiento y se habia quedado en los cuarteles.

El 5<sup>o</sup> iba al mando de su segundo gefe que pertenecia á Lavalle en cuerpo y alma.

Unas cuantas descargas recibió la columna ocasionándole algunas bajas, pero esta siguió su marcha con toda tranquilidad.

Al llegar á la misma puerta del Fuerte, Dorrego, que como hemos dicho era un valiente, y que se hallaba allí parado, tuvo una inspiracion que creyó salvadora.

—Batallon 5<sup>o</sup>, gritó con una voz llena de energia y de autoridad: batallon 5<sup>o</sup>! flanco izquierdo! marchen!

Empezaba la cabeza del batallon á obedecer aquella voz de mando del gobernador, cuando el segundo gefe que venia en el centro, corrióse á la cabeza gritando:

—Batallon! por el flanco derecho! guia á la derecha! marchen!

El batallon osciló un momento y siguió aquella última voz de mando.

Para Dorrego todo estaba entonces perdido.

El ejército venia decidido á obedecer á sus gefes y estos dispuestos á derrocarlo.

En el Fuerte además, no se habian podido reunir aun todos los elementos de que podian disponer y ya era inútil esperarlos.

La columna dió frente á la casa de Gobierno y Lavalle mandó un ayudante diciéndole que, ó se le entregaba el Fuerte ó lo barría con sus tropas.

—El Gobierno de Dorrego ha caducado, añadió, ha caducado y cae bajo su propia vergüenza y la ignominia que representa los tratados de paz con el Brasil.

Recién sintió Dorrego toda la amargura de su situacion, sintiendo no haber hecho caso á los temores de Rosas y su urgencia de poner sobre las armas á las milicias del Sud.

Así el Gobernador Dorrego, convencido que la resistancia en la ciudad era una quimera, se dirigió á la puerta del Socorro, donde montó á caballo despues de decir á los que quedaban:

—Pueden contestar á Lavalle, que yo me voy por que así me conviene.

Que el hecho de abandonar el Fuerte, no importa abandonarle un Gobierno que ocupó legalmente y por la voluntad del pueblo.

Que dentro de poco me pondré frente á él, no descuidado y confiado como me ha tomado esta noche sino con un ejército tan bueno como el suyo, y que entonces veremos si soy ó no soy el Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires.

Y montando á caballo salió solo en direccion á Santa Catalina, donde le habia dado cita el general Rosas.

Dos ó tres oficiales á él adictos, lo siguieron dispuestos á correr su suerte.

Los demás se plegaron á Lavallo ó se retiraron á sus casas.

Lavallo se dirigió á la plaza de la Victoria despues de ocupar el Fuerte, y anunció al pueblo que el Gobierno de Dorrego habia caducado y huido.

Que convocaba al pueblo á una nueva eleccion, recomendándole desde ya al gran ciudadano don Bernardino Rivadavia.

Una comision compuesta de los miembros mas caracterizados del partido unitario, fué en busca de este noble patricio comunicándole á nombre del pueblo lo que habia sucedido y pidiéndole que ocupara el Gobierno.

Pero se estrellaron con el gran carácter de aquel hombre incorruptible.

—Jamás, contestó Rivadavia ocuparé un Gobierno conquistado por las bayonetas sobre la sangre del pueblo.

Los Gobiernos que nacen en las revoluciones, son Gobiernos malditos que no pueden dar á sus pueblos mas que sinsabores y verguenza.

—Su presencia en el Gobierno es la salvacion del partido unitario y la paz pública.

Desecharlo es un egoismo, pues es el pueblo quien á usted llama.

—Pues decid al pueblo que yo no puedo servirlo en esta ocasion, porque mi Gobierno seria un Gobierno implantado por la fuerza y un Gobierno contra ley y todo derecho.

Ah! si nuestros mandatarios y caciques presentes pensarán del mismo modo!

No los veríamos subir al poder sobre los cadáveres de los mejores hijos de la patria, y sobre la ruina de todo principio, de toda ley y de toda moral política.

Rivadavia fué incorruptible.

No hubo reflexion bastante ni razon suficiente para hacerle aceptar lo que él clasificaba de una verguenza.

Los comisionados volvieron á la plaza á dar cuenta de lo que sucedia, y Lavallo se vió en la necesidad de asumir el Gobierno provisorio, mientras el pueblo nombraba el que mas confianza y simpatias le mereciera.

Las comisiones volvieron á ver á Rivadavia aquella noche, con nuevas instancias para que aceptara el Gobierno que el pueblo

le ofrecia, pero el gran estadista, como le han llamado despues, fué inflexible.

Se negó de una manera que no dejó á los unitarios la menor esperanza.

—Rivadavia es un egoista, dijeron, que abandona á su partido en el trance mas amargo!

No pensemos mas en él, pues se niega por falta de valor para arrostrar la situacion.

Aquel corazon noble y recto, no era comprendido por sus correligionarios, que tan ligeramente lo juzgaban.

Una gran reunion tuvo lugar entonces en San Francisco, cuya reunion, compuesta de los hombres mas notables, nombró á Lavallo gobernador provisorio de la provincia de Buenos Aires, con encargo especial de terminar en la campaña la obra empezada en la ciudad.

El general Lavallo aceptó el Gobierno y nombró al doctor don Valentin Alsina su Ministro general, que debia autorizar todas las resoluciones que fueran del caso, las que por el momento, y en virtud del estado de las cosas, tendrian que ser violentas y enérgicas.

A Lavallo, como á los hombres que lo rodeaban, no se les escapaba que Dorrego habia ido á buscar la incorporacion de Rosas, con cuyo prestigio y elementos propios podia formar un cuerpo de ejército.

Era necesario anular por completo á Dorrego, y quitarle hasta el recurso de levantar la campaña contra la ciudad.

—Arrastrado por Rosas, decian, Dorrego no separará en medios, por vergonzosos que sean.

Buscarán la alianza de todos los caudillos miserables enemigos de Buenos Aires, y se vendrán á ayudarlos al triunfo para saquear las estancias.

Lopez, Bustos, Quiroga, y tanto otro bandido, volarán á la perspectiva del saqueo y aniquilamiento de Buenos Aires, que no comete mas crimen que pagarles subvenciones para que no lo invadan.

Y Lavallo no se equivocaba.

Su odio contra el caudillaje bárbaro que se levantaba en aquella época, era un odio terrible.

Temblaba al recordar que las provincias eran gobernadas por aquel elemento bárbaro y se estremecia de coraje al pensar que á Buenos Aires podia caberle igual suerte.

Lavallo disolvió la Legislatura y todo poder que emanara de Rosas, toda autoridad que emanara de Dorrego, y se preparó á salir á campaña.

—Primero concluiré con Rosas y Dorrego, pues aquel es el caudillo que quiere treparse sobre Buenos Aires con el elemento mas bárbaro.

En seguida continuaré con todos los otros, hasta concluir la santa cruzada que contra ellos me he propuesto seguir.

Ellos no podrán nunca reunir mas que bandidos y montaraces.

Y vive Dios que con un escuadrón de cocoreros, ó con el regimiento de lanceros del bravo Lavarría, hay para pasear toda la República y concluir con los caudillos.

Por que Lavalle además del odio profundo que por estos sentía, tenía el mayor desprecio por esas masas de gauchos y provincianos, a quienes consideraba inservibles como milicias y mucho mas como milicias sin organizacion ni disciplina.

El general Juan Lavalle se preparaba, pues, a una gran campaña, pero que creía fácil y de rápida terminacion.

## La sangre de Dorrego

Adónde habia ido Dorrego en su fuga precipitada?

Con el alma llena de amargura y amenazando de muerte al que llamaba un ingrato, disparó buscando la direccion de Santa Catalina donde creía encontrar á Rosas.

Pero Rosas no estaba allí.

Habia seguido hasta al Monte y pueblo de Lobos, donde tenia grandes elementos que reunir.

De allí habia enviado sus chaques a los Cerrillos, mandando que se incorporaran sus bravos colorados y los numerosos indios de que disponia.

Rosas temia, y con razon, en campo abierto, a las tropas aguerridas y habituadas al triunfo, de que disponia Lavalle.

Solo reuniendo muchos miles de gauchos podria disputar el terreno a Lavalle, si este, como lo presumia salia a perseguir a Dorrego y obligarlo á la batalla.

Con Dorrego Rosas jugaba allí su última carta, todo su trabajo de veinte años al servicio de su sueños de ambicion.

Triunfante Lavalle y apoyado en el ejército del Brasil, el partido federal quedaba decapitado.

Por estas razones y con una actividad pasmosa, Rosas se multiplicaba para reunir sus gauchos y sus indios y esperar á Dorrego con un ejército numeroso.

El auxilio de Santa Fé en aquellos momentos amargos podia tener una influencia decisiva, y Rosas mandó chasques de toda su confianza al general Lopez, para que se pusiera sobre las armas é invadiera a Buenos Aires en apoyo de Dorrego.

Invadiendo Santa Fé por el Norte, Lavalle tendria que fraccionar su ejército, y debilitarse por consiguiente.

En Areco estaba además de guarnicion el regimiento de Húsares, formado y mandado por el legendario coronel Rauch, de quien nos ocuparemos mas adelante.

Dorrego creía contar con la lealtad de aquella tropa, pues el único elemento de desconfianza que habia entre ella era el coronel Rauch, a quien el mismo Dorrego separó del mando poco tiempo antes de esos sucesos.

Rosas no participaba de esta creencia de Dorrego, pues sostenia, que aunque separado Rauch, los oficiales y la misma tropa, serian leales a aquel gefe, ó irian donde él les llamara.

Para mayor confianza, Dorrego habia nombrado gefe de aquel cuerpo al coronel Angel Pacheco, cuya lealtad creía incorruptible.

Se mandó, pues, aviso a ese gefe, para que se incorporara con los Húsares al grueso del ejército.

Dorrego llegó a Santa Catalina, donde no halló a Rosas como lo esperaba.

Pero en cambio encontró una escolta que le habia dejado don Juan Manuel, cuyo oficial le explicó los trabajos que aquel habia ido a emprender al Monte y al partido de Lobos.

Dorrego ya hemos dicho que era un militar bravo y de un carácter firme.

Habia salido de Buenos Aires dispuesto a mover la campaña para disputar el Gobierno á Lavalle.

Tenia, pues, que proceder con cautela para no caer en manos de la revolucion.

Para no llamar la atencion despachó aquella escolta, con órden de incorporarse a Rosas, y prevenirle que pronto estaria a su lado.

En seguida se dirigió al rancho de unos paisanos que conocia, para meditar tranquilamente su plan de campaña.

En Santa Catalina no se conocia aún el movimiento que habia estallado en la ciudad, así es que á Dorrego le fué fácil inventar un pretexto para disfrazarse y esperar la noche.

No seria estraño que algunas partidas revolucionarias recorrieran los pueblos de cam-



pañía, mas inmediatas y era preciso evitar por los medios posibles, encontrarse con una de ellas.

Cuando las primeras sombras de la noche se estendieron por el campo, el general Dorrego, disfrazado de pobre paisano y completamente solo, montó á caballo y tomó la direccion de Cañuelas, donde contaba con algunos elementos.

En Cañuelas, donde llegó al dia siguiente, ya mas tranquilo y solo conocido de algunos parciales que lo rodearon, escribió al caudillo santafecino Lopez, dándole cuenta de lo sucedido, y á la sala de Representantes, anunciando que iba á levantar toda la campaña para venir á castigar aquel crimen político.

El general Rosas, agregaba, está ya al frente de un numeroso ejército, así es que dentro de pocos dias tendré á mi lado mas de cinco mil hombres.

Devorando el despecho que sentia y dominando su sed de venganza, Dorrego descansó un momento en Cañuelas, y de allí se dirigió al campamento de Rosas.

Solo entonces permitió que lo acompañaran las milicias que se habian reunido á su llamado.

Cuando Dorrego llegó, ya Rosas tenia reunidos unos dos mil hombres, esperando que en dos ó tres dias mas se le incorporarian sus colorados en número de cuatrocientos á mil, y como quinientos indios de pelea que tenia reunidos en los Cerrillos.

Era la primer vez que Rosas mostraba en todo su apogeo el gran prestigio que tenia en la campaña.

Incorporado Dorrego, Rosas le entregó todas las fuerzas de que dispenia, empezando á cambiar ideas sobre el plan á seguirse.

Rosas era de opinion que, inmediatamente de efectuarse la incorporacion de las demás fuerzas, se corrieran al Norte, donde quedaban mas próximos para recibir el auxilio que traeria Lopez en persona.

Dorrego era de opinion de mandar sublevar el Norte con algun gefe prestigioso, el coronel Izquierdo por ejemplo, dejar á Rosas en el Sud, y tomar él el centro.

Este no era un mal plan de campaña, por que cualquiera de estas tres divisiones que encontrara Lavalle, podia hacerse perseguir mientras la mas fuerte de las dos se dirijia á ocupar la ciudad.

Dorrego estableció en Lobos su cuartel general, esperando mas fuerzas, y los acontecimientos que no podian tardar.

Impuesto el general Lavalle de los planes de Dorrego por la misma nota que este pasó a la Cámara, decidió ponerse en campaña inmediatamente, para batir á Dorrego y Rosas antes que pudieran reunir mas gente.

Era indudable que el caudillo Lopez de Santa Fé, vendria en apoyo de Rosas y esta certeza llenaba de placer al bravo Lavalle, pues le brindaba la ocasion de concluir una vez por todas con los principales caudillos a quienes por principio detestaba.

Y mientras hacia sus preparativos de marcha, se le oia repetir su frase favorita de:

— Con quinientos de mis coraceros concluyo yo en un dia con todos los caudillos de la República, si se me presentan juntos.

El general Lavalle mandó orden al general Paz para que se moviera sobre Buenos Aires con el segundo cuerpo de ejército que a sus órdenes habia quedado en Montevideo.

En seguida delegó el mando en la persona del almirante Brown, y el dia 5 salió de la ciudad, con su division compuesta de mil quinientos hombres.

De esta division formaban parte los trescientos lanceros que formaban el bizarro regimiento 16 del coronel Olavarría, los cuatrocientos colorados de las Conchas mandados por el coronel Videla y un escuadron de cien hombres a las órdenes del coronel Olazabal, Manuel.

Todas estas fuerzas eran de caballería.

Tres dias despues de esta marcha, Lavalle tuvo conocimiento de la situacion del enemigo, y de los refuerzos que este esperaba del Norte por Santa Fé y de los Húsares de Areco.

A estos últimos envió un chasque en nombre del coronel Rauch, para que se incorporara a ellos.

Este chasque debía ponerse en contacto con el comandante Escribano y el mayor Acha, segundos gefes del cuerpo y leales al coronel Rauch.

El general Lavalle marchó entonces á colocarse en el punto medio entre el Norte y Dorrego, cortando así á este sus comunicaciones mas importantes y hostilizándolo para obligarlo á la batalla.

Sin embargo, Lavalle quiso hacer el último esfuerzo para evitar que se derramara sangre, y al efecto envió un comisionado al campamento de Dorrego.

Este comisionado que era el heroico coronel La Madrid, llevaba instrucciones de ofrecer plenas garantías a Dorrego y sus tropas, si se rendian a discrecion.

De otra manera, los atacaria con todo su ejército al dia siguiente.

Dorrego y Rosas tenian mas de tres mil hombres y una vanguardia de indios de primer orden.

Aunque las tropas de Lavalle eran agueridas y bravas, creyeron que tenian suficientes elementos para resistirlas y aún vencerlas.

Así es que Dorrego respondió á aquellas proposiciones con toda la arrogancia que le era susceptible:

—Es él el sublevado, dijo, y él quien tiene que pedir induljencia al Gobierno legal contra el cual se ha levantado.

Esto pasaba el día 8 á la noche.

Terminada su comision, La Madrid regresó al campo de Lavalle, pues nada le quedaba que hacer allí.

Rosas le proporcionó un baqueano, baqueano que tenia orden de perderlo, pues de este modo retardaba su llegada y ganaban tiempo.

Rosas y Dorrego combinaron el plan que creyeron mas seguro, que fué correrse al Norte, buscando la incorporacion de Lopez, que segun su respuesta, debía ya hallarse en marcha.

Y aquella misma noche se corrieron precipitadamente á Navarro, donde llegaron el día 9.

De este modo creian evitar la batalla, pues era seguro que Lavalle, al recibir la respuesta que al día siguiente le diera La Madrid, iria á encontrarlos á Lobos.

Pero este cálculo les salió fallido, pues el objetivo del general Lavalle era precisamente impedirles el paso al Norte.

En cuanto se le incorporó La Madrid en la mañana del 9, pues la noche anterior anduvo perdido, Lavalle decidió marchar á Navarro, para ocupar el pueblo sacando algunos elementos y enviar descubiertas en todas direcciones para asegurarse del punto preciso que constituia el campamento del coronel Dorrego.

Dorrego empleó en Navarro todo el día 9, en dar descanso á su tropa, y carnear en abundancia, pues las marchas que pensaba emprender al día siguiente iban á ser penosas.

Lo casual de estas dos maniobras, iban á hacer que los dos enemigos se encontraran cuando menos lo esperasen.

Al amanecer del 10, Dorrego desprendió una fuerte descubierta que debía mandar Rosas en persona.

Pensaba moverse en el acto y como buen militar queria tener la certeza de que el camino se hallaba espedito.

Mientras salia Rosas, se quedó Dorrego organizando la marcha y haciendo montar los cuerpos, con caballo de tiro.

De este modo al regreso de Rosas, podria ponerse en marcha inmediatamente.

Rosas llevaba cien hombres elejidos de sus mejores colorados y cincuenta indios baqueanos y con los que podia contar ciegamente en un momento de peligro.

Hombre vivo y gaucho, habia hecho montar aquellos soldados á todo evento, en los mejores caballos del ejército.

Así iba seguro de poder ponerse en salvo, en caso muy posible de un mal encuentro.

Lavalle, segun cálculos debía haber marchado á Lobos, pero podia haber dejado allí algunas fuertes partidas que ocuparan á Navarro.

No tardó mucho en tener noticias ciertas del general Lavalle.

Apenas habia andado dos leguas preparándose á contramarchar en la seguridad de que no habia enemigos, cuando se ensartó con la columna del general Lavalle, que venia forzando la marcha, y á cuya cabeza marchaban los lanceros de Olavarria.

Lavalle reconoció en el acto la tropa, y envió á Olavarria con un escuadron de su regimiento para que los batiera y descubriera el campo mas adelante.

El entre tanto con el resto de la columna siguió en marcha forzada, presumiendo que el ejército de Dorrego no podia estar lejos.

Cuando Rosas divisó esta columna hizo alto, y convencido de que era todo el ejército de Lavalle, mandó dar media vuelta, y se puso en completa fuga.

Olavarria, con su entusiasta escuadron, cruzó sobre su espalda como una tormenta, y empezó á lancear la descubierta, con todo el brillo de aquella tropa sobresaliente.

Cuando Dorrego vió llegar á Rosas en aquel espantoso estado de dispersion, formó sobre tablas una línea de batalla, pues el combate era ineludible.

Segun observó, la fuerza que lo perseguia no podia ser otra que una avanzada, y antes que llegara el ejército de Lavalle, tendria tiempo de prepararse.

Dorrego tendió su línea en los campos de Navarro, dando las espaldas á una laguna, la izquierda y apoyada la derecha en un gran talar inmediato á la estancia de Almeida.

Componian la izquierda de la línea cuatrocientos indios chilenos del cacique Venancio, doscientos cincuenta pampas de Mariano Rosas y parte de los colorados, toda esta fuerza á las órdenes de Rosas.

Al centro habia dos piezas que se habian traído de la frontera, servidas por cincuenta hombres á las órdenes del teniente Parodi.

La derecha, mandada por el coronel Dorrego, la formaban ciento cincuenta Blandengues, mandados por el mayor Espinosa, el regimiento 1º de milicias, de 800 plazas, y el 2º de 900, por los coroneles Izquierdo y Pinedo.

Lavalle se presentaba ya, tranquilamente, con su bizarra línea así dispuesta.

A la izquierda los regimientos 1<sup>o</sup>, 3<sup>o</sup> y 4<sup>o</sup>, mandados por los coroneles Vega, Artayeta y Medina.

A la derecha, el regimiento 17 del coronel Suarez, que se le habia incorporado, el brillante regimiento 16 de Olavarria y los coraceros de Lavalle.

En el centro y un poco á retaguardia venian los colorados de las Conchas mandados por el Coronel Videla, que en número de quinientos hombres formaban la reserva.

Lavalle viendo que Dorrego tenia formada su línea, siguió marchando sin alterar el órden de la suya, y como a cuatro cuadras de distancia, lanzó su izquierda sobre la derecha del coronel Dorrego, que mandaba personalmente.

El choque fué rudo y terrible.

En vano el valiente Dorrego se multiplicaba, en vano alentaba a sus soldados con la palabra y la accion, en vano hacia esfuerzos desesperados, no pudo contener el empuje de aquellos cuerpos, que chocaron de una manera terrible.

Su derecha fué envuelta, despedazada y obligada a dar la espalda.

Las dos piezas de artillería jugaban entretanto con un éxito feliz, sobre la derecha de Lavalle.

Viendo esto el denodado general, resolvió cargar sobre las piezas y sobre Rosas, para de este modo apagar los fuegos de las piezas, ó impedir que Rosas protejiese a Dorrego.

Con este propósito lanzó su derecha sobre la izquierda que mandaba Rosas y cincuenta coraceros sobre aquellas dos piezas de artillería.

El teniente Parodi se sostuvo mas de cinco minutos haciendo una resistencia heroica y disputando al sable de los coraceros aquellos dos cañones que tanta falta hacian para el éxito de la batalla.

Pero, cómo disputar el triunfo á soldados ensobrecidos con su valor y sus triunfos?

Las dos piezas cayeron en poder de aquellos leones, y fueron arrastradas hasta el centro de la reserva.

Olavarria y Suarez cargaron sobre las indias de Rosas con aquel brio y denuedo que dan la confianza segura del triunfo.

Los indios chilenos echaron pié á tierra, mientras que los de Mariano Rosas y los colorados se estendian en una larga ala, agitando todo el ingenio de su estrategia.

Fué aquí donde se trabó el combate más rúico y ruidoso.

Olavarria y Suarez se multiplicaban en el entrevero, atendiendo á donde el combate era sostenido con menos vigor, pero aquellos malditos indios cerraban sus enormes claros, dispuestos á no abandonar el terreno.

Entre tanto, la derecha de Dorrego, al dar vuelta, se habia encontrado con el talar á la espalda, que dificultaba completamente la huida.

Allí empezó entonces la verdadera carniceria, una carniceria horrible.

Dorrego, comprendiendo que todo era inútil por aquel lado, tendió su mirada, desesperado y vió que la izquierda se sostenia aun con estraño brio.

Se corrió á aquel lado, aunque comprendiendo que todo estaba perdido, é invitó á Rosas que se retirara á las Saladas, donde aun podrian rehacerse con la incorporacion de los húsares, que no debian tardar.

—Es mejor huir á Santa-Fé á buscar la incorporacion de Lopez que debe tener un fuerte ejército reunido.

—Yo no puedo abandonar la Provincia de que soy Gobernador, contestó Dorrego, con una altanería infinita.

—Me reharé con los húsares y triunfaré ó caeré con ellos y será lo que Dios quiera.

—No tengo mucha confianza en los húsares porque Rauch está con ellos, dijo Rosas con su increíble sagacidad.

Ese cuerpo pertenece á Rauch, hasta el último soldado, como mis colorados á mí.

Si usted se va entre ellos, mucho me temo que lo vendan y lo entreguen como á un Cristo.

—Tengo confianza en Escribalo, y sobre todo en Pacheco.

—En Pacheco no digo que no, pero Pacheco nada podrá. El manda el cuerpo aparentemente porque es su jefe—pero en un caso de conflicto, los húsares seguirán mas á sus viejos oficiales.

—Son quinientos soldados de primer órden, que es mas de lo que necesitamos para formar otro ejército.

—Pero son soldados que en una circunstancia dada se pueden convertir en otros tantos enemigos.

—Suceda lo que Dios quiera, estoy resuelto á hacerlo así.

—Pues yo me voy a Santa Fé, dijo Rosas, de donde vendré á protegerlo con un ejército fuerte y bien organizado.

Me felicitaré de llegar a tiempo y de que los húsares no lo hayan vendido antes.

Dorrego sonrió bondadosamente ante tanta desconfianza y estrechó la mano de Rosas.

Este que tenia preparada con anticipacion su tropilla, en prevision de una desgracia, montó su mejor caballo y seguido de un grupo de soldados tomó hacia Rojas, buscando el camino de San Nicolás.

Dorrego se retiró del campo de batalla, con una compañía de Blandengues, en rumbo á las Saladas, donde estaba su hermano don

Luis y donde suponía ya á Pacheco con los húsares.

El coronel Dorrego iba lleno de vergüenza y amargura.

Humillado como Gobernador de Buenos Aires y como jefe del ejército, había sido abandonado por quien creyó hasta entonces su amigo mas leal.

Y apresuraba la marcha hácia la casa de su hermano, buscando un doble consuelo.

Un pecho noble y carifoso donde derramar la pena que lo ahogaba, y un cuerpo que podía ser el plantel de un ejército triunfante.

El 10 llegó el Gobernador Dorrego á la estancia de su hermano, donde tomó algun descanso y algun consuelo.

A las diez de la noche se puso nuevamente en marcha, acompañado de su hermano, buscando la incorporación de Pacheco que no debía andar lejos.

Efectivamente, al poco andar, los dos hermanos hacían alto ante el numeroso y aguerido regimiento de húsares, que era toda su esperanza.

Regresaron á lo de don Luis y allí tuvieron una conferencia con el coronel Pacheco.

—En los húsares está mi salvacion, dijo Dorrego.

Tiene usted plena confianza en ellos?

—Es tropa muy bien disciplinada y muy moral, respondió aquel jefe.

Podemos contar con ella, como cuenta conmigo V. E.

Estaban combinando el punto á donde debían dirijirse, cuando entraron á la pieza donde estaban conversando, el comandante Escribano y el mayor Acha.

Ambos estaban pálidos y trémulos, como dominados por una impresion fuerte y extraña.

—Qué es eso? preguntó Pacheco, poniéndose de pié.

—Qué sucede? exclamó Dorrego, acordándose, demasiado tarde, de los temores de Rosas.

—Sucede, contestó insolentemente Escribano, que son ustedes mis prisioneros y que no deben hacer resistencia.

Dorrego y Pacheco echaron mano á sus espadas, pero Escribano saltó hasta el dintel de la puerta, donde se detuvo diciendo:

—Inútil es toda resistencia.

Si ustedes no se entregan, los hago fusilar.

Y mostró del lado de afuera de la puerta, cincuenta húsares formados.

—Cúmplase la voluntad de Dios! dijo Dorrego.

Rosas tenía razon, y yo venía á ensartarme entre traidores, cuando creía venir entre oficiales de honor y dignos.

—Entregarse es ir á la muerte! repuso el coronel Pacheco.

—Sea lo que Dios quiera, exclamó, dirigiéndose á Escribano y á Acha.

Señores traidores, soy su prisionero.

Y entregó su espada.

El coronel Pacheco lo imitó y los dos, bajo segura custodia, fueron conducidos al campamento de los húsares, desde donde el coronel Escribano mandó á Lavalle á darle cuenta de lo que había sucedido, para cumplir las órdenes que de aquel jefe recibiera.

Quando Dorrego y Rosas se retiraron del campo de batalla, la izquierda de Dorrego aun se sostenía, luchando con un encarnizamiento salvaje.

Los indios disputaban el terreno con increíble bravura, pié á tierra y dispuestos á no abandonar el campo hasta no haber caído el último.

Pero cuando echaron de menos la voz del caudillo, cuando comprendieron que Rosas había huido ó caído entre los cadáveres, empezó á apoderarse de ellos una gran desmoralización.

Trataron entonces de combatir en retirada,

para abandonar el campo lo mas enteros que les fuera posible.

Lavalle, al verlos flaquear los hizo cargar vigorosa y decididamente por doscientos caceros, que los echaron á la laguna, donde los esterminaron por completo.

Los indios de Venancio quedaron todos allí, enrojando las aguas fangosas de la laguna.

Los de Mariano Rosas, mas vivos y mas paqueanos del campo, aunque con numerosas pérdidas, lograron diseminarse y emprender la fuga.

El triunfo no podía ser mas completo.

Lavalle quedaba dueño del campo, y había destruido aquel primer ejército, quedándole la convicción de que toda la resistencia que podían oponerle estaba vencida allí.

Campó con sus fuerzas en el mismo campo de batalla, y desprendió á Olavarría para que lo recorriera averiguando lo que había sido de Rosas y Dorrego.

Pero ya Rosas estaba á muchas leguas de distancia, y Dorrego ya sabemos la suerte funesta que le había cabido.

En la madrugada del día 11, el general Lavalle recibió la comunicacion en que se le anunciaba la prision de Dorrego.

—Que marche inmediatamente á Buenos Aires, ordenó y lo entreguen al Gobernador delegado.

Escribano y Acha, con los prisioneros y seguidos de los húsares, emprendieron inmediatamente su marcha hácia Buenos Aires.

Lavalle, cuando dió esa orden, envió diferentes chasques, anunciando á sus amigos y cabezas del partido unitario, que la guerra civil había tocado á su fin, con el triunfo de Navarro que había ocasionado la dispersion del ejército, y la toma de Dorrego, que quitaba á los federales todo pretexto de hacer la guerra.

La cabeza de Lavalle era un cáos.

No se atrevia á tomar por sí determinacion alguna, y enviaba su prisionero á Brown, para que este, como Gobernador delegado obrara segun su recta conciencia.

En cuanto se supo en Buenos Aires, por aquellos chasques la prision de Dorrego, los gefes del partido unitario se pusieron en movimiento y en agitacion.

Para ellos era preciso que Dorrego desapareciera de la exena política.

De otra manera el partido unitario se veria amenazado siempre y tendria que vivir luchando eternamente.

Así lo comunicaron á Lavalle, dándole á entender que la salvacion del partido unitario estaba en la muerte de Dorrego.

Error, funesto error de que mas tarde tendrian que arrepentirse!

Lavalle empezó á recibir primero estas comunicaciones, y la visita mas tarde de los mismos que se las remitian.

Su cabeza era un volcan donde se revolvián por un lado sus deberes como miembro del partido que le pedia la cabeza de Dorrego y sus sentimientos nobles y caballerescos.

El aspecto del soberbio general Lavalle, no era entonces el aspecto de un general vencedor.

Parecia mas bien un militar bajo el peso de una derrota, ó un hombre golpeado por la mas cruel desventura.

Tanto le hablaron y tanto le escribieron,

que Lavalle, sobreponiéndose á todo, decidió hacer el sacrificio que le imponia su partido, asumiendo toda su negra responsabilidad.

Porque Juan Lavalle era un espíritu tan grande y noble, que queria descargar á la conciencia de sus amigos, de un acto que él mismo calificaba de monstruoso.

Lavalle despachó un chasque, para que sin pérdida de tiempo alcanzara al comandante Escribano y le ordenara contramarchar hasta su campamento de Navarro.

Cuando el coronel Dorrego se apercibió de aquel movimiento de contramarcha, no tuvo duda ninguna del fin que le esperaba.

—Quieren mancharse con mi sangre, dijo.

Lo siento por ellos, porque no podrán levantar el calificativo de asesinos con que los marcará la historia.

Escribano forzó la marcha cuanto le fué posible y á la madrugada del 13 se hallaba en el campamento del general Lavalle, con sus tres prisioneros.

El Judas iba á recibir los treinta dineros de su infamia!

Al sentir Lavalle la presencia de Dorrego en su campo, se conmovió fuertemente.

Aún mantenía en su espíritu la fuerte lucha de lo que él creia un deber ineludible contra sus sentimientos.

Se negó á verlo y lo mandó conducir al cuerpo de guardia de los lanceros de Olavarría.

Su hermano fué puesto en libertad con la orden de alejarse de allí, lo mismo que el coronel Pacheco, á quien se intimó bajar inmediatamente á Buenos Aires.

Lavalle ahogó sus sentimientos, se sobrepuso á su corazon y mandó un ayudante con el funesto mensaje.

—Dice el general Lavalle que se prepare usted para ser fusilado dentro de dos horas.

Dorrego ni se conmovió siquiera.

Esperaba aquel acontecimiento, desde que fué preso, y la noticia no lo sorprendia.

—Pregunte usted al general Lavalle, respondió con una serenidad de espíritu que probaba elocuentemente el hermoso valor de que estaba dotado;

Pregunte usted al general Lavalle, que si el imperio de las leyes ha muerto en la Provincia de Buenos Aires.

Lavalle sintió toda la rudeza de aquellas palabras, pero su resolucion era inquebrantable, y no era con palabras, como aquellas con lo que había de cambiarse, mas cuando se hallaba rodeado de personas que lo empujaban en aquella fatal pendiente.

Dorrego, tratando de aprovechar aquel plazo fatal que se le daba, pidió útiles de escribir y redactó algunas cartas, entre ellas una

cuyo contenido es verdaderamente conmovedor.

Es una tierna elejia, cuyo original se conserva aún entre su familia, y que hacemos conocer hoy de nuestros lectores, como una prueba de aquel espíritu sereno:

“Mi querida Angelita, decia.

En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir.

Ignoro por qué; mas la Providencia divina, en la cual confio en este momento crítico, así lo ha querido.

Perdono á todos mis enemigos y suplico á mis amigos que no dén paso alguno en desagravio de lo recibido por mí.

Mi vida: educa á esas amables criaturas.

Sé feliz ya que no lo has podido ser en compañía del desgraciado.

De los cien mil pesos que me adeuda el Estado en fondos públicos, solo recibirás las dos terceras partes y el resto lo dejarás al Estado.

Mi vida: mándame hacer funerales, y que sean sin fausto: otra prueba de que muere en la religion de sus padres

Tu—

*Manuel Dorrego.*“

En seguida de concluir su correspondencia, y viendo que el momento fatal se aproximaba, mandó á llamar á su antiguo amigo el coronel La Madrid, á quien pidió las distribuyera por la direccin de los sobres.

—Deseo, agregó, que sea usted quien me acompañe hasta el lugar de la ejecucion.

Aquella fué una dura prueba para el noble militar, que estaba ligado á Dorrego por una antigua amistad y un aprecio jamás alterado.

A la hora señalada se presentó un oficial, anunciándole que el momento solemne habia llegado.

Al mismo tiempo le rogaba subiese á un carruaje que lo esperaba para conducirlo al sitio destinado al último acto de aquella tragedia conmovedora.

—Es inútil, dijo Dorrego, siempre sonriente, y emprendió su marcha á pié, con paso firme y ademán altivo.

No podia sospecharse que aquel hombre fuera un condenado á muerte!

El ejército de Lavalle se hallaba formado en cuadro, esperando al reo cuya ejecucion debia presenciarse.

Llegado al sitio funesto, se le acercó un

oficial á venderle los ojos, pero el coronel Dorrego lo rechazó con un ademán sereno y hasta cariñoso.

—Es inútil señor oficial, le dijo.

Los hombres como yo no tememos á la muerte.

Quiero mirar vuestros rostros hasta el último momento.

La tropa estaba conmovida y en los mismos soldados que debian cumplir la órden, se notaba un estremecimiento enternecedor.

Se comprendia que los tiradores trataban de evitar el encontrarse con su mirada serena.

Un momento despues, se retiró La Madrid despues de hacer cambiado con Dorrego su última sonrisa.

Y al ponerse el sol de aquella tarde del 13 de Diciembre, se puso tambien para la vida del coronel Dorrego.

Sonó la voz de fuego á la que siguió una descarga, y aquel hombre de extraordinario temple cayó para no volverse á levantar mas.

Lavalle quedó aturdido.

Parecia que la vida de Dorrego al apagarse, hubiera llevado consigo algo de su propia existencia.

Sin embargo y con aquella grandeza de alma que era en él un dote especial, y para evitar que cayera sobre ninguno de sus amigos la responsabilidad de aquel acto, se sentó á su escritorio de campaña y pasó al Ministro de Gobierno la siguiente nota, que es un compendio de aquella jornada terrible.

Hé aquí su testó:

“Señor Ministro:

Participo al Gobierno Delegado que el coronel don Manuel Dorrego, acaba de ser fusilado por mi órden, al frente de los regimien-  
tos que componen esta division.

La historia, señor Ministro, juzgará imparcialmente si el coronel Dorrego ha debido ó nó morir; y si al sacrificarlo á la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseido de otro sentimiento que el del bien público.

Quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires, que la muerte del coronel Dorrego, es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio.

Saludo al señor Ministro con toda atencion.

*Juan Lavalle.*“

## El coronel Rauch

El coronel don Federico Rauch, era un distinguido oficial del batallón 1<sup>o</sup> que habia venido emigrado junto con otros franceses de suma distincion.

Deseando trabajar para hacerse una posicion, se fué al campo, aprovechando una buena propuesta que se le ofreció.

Lejos de la ciudad, librada como estaba la campaña al malon impune de los indios, los pobladores tenian que hacer la defensa de las fronteras para que los indios no arrebataran sus intereses.

Así empezó á figurar Rauch y á crear prestigio en la campaña, por la manera con que adiestraba sus peones para estos combates tan desiguales.

Rauch empezó a practicar así la especial guerra contra los indios, hasta que llegó á ser el jefe mas caracterizado y competente.

Rosas habia mirado con celos muchas veces la preponderancia que tomada Rauch, pero habia guardado silencio, esperando la oportunidad de echarle alguna zancadilla.

Porque mientras Rosas contemporizaba con los indios tratando de atraérselos; mientras él les servia de intermediario para tratar con el Gobierno y los alojaba en los Cerrillos, Rauch les hacia la guerra de la manera mas decidida.

Sin pedir nunca auxilios al Gobierno, tenia el placer de organizar algunos peones que, aumentados por otros gauchos comedidos, solian subir á un número de cincuenta ó sesenta.

Y cuando tenia preparada esa especie de tropa, espíaba los malones, saliéndoles al encuentro y dándoles golpes rícos en lucidos combates.

Estas relevantes condiciones de jefe de frontera, llamaron la atencion del Gobierno, que lo llamó al servicio en clase de comandante de milicias, dándole á cuidar una parte de la frontera.

Rauch habia conquistado así lo que mas ambicionaba.

Una posicion militar frente á un enemigo tenaz y activísimo.

Rauch era un distinguido oficial de infanteria, capaz de sacar un buen soldado del hombre menos apropósito.

Se habia formado en la escuela del gran Napoleon, y á una instruccion militar esquisita, reunia un valor temerario.

—Este nacion es mas guapo que las armas! solian exclamar los paisanos que combatian á

sus órdenes, al verlo en alguno de aquellos formidables entreveros.

Pero se habia encontrado aquí con dificultades insuperables para otro hombre de menos carácter que el suyo.

En primer lugar tenia que prestar sus servicios en una arma desconocida para él: la caballeria.

Si esta caballeria hubiera sido como la caballeria de Ligny y Waterloo, menos mal.

Pero se encontró con gauchos que tenian para el manejo del caballo una destreza práctica y un valor incalculable.

Que peleaban por que sí y por que debia vencer el mas guapo.

La táctica y la disciplina era cosa desconocida para ellos, y lo que es peor, innecesarias.

El facon ó el sable eran armas insuperables y no necesitaban saber nada, porque con ser guapos, que todos lo eran, creian haber resuelto el problema de la guerra.

Rauch tuvo que dedicarse á hacer un profundo estudio del tipo que tenia que mandar, para darle en seguida una organizacion especial.

Era preciso sacar partido de ese conjunto de hermosas prendas que forman la personalidad de un gaucho, para imprimirles espíritu de cuerpo, amor al servicio y confianza en la buena organizacion.

Venciendo estas dificultades poco á poco, el oficial francés se encontró con que tenia que luchar con un enemigo especialísimo, de que no tenia la mas remota idea: el indio.

Este enemigo, de una astucia insuperable y de una táctica endiablada, no sospechada por él, hacia su desesperacion.

Porque Rauch no podia habituarse á la bota perdida, á los movimientos fuera de todo cálculo, y á aquellos despliegues rápidos y habilísimos, que burlaban la maniobra mejor preparada.

Sin embargo, siempre perseverante y con una paciencia que no es muy general en los franceses, estudió la guerra de los indios, al extremo de que era el jefe que mejor la conocia.

Otra dificultad que creyó realmente insuperable, pero que suplió hasta vencerla, fué la cuestion del caballo.

Rauch, que en Europa era un jinete regular, se encontró con que en América era el mas detestable de los murrangos.

Era otra escuela de montar, otros caballos, y otro campo de maniobras.

A pesar de sus enormes esfuerzos, rara era la vez que su mancarron no lo clavaba de cabeza.

De esta manera era imposible hacer la guerra á los indios, siendo el caballo el primer elemento.

A fuerza de golpes se hace el ginete, le dijo un dia un paisano, y Rauch se decidió á poner en práctica aquella rarísima escuela.

Desde aquel dia abandonó sus habituales y pacíficos mancarrones, y empezó á montar cualquier caballo, aunque fuera un potro lo mas bravo.

Pero con esto solo logró hacerse un quintal de chichones y una buena cantidad de recalca'duras y sacadas de hueso, amen de varios porrazos que lo postraron en cama.

No habia ganado un átomo en el arte de la equitacion.

A esta altura de sus progresos híp'icos, se presentó una invasion de importan'cia, para él, que disponia de muy escasos elementos.

Dejar de batirlos era cosa que no podia ser.

Pero batirlos y salir á su enouentro siendo tan maturrango, era una bellaqueria inealificable, pues no tendria otro resultado que ser lanceado, ó arrojado por el caballo y hecho prisionero.

Cómo presentarse tampoco al combate montado en un manso mancarron de aquellos que a panas pueden con su osamenta, único caballo que podia montar sin peligro de caerse?

Esto era lo mismo que presentarse de blanco a la lanza de los indios.

Y estaba resuelto a salir a pelearlos aunque fuera de a pié ó a las ancas de un soldado.

—No vaya señor Raucha! le decian los paisanos.

Mire que es usted muy maturrango y lo van a carnear los malones!

No es para todos la bota de potro y no se puede pelear con los indios sin ser de a caballo!

Lejos de acobardarse por estas risueñas reflexiones, Rauch sintió picado su amor propio y decidió de una manera irrevocable batir a los indios, a todo trance.

Preocupado con la idea de no hacer un papel ridículo ante los paisanos, se puso a meditar sobre su situacion.

Y tanto pensó y aguzó su ingenio, que vino á resolver la situacion de la manera mas inesperada.

Cuando organizó sus gauchos y mandó en-

sillar un oscuro briosísimo que le habian regalado pocos dias antes, los paisanos se miraron llenos de asombro.

—Este hombre es loco y no le tiene consideracion a su cuero, dijeron unos.

—Este hombre es mas guapo que las armas, dijeron otros, y es muy capaz de salirse con la suya!

Cuando Rauch tuvo ensillado su caballo y lista la tropa, recien vino a revelarles su plan temerario, con una accion que demostraba hasta donde iba su valor.

Se hizo amarrar bien, con unos maneadores sobre el caballo y se puso a la cabeza de la tropa.

De esta manera estaba seguro de no caer del caballo y poder combatir con toda comodidad.

Los gauchos abrieron tamaña boca y comprendieron recien la clase de hombre que los mandaba.

Rauch, amarrado sobre su caballo, y con solo sesenta ó setenta hombres, chocó con mas de ciento cincuenta indios, los puso en fuga, y les arrebató parte del arreo haciéndoles mas de veinte prisioneros.

Durante el combate, aquel hombre despertó la admiracion de sus milicianos, infundiéndoles un respeto que jamás habian sentido por gefe alguno.

Por que Rauch se metia en lo mas fuerte del entrevero, distribuyendo cada mandoble que ni mandado hacer, segun los gauchos.

Y estas escenas y combates se repitieron con tanta frecuencia, que el nombre de Rauch llegó a ser el terror de los indios y la ciega admiracion de los paisanos.

Aquellos jamás invadian por el Norte, donde estaba Rauch, y sus milicianos tenian una confianza sin limites en su valor y experiencia.

A las órdenes de Rauch hubieran peleado uno con veinte, plenamente convencidos de su triunfo.

Fué reconocido á tan brillantes servicios, que el Gobierno le confirió el empleo de coronel y lo autorizó a formar el célebre regimiento de húsares, notable por su espíritu de cuerpo y su ejemplar disciplina.

Rauch logró hacerse de esta manera un regular ginete y el terror de los indios, que decidieron no invadir jamás por los puntos que él cubria con su regimiento.

Mas tarde Dorrego le quitó el mando de los húsares que habia formado, por intrigas de Rosas, dándolo al coronel Pacheco.

Pero los oficiales y soldados que él habia formado y educado, le pertenecian mas que al mismo Gobierno que les quitaba su gefe, como lo demostraron la noche de la prision de Dorrego y Pacheco.



Dados estos antecedentes sobre el personaje que entra en escena para desaparecer de una manera tan dramática, sigamos el hilo de nuestra narración necesariamente interrumpido.

Rosas se había ausentado a Santa-Fé, para ponerse en combinación con Lopez, y levantar contra Buenos Aires todo el caudillaje del interior, como Quiroga, Bustos, etc.

A Rosas convenía la desaparición de Dorrego, de la escena política, por que ella lo dejaría dueño del campo y cabeza del partido federal.

Sin embargo, él llegó a Santa-Fé, con el firme propósito de apurar á Lopez para que cuanto antes volase en apoyo del Gobernador derrocado.

Dos días después de su llegada, y cuando Lopez se movía con su ejército, los sorprendió la noticia del fusilamiento del coronel Dorrego.

—Lavalle es un miserable! exclamó Lopez y es preciso esterminarlo.

—Esterminémoslo, repuso Rosas, que en la muerte de Dorrego veía su absoluta preponderancia.

Lopez suspendió su marcha y envió chasques y pliegos para los caudillos Bustos y Quiroga.

La muerte de Dorrego, fusilado por un simple orden militar, le hacía comprender que les esperaba igual suerte si llegaban a caer en manos del general Juan Lavalle.

Era aquel un reto a muerte lanzado al bandalaje, por un militar cuya fibra era demasiado conocida.

Al unirse todos contra Lavalle no hacían más que defender su cabeza, y prepararse de la mejor manera á sostener la guerra sin cuartel que les traería indudablemente el valoroso militar.

Y mientras Lopez tomaba sus medidas por el interior, Rosas despachó emisarios de toda su confianza para que se pusieran en contacto con los caudillejos que él había formado en el Sur de Buenos Aires, y levantarán toda la campaña contra Lavalle, cuyo prestigio se limitaba á la ciudad y á la gente de verdadera respetabilidad.

Fué entonces que alzaron el poncho, el famoso Arbolito, Pancho el Nato, y otros de la misma catadura, en combinación con Mariano Rosas y otros capitanejos y caciques.

En aquellos momentos llegaba á Buenos Aires el digno y benemérito general Paz, al frente del segundo cuerpo de ejército, fuerte de mil quinientos veteranos.

Lavalle se había apercebido tanto de la liga de caudillos que se hacía en el interior,

como de los movimientos que hacían las indias de Rosas en la campaña de Buenos Aires.

Se le iba á ofrecer la oportunidad que tanto había deseado, de encontrarse frente á todos los caudillos de la República, para hacerlos lancear por un escuadrón de sus coraceros.

Lo más urgente de todo era impedir la formación de un grueso ejército en el interior, y batir en detalle ó en conjunto á todos los caudillos.

Las operaciones en la campaña de Buenos Aires era fácil sofocarlas con cualquier regimiento de línea, pues él se preparaba á marchar sobre Santa-Fé, centro de operaciones del caudillaje y donde se formaba el ejército más serio.

Para contener el movimiento de la campaña, el general Lavalle nombró al coronel Rauch con sus húsares, y á un coronel Medina, que mandaba el 4.º regimiento.

El general Paz, con su cuerpo de ejército, recibió orden de moverse sobre Córdoba y batir todo mal elemento que se le pusiera al frente, destruyendo igualmente á Bustos y á Quiroga.

El se reservaba la campaña sobre Santa-Fé, donde estaba el nido principal, con Lopez y Rosas á la cabeza.

De este modo se proponía Lavalle dar un golpe de muerte á los caudillos, su eterna pesadilla.

Para los gefes que como agentes de Rosas recorrían la campaña, y las fuerzas que estos podían reunir, bastaba con el poder que representaban el coronel Rauch y sus húsares.

Rauch se puso en campaña inmediatamente, y en persecución de los grupos que por todas partes se levantaban.

El célebre Arbolito al frente de unos cincuenta gauchos y otros tantos indios, recorría la campaña buscando la incorporación de grupos mayores y cometiendo todo género de iniquidades.

Por otros puntos, y capitaneando otros grupos más ó menos numerosos, campeaban por sus respetos, el conocido Pancho el Nato y un mayor del ejército de línea, Manuel Meza, que habiendo seguido las banderas de Dorrego, se incorporó á Rosas y vino como agente suyo á formar un cuerpo de caballería en el partido del Monte.

El mayor Meza fué desgraciado. Su montonera fué batida y dispersada, quedando él prisionero entre los húsares.

El coronel Rauch lo remitió á Buenos Aires, donde se le formó un consejo de guerra, que lo condenó á ser degradado y pasado por las armas.

Dos días despues el sargento mayor Meza, despues de ser deshonrado ante las tropas que componian la guarnicion de la ciudad, fué fusilado.

La noticia de este nuevo fusilamiento, llevó á los gobernadores de la liga, célebre liga que se ha tratado de parodiar mas tarde, el convencimiento de la suerte funesta que les esperaba.

— Hay que defender ahora hasta la cabeza dijo Rosas á Lopez, y reunir todos los elementos posibles para destruir esta dictadura funesta.

Y mandó emisarios con órdenes terminantes á sus montoneros, de que se reunieran y atacaran á Rauch de una manera eficaz y decidida.

Derrotado Rauch, el partido federal podia fácilmente apoderarse de Buenos Aires, mientras el general Lavalle se internaba en la provincia de Santa Fé.

Los corifeos de Rosas reunidos en número de unos setecientos matreros, se incorporaron al cacique Mariano Rosas, que al frente de quinientos indios, merodeaba por su cuenta y riesgo, campeando por sus respetos.

Esta columna, que se componia ya de mil doscientos hombres, se puso en marcha en demanda del coronel Rauch, que no queria otra cosa.

Sus cabezas eran Mariano Rosas, el coronel Gonzalez, Arbolito, Machado, Aguilera, comandante Almeida y Pancho el Nato.

Almeida comandaba ciento veinte blandengues, que era lo mejor de aquellas tropas.

Hombres vivos y baqueanísimos en la guerra de Montevideo, hicieron su plan de campaña, combinando una trampa que para que Rauch escapara de ella, tenia que ser mas que gaucho.

En el campo conocido por las Biscacheras, hallaron el elemento necesario á aquella trampa infernal.

En aquel campo habia un gran cañadon y pajonal, donde podian ocultarse perfectamente mil ó mil quinientos hombres.

Por el centro de este pajonal, habia un camino bastante ancho para dar acceso á varios regimientos.

Los montoneros resolvieron formar sus tropas en el centro de aquel camino, emboscando los indios de Mariano Rosas, entre el pajonal, á ambos lados del camino.

En esta disposicion harian saber á Rauch que se encontraban allí.

Conociendo la impetuosidad de aquel gefe, era feura de duda que los cargaria en cuanto les echara la vista encima.

Entonces ellos huirian como en derrota y al pasar los húsares por el camino, persi-

guiéndolos, saldrian los indios flanqueándolos y tomándolos por retaguardia.

Así, cuando la confusion de la sorpresa es apoderara de las tropas, ellos darian entonces media vuelta y las cargarían de una manera terrible, como que entonces tenian segura la victoria.

Este famoso plan de batalla que deslumbró á Mariano Rosas, fué puesto en ejecucion inmediatamente.

Se emboscaron los indios en el pajonal y los dragones y milicias tomaron su colocacion en el centro del camino.

Desde los primeros pasos aquel plan diabólico empezó á dar los mejores resultados.

Al saber Rauch que todos los montoneros se hallaban juntos en las Biscacheras, se puso en precipitada marcha sobre ellos.

Lo acompañaban el comandante Melian y el comandante Medina.

El total de su tropa era como de quinientos hombres.

Al ver aproximarse al temido gefe, los montoneros se prepararon al combate, ocupando la izquierda los grupos del comandante Gonzalez y Arbolito, el centro los de Machado, Castro y Aguilera y la derecha los blandengues de Almeida, y las milicias de Pancho el Nato.

Los indios se perdieron entre el pajonal de tal modo, que no los hubiera sospechado allí el ojo mas perspicaz.

Cuando Rauch vió que el enemigo se preparaba como si aceptara el combate, soltó una alegre carcajada, y prometió á sus tropas el mas entretenido de todos sus días.

Sobre la marcha no mas desplegó en batalla la mitad de sus húsares, escalonando el resto por mitades.

Y se lanzó á la carga de la manera decidida y brava que sabia hacerlo.

Apenas habian chocado, los montoneros dieron una rápida media vuelta y se pusieron en precipitada fuga.

— A ellos y á cuchillo! gritó Rauch, poniéndose á la cabeza de lo que creyó una persecucion.

Cuán cara habia de costarle su confianza!

Apenas pasó por el sitio donde se hallaban emboscados los indios, salieron estos y lo flanquearon tomándole la retaguardia en medio de una gritería infernal.

Ante aquella tormenta que se les venia encima cuando menos lo esperaban, las tropas vacilaron sorprendidas y se detuvieron.

Comprendiendo el peligro y dominando la situacion por completo, el valiente Rauch hizo un rápido cambio de frente sobre sus flancos y retaguardia, trabándose un combate sangriento.

Los montoneros que no esperaban mas que esto, dieron media vuelta y se les vinieron sable en mano, por lo que venia a ser un flanco derecho.

No habia lugar á alimentar la menor esperanza.

Aquello era un desastre, y un desastre terrible.

Rauch estaba completamente envuelto y envuelto por un enemigo que le habia preparado aquella situacion.

La carniceria mas espantosa empezó entonces sin cuartel ni compasion.

Rauch, dueño de sí mismo y de la situacion, á pesar del rudo golpe que recibia, comprendió que no habia mas salvacion que la retirada, y una retirada rápida é inmediata.

Organizó como pudo los escuadrones, é intentó forzar el paso, logrando hacerlo, aunque á costa de grandes pérdidas, con los dos primeros escuadrones.

Con ellos se puso á escape tratando de organizarlos sobre la marcha, para volver en seguida á la carga, pero su tentativa fué inútil.

Los indios se les fueron atrás, lanceando á su completa eleccion, en medio de desaforados alaridos.

Rauch apuró entonces la carrera del excelente caballo que montaba.

Se trataba de salvar el pellejo y era una tontera fiarlo y sacrificarlo á la lanza de los indios, sin el menor provecho.

Su caballo era sobresaliente y muy capaz de salvarlo.

Pero el indio tiene mil recursos para contener la marcha del caballo que quiere alcanzar.

No habia corrido Rauch tres cuadras, cuando veinte pares de bolas zumbaron en el aire, y su caballo rodó atado de las cuatro patas, arrástrandolo en su caída.

Rauch se vió rodeado de indios inmediatamente que se disputaban el derecho de herirlo primero.

Quiso hacer uso de su sable y una pistola que llevaba en la mano izquierda, pero un

bolazo terrible dado en la cabeza, lo aturdió por completo, privándolo de toda accion.

Entonces los indios dieron rienda suelta á sus instintos salvajes.

Lo lancearon de tal manera, que cinco minutos despues no se veia en su cuerpo un centímetro cuadrado que no tuviera una lanzada.

Acababa de cerrar los ojos el valiente soldado, cuando los indios prestaron atencion á una gran algazara que se sentia á su derecha.

Era el coronel Nicolás Medina, que corria igual suerte.

Los indios abandonaron el cadáver de Rauch, para tomar parte en la nueva carniceria.

Entonces la china Luisa, célebre despues, que habia asistido a la accion, echó pié a tierra y ayudada por un indio completó la obra de sangre.

Rauch fué degollado y despojado de todas sus prendas de vestir.

La persona que nos ha dado estos datos, hombre de 68 años de edad, la vió muchas veces a la china Luisa usar el gorrete hordado de oro, un lujoso polí, de la forma que lo usaban los soldados de su regimiento.

Pocos fueron los soldados que lograron escapar á aquella terrible carniceria,

Con este triunfo inesperado, los montoneros adquirieron un prestigio fabuloso.

Grandes partidas se les incorporaban diariamente, y sus grupos se acercaban cada vez mas a la ciudad, en donde habia mucho elemento hóstil a Lavalle, que empezó á plegarseles.

Arbolito fué el encargado de llevar a Rosas el parte verbal del ruidoso triunfo de las Biscacheras.

Rosas decidió entonces venir a ponerse al frente de los grupos y levantar en la campaña un poderoso ejército.

Entre tanto Lopez entretendria a Lavalle, para dar tiempo a que Rosas pusiera sitio a la ciudad y la tomara si era posible, á cuyo efecto se le incorporaria con el ejército santafecino.

## El Puente de Marquez

Lavalle entre tanto, y mientras Paz operaba sobre Córdoba, se había internado en la provincia de Santa-Fé en demanda del caudillo Lopez y el formidable ejército que decían había reunido.

Tenia una ciega confianza en su tropa y para él el triunfo solo estaba en chocar con el enemigo.

Militar de escuela y apto, despreciaba esas milicias reclutadas de las estancias, sin disciplina y tenía la convicción profunda de que no había ejército formado con aquellos elementos, por numeroso que fuera, capaz de resistir una carga de sus coraceros, ó de los lanceros de Olavarria.

Pero desde que pisó la provincia de Santa-Fé, empezó a sentir los efectos desesperantes de la guerra de montoneros, efectos que no conocía prácticamente.

De pronto hallaba sobre su flanco derecho ó izquierdo una columna de mil ó mas hombres, que parecía venir a flanquearlo.

Lavalle desprendía entonces a sus coraceros ú Olavarria con sus lanceros, pero al chocar, la columna se dividía en mitades, grupos y pelotones, y desaparecía en dispersion sin que pudieran darle alcance.

Y cuando Olavarria volvía contrariado por aquella fuga que le había burlado una brillante carga, aquella misma columna ú otra análoga aparecía por por el otro flanco, ú hostilizando la retaguardia.

Lavalle volvía a desprender otra fuerza á batirlos, pero sucedía lo mismo que con la anterior.

El enemigo se dispersaba antes de chocar, volviendo a aparecer por otro lado, siempre en son de carga y preparado á la fuga en caso de ser cargado.

Los gefes empezaron a perder la paciencia, y a espiar las columnas enemigas con una especie de frenesí.

Pero nunca logrando el placer de poder darles la mas insignificante carga.

Y esto no era nada, porque solo se refería a las marchas, rompiendo su monotonía.

Habia otra cosa peor, capaz de poner en su colmo, la misma paciencia del buen Job.

Apenas campaba el ejército para reposar las largas marchas, y carnear, las columnas enemigas empezaban a presentarse por todas direcciones, como salidas de la madre tierra.

Si las cargaban, se hacían humo de la mis-

ma manera que habían aparecido, y si no las cargaban, eran capaces de venir hasta los fogones á hostilizar los soldados.

Aquella era una situación desesperada, que no podía seguir sin gran perjuicio del ejército de Buenos Aires, que no comía, no dormía, ni siquiera marchaba á su entera satisfacción.

Lavalle decidió entonces apresurar sus marchas todo lo que se lo permitieran sus estenuadas caballadas, para caer sobre Lopez obligándolo al combate como a Dorrego y aniquilarlo.

Al cabo de dos dias de continua y mortificante marcha, el general Lavalle avistó al ejército de Lopez que estaba tranquilamente campado.

Lavalle tendió su línea sobre la marcha y avanzó para obligarlo a la batalla.

Pero el plan de Lopez era muy diverso. El quería aniquilar y destruir al general Lavalle, pero sin arriesgar una batalla.

Para esto lo había hecho hostilizar continuamente, con el objeto de arruinarle y fatigar sus caballos.

Hombre vivo y práctico sabia que Lavalle era un militar distinguido, reconociendo la gran superioridad de las fuerzas que mandaba.

Una batalla entre sus paisanos, aunque fogueados, con los veteranos del Brasil, tenía que serle fatal forzosamente.

Siendo de caballería la mayor parte de las tropas que mandaba Lavalle, Lopez tomó con empeño el plan de aniquilarle las caballadas y reducirlo así á un miserable estado de inmovilidad.

En estas condiciones podría entonces arriesgar una batalla, puesto que en caso de ser derrotado no podría ser perseguido.

Lopez, desde que comprendió que Lavalle se le venía encima, obligándolo al combate, formó sus tropas en columna de marcha y se puso en retirada rápida.

Lavalle desprendió partidas ligeras que le picaran la retaguardia de un modo tenaz, creyendo que de este modo lo obligaría a dar vuelta.

Pero aunque en esta persecucion perdió algunos hombres, Lopez continuó su retirada apurando sus caballadas a riesgo de postarlas.

Lavalle fué internándose insensiblemente en la provincia de Santa-Fé, halagado siempre

con la esperanza de dar alcance á Lopez y obligarlo á la batalla.

Con pilleria exquisita, Lopez lo llevó á un campo de pasto dafioso, desapareciendo en seguida como si lo hubiera tragado la tierra.

Lavalle campó allí para dar descanso á tropa y caballos, convencido que para vencer á Lopez seria necesario sorprenderlo y aniquilarlo.

Pero aquel descanso fué fatal para su ejército, pues las caballadas que se soltaron aquella noche para q' comieran á discrecion, se enfermaron con aquel pasto terrible, perdiendo muy cerca de la mitad.

Para colmo de desventuras, cuando trataba de ponerse en retirada, á su vez, recibió una noticia que hizo cambiar radicalmente su plan de campaña.

Esta noticia no era otra que el desastre de las Biscacheras y la destruccion de las fuerzas que mandaba el valiente Rauch.

Permanecer en Santa Fé desamparando á Buenos Aires, era una locura que demasiado la comprendia Lavalle.

El caudillaje se apoderaria ó estaria apoyado de la campaña de Buenos Aires.

Rosas en persona habria ido á levantar todo el gauchaje, y la primer medida que adoptaria seguramente, seria interceptar la comunicacion con la capital, centro de todos sus elementos.

Era preciso volar en socorro de Buenos Aires, antes que el cataclismo temido fuese á realizarse.

Y tenia que andar muy listo para llegar á tiempo.

Rosas, á quien Lopez habia nombrado mayor general de su ejército, levantó en un momento mas de diez mil gauchos que acudian á incorporarse de todas partes, con caballo de tiro y hasta con tropillas.

Lopez, con las mejores tropas se preparaba á incorporarse, invadiendo la provincia de Buenos Aires, tan pronto como Lavalle hubiera salido del territorio de Santa Fé.

El digno jefe de aquellos veteranos, ennoblecido por las victorias alcanzadas sobre el Brasil, se puso en marcha con tal precipitacion, que parecia aquella una tropa que huia de un enemigo vencedor.

Y Lopez, queriendo destruirlo lo mas posible, empezó á desprender partidas que, como á su llegada, principiaron á hostilizarlo de una manera terrible, obligándolo á hacer cubrir la retaguardia por sus mejores tropas.

Y como muchas veces trataran de arrebatarle sus caballadas de reserva, tuvo que hacer pasar estas al centro de la columna de marcha, protejiéndolas de esta manera, contra cualquier avance.

A principios del mes de Abril se le incorporó el general Paz, para abandonarlo en seguida, combinando un nuevo plan de campaña que dióse mejores resultados.

Mientras el general Lavalle venia á proteger la campaña de Buenos Aires, tratando de deshacer el ejército de Rosas y Lopez, el general Paz debia marchar sobre Córdoba para dar en tierra con el poder de Bustos, que no era despreciable, y marchar en seguida al interior donde Facundo Quiroga levantaba sus masas de Unitarios y puntanos, contra el partido unitario y en sostén de Rosas.

Lavalle se separó de Paz, seguro del éxito que obtendria este en el interior, y siguió su violenta retirada hacia Buenos Aires, donde llegó con su ejército muy fatigado y completamente á picé.

Pero Lavalle no era jefe de permanecer en inactividad, cuando cruzaba por momentos tan solemnes.

Ee cuanto pisó tierra porteña, envió emisarios para que hablaran con los directores del partido y estos le proporcionaran caballos donde hacer montar la tropa estenuada.

La campaña Norte no era tan partidaria de Rosas como la campaña del Sur,

Se podia sacar de ella hombres hostiles á Rosas y sobre todo elementos de movilidad, que era lo que mas urgentemente se necesitaba.

Entre la gente de posicion y de fortuna, era sobre todo dondó se contaban mas enemigos de Rosas.

Los pobladores del Norte acusaban á Rosas de fomentar las frecuentes invasiones que de Santa Fé les traia Lopez, y veian en Lavalle el poder que debia concluir con aquel compadrazgo innoble y ávido de asaltar el poder y la riqueza pública.

Así es que Lavalle se vió rodeado bien pronto, no solo de la gente de mas valer de la campaña Norte, sino de magníficos elementos de movilidad.

No solo mentó sus soldados en caballos de primer orden, sino que en un par de dias juntó la mas magnífica caballada que jamás hubiera poseido el ejército.

Esto tenia la doble ventaja de que no solo Lavalle se rodeaba de magníficos elementos, sino que quitaba estos á Lopez, quien seguramente invadiria por aquella parte de la provincia.

Disponiendo de estos brillantes auxilios, Lavalle se corrió al Sur inmediatamente y se puso entre Rosas y la ciudad, lo que era ya muy importante.

Rosas habia levantado un ejército incalculable, pues habia llegado hasta rechazar contingentes por que juzgaba que nunca

podria necesitar tanta gente como la que tenia reunida.

Cuando Lavalle evacuó el territorio de Santa-Fé, Lopez se puso en su seguimiento, hostilizándole à su vez la retaguardia, lo que hizo verdaderamente aciaga la retirada del bravo general.

Y preparándose à correrse buscando la incorporacion de Rosas, despachó tres chasques poniendo à Bustos en conocimiento de lo que pasaba, y anunciándole que el general Paz quedaba allí aislado, y que seria muy fácil destruirlo, mas aún, si se ponía de acuerdo con Quiroga para un ataque general.

De modo que cuando Lavalle llegó á Rosas, Lopez se inclinó mas al Norte y de allí se corrió al Sur, buscando su mayor general.

Rosas tenia ya una soberbia columna de doce mil ó mas gauchos y un par de mil indios que componian su vanguardia.

Lopez se le incorporaba con dos mil quinientos hombres, milicianos pero adiestradísimos y bien fogueados en las contiúas correrias del caudillo santafecino.

Con tanta tropa reunida, no era difícil que las de Lavalle, en una desproporcion de quince por uno, sufrieran un contraste.

Lavalle tuvo noticias exactas de las fuerzas de que disponian Lopez y Rosas, pero no por esto se arredró.

Por el contrario, alegrándose de tomarlos reunidos para concluir con ellos, se corrió hasta el Puente de Marquez, campos de Alvarez, donde se situó esperando conocer exactamente la posicion del enemigo.

Toda la fuerza de los caudillos, como la de Lavalle mismo, eran de caballeria.

Este último, como militar de escuela comprendió que, apoyando sus mil veteranos en unos quinientos infantes, el triunfo estaba de su parte.

Aquella infanteria podia recibir entre sus fuegos cruzados las masas de caballeria enemiga y obligarlas á dar vuelta.

Entonces solo quedaria á sus caballerias el trabajo de perseguirlas en su media vuelta y lancearlas por la espalda.

Con este propósito mandó pedir al almirante Brown las fuerzas de infanteria que se hallaban en la ciudad, esperando su incorporacion para moverse sobre el enemigo.

Pero Lavalle tenia que luchar con Lopez que era la astucia personificada y con Rosas que, á la par de una sagacidad asombrosa, reunia una audacia imponderable.

Los caudillos viendo que Lavalle no se movia del Puente de Marquez, sospecharon que esperaria algun refuerzo de la ciudad, y resolvieron atacarlo antes que ese refuerzo llegara.

Con ese intento movieron sus grandes masas sobre el Puente de Marquez, decididos á ahogar las escasas fuerzas de Lavalle, con su enorme superioridad numérica.

Traian como diez y ocho mil hombres, mientras que el general Lavalle solo tenia á sus órdenes los mil veteranos formados por los cuerpos que el lector conoce.

Supo con anticipacion que los dos caudillos se le venian encima, y sin arredrarse y perder un átomo de su confianza en el triunfo, se preparó á la batalla, anunciándolo á sus veteranos con su palabra tranquila y llena de fé.

—Dentro de dos horas, les decia, echaremos diana sobre los despojos de ese gauchaje y de esa indiada.

Lavalle habia recibido un refuerzo de mas de mil hombres, en el momento que menos lo esperaba, y la jornada cambiaba ya de aspecto.

Iban á tener que combatir tres contra diez y ocho, pero así mismo, para Lavalle la batalla era ganada por su parte.

A la aproximacion de aquel ejército, Lavalle tendió su escasa línea como está marcado en el plano que publicamos ayer, con un denuedo que hubiera hecho honor á los mejores soldados del mundo.

Dejó solo un par de regimientos de reserva y echó el resto de sus magníficas caballadas, un poco á la izquierda y á la retaguardia.

De este modo aquellas no podrian de ninguna manera embarazar sus movimientos. Rosas echó sobre Lavalle una vanguardia de dos mil indios, al mando de varios caciques, quedando con Lopez para organizar la primera línea de batalla.

Con tropas como las que mandaba Lavalle, un primer rechazo no era cosa asombrosa, así es que habian formado tres líneas de batalla, siendo la del centro compuesta de las mejores tropas.

En ella figuraban los colorados del Sur y la flor de las tropas santafecinas.

Debilitado, aunque venciera á la primera línea, Lavalle se estrellaria en la segunda, á la que no podia doblar.

La línea de Lavalle recibió la arremetida de los indios con un vigor asombroso.

A los cinco minutos de récio y encarnizado combate, tuvieron que volver caras bajo el sable inaguantable de aquellos guerreros.

Olavarria se puso á sus espaldas con sus memorables lanceros, y los salvajes fueron á guarecerse en la primera línea, dejando el trayecto sembrado por mas de doscientos cadáveres.

Olavarria, obedeciendo las órdenes de Lavalle, volvió á replegarse á la línea, siendo

seguido por tres ó cuatro regimientos, que no se atrevieron á aproximarse mucho.

Estos vinieron á estrellarse con los coraceros, que para cargar solo esperaban que Olavarría concluyera su movimiento.

El choque fué terrible.

Los coraceros, habituados á vencer desde el primer momento cualquier obstáculo, irritados con la resistencia que encontraron en los regimientos que cargaban, se entreveraron y empezó la matanza sin tregua ni descanso.

La batalla, sangrienta batalla, se hizo entonces general en toda la línea.

Nuevos cuerpos envió Lopez á reforzar á los que primero cargaron, y en apoyo de los coraceros concurrió todo el ejército del general Lavalle.

Ante ante aquellos soldados espléndidos los cuerpos santafecinos primero y los milicianos de Rosas despues, cedían el campo, con claros enormes abiertos por el sable de aquellos.

Pero nuevos y nuevos cuerpos eran enviados al combate, y aunque vencedores, los soldados de Lavalle se encontraban con un enemigo siempre igual en número, siempre tenaz y siempre de refresco.

Lopez y Rosas se encontraban algo alejados del campo de batalla, haciendo avanzar los cuerpos que debían reemplazar á los que huían, y observando todas las peripecias del combate.

Estaban ellos mismos deslumbrados por la magnificencia de las tropas de Lavalle, y el valor magestuoso de aquel gefe denodado.

Lavalle notó con dolor que las caballadas de sus tropas estaban postradas y que era urgente hacerlas montar caballos de refresco.

Aprovecharia la primer ventaja para mandar á sus regimientos uno á uno, que practicasen aquella difícil operacion ante enemigo tan numeroso.

Pero desgraciadamente aquella necesidad de su tropa habia sido prevista por el astuto Lopez, que no perdía una sola faz de la batalla.

Hacia ya cerca de cuatro horas que estaban combatiendo al arma blanca, y por mejor que fuese la caballada de aquel ejército, era indudable que al cabo de este tiempo debía hallarse postrada.

Para quitar á Lavalle el recurso de sus caballadas de refresco, ya que no podía hacer desmayar el ánimo de sus tropas, corrió dos de sus regimientos á que las arrebataran.

Aquel movimiento fué observado por el gefe de la escasa reserva, quien la hizo correr hácia la izquierda para evitar el audaz y hábil golpe de mano.

Pero aquellos dos regimientos fueron seguidos por otros dos, y mientras los primeros entretenían á la reserva con un sangriento entrevero, los segundos arrebataron las caballadas, dejando á aquel ejército en su situación mas crítica.

Cuando Lavalle envió el primer escuadrón á mudar caballos y supo lo que habia sucedido, empezó á comprender que seguir la batalla sería sacrificar sus tropas, sin otro provecho que matar mil hombres mas al enemigo.

Vió que este tenía fuerzas para seguir combatiendo con tropas de refresco hasta el otro día y resolvió retirarse del campo de batalla.

Cada soldado habia combatido como un héroe, y los que habian caído, habian caído sí, pero despues de postrar enemigos en número bastante para rodear sus cuerpos.

El general Lavalle reunió los restos de su ejército y empezó á retirarse del campo de batalla de una manera imponente.

Aquellos soldados que habian combatido durante cinco horas sin desmayar un solo momento, abandonaban el campo de batalla con sus frentes erguidas hasta la insolencia, y con el sable siempre en actitud de herir.

Y aquellos dignos gefes de tales soldados, emprendieron la marcha detrás de sus respectivos regimientos, como si quisieran tener el honor de cubrir su retaguardia en la retirada.

Los soldados de Rosas y Lopez no se atrevieron á seguirlos, como si el respeto que inspiraba aquel valor sobrehumano los hubiera privado de toda acción.

—Me parece inútil hacerlos perseguir, dijo Lopez á Rosas.

Van diezmados, desmoralizados y á pié.

En sus condiciones, no tardarán en ceder á la primer tentativa de paz.

Y perseguirlos ahora es obligarlos á seguir batallando mientras quede en pié el último de ellos.

Parece que esos hombres son de fierro para el combate.

El general Lavalle pudo, pues, retirarse sin ser molestado.

La bravura de sus soldados habia contenido al enemigo en una persecucion que debió emprender, dadas las condiciones tremendas en que se efectuaba aquella retirada.

De sus soldados no conservaba mas que tres mil y de estos mismos, raro era el soldado y el oficial que no estuviera herido.

Los caballos completamente postrados, apenas podían sostener su ginete.

Hacerlos salir del paso era empresa imposible.

El general Lavalle dejaba así en aquel cam-

po de batalla, como trescientos hombres muertos y seiscientos heridos.

El ejército enemigo había perdido el triple de esta cifra, mas tal vez, pero poco le suponía.

Solo había lanzado al combate como siete mil hombres, quedando mas de ocho mil, que como Lopez y Rosas, solo fueron espectadores de la sangrienta batalla.

Dejando á Lavalle que se retirara tranquilamente, ellos trataron solo de aproximarse á la ciudad para interceptar sus comunicaciones, y ponerle estrecho sitio mas tarde, y rendirla de esta manera si no la podían tomar por asalto.

La ciudad había recibido la noticia de aquel desastre, y se preparó á defenderse.

El Gobierno la puso en estado de asamblea obligando á servir hasta los extranjeros, lo que motivó un conflicto con el ministro frances, conflicto que dió por resultado el apresamiento de algunos buques.

Tal vez si hubiera sido Rosas solo el que se hubiera levantado contra el poder de Lavalle, la resistencia no hubiera sido tan insustentable.

Pero era el Gobernador de Santa-Fé, eterno enemigo de Buenos Aires el que mandaba aquel ejército, eran tropas santafecinas que habían saqueado siempre nuestra campaña, y cuya paz se había tenido que comprar pasándole una crecida mensualidad.

Cómo era, pues, posible transigir con semejante enemigo, representante del bandalaje?

La ciudad se preparó entonces á la defensa y una defensa vigorosa, formando en su guarnición hasta el último jóven.

La ciudad, en combinacion con Lavalle en la campaña, aunque estenuado y vencido, podía hacer mucho.

Luego, de un momento á otro podía presentarse el general Paz, y malograrles todas las ventajas conquistadas con aquella victoria.

—Es necesario atropellar á Lavalle, dijo Lopez á Rosas, á ver que partido sacamos de su situacion.

Y de acuerdo resolvieron hacerle proposiciones de paz.

Lavalle había seguido su retirada costeano el rio de Matanzas, hasta que no pudiendo seguir mas adelante por falta absoluta de caballos, campó y tomó posiciones, en el paraje denominado entonces por los Tapiales Altolaquirre, hoy Ramos Mejía, segun creemos.

Allí se entregó á meditar sobre el partido que debía seguir para hacerse de recursos y á saborear la amargura de aquel desastre inesperado.

Al dia siguiente de la derrota, el 27 de Abril, recibió Lavalle un pliego de Lopez, de que era portador don Domingo de Oro.

En él se hacian proposiciones de paz sumamente ventajosas.

Se le acordaban todo género de garantías para él y sus bravos.

Pero Juan Lavalle era un carácter templado vigorosamente.

Pensar que él aceptaria condiciones de paz impuestas por Lopez, era un sueño completamente irrealizable.

En cuanto leyó el pliego, lo devolvió al señor de Oro diciéndole:

—Puede usted asegurar al caudillo Lopez de Santa-Fé, que el Gobierno de Buenos Aires no puede ni debe aceptar proposiciones de paz, mucho menos las suyas, mientras pise con tropas armadas el territorio de la provincia.

Oro volvió con aquella respuesta hidalga.

Hay que notar que Lavalle había quedado en los Tapiales con mucha menos tropa que la que salvó del Puente de Marquez, pues al aproximarse á San José de Flores, mandó que se incorporaran á la ciudad las infanterías y cuerpos que de allí habían venido á protegerlo.

Si el ejército de Rosas y Lopez ponían sitio á la ciudad, quedaria sin poderse comunicar con ella.

Pero cuando Olavarria ó algun otro le hacia notar este peligro, respondia con un orgullo infinito:

—Y para qué llevo mis coraceros! Cincuenta de ellos bastarian para llevar mis comunicaciones á la ciudad, ó adonde yo los mande.

Este ha sido un contraste, pero un contraste que tiene remedio, mediante Dios y nuestros soldados.

Y es que Lavalle tenia en sus coraceros una confianza igual á la que tenia Napoleon I en su célebre Guardia Imperial.

Cuando Lopez recibió la respuesta que á sus proposiciones daba Lavalle, perdió los estribos, pero se calmó al punto y se fué á conferenciar con Rosas.

Lopez no era tan bruto como han pretendido pintarlo Rivera Indarte y otros escritores apasionados.

Era un caudillo, sí, pero un caudillo muy perspicaz y de una natural inteligencia, muy superior, fuera de duda, á la de los hombres que han gobernado últimamente y sobre todo al que va á gobernar la provincia de Santa-Fé.

—Usted, dijo á Rosas, tiene bastantes elementos para sofocar á Lavalle por sí solo.

Yo, no solamente no le hago falta, sino que debo retirarme.



Primero, por que con mi presencia al frente del ejército y mis santafecinos, avivo la resistencia de los porteños de la ciudad, enajenándole a usted simpatías, pues ellos no se entregarán jamás al Gobierno de una provincia que miran como estrangera.

Luego, Santa-Fé ha quedado sola, y el general Paz andá por allí.

Es necesario, pues, ponerse a cubierto de un golpe de mano, por que Paz puede arrollar á Bustos en Córdoba; y mandar tomar á Santa-Fé mientras él pone en jaque á Quiroga.

Rosas encontró que su aliado tenía sobrada razón.

El podía obrar por sí solo, y además, el apoyo de Santa-Fé empezaba á convertirse para él en una tutela por demás fastidiosa y pesada.

Lopez tuvo que retirarse de una manera mas precipitada de lo que habia pensado.

En esos dias llegó la noticia que el general Paz, con sus veteranos del Brasil, no solo habia arrollado á Bustos obligándolo a tomar posiciones en la ciudad, sino que habia vencido en desigual combate, despedazándole sus tropas, al terrible caudillo el Tigro de los Llanos, el sanguinario general Quiroga.

No era difícil que Paz se apoderara de Santa-Fé para mantener por aquel lado sus comunicaciones con el general Lavalle, de quien no podia tener noticias.

Aquella liga de gobernadores costó más sangre a Buenos Aires, pero la provincia madre conservó mas integridad y fué mas venturosa que en la segunda liga de pillos, como la llamó el señor Sarmiento.

Con la retirada de Lopez, las filas de Rosas empezaron a engrosar de tal manera, que ya este no tenia ni como uniformarlos ni como armarlos.

Al Gobierno de Brown habia sucedido el del general Rodriguez, cuyos ministros eran el general Alvear y el Sr. del Carril.

El vencedor de Ituzaingo empezaba a empuñar su gloria, por la ambición de poder que lo dominó siempre.

El engañaba al partido unitario pasando por dño de sus miembros mas conspicuos, mientras mantenía relaciones y correspondencia con Rosas, quien lo nombró Ministro en Norte-América donde murió.

Los dias iban pasando y Lavalle empezaba a fastidiarse de su campamento forzado en los Tapiales.

Cortado completamente de la ciudad, mantenía sus comunicaciones, de tarde en tarde, de la manera que habia dicho al bravo Olavarría.

Enviaba cincuenta coraceros con un oficial, a que forzaran las líneas de Rosas.

Y aunque perdieran muchas veces la tercera parte de la fuerza, llevaban el pliego y regresaban con la contestacion.

Pero esta vida nueva para un militar de la actividad y el fuego del general Juan Lavalle era insoportable.

Empezaba a fastidiarse horriblemente, y a buscar en aquella situacion desesperante una salida digna de él y de las tropas que tenia la inmensa satisfacción de comandar.

El ejército de Rosas, como hemos dicho, engrosaba de dia en dia.

No solamente recibia numerosos contingentes y elementos de la campaña, sino que continuamente venian de la ciudad, ciudadanos y oficiales mismos, a alistarse en sus banderas.

El partido federal iba aumentando de una manera imponente.

Las mismas masas unitarias habian perdido el rumbo.

Veian que Lavalle estaba postrado y no se tenía de Paz la menor noticia.

El partido vacilaba y encontraba que no era prudente provocar las iras de aquella masa de veinte y cinco mil hombres que, por lo menos, sitiaban á Buenos Aires.

Paz por su parte, permanecia en Córdoba. Nada sabia de Lavalle, pero comprendia que su puesto era allí.

Abandonar a Córdoba era declararse en derrota.

Y entonces Quiroga y todos los caudillos de la liga del interior, vendrian a golpear las puertas de Buenos Aires, reclamando cada cual su hueso.

Así lo comprendió el general Paz, y aún sin tener noticias de Lavalle, resolvió esperarlas allí a toda costa.

Paz y Lavalle se sostenian, pues, esperando el uno en el otro.

## El gran corazon

El general Lavalle, sufriendo todo género de sinsabores, se sostenia en su improvisado campamento de los Tapiales, comprendiendo que era preciso tomar una resolucion definitiva.

Rosas seguia aglomerando elementos sobre la ciudad, estrechando cada vez mas un sitio en toda regla.

Llegó un momento en que la ciudad empezó a vacilar, fastidiada de aquello y convencida de que Lavalle nada podia contra el elemento de Rosas.

Este seguia ocupando su campamento en el Pino yya en el mes de Junio empezó a prepararse para dar una nueva batalla a Lavalle y operar al mismo tiempo sobre la plaza.

El pais no podia seguir en tal estado de expectativa, con todo paralizado y en completo estado de desorganizacion.

Las resistencias que Rosas tenia en la ciudad eran pocas, desde que Lopez se habia retirado a Santa-Fé.

No se le veia llegar como un enemigo irreconciliable, y sus pasados servicios eran recordados en la plaza, avivados con bastante habilidad por los amigos políticos que permanecian adentro.

Para Lavalle como hemos dicho ya, no estaban completamente cerradas las comunicaciones con la ciudad.

Cada ocho ó diez dias preparaba un escuadron de coraceros, y lo enviaba con pliegos,

El pasaje era difícil, pero aquellos valientes estaban habituados á este género de empresas.

Como sombras, se deslizaban en medio de la noche, por entre los dormidos centinelas sorprendiendo su pesada vigilancia.

Si eran sentidos, peleaban siempre en retirada hasta salvar los pliegos, no siendo nunca sus pérdidas de gran consideracion.

Muchas veces pudieron llegar á su campo conduciendo centinelas y aún oficiales que habian sorprendido durmiendo, pero Lavalle no queria irritar á Rosas, pues habia pulsado la situacion de una manera muy inteligente.

Asies que cuando despachaba sus coraceros, les recomendaba no hostilizar al enemigo, y limitarse al estricto cumplimiento de su comision.

Solo en el caso de ser atacados y de peli-

gro para las comunicaciones de que eran portadores, tenian orden de pelear, y esto, solo en retirada.

Entre los dos ejércitos no habia además aquel ódio natural entre dos enemigos que han combatido rudamente y conservan las armas en la mano, preparados á nuevos combates.

Mas odio hay hoy entre los partidos que combatieron en Junio, que el que entonces existia entre sitiados y sitiadores.

Porque entonces, no se trataba de una conquista humillante y vergonzosa, sinó de partidos que trataban de buscar el bien de la patria, de uno ó de otro modo.

El mismo Rosas, no era aún el miserable que se manchó despues con todo género de crímenes.

Era un ambicioso que queria subir al poder porque se veia sostenido por un gran partido pero que amaba el orgullo de su pais y de su provincia madre, como lo demostró mas tarde y siempre.

En medio de su misma época funesta, Rosas mantuvo el honor nacional á gran altura y la preponderancia de Buenos Aires, sobre todos y todo.

Pero esto vendrá á su tiempo.

Por ahora nos limitaremos á los sucesos que dieron por resultado un Gobierno, que el pais saludó con cierto júbilo y regocijo.

A mediados de Junio la situacion era ya insostenible.

O se daba una nueva batalla sin probabilidades, ó se hacia una paz honrosa para ambos.

En la ciudad no se tenian noticias del general Paz, pues Lopez interceptaba todas las comunicaciones y ni siquiera se conocian sus triunfos sobre Bustos y Quiroga.

Lavalle creyó ya imposible toda incorporacion con su viejo camarada, y se decidió á llevar á cabo un acto verdaderamente grande.

En las condiciones en que el pais se hallaba, una nueva batalla no podia importar otra cosa que un par de mil cadáveres mas, sin el menor resultado práctico.

Lavalle pesó la situacion y se decidió á hacer la paz.

Es que Juan Lavalle era un verdadero patriota, cuyas conveniencias personales era lo último que tenia en cuenta.

Habia tomado con pasion la causa del partido unitario, por que creia que aquel siste-

ma era el único capaz de salvar á la patria del abismo en que rodaba.

Por eso se habia levantado contra Dorrego, fusilándolo, porque habia creído fusilar en él al caudillaje emponzoñado.

Su persona y conveniencias era lo último que miraba, esto, si alguna vez aquel gran patriota detenía en sí su noble mirada.

Habia ocupado el Gobierno, porque así se lo habia exigido su partido, y se habia puesto en campaña contra los caudillos, porque creía que ellos eran para la patria un peligro de muerte.

Así es que desde el momento que pensó en la paz, pensó en ella con toda la fuerza de su alma pura, y se dedicó en cuerpo y alma á llevarla á buen término, con la mayor honra y provecho para el partido unitario.

No tenia á su lado consejeros pérfidos y podia obrar con toda libertad.

El tenia á Rosas por un caudillo, pero no por un bandido.

Lo conceptuaba lo mejor que habia entre los caudillos, que se habian levantado contra él y suponía que tal vez fuera capaz de hacer la felicidad del país, sostenido por aquel gran partido que lo rodeaba, apoyándolo con todo género de elementos.

Y este mismo partido iba á ser la primera víctima de su ídolo.

De todos modos aquel acto no tenia nada de mortificante para el amor propio del general Juan Lavalle.

Iba á tratar con un caudillo porteño, y sostenido en resumidas cuentas, por toda la campaña de Buenos Aires y parte de la ciudad.

Si el país sufría algun perjuicio en ello, de ningun modo podria culparse á Lavalle, sino á la indiscutible mayoría de la provincia que así lo habia querido.

Decidido á hacer cesar aquella eterna batalla, el general don Juan Lavalle, despues de pasar lista de retreta en su campamento, llamó al coronel Olavarria y le encargó el mando de aquellos bravos, mientras duraba su ausencia, con facultades de obrar segun su inspiracion, si durante ella sucedia algun acontecimiento extraordinario.

—Yo voy de incógnito, agregó, á recorrer el campo por mí mismo, pues tengo ganas de hacer algo.

Y embozándose en su capa, pues el frio era excesivo, y acompañado de un asistente de toda su confianza, se dirigió decididamente al campamento de Rosas.

Esta sola accion demostraba toda la grandeza de alma de aquel hombre extraordinario.

Incapaz de un hecho innoble ó de una villanía, juzgaba los demás por sí mismo y no

creía que Rosas fuera capaz de cometerlos.

—Soy un general que va á la carpa de su enemigo, solo, y á tratar de paz—mi persona es para él sagrada, lo como seria la suya para mí.

A Lavalle ni siquiera se le habia ocurrido que podian vengar en él la muerte de Dorrego, ó detenerlo como prisionero para lograr una capitulacion sin condiciones.

Con ánimo tranquilo y corazon sereno, siguió avanzando de una manera resuelta y decidida, hácia el paraje donde sabia que Rosas tenia su cuartel general, sin preocuparse de otra cosa que de las nobles ideas que llenaban su imaginacion patriota.

El cuartel general de Rosas se hallaba á unas seis leguas escasas del campamento de los Tapiales, distancia que tuvo que andar bajo un frio terrible, como que era la noche del 16 de Junio, y helaba por castigo.

De pronto, y próximo ya al campamento de Rosas, Lavalle tropezó con unos 25 hombres, cuyo sargento le hizo hacer alto, preguntándole quien era y donde iba.

Aquellos eran milicianos poco prácticos en el servicio y sus formas.

La cuestion para ellos era cumplir la consigna recibida, poco importaba el como.

Aquel rondin, sin embargo, venia mandado por un oficial de línea.

El general Lavalle no creyó oportuno descubrirse al sargento é hizo llamar al oficial.

Este al ver que solo se trataba de dos personas, se aproximó en el acto y cedió á la indicacion que aquel le hacia, de apartarse un poco de la tropa.

—Qué se ofrece á usted?

—Deseo saber cual es el alojamiento del general Rosas, pues allí me dirijo.

—El alojamiento del general Rosas?

Pero quiénes usted para hacerme esa pregunta y qué se le ofrece con el general?

—Esa no es cuestion suya, señor oficial.

En cuanto á quien soy, soy el general Juan Lavalle—y volteó al decir esto el embozo de su capa.

Esta revelacion hizo en el oficial el efecto de un puñetazo en plena boca de estómago.

Quedó aturrido y sin saber lo que le pasaba.

—Guie usted jóven, guie usted, dijo Lavalle, tratando de hacer volver al oficial de su aturdimiento.

Tengo prisa en hablar con el general y además hace aquí un frio de todos los infiernos.

El oficial dominado aún por la sorpresa, y sin poder todavia darse cuenta de lo que hacia, empezó á guiar al ilustre visitante, hasta el alojamiento de don Juan Manuel.

Es que Lavalle era considerado como un

valiente en el ejército de Rosas, y reputado de una audacia inimitable.

Su presencia allí, solo, y cuando menos se le esperaba, tenía que causar una gran sensación.

¿Qué podía querer Lavalle á aquellas horas y de aquella manera?

¿Vendría detrás de él algun poderoso ejército que no esperaba mas que alguna señal convenida?

—Lo que sea sonará, dijo al fin el oficial, llegando al alojamiento de Rosas y llamando á uno de sus edecanos, que casi dejó caer el mate al saber quien era aquel visitante.

El general Rosas no se hallaba en su alojamiento.

Activo y previsor como pocos, habia salido él personalmente á recorrer los puestos, y rondines, á pesar del frío de la noche, para tener la seguridad de que todos cumplieran con su deber, ó remediar inmediatamente algun mal ó irregularidad que notara.

Rosas además se habia vuelto desconfiado y precavido, á consecuencia de dos tentativas de asesinato intentadas contra su persona, y evitadas de una manera milagrosa.

El señor doctor Bilbao narra estas dos tentativas de asesinato, que le refirió el comandante Chavarria, de la manera siguiente:

“Estando Rosas en el Rosario, recibió el oficial don Bernardo Chavarria, mandado por el doctor Vicente Maza, de Buenos Aires, para descubrirle un plan que se habia acordado, de hacerlo asesinar.

Al efecto, se le prevenia que un hombre debía presentarse solicitando colocacion en el ejército y que iba con un nombre supuesto.

El individuo se presentó á Rosas.

Rosas lo recibió con toda amabilidad, agradeciéndole la adhesion que manifestaba por su causa y ofreciéndole una colocacion á su lado.

El agente se mostró satisfecho.

Rosas lo mandó ir á descansar.

Cuando el hombre habia andado unos veinte pasos, aquel le dió un grito por la espalda, Hamándolo por su nombre propio, y el agente, poco hábil, volvió la cara sorprendido.

Rosas lo llamó entonces y lo apostrofó por su perfidia, descubriéndole el plan que allí lo habia llevado.

Y el hombre, aterrorizado, lo confesó todo y pidió perdon.

—Pero qué te inducia á cometer ese crimen? le preguntó.

—Me habian ofrecido regalarme la estancia Peldino, repuso aquel infeliz.

—Pero no seas bruto, hombre de Dios!—qué pino ni qué pino te habian de haber dado!

Lo que habrian hecho era matarte en premio de tu accion.

Luego, despues de meditar un momento, agregó:

—Lo que yo debía hacer contigo era fusilarte; pero te perdono, ordenándote que antes de transcurridas veinte y cuatro horas te encuentres fuera de esta provincia, para que yayas á contar lo que te ha pasado á los que te mandaron.

Pasado este incidente y cuando Rosas venia en marcha por el Saladillo, fué descubierto un negro que llevaba la misma mision del que fué descubierto en el Rosario.

Pero este fué fusilado sobre la marcha.

Esto es lo que habia vuelto á Rosas desconfiado, haciéndole rodearse de mil precauciones de seguridad.

Y temiendo que hasta la traicion pudiera aclimatarse en sus filas, el mismo recorría los puestos avanzados y los diferentes cuerpos de guardia.

Lavalle no se mostró muy contrariado con la ausencia de Rosas.

—Supongo que no tardará en volver, dijo.

—Quién sabe, general, replicó el edecan.

El general Rosas cuando sale de noche suele no volver hasta la diana, pero yo voy á mandar buscarlo ahora mismo.

—De ninguna manera.

Falta hará donde esté, y yo no tengo ninguna prisa, siéndome indiferente esperarla hasta la diana.

Eso sí, le ruego me introduzca á su pieza, y dé colocacion á mi asistente como á los caballos.

Aunque con cierto recelo de lo que dijera Rosas, el edecan introdujo al general Lavalle, al aposento de su general.

Lavalle empezó por encontrar la causa de Rosas muy buena y concluyó por encontrarse el mismo demasiado cansado.

Reflexionó que el general Rosas podria tardar en volver, pues poca le seria la noche para recorrer toda la linea y decidió recostarse en la cama para esperarlo de una manera mas cómoda.

Lavalle estaba materialmente postrado por la fatiga.

Aquella cama lo atraia de una manera irresistible.

Concluyó el mate que le habia alcanzado uno de los asistentes de Rosas, y se recostó en la cama á esperar al segundo.

Cuando el asistente volvió, el general Juan Lavalle dormia profundamente.

Al verlo, nadie se hubiera sospechado que era el general de un ejército que se hallaba en campo enemigo, y en la misma cama de su irreconciliable adversario, de quien muy bien podia esperar una horrible represalia.

¿Qué era lo que habia llevado á Lavalle al campo de Rosas?

Un movimiento generoso de su corazon liberal, que el lector va á comprender en seguida.

Con motivo de su llegada, el cuartel general estaba en gran agitacion.

Los edecanes de Rosas iban y venian esperando su vuelta, mientras los principales gefes se acercaban á informarse de lo que sucedia.

Ninguno atinaba con la causa que habia motivado aquella inesperada visita, ni podian darse cuenta de su objeto.

Y al conocer la franqueza con que el noble militar se habia tendido en la cama de Rosas á descansar de sus fatigas, no podian darse cuenta de todo aquello.

No podia ser cosa convenida con el general Rosas, puesto que no le habian oido una palabra al respecto.

Esperando el regreso de este para poder atar cabos y soltar sargentos, se pusieron á tomar mate y hacer los pasmosos comentarios del susceso.

Algunos pensaban que el general unitario se habia vuelto loco, y no faltaba quien asegurara que aquello debia ser una traicion.

—Lavalle habra ombescado su ejército cerca de aquí, decian, y habra venido á descuidar al general con algun arreglo ó trégua.

Y cuando se descuido y retire sus avanzadas, caerá sobre él como un trueno, segun tiene de costumbre.

—No hay que fiarse del general Lavalle, decian otros.

Es mas guapo que las armas y mas audaz que un zorro viejo.

Felizmente el patron no se mama el dedo, y mas que gaucho ha de ser el que lo engañe!

Estaban en lo mejor de los comentarios, cuando se apareció en su alojamiento el general Rosas, seguido de sus ayudantes.

Indudablemente lo que mas lejos se hallaba de su espíritu era que en su misma cama y dormido profundamente iba á hallar al vencedor de Navarro.

—Mi general, dijo uno de los edecanes á penas hubo Rosas echado pié á tierra;

Mi general, añadió con exajerada agitacion, el general Lavalle. . . .

—Qué hay con el general Lavalle? preguntó Rosas sorprendido, y creyendo que se trataba de algun peligro, segun la agitacion del edecan.

—El general Lavalle está ahí.

Como Rosas no podia ni siquiera sospechar de la realidad de lo que sucedia, entendió que el dicho de estar Lavalle ahí, significaba que el enemigo estaba encima, y que de un momento á otro verian llegar sus terribles regimientos sable en mano.

—Y lo han reconocido? preguntó, volviendo á tomar el estribo para montar nuevamente.

Se sabe con cuánta gente está ahí?

Pronto, mis ayudantes! á ordenar á los diversos cuerpos que ensillen y estén preparados para la primera orden.

El edecan comprendió inmediatamente el error del general y se apresuró á decir.

—No es eso, mi general, no es eso, el general Lavalle está aquí, sin mas ejército que un asistente.

—Aquí, en mi alojamiento? preguntó Rosas palideciendo.

Usted está soñando!

—No señor, mi general, el general Lavalle llegó aquí hará tres ó cuatro horas, y á su pedido fué introducido al dormitorio.

Cuando fueron á ofrecerle un mate, le hallaron sobre su cama profundamente dormido.

Y refirió en seguida, en sus menores detalles, lo que habia sucedido desde la llegada del general, añadiendo por supuesto, los comentarios que allí se habian hecho.

—No será esta ño que esto envuelva una traicion y no será de mas prepararse.

Rosas quedó tan pensativo que ni siquiera desenganchó el pié del estribo.

Qué podia llevar á Lavalle á su cuartel general?

—El general Lavalle es un noble soldado, dijo al fin, á quien yo no puedo hacerle la ofensa de una traicion indigna.

No hay necesidad entonces de tomar medida alguna.

Lavalle y Rosas debian conocerse intimamente, cuando este no abrigaba la menor desconfianza respecto á aquel y cuando aquel se entregaba al mas tranquilo sueño, bajo el techo de su enemigo.

Y en efecto, aquellos dos hombres habian sido amigos en sus primeros años, y cada cual sabia perfectamente de lo que el otro era capaz.

Rosas mandó que saliera una avanzada á recorrer el campo, hasta dos leguas á vanguardia y se preparó á entrar á su cuarto.

Aquel hombre tan audaz y tan dominante, necesitó mas de diez minutos para dominar su agitacion y prepararse á arrostrar la serena mirada de Juan Lavalle.

Al cabo de este tiempo se sacudió violentamente como quien acaba de tomar una resolucion, abrió la puerta de la pieza donde dormia Lavalle y entró de una manera decidida.

El general Lavalle dormia de una manera plácida y tranquila, como solo duermen los hombres cuya conciencia, no tiene una mala accion que reprocharse y los que no tienen por qué temer un despertar violento.

Rosas se acercó á la cama y por mas que le costara, se convenció por fin de que aquel sueño no era fingido, sino perfectamente natural.

Tropezó con un mueble, tisió fuertemente, pero Lavalle no despertó.

Qué buena debía parecerle aquella cama!

Rosas tuvo que acercarse á la Lavalle y moverlo fuertemente.

El general Lavalle despertó con la mayor na-

turalidad, sin el sobresalto que era de esperarse y sin la menor extrañeza.

Sonrió cuando vió á Rosas á su lado, y sentándose sobre la cama y echando fuera las piernas como para levantarse dijo:

--Perdon general, mil perdones por la confianza y libertad que me he tomado.

Pero era tan buena esta cama y tanto mi sueño que no pude resistir.

Rosas lo contuvo para impedirle que se levantara y repuso:

--Ha hecho usted muy bien y le agradezco esta prueba de confianza, que muestra que usted me hacia el honor de creerse bajo el techo de un caballero.

Le ruego que permanezca recostado y me indique el asunto que lo ha traído á mi campo, como hablaria con su mejor y mas viejo amigo.

--Sabia que venia á buscar á un hombre de corazon, replicó Lavalle.

Por eso traté de vengarme en la espera, tanta mala noche.

Caramba! y que soberbia habia sido esta cama!

--Es que usted la compara con el suelo donde probablemente habrá dormido estas noches.

--Desde el Puente de Marquez no he tenido una hora de verdadero reposo.

Pero en fin, esto es lo de menos.

Lo que aquí me trae es la tranquilidad y el reposo de la patria.

Ante eso desaparecen mis propias fatigas y siento que en mí germina una fuerza que me agiganta, cuando se trata de ella.

--En ese camino me encontrará usted siempre accesible, respondió Rosas, sin comprender aún el alcance del pensamiento del general Lavalle.

Hable, y hable con toda la franqueza de que es usted susceptible, y que yo me merezco.

--Pues bien, dijo Lavalle con una magnífica solemnidad.

Estamos desgarrando las entrañas de la patria, y sacrificando sus mejores hijos, en una lucha estéril y que tal vez no dé un resultado práctico.

El país se atrasa y se empobrece para sostener dos ejércitos, dos ejércitos de hermanos que, tal vez sin el menor rencor ni odiosidad van á desgarrarse mañana en una batalla inútil, puesto que no seria la última y mas sangrienta que las anteriores.

Unidos los dos, podemos contribuir á su engrandecimiento y devolverle una paz que tanto necesita.

Yo no tengo ambiciones personales.

He obrado como obré, por que creia que con ello hacia su felicidad.

Hoy solo creo lo contrario.

Esta guerra es su ruina y el abismo donde podemos hacerla rodar.

Podemos hacer su felicidad aunando nuestros

esfuerzos, y dar fin á este eterno derramamiento de sangre, sangre estéril y hasta criminalmente derramada.

Lo encontraré á usted en este camino, ó me habré engañado lastimosamente?

Rosas bajó la cabeza ante la penetrante mirada de Lavalle y reflexionó un buen rato, aturdimido por aquellas nobles palabras.

Hablaria Lavalle de corazon, ó le tenderia algun lazo miserable?

Rosas se habia conmovido.

Su corazon, que aún no habia perdido todas sus nobles prendas, se sintió conmovido ante aquella palabra noble y cediendo á un impulso que no pudo dominar, repuso:

--En el camino que usted me muestra, me encontrará siempre dispuesto.

Si mi encuentro al frente de un ejército, es porque á ello me ha impulsado un partido poderoso, que creia que la guerra era el camino de salvación.

Si no es así, si responde á aborrar sangre y sacrificios, formule sus bases, general y pongámonos á la obra.

Rosas no daba esta respuesta á pesar de la impresion que en su espíritu hicieron las palabras de Lavalle, sin dejarse una salida salvadora.

Si las bases de Lavalle no le convenian, no seria él quien podria decidir; por eso se habia declarado impulsado por un partido poderoso.

Ya se sabia que él era el árbitro en aquella situacion, pero no queria darlo á entender así.

Lavalle estuvo meditando algunos minutos, al cabo de los cuales habló así:

--Mi personalidad es lo último en este asunto.

Yo no tengo ambicion de mando, pues otros son los rumbos de mi vida y carrera.

Acepté el Gobierno porque Rivadavia lo rehusó y era necesario que alguien gobernara, mientras el pueblo elegia.

--Creo que con usted, general, sucede mas ó menos lo mismo.

El fin de nuestra lucha, sea cual fuere el vencedor, será que el pueblo elija libremente el Gobierno que ha de venir.

Si este mismo fin lo podemos lograr sin lucha y sin sangre ¿porqué no hacerlo?

Se me ocurre lo siguiente:

Vamos á hacer un armisticio y á convocar á elecciones á la provincia de Buenos Aires y garantiendo usted en la campaña y yo en la ciudad, de que la eleccion ha de hacerse perfectamente legal.

Al Gobierno que resulte electo, de esta manera legal, lo acatamos ambos honradamente, poniendo á sus órdenes los ejércitos que comandamos, le hacemos entrega de todos los elementos bélicos y nosotros mismos seremos los primeros en hacer respetar y cumplir toda órden que de aquel Gobierno dimanase.

Este es mi plan, general Rosas, ahora, puede usted observarlo y modificarlo de la manera que lo estime mas digno y conveniente.

Rosas volvió á bajar la cabeza, vencido por aquel noble corazon.

El sí tenia ambicion, una desmedida ambicion de mando.

Hacia quince años que venia preparando su Gobierno, y no podia en un solo momento renunciar á todos sus sueños é ilusiones.

Sin embargo, acceder á la propuesta de Lavalle, no era renunciar al Gobierno que creia seguro.

Sin hacer la menor indicacion en una eleccion libre, él seria siempre el que triunfara dado su inmenso prestigio.

—Se entiende, añadió Lavalle, que tal vez vió su pensamiento, que ninguno de los dos aceptará se levante su candidatura.

Esta última cláusula medio desconcertó á Rosas.

Sin embargo, dominándose bien pronto, se sobrepuso á todo y tendiendo su mano á Lavalle le dijo:

—Su plan, su idea es noble y grande, general Lavalle.

Yo acepto sus bases sin la menor observacion, y estoy dispuesto á empezar á trabajar desde ya, en esa obra noble y grandiosa.

Se entiende que no hemos de consultar á nuestros partidarios, donde hay muchos que solo consultarian su ambicion.

Creo que este es un arreglo que podemos hacer los gefes de los dos ejércitos, sin consultar el parecer de ninguno.

Rosas empezó á maniobrar con toda la sagacidad que le era característica, para envolver á Lavalle y obtener en el arreglo las mayores ventajas que pudiera sacar.

Lavalle que procedia de buena fé y con toda la fuerza de su corazon noble, no sospechó si quiera el cálculo con que obraba Rosas, dedicando su fuerza intelectual á meditar las bases del arreglo que habian de llevar á cabo aquella dia.

Rosas mandó que trajeran mate, y se preparó á la batalla moral que indudablemente iba á tener que entrar.

—Convenidos en lo principal, dijo Rosas, le ruego que descanse tranquilo, que no es puñalada de pícaro.

Para la grande obra que vamos á llevar á cabo, un par de horas poco significan.

Ya viene amaciendo y el dia no se ha de perder por eso.

Lavalle estaba terriblemente fatigado, de cuya fatiga se resentia un poco su misma inteligencia turbada por el insomnio.

Además aquella cama endiablada era terriblemente tentadora, hasta el extremo de hacer entrecerrar sus párpados.

—Tiene razon, dijo al fin.

Hasta para la mejor redaccion del tratado, es conveniente refrescar las ideas.

Temo únicamente que usted se fastidie de estar solo junto á un hombre dormido.

—No tema eso en manera alguna, pues á pesar de lo que dicen de mi carácter, soy tambien de carne y hueso como cualquier hijo de vecino.

Pienso hacer traer aquí otra cama y descansar á la par suya.

Como lo habia dicho Rosas, se hizo llevar un catre y se recostó tranquilamente frente al hombre con quien horas antes era irreconciliable enemigo.

Un cuarto de hora despues, el general Lavalle dormia mas tranquilamente aún que cuando Rosas lo habia despertado.

Este, al verlo dormir así y vencido tambien por el cansancio, lo imitó, quedándose profundamente dormido.

El toque de asamblea los despertó cuando mejor dormian.

Al verse uno, frente á otro recordaron la entrevista de la madrugada anterior y sonrieron amigablemente.

Tomaron mate ocupándose en conversar cosas indiferentes, hasta que por indicacion de Lavalle, trataron de concluir los arreglos y bases con que se habian de redactar los tratados que dieron fin con aquella guerra sangrienta.

La gente de Rosas andaba mas a borotada que una colmena en tiempo de sacarla miel.

Habian oido el rumor de las conversaciones, pero no podian darse cuenta de lo que pasaba entre los dos generales.

Estaban sorprendidos de la gran cordialidad que reinaba entre ellos, segun las referencias del asistente que "acarrea" el mate, y mas aún, al saber que habian dormido juntos como dos buenos amigos.

Aquello olia á paz desde una legua de distancia.

Pero qué género de paz? en qué condiciones?

Para ellos era indudable que Lavalle se habia entregado á Rosas, y no esperaban mas que verlos salir afuera para leer en ambas fisonomias el rastro de la conversacion.

Los dos generales se hallaban entre tanto entregados á la confeccion del pacto que habia de devolver la paz á la provincia de Buenos Aires y á la República entera, pues era lógico esperar que convenidos Lavalle y Rosas, el general Paz regresaria con su ejército á Buenos Aires, porque su mision quedaba terminada de hecho.

Al ver, la abnegacion aparente con que Rosas accedia á todas sus indicaciones, Lavalle lo creyó de corazon en aquel camino y por nada se sospechó que podia haber entrado de mala fé y con cálculos innobles.

Así es que cayó como un chorlo, según se dice, entre las mañosas redes que lo tendió su enemigo.

A la tarde de aquel día, los tratados estaban concluidos.

Uno era público y como quien dice, para satisfacción de ambos partidos.

El otro era privado, y constaba solo de un artículo, pero de un artículo que lo comprendía todo.

Por él, todo lo que se había batallado y padecido desde el primero de Diciembre, venía á quedar nulo.

Nulo el fusilamiento de Dorrego, nula la acción de las Biscacheras, nula la batalla del Puente de Marquez y nulo también el ruidoso triunfo obtenido por el general Paz sobre Bustos.

Mientras un secretario sacaba copia del tratado público, los dos jenerales salieron á comer un churrasco.

En todo aquel día habían tomado mate solamente, como salsa á aquel tratado que fué un golpe de muerte para el partido unitario, que comprendió al momento todo el alcance y la red en que había caído el Gobierno provisorio.

Hé aquí las cláusulas de aquel tratado:

“El general D. Juan Lavalle, Gobernador y Capitán General provisorio de la provincia de Buenos Aires, y el Comandante General de Campaña D. Juan Manuel Rosas, á efecto de poner término á los disturbios que han afligido á la provincia y restablecer en ella el orden y tranquilidad, desgraciadamente perturbados, han convenido en los artículos siguientes:

1º Cesarán las hostilidades, y quedarán restablecidas desde la fecha de la convencion todas las relaciones éntre la ciudad y la campaña.

2º Se procederá á la mayor brevedad posible á la elección de representantes de la provincia con arreglo á las leyes.

3º Quedando, como queda, el comandante general don Juan Manuel Rosas especialmente encargado de mantener y conservar la tranquilidad y seguridad de la campaña, tomará todas las medidas que juzgue convenientes y proveerá con noticia del gobierno, los empleos establecidos por las leyes y formas, que atendidas las circunstancias extraordinarias, creyese necesario para el régimen y policia de ella hasta la instalacion del gobierno permanente; debiendo ser auxiliado por el gobierno provisorio con los recursos de todo género necesarios para este servicio.

4º Verificada que sea la elección del gobierno permanente, el gobernador provisorio don Juan

Lavalle, y comandante general D. Juan Manuel Rosas, les someterán las fuerzas de su mando.

5º El Gobierno de la provincia reconocerá y pagará las obligaciones otorgadas por el comandante general Rosas para el sostén de las fuerzas de su mando.

6º Los gefes y oficiales de linea y de milicias que han estado á las órdenes del comandante general don Juan Manuel Rosas, tienen opcion á los goces que les correspondan en sus respectivas clases.

7º Ningun individuo de cualquier clase y condicion que sea, será molestado ni perseguido por su conducta ú opiniones políticas anteriores á esta convencion; las autoridades serán inexorables con el que de palabra ó por escrito contravenga á lo estipulado en este artículo.

En fé de lo cual y para hácer constar nuestro acuerdo, firmamos y ratificamos la presente convencion que consta de siete artículos, en dos ejemplares de un tenor, en las Cañuelas, estancia de Miller, á veinte y cuatro del mes de Junio del año de nuestro Señor, de mil ochocientos veinte y nueve.

*Juan Lavalle,  
Juan Manuel Rosas.*“

El solo artículo que encerraba el convenio privado, venía á tener mayor alcance y mas funesto para los unitarios.

Por este convenio particular, Lavalle se comprometia á hacer triunfar en la ciudad los mismos representantes que tenia Buenos Aires antes del movimiento del 1º de Diciembre.

El general Rosas se comprometia por su parte, á hacer elegir por la campaña, los mismos representantes.

De modo que lo que allí se convenia no era otra cosa que la reposicion de la Legislatura que disolvió Lavalle el 1º de Diciembre.

Siendo aquella Legislatura dorreguista, y siendo Rosas el que se habia puesto á la cabeza de aquel partido, era en resumidas cuentas una Legislatura rosista la que Lavalle tan ciegamente trataba de reponer.

Aquellos legisladores eran los que habian de elegir gobernador, y si no lo elejian era solo por que ninguno de los firmantes del convenio podia aceptar su propia candidatura.

Firmados los dos ejemplares, Lavalle regresó á su campo para de allí dirijirse á la ciudad y el general Rosas levantó el suyo para dirijirse en direccion al Sur.

Llevaba consigo mas de veinte mil soldados llenos de entusiasmo por su causa, y mas todavia por su general en gefe.



## Un suicidio civil

En cuanto Lavalle llegó a la ciudad, acuarteló sus tropas y dió á la publicidad el tratado que conocen ya nuestros lectores.

Aquel documento cayó como una descarga eléctrica entre los unitarios.

Los mas exaltados fueron á conferenciar con Lavalle, tratando de demostrarle la trampa en que habia caído.

Y su sorpresa y su dolor eran aún mayores, cuando conocieron la lista que Lavalle recomendaba para que sus partidarios la hicieran triunfar en la ciudad.

Allí Lavalle habia caído en gran desprestigio, á causa de los últimos acontecimientos.

Los unitarios eran pocos relativamente á los federales que eran toda la campaña y parte de la ciudad.

Era indudable para ellos que Rosas hacia elegir representantes suyos, que unidos á los dorreguistas cuyo triunfo recomendaba Lavalle en la ciudad, darian fin y remate con el ya vacilante partido unitario.

Los mas exaltados, viendo la decision de Lavalle por el triunfo de aquella lista, decidieron contrariar su voluntad y trabajar por otra, sin que este lo supiera.

Al efecto, el Gobierno delegado dictó una disposicion por la cual todos los extranjeros que habian tomado armas en la ciudad, quedaban habilitados para votar y hacer uso de todos los derechos que gozaban los nacionales.

De esta manera las filas unitarias se engrosaron de tal modo, que en vista de ello los federales de la ciudad se abstuvieron de votar, en la seguridad que serian ahogados por el número de los unitarios.

Fué necesario aplazarla eleccion, en vista de un oficio que envió Rosas á Lavalle, comunicándole que la campaña aún no estaba dispuesta para concurrir á la eleccion.

Y este plazo de ocho dias sirvió á los unitarios para uniformar sus trabajos y hacer triunfar una lista de individuos de aquel color político, pesara á quien pesara.

El dia de la eleccion llegó por fin, y la lista unitaria obtuvo un triunfo canónico.

Pero Lavalle ante todo, era un hombre de honor.

Habia empeñado con Rosas su palabra y su firma, y estaba dispuesto á cumplirlas á pesar de todos los partidos del mundo.

Cuando tuvo conocimiento de la lista que habia triunfado, se indignó primero y concluyó por rechazarla de una manera que no dejaba lugar á dudas sobre sus intenciones.

Los federales habian enviado á Rosas copia de aquella lista, significándole que del tratado se habia hecho una burla grotesca.

Rosas se alteró, hizo pedazos aquella lista y se dispuso á ponerse en campaña nuevamente.

No podia pasar pacíficamente por aquella burla inmotivada.

Y escribió á Lavalle una carta estrañando aquel proceder poco sério y significándole que no queria pasar por semejante farsa, ajena á su carácter y á su modo de ser.

Rosas habia convenido en la paz con Lavalle, porque las condiciones del tratado le prometian el mas pacífico y espléndido triunfo de sus aspiraciones.

De otro modo y con la representacion unitaria recién electa, venian á anularse sus quince años de constante trabajo, las grandes sumas gastadas por él en el mantenimiento de parte de aquel ejército y veia muertos tal vez para siempre todos sus sueños de mando y grandeza.

La guerra civil volveria á estallar, los triunfos del general Paz que no eran un misterio para él vendrian á dar nuevo aliento y vigor á los unitarios, que esperarían de él lo que no habia podido conseguir Lavalle, y estos dos gefes armados darian á la política el giro que quisieran.

—Es preciso entonces ganar tiempo y ganarlo activamente, dijo Rosas á sus parciales y puso en movimiento parte del ejército que habia licenciado ya.

Pero no tuvo que esperar mucho tiempo la contestacion de Lavalle.

Este carácter caballeresco, disgustado por el falso papel que se le queria hacer jugar, escribió á Rosas dándole minuciosos detalles de lo que habia sucedido, y asegurándole que estaba dispuesto á hacer respetar el convenio por los medios á su alcance.

Al efecto le pedia una conferencia en el punto que él indicara, para establecer las bases mas seguras de hacer efectivo el convenio que sus amigos habian tratado de violar.

Al leer esta carta, la fisonomia de Rosas resplandeció de satisfaccion.

—Ya decia yo, exclamó, que Lavalle era un caballero.

Lo mejor seria que entre los dos nombremos al gobernador á que hemos de someternos y así no habrá lugar á trampas de partidarios, que

no quieren comprender que somos los árbitros de la situación.

Yo podré entonces influir para que el nombramiento recaiga en un amigo y todo se habrá ganado.

Rosas hacia además otro cálculo en el que no iba descabellado.

—Cualquiera que sea el Gobierno que venga, decía, nada valdrá sin mi apoyo.

Los que se disputan el poder y el país, han de volver á nuevos disturbios y el Gobierno tendrá que abandonar el puesto.

Quién será entonces el que se haga cargo de un Gobierno insostenible?

El partido unitario no tiene ni número ni elementos.

No hay mas que el partido federal que pueda sostener un Gobierno estable.

Y Rosas sonreía con un placer infinito al pensar que los federales no podían sostener otro hombre que él, porque era quien mas garantías de paz representaba, y el único que podía apoyarse en un partido fuerte y numeroso.

Ya en el ejército se habían hecho algunas manifestaciones que demostraban cual era el hombre de sus simpatías.

—No queremos mas Gobierno que nuestro general, habían dicho.

Lo hemos de llevar al poder aunque sea sobre las bayonetas, porque nosotros somos el verdadero pueblo y así lo queremos.

Y Rosas había recojido en el fondo de su corazón aquellas palabras que eran la verdadera expresión de la voluntad de la campaña.

Demasiado sabia él que no había necesidad de luchar para llevarlo al poder.

No se le escapaba que Lavalle había sido impulsado al paso que dió por su misma impotencia para luchar con los formidables elementos que él había levantado.

Además, sabia positivamente que en la ciudad tenia tanto partido como el mismo Lavalle.

Al fin veía coronados sus trabajos de quince años por la realización de su ambición suprema: ser gobernador de Buenos Aires, y mas tarde de la nación entera.

Los caciquillos de provincia desaparecerían bien pronto opistados por su poder, y Buenos Aires vería, bajo su Gobierno, desaparecer las contribuciones vergonzosas que estaba pagando porque no la invadieran, y sería la provincia cabeza de la República, á la que se someterían las demás.

Por que es preciso convenir que Rosas era un porteño intransigente, que toda gloria y toda granjeza eran pocas para la provincia madre.

Esa gran diferencia hay entre los federales antiguos y los federales modernos, malos imitadores de un original odioso.

El caudillo porteño no lo había perdido todo. Aún había en su corazón cuerdas sensibles

que, aunque se apagaran mas tarde vibraban todavia.

El no había desperdiciado sacrificios, contrariando su mismo génio é inclinaciones, para hacerse adorar de las masas, como nadie lo había logrado hasta entonces ni lo logró despues.

Porque hemos visto que los mismos gauchos, sumisos como siempre para todo lo que era servicio militar, se deshacían para concurrir á su llamado, llevando hasta sus tropillas para facilitar al patron.

Allí no los llevaba el cumplimiento del deber, el atractivo del pillaje ni las recompensas del Gobierno.

Los llevaba el cariño ciego que profesaban á aquel hombre, por el cual no omitían sacrificio alguno.

Era el reconocimiento por el bienhechor y el afán noble de sacarlo airoso en sus empresas.

Ellos no averiguaban si estas eran buenas ó malas, ni siquiera tampoco la razon que lo llevaba á levantar el país como un solo hombre.

Los llamaba el patron y concurrían al combate y á la fatiga con la misma alegría y buena voluntad, con que concurrían á las boleadas y fiestas en los Cerrillos.

Rosas, dueño absoluto de aquel poderoso elemento y apoyado en los indios que lo miraban como un gran cacique y se espantaban de su poder, comprendía que tenia en un puño al país y que no se hacia lo que no fuese su estricta voluntad.

En vista de esto, qué temor podían inspirarle las intrigas de círculos inferiores al suyo?

Con un talento arriba de toda ponderación, supo ocultar la ambición de mando que le devoraba.

Y este arte de disimular lo llevó hasta renunciar al Gobierno, cuando sabia que su renuncia no sería aceptada y que le habían de rogar pocoménis que de rodillas porque signiera en el Gobierno.

Peró no anticipemos los sucesos de esta época original é incomparable.

Fijándose él mismo el plan que debía de seguir para continuar engañando á Lavalle y explotando su buena fé, se preparó á tener la nueva entrevista que el general le pedía.

Rosas, con un cuerpo de ejército que había hecho aproximar á la ciudad cuando supo que se había faltado al convenio, se trasladó á Barracas, alojándose en la quinta de Piñeiro.

Desde allí hizo saber á Lavalle que lo esperaba en aquel punto para realizar nuevas negociaciones.

Aquí el partido unitario se puso en campaña con estupenda energía, para obtener de Lavalle que signiera la resistencia.

Peró este se negó á hacerlo, primero porque no tenia elementos para resistir y segundo, porque

había empeñado su palabra de honor y era preciso cumplirla.

Lavalle se trasladó á Barracas, donde tuvo lugar la segunda conferencia.

Lavalle propuso que se hiciera nueva eleccion garantiendo que triunfaria la lista convenida.

Y que si esto no habia sucedido, agregó, fué por una traicion de sus partidarios, á la que estaba completamente ageno.

Rosas hizo ó finjió hacer á su palabra el debido honor, no dudando un momento de lo que decia.

Pero con una habilidad esquisita, lo trajo insensiblemente al terreno que deseaba.

—Estas elecciones son inútiles porque se hará en ellas el mismo juego anterior.

Los unitarios creen que ese convenio importa para ellos una derrota que no existe y no quieren dejarse vencer.

Insistirán, pues, y trabajarán de manera á dañar nuestra accion benéfica y patriótica.

Sentemos otro medio.

—Véamos cuáles es.

—Nombremos los dos de comun acuerdo un gobernador provisorio, hasta que el pais se halle en estado de elejir.

Lavalle que era tan pésimo político, é inocente como buen military y patriota de corazon, cayó en el garlito del astuto gaucho, y firmó el famoso tratado por el cual se entregaba á Rosas atado de piés y manos.

Hé aquí ese famoso documento que creemos no deber dejár de publicar.

Lo transcribimos por su importancia, siendo el último que publicaremos:

“Considerando que el objeto principal de la convencion del 24 de Junio del corriente año fué hacer volver al pais á sus antiguas instituciones, sin violencia y sin sacudimiento, dando así á todas las clases de la sociedad las garantías que solo pueden tranquilizar completamente los ánimos, y restablecer la confianza y la concordia;

“Que el resultado incompleto, alarmante y equivoco de las últimas elecciones de Representantes, se opone á la reunion de una Legislatura;

“Que por manera alguna es conveniente comprometer segunda vez la dignidad de aquel grande acto, que el estado actual de agitacion y ansiedad no permite celebrar por ahora;

“Que la prolongacion de un Gobierno aislado daña esencialmente al crédito, á los intereses y á la prosperidad de la provincia en general, y de los ciudadanos en particular: y que su carácter dictatorial ni inspira confianza, ni le permite dar garantías;

“Que los que han tomado las armas, no deben aspirar ya á los efectos de un triunfo, ni á terminar por su medio la lucha, y que sus gefes

deben dar el ejemplo de la moderacion y del desprendimiento;

“Que por la Convencion del 24 de Junio, retienen ambos una autoridad superior, mientras no exista una Legislatura provincial;

“Y últimamente: que convencidos de que el voto público es de que se apliquen de hecho los medios mas seguros y eficaces, para que los ciudadanos puedan volver al ejercicio de sus primeros derechos para constituir una autoridad legal;

“Han decidido de comun acuerdo, nombrar y reconocer, como á Gobernador Provisorio de la Provincia, á un ciudadano escojido de entre los mas distinguidos del pais, con el fin de que trabaje en consolidar la paz, inspirar confianza, y preparar el restablecimiento de nuestras instituciones: y en consecuencia, han convenido en los artículos siguientes, que tendrán la misma fuerza y valor que si fuesen insertos en la Convencion de 24 de Junio.

Art. 1º El actual Gobernador y Comandante General de Campaña, nombrarán un Gobernador Provisorio, cuyas facultades serán no solo las que ordinariamente correspondan á los Gobernadores de Provincia, sino las extraordinarias que se consideren necesarias al fiel cumplimiento de los artículos de esta Convencion, y á la conservacion de la tranquilidad pública.

“Art. 2º Para tomar posesion del mando, el Gobernador Provisorio jurará en manos del Presidente de la Cámara de Justicia, y en presencia de las corporaciones, ejecutar, cumplir, y hacer cumplir la Convencion del 24 de Junio y los presentes artículos adicionales, proteger los derechos de libertad, propiedad y seguridad de los ciudadanos, promover por todos los medios posibles al restablecimiento de las instituciones, cultivar la paz y buena inteligencia con todos los pueblos de la República, y desempeñar los demás deberes de su cargo.

“Art. 3º Desde el mismo dia en que entre en posesion del mando el nuevo Gobernador, se pondrá á su disposicion jurándole obediencia, todas las fuerzas de tierra y de mar que cada uno de los respectivos gefes tiene á sus órdenes, y la autoridad del nuevo Gobernador quedará reconocida en todo el territorio de la Provincia.

“Art. 4º El nuevo Gobernador procederá inmediatamente al nombramiento de sus ministros.

“Art. 5º Será obligacion del nuevo Gobernador reunir en el menor tiempo posible, un Senado consultivo de veinte y cuatro individuos elejidos entre los mas notables del pais, en las clases de los militares, eclesiásticos, hacendados y comerciantes.

“Art. 6º Serán miembros natos del Senado consultivo:

El Presidente de la Cámara de Justicia.

El General mas antiguo.

El Presidente del Senado eclesiástico.

El Gobernador del obispado.

El Prior del Consulado.

Art. 7.º Las atribuciones del Senado consultivo se detallarán en un reglamento especial, que será presentado por los ministros á la aprobación del Gobierno.

“Art. 8.º Queda nombrado el señor general don Juan José Viamont, gobernador provisorio de la provincia de Buenos Aires.

“En fé de lo cual, y para hacer constar nuestro convenio, firmamos los presentes artículos adicionales á la Convencion del 24 de Junio del corriente año, en dos ejemplares de un tenor, en la márgen derecha del Río de Barracas, en la quinta de Piñeiro, á los veinte y cuatro dias del mes de Agosto del año del Señor, 1829.

*Juan Lavalle,*

*Juan Manuel Rosas.*”

## El pago del bien

El general Viamont se recibió del Gobierno dos dias despues de firmado aquel convenio, que habia importado el suicidio civil del general Lavalle, noble y delicado espíritu.

Desde el dia siguiente, por las medidas que tomó el Gobierno, se pudo conocer que era un Gobierno rosista, y que no haria otra cosa que aquello que conviniera á don Juan Manuel.

Guido, Escalada y Garcia, partidarios decididos de Rosas fueron llamados á formar parte del Gobierno, como ministros; era una garantia que Viamont daba al futuro héroe del desierto.

El ejército de línea fué licenciado inmediatamente, para matar al partido unitario el último elemento con que podia contar, y como si esto no bastara, fueron destituidas todas las autoridades puestas por Lavalle, reponiendo á las que estaban antes del 1.º de Diciembre, ó nombrando otras que el mismo Rosas indicó.

No habia, pues, que soñar en la menor revuelta, puesto que todo era hóstil al partido vencido.

Lavalle empezó á comprender que habia sido miserablemente engañado por Rosas, y q' en aquellos arreglos este no habia tenido en cuenta, para nada, el bien de la patria, sinó el logro de sus ambiciones mezquinas y personales.

Pero ya la cosa no tenia remedio y habia que conformarse.

Se les habia inutilizado todos sus elementos y hasta las últimas autoridades, los alcaldes, les eran adversas.

Para fin de fiesta, y para concluir con la última esperanza que pudieran abrigar, el Gobierno envió emisarios para que previnieran al general Paz, que el nuevo Gobierno habia decidido suspender la guerra que hacia al general Quiroga, y que regresara con su ejército para licenciarlo.

Los unitarios, acogotados y vencidos hasta en sus últimas esperanzas, empezaron á descargar toda la ira de su impotencia sobre el general Lavalle.

Al ilustre argentino le faltaba aún apurar una amarga copa de veneno.

Verse vilipendiado y calumniado por aquellos que mas ligados á él se encontraban, por los insolubles lazos de la gratitud.

Lavalle fué culpado de haber entregado el pais á Rosas y de haber perdido al partido unitario por su ineptitud y sus torpes caprichos.

Estos cargos eran hechos por sus amigos. al mismo tiempo que los enemigos, los rosistas, lo señalaban como el único responsable y culpable de los crímenes cometidos por el motin militar.

Lavalle, que era la fortaleza de espíritu personificada, no tuvo valor para resistir la ingratitude de los suyos y la maldad de los adversarios y se retiró á Montevideo.

Pensaria el general Lavalle que los que entonces lo ajaban habian de buscarlo años despues para que los guiara á la batalla contra el mismo Rosas?

No creyendo que lo hecho ya era bastante para humillar á los unitarios, el Gobierno de Viamont hizo mas todavía.

Mandó que las tropas que habia acaudillado Rosas, entraran á la ciudad, con su general á la cabeza, á descansar unos dias de las pasadas fatigas.

No fueron estos, por cierto, los colorados de 1820!

Los soldados, aquella soldadesca indefinible que habia traído Rosas, campó en la plaza del Parque, declarando sus alrededores el teatro de sus fechorias, de las que hacian gala.

Y la poblacion federal festejaba regocijada la presencia de aquellos desalmados, enviándoles todo género de regalos.

Aquellos soldados no se parecian en nada, como lo hemos dicho, á los del 20.

Mientras aquellos no se atrevian á aceptar un frasco de ginebra, por que el patron les habia prohibido beber, estos, cuando no tenian con que embriagarse, iban ellos mismos á to-

marlo á las pulperías de la vecindad. tuvieron ó nó con que pagarlo.

Y pobre del pulpero que se resistía!

No había herejía que no cometieran con él!

Rosas mismo no trató, como diez años antes, de hacerles guardar la circunspeccion y el respeto debidos.

Profundamente preocupado con los manejos de la política que él dirijia, no tenía tiempo ni aún para acordarse de la presencia de sus milicianos.

El lavallista que caía entre ellos, como llamaban á los unitarios, era burlado de todos modos, y muchas veces vejado y escarnecido.

Y tales algarabias y escenas infernales armaron aquellos desalmados, que don Juan Manuel comprendió la necesidad de hacerlos salir, pues los mismos federales, empezaron á encontrar aquello fuertemente irregular.

El Gobierno, á indicacion del mismo Rosas, que no queria dejar traslucir su influencia directa, ordenó que aquel ejército se retirara á descansar de sus fatigas, y antes de dar cumplimiento á la orden y con autorizacion del mismo Gobierno, el Comandante General de Campaña le hizo dar un gran paseo militar por toda la ciudad.

Aquel ejército se retiró mas fanatizado que nunca por su caudillo.

Despues de hacer pasado unos cuantos dias gozando de todas las comodidades de la ciudad, se retiraba llevando armas y cuantos pertrechos de guerra podia necesitar en lo sucesivo.

Además, el Gobierno les habia repartido una respetable suma de dinero, con la cual tenían para holgarse régiamente en la campaña.

Rosas proclamó á sus tropas antes de despacharlas, y se quedó ó se prometió que pronto iria á reunirse á sus leones del Sur, y á sus tigres del resto de la campaña.

Por lo pronto dispuso que cinco mil hombres de sus mejores tropas quedasen en Santa Catalina, donde se les reuniría muy pronto.

Rosas no tenía una ciega confianza en Viamont.

Temia que una vez alejado él de la capital, estallase algun movimiento unitario que lo derrocará.

Estando él próximo á la ciudad, con cinco mil hombres de buenas tropas, podia venir en socorro del Gobierno inmediatamente y conjurar cualquier peligro.

El Gobernador verdadero venia á ser Rosas y Viamont una especie de pantalla puesta allí solo para entregarle el mando.

Los regocijos en toda la ciudad eran espléndidos.

No se les ocurrió dar cerveza en la plaza Victoria al respetable público, pero los bailes se

sucedieron unos á otros, á cual mas espléndido y animado.

Rosas asistió á todos ellos, no descuidando los de las orillas, para que su prestigio entre el pueblo no decayera un átomo.

Aunque no por cumplir un deber de conciencia, pues Rosas ya habia perdido todo cariño á lo que no fuera su persona, se reconcilió con sus padres y estrechó relacion con sus hermanos Prudencio y Gervasio, previendo que podian serle de alguna utilidad mas tarde.

Concluidas las fiestas populares, Rosas se retiró á Santa Catalina, poniéndose al frente de su fuerte division.

Desde allí vijilaria la capital y al Gobierno hasta que lo nombraran á él, acontecimiento que se proponia acelerar en lo posible.

El Gobierno le habia renovado su nombramiento de Comandante General de Campaña, posicion que unida á su gran prestigio, le permitia poner en armas á toda la campaña en el momento que lo hubiera deseado ó convenido.

No se hacia nada en el Gobierno, que no fuera consultado con Rosas y que no hubiera merecido su sancion solemne.

Desde el nombramiento de la comision que se envió al general Paz para que suspendiera la guerra, hasta el de un alcalde, todo se le consultaba y no se hacia si era acogido por él con un simple gesto de disgusto.

El general Viamont estaba cansado de esta tutoria humillante, pero no se atrevia á romper con ella por no provocar las iras del caudillo.

Si le faltaba su apoyo, si caía de su gracia el tumbo era inevitable, porque Rosas era la única persona prestigiosa y la sola que disponia del apoyo material del país.

La actitud del general Paz y sus operaciones felices sobre el caudillaje del interior, mantenia aún el nervio del partido unitario, lo bastante para hacerlo temible, aunque le faltase el brazo valiente del general Lavalle.

Viamont comprendió que su Gobierno era corto y transitorio, y que su única mision en él, se reducía, á entregar al general Rosas el poder que habia recibido de manos de Lavalle.

Aceptó entonces esta mision pacífica y se resignó á ella.

Este ascendiente sobre el Gobierno ensoberbeció á Rosas de lo que ya lo estaba, y cansado de gobernar desde Santa Catalina, quiso gobernar desde el Fuerte mismo, como Gobernador y Capitan General de la Provincia primero y como Presidente de la Nacion mas tarde.

Se hacia necesario por otra parte, meter mano en la guerra civil de las provincias y concluir con Paz.

Pero esta operacion queria hacerla Rosas como Gobernador de Buenos Aires, pues ya he-

mos dicho no tenia confianza plena ni en Viamont ni en persona alguna.

Los amigos que lo visitaban en Santa Catalina, adoradores serviles de su persona, sabian decirle que este pais era ingobernable y que no podia vivir mucho tiempo en paz, á lo que él replicaba:

—Que venga al Gobierno un hombre fuerte y de energia, y verán si á todos esos revoltosos los mete en un zapato y los tapa con otro!

—Lo que necesita el pais no es nada de eso, concluan entonces los adlones.

Que lo elijan á usted Gobierno y veremos que hacen entonces los perturbadores del orden.

Rosas se sentia embriagado por el placer que le causaban estas palabras, pero disimulándolo daba á entender que nunca aceptaria ese puesto difícil.

—Necesito atender mis intereses abandonados por la patria hace tanto tiempo, agregaba, y además yo no soy hombre político sinó de administracion,

Me sacrificaré siempre por mantener el imperio de las leyes cuando sea alterado, pero no quiero que jamás se me trate de ambicioso.

Y era tal el talento con que obraba en este sentido, que sus partidarios creian de todo corazón que aquel era un noble patriota sin ambicion alguna, á quien el mayor sacrificio que pudiese imponérsele era la aceptacion del Gobierno.

—Y si el pais le impusiera ese sacrificio?

—Le pediria perdon al pais, pero le demostraria que demasiados sacrificios he hecho para que me dispense este, superior á mis fuerzas.

A pesar de que todo esto era dicho con un aire capaz de engañar al mas entendidado en falsas, el partido federal empezó á trabajar decididamente en el sentido de llevarle al Gobierno.

—Es el hombre que todo lo puede, decian por todas partes, el único hombre capaz de hacerse respetar y el mas honrado de todos.

Es preciso entonces que haga este sacrificio, y organice el pais concluyendo con la maldecida fraccion unitaria, quitándole esa última esperanza de vida que aún tiene, fiada en los triunfos del general Paz.

Y grandes trabajos se hacian en ese sentido, tratando de ocultárselos á Rosas, que los conocia mejor que ninguno.

Por fin el caudillo del Sur se decidió á dar su última mano y el gran golpe sobre sus quince años de continuo trabajo.

Disuelta la Legislatura por el movimiento del 1º de Diciembre, el pais estaba acéfalo de poder legislativo y era necesario proceder á la eleccion consiguiente.

Como el Gobierno de Viamont, segun lo hemos dicho, no hacia nada sin la aprobacion de Rosas, lo consultó de qué manera y en qué forma debia hacerse aquella eleccion, y si se dejaria ó no el

libre voto al partido vencido en el Puente de Marquez.

—Me parece inútil, de todo punto inútil, replicó Rosas, convocar á nuevas elecciones.

La Legislatura que cayó en Diciembre, no ha concluido aún el período por que fué electa.

Creo que lo mas justo y espeditivo es convocar á sesiones á aquella Legislatura y que siga cumpliendo su mandato.

Como las indicaciones de Rosas eran órdenes, el Gobierno no necesitó oír mas y acto continuo convocó á sesiones á la Legislatura de Dorrego.

Rosas no parecia, pues, un Comandante General de Campaña, sinó un jefe sitiador, que imponia las condiciones mas humillantes al Gobernador de la plaza sitiada.

Pero qué hacer?

El general Viamont era un hombre de carácter débil y además, no queria indisponerse con el que, indudablemente iba á sucederle en el Gobierno.

La Legislatura se reunió precisamente el 1º de Diciembre, es decir, al cumplir el año de los sucesos que dieron con ella en tierra.

Rosas los incitó á que cumplieran con el sagrado deber de honrar la memoria de Dorrego, aquella ilustre víctima del movimiento, mandar hacerle funerales y decretar el pago á su viuda de los 100,000 pesos que se le acordaron como autor de la paz con el Brasil.

No es que á Rosas se le importara algo la memoria de Dorrego, á quien jamás tuvo amistad y cuya muerte miró con placer, convencido que él asumiría el puesto vacante.

Pero queria atraer sobre sí las simpatias de los dorreguistas y por esto queria se supiese que era él quien honraba su memoria.

El primer acto de la Legislatura, fué tratar de nombrar el Gobierno en propiedad que habia de suceder á Dorrego, puesto que Viamont como Lavalle lo era interino.

La mayor parte de sus miembros vinieron á consultar á Rosas sobre este importante punto:

A quién elejían como Gobernador propietario.

—Queremos un hombre que encarne la política de Dorrego, decian y solos, no queremos asumir la responsabilidad de un nombramiento que traicione estos propósitos y sea funesto al pais.

Rosas temblaba de emocion sintiendo que su nombre se escapaba de sus labios.

Pero haciendo un esfuerzo sobrehumano se dominaba y respondia queriendo hacer gala de indiferencia.

Ustedes saben mejor que yo lo que deben hacer.

Sigan su inspiracion que es la buena.

Yo entiendo mucho de organizar estancias y demás trabajos de campo, pero confieso que en la organizacion de un pais no entiendo ni esto.

Y hacia sonar graciosamente la ña entre los dientes.

—Pues lo que es nosotros, dijo uno de ellos, tan creemos lo contrario, que hemos pensado nombrarlo á usted.

—A mi? exclamó Rosas palideciendo y haciéndolo sonar fuertemente sus nazarenas al ponerse de pié.

Ni se les ponga porque no lo aceptaria.

Ni sirvo para ello ni quiero serlo.

Mis asuntos me llaman además urgentemente á la campaña.

Los legisladores, escandalizados de tanta modestia, quisieron convencerlo de que su Gobierno seria lo único que salvaria al pais en aquellas circunstancias.

Pero Rosas, sabiendo que no le hacian caso, les notificó terminantemente que no lo nombraran porque no aceptaria.

Y aquellos hombres, creyendo de buena fé que haciéndolo prestaban á la patria el servicio mas señalado, decidieron nombrar al general Rosas Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, haciéndolo brigadier, como en

nuestros dias, y declarándolo Restaurador de las leyes y protector de la Independencia Americana.

Pobre patria!

Quién le hubiera dicho que aquel iba á ser el principio de sus veinte años mas negros y lucuosos!

El primer acto de aquella Legislatura, acto que creyeron de verdadero patriotismo, fué el nombramiento de don Juan Manuel Rosas, como Gobernador de Buenos Aires.

El 8 de Diciembre de 1829, Rosas se recibió del mando y prestó juramento en medio del regocijo mas imponente de que haya sido teatro jamás la estinguida Buenos Aires.

El paso de aquel hombre tan hermoso como perverso mas tarde, era seguido por millares de hombres del pueblo que lo victoriaban y lo aclamaban con un entusiasmo que rayaba en frenesí.

Nunca Gobierno alguno, entre nosotros, había subido al poder con mayores demostraciones de cariño por el pueblo que estaba llamado á gobernar.

## Los cuervos de la patria

La ciudad fué una espléndida fiesta durante los 8 primeros dias.

Todo eran músicas, bailes y todo género de fiestas populares.

La ciudad festejaba lo que llamaba un verdadero triunfo, mientras en la campaña se paseaba el retrato del nuevo Gobernador, de pueblo en pueblo y de estancia en estancia.

Rosas estaba radiante de alegría, pues asistia á un triunfo que no habia obtenido hasta entonces hombre público alguno.

Pero allí en el horizonte se levantaba una nube, nabe incómoda y sombría, que amenazaba sofocar aquel placer naciente.

Esta nube era el general Paz, cuyos triunfos ruidosos daban aliento al partido unitario, haciéndole entrever tiempos mas bonancibles y felices.

El general Paz, con una bravura y talento militar incomparables, habia vencido á Bustos y asumido el Gobierno de Córdoba.

Poco despues habia salido en busca del tremendo Quiroga, aquella fiera siempre sedicenta de sangre, y el tigre de los llanos, aquella especie

de bandido repugnante, habia sido aplastado por el hábil táctico, en sangriento combate.

A este paso, el general Paz concluiria por matar todo el elemento bárbaro de las Provincias y vendria en seguida á destronar al paisano que se habia sentado sobre el lomo de la patria.

Esta era la sombra que se levantaba en el camino de Rosas, y que este queria destruir antes de ser destruido por ella.

Pero aún no habia por que apurarse.

El tremendo Quiroga aprontaba nuevas legiones para atacar al general Paz y restaurar en las Provincias del Interior el imperio de los bárbaros que él representaba.

Rosas empezó á perseguir á los unitarios de Buenos Aires, con diferentes pretestos, faltando infuacalmente á los tratados hechos con el general Lavalle.

A pretexto de movimientos revolucionarios, imposibles de evitar sin obrar con gran encrogría, pidió á la Cámara las facultades estraordinarias, que esta le acordó, con cargo de dar cuenta y mientras duraba el recesso de ella.

Y con ellas en la mano dió libre curso á la

corriente de sus odios y mezquinas venganzas de todo género.

Lo acompañaban como ministros, los generales Guílo y Balcarce y el doctor García.

Para reavivar el odio de los dorreguistas decretó grandes funerales al coronel Dorrego.

El ejército y el pueblo, asistieron en masa á esta fiesta imponente que presidia el mismo Rosas, finjiendo el dolor mas conmovedor.

Exaltados los ánimos por estos hechos calculados, empezó á encenderse el odio contra los unitarios.

Concluida aquella fúnebre fiesta, grupos exaltados de federales recorrieron las calles, dando encerradas en las casas de los unitarios mas conocidos y cometiendo todo género de escesos.

Rosas comprendia que esta clase de manifestaciones podia indisponerlo con el comercio extranjero y minar su crédito como Gobierno de orden.

Así, en el acto las desaprobó de la manera mas severa, prohibiendo por todos los medios á su alcance, que se volvieran á repetir.

Para contentar por otra parte á sus aliados, empezó á perseguir á los unitarios de una manera cobarde é injusta.

Temia además que el partido caido en el Puen-te de Marquez pudiera levantarse bajo el esfuerzo del general Paz, y queria anularlo, postrarlo en sus cabezas principales.

El célebre Maza, don Vicente, su consejero intimo y depositario de todos sus secretos, era quien lo ayudaba en esta empresa de persecucion y de injustas venganzas.

La prensa libre, daba publicidad á las noticias que llegaban, sobre los triunfos del general Paz, manteniendo así viva la fibra del partido unitario, que lo esperaba todo de aquel ejército victorioso.

Rosas no podia tolerar esto y empezó á gobernar el pais, de la misma manera que habia gobernado sus estancias.

Hemos oido decir á gente seria é imparcial de aquel tiempo, que el primer Gobierno de Rosas, fué un Gobierno de orden y administrativo, en cuyo período el pais no tuvo que llorar desventura alguna.

Esto no es exacto y no tiene para nosotros mas que una explicacion, que es esta:

Fué tal y tan sombrío el segundo Gobierno de aquel hombre, que á su lado, el primero fué un Gobierno de bienaventuranza.

Porque en sus primeros años de Gobierno, Rosas empezó á diseñarse como un bandido monstruoso, cuya verdadera fisonomía moral se descubrió en su segundo Gobierno con los hechos bárbaros y vergonzosos que ensangrentaron al pais.

Desde que él subió al poder, sobre todo lo noble y lo grande que habia en el pais, pudieron escribirse las tristes letras Q. E. P. D.

Todas las libertades, todo derecho y toda ley, fué pisado entre sus botas de potro y desgarradas entre sus espuelas.

Fué su voluntad salvaje y sanguinaria lo que imperó, segun lo iremos demostrando con nuestro gran acopio de hechos.

Queriendo acallar las demostraciones de alegría por los triunfos del general Paz, que sus adversarios políticos solo se atrevian á hacer con la mirada, Rosas, abrió para ellos las puertas de las cárceles y los puentes de los pontones.

En seguida le pareció que debia amordazar á la prensa independiente y espidió el famoso decreto del 13 de Marzo de 1830, primera puñalada que dió á las libertades públicas.

Por aquel decreto dispuso las siguientes iniquidades:

“Art. 1º Todo el que sea considerado como autor públicamente, factor ó cómplice del suceso del 1º de Diciembre, ó de alguno de los grandes atentados cometidos contra las leyes, por el Gobierno intruso que se erigió en esta ciudad en aquel mismo dia, y que no hubiera dado ni diese de hoy en adelante pruebas positivas é inequívocas de que mira con abominacion tales atentados, será castigado como reo de rebellion.

2º Será castigado del mismo modo, todo el que de palabra; por escrito, ó de cualquier manera, se manifieste adicto al espresado motin del 1º de Diciembre, ó á cualquiera de los grandes atentados de que habla el articulo anterior.”

Este decreto, tendente á amordazar la prensa, fué ampliado de la manera siguiente:

Prohibió tambien la venta de armas, á todas las casas que con ellas comerciaban, mandando recoger por la patria, todas las que los particulares tuvieran en su poder.

A todos los extranjeros que habian tomado parte en los sucesos del año anterior, y por cuyo motivo se les habia dado carta de ciudadanía, les anuló esta por decreto especial.

Y así como la Cámara en un momento de cobardía le habia dado los plenos poderes, él autorizó á don Gervasio Rosas, que estaba al frente de las estancias de don Leon y lo representaba en el Sur, para que aplicase penas, incluso la de muerte.

Y como don Gervasio á su vez delegaba posiciones en los capataces, amigos, ó peones de su confianza, resultó que cada cual apaleaba, mataba ó fusilaba si era autoridad militar, sin que hubiera quien se preocupase de la cosa.

Para cualquier caso apurado que pudiera sobreenirle, mantenía un buen número de tropas en Santa Catalina, tropas que solo se ocupaban en merodear por los alrededores seguros de la entera impunidad con que contaban.

Como no sabia lo que pudiera suceder en las Provincias, estableció en el arroyo de Pavon un cuerpo de ejército que hacia maniobrar diariamente, y disciplinar por buenos oficiales.



Lavalle le habia enseñado lo que vale una buena tropa, y Rosas aprovechaba la leccion, convencido de la gran supremacia de las tropas regulares.

En un caso de apuro, este cuerpo de ejército podria incorporarse al de Lopez, último baluarte de la barbarie en que se estrellaria el general Paz, si seguia en su camino de triunfos.

Y parece que la cosa apuraba por aquellos lados, segun las noticias que se recibian.

De los cuerpos de Lavalle que se habian licenciado por el Gobierno de Viamont, Rosas entresacó las mejores clases, enviándolas á Pavon, con el objeto de dar instruccion y táctica á los regimiento que allí formaban.

Rosas, pues, queria hacerse á todo trance, de un ejército de línea capaz de contrarestar á cualquier otro.

Esta era la situacion de la pobre y misera Buenos Aires en los primeros meses del Gobierno federal apoyado en los elementos bárbaros.

Como era natural, Rosas no tenia el coraje de hacer á un lado á todos los hombres perjudiciales que lo rodeaban, por que aún le eran necesarios y no queria descontentarlos.

Así es que cada comandantillo era una potencia, y una potencia terrible, puesto que no habia ley que á ellos alcanzara.

La policía secreta habia sido maestramente instalada, y de ella se servia Rosas con preferencia para la persecucion de los unitarios.

Toda denuncia era atendida sin averiguar su origen ni la causa que la provocaba.

Venia de un federal, y esto bastaba.

Los unitarios empezaron á emigrar á Montevideo, buscando rodear á Lavalle y seducirlo para que se pusiera á la cabeza de un movimiento sério.

Dados los triunfos del general Paz y el fuerte ejército de que este disponia, no era una cosa descabellada esperar el dia del desquite.

Lavalle se decidió entonces á moverse, y tratar de convulsionar el Entre-Rios y Corrientes.

Rosas habia faltado miserablemente á lo pactado.

La ley de olvido habia sido convertida por él en ley de venganzas y persecuciones.

En nada faltaba él entonces á sus compromisos, si tomabala armas nuevamente, para derrocar un Gobierno que pesaba sobre el pais como una verguenza.

Lavalle se puso entonces en campaña, con toda la vehemencia y el ardor que le eran característicos.

## El tigre de los llanos

Facundo Quiroga, el terrible Facundo Quiroga, cuya ferocidad no conocia límites, habia formado dos ejércitos para vencer á Paz, de acuerdo con Rosas y Lopez.

Pero las dos veces que se habia puesto delante de aquel lucido general, habia sido aniquilado hasta el extremo de salvar él milagrosamente con un grupo de soldados, es decir, de los bandidos que distinguia con aquel nombre.

Facundo Quiroga era un hombre vulgarísimo y completamente destituido de todo lo que pudiera llamarse un sentimiento noble.

Bravo hasta el delirio en el combate, era cobarde y sanguinario despues de la victoria.

El degüello de los prisioneros mas distinguidos era su ocupacion favorita despues de la batalla.

Esto dió lugar á represalias terribles, que hicieron de aquella guerra la mas sangrienta de cuantas luchas civiles se hayan producido en suelo argentino.

Quiroga se habia levantado sobre los bárbaros

que le obedecian, á fuerza de crueldades de todo género y de hechos de una bravura fantástica.

Se habia impuesto á las masas del interior, que le seguian electrizadas donde él queria llevarlas.

En la batalla, Quiroga era algo fantástico é infernal.

Incapaz de estar parado un solo momento, se le veia recorrer su larga línea de batalla, de un extremo á otro, con la lanza en la mano, y deteniéndose siempre donde el combate era mas récio, para tener el placer de dar dos ó tres lanzadas.

Era incansable para la lucha y tenia el don de comunicar á su tropa todo el valor de su alma indómita.

Despues del combate, y con mas razon si la victoria le era propicia, su gran placer era sentarse en el cadáver de un enemigo y hacer degollar á su vista la mayor parte de los prisioneros que hubiera hecho, siendo preferidos para tocarles el vio-

En todos aquellos en quienes vislumbraba algo de decencia ó educación.

Odiaba á muerte al hombre civilizado, porque decia que era ese el elemento bárbaro de estos países.

Quiroga reunió cuanto greñado y miserable pudo reclutar en Santiago, Catamarca y demás provincias dominadas por él.

Saqueando este pueblo haciendo una degollación en aquel, Quiroga, que se habia adornado con el título de general, pudo reunir un ejército de cinco á seis mil hombres, y se vino en demanda de Paz, á la provincia de Córdoba.

¿Quién se permitía dudar que el triunfo coronaría sus armas?

Facundo Quiroga era invencible para aquella gente.

Hasta entonces no habia habido fuerza capaz de avasallar sus greñudos, ni aún de sostenerse mucho tiempo delante de él, sin ser despedazada por ellos.

El general Paz, militar elegante en sus manobras y un táctico de primer orden, tenia ciega fé en los bravos que componian su ejército, donde habia mil Quirogas en valor.

Sabiendo que Quiroga se movia sobre él, salió de Córdoba con su ejército, dejando en la ciudad una pequeña guarnición, y le aceptó la batalla que le ofrecia.

Este fué el primer desencanto del altivo Quiroga.

En vano se multiplicó aquel dia, en vano hizo personalmente prodijos de valor, haciendo cometer á sus greñudos mil ferocidades.

El frio y elegante táctico le salia siempre al encuentro con su tropa incomparable, aprovechando sus torpezas, y despedazando su linea en los lados que la veia demasiado débil.

El tigre de los llanos mordía su lanza y hacia visajes terribles y conducia á la pelea sus masas de caballeria, haciendo gala de una bravura de fiera.

Pero sus masas eran siempre rechazadas por aquellos viejos veteranos de incansable brazo y corazon sereno.

Despues de pelear hasta perder la mitad de su gente sin haber hecho grandes destrozos en el enemigo;

Despues de hacer todo género de proezas, hasta dar una carga de ponchazos sobre los cañones del enemigo, Quiroga se convenció que toda tentativa de triunfo seria una quimera.

Quiso retirarse en orden, pero ni esto mismo pudo conseguir.

Los regimientos de Paz habian doblado su ala izquierda echándola sobre el centro en terrible confusion, y allí fué la matanza mas numerosa.

El ala derecha se aterró, y á pesar de las voces de Quiroga, dió la espalda en una confusion lamentable.

No quedaba que hacer.

Quiroga entonces, para evitar ser hecho pri-

sionero, cerró las espuelas á su espléndido caballo y se perdió por entre las sierras con el último rayo del sol de la tarde.

¿A dónde iba el tigre de los llanos corriendo de aquella manera?

¿Cuáles podrian ser sus propósitos despues de haber perdido aquel numeroso ejército y dejar en poder del enemigo todas sus armas y pertrechos de guerra?

Quiroga iba en busca de un nuevo ejército con que vencer al general Paz.

Aquella terrible derrota, lejos de doblar su carácter altivo y feroz, exaltó mas su espíritu perverso.

No podia convencerse que el general Paz lo habia vencido por sus dotes militares, y la calidad de sus tropas, como lo venceria siempre.

Creía que aquello era una simple fatalidad cuyo mal precedente podria borrar en una nueva batalla.

Y á ella se preparó con el corazon lleno de ódio y el espíritu deseoso de sangre.

Y ganó el interior á juntar nuevos greñudos con que vencer al general Paz.

El despecho de la derrota y el temor de perder su prestigio lo volvieron mas feroz de lo que era, si esto es posible.

Para venir contra Buenos Aires, al saqueo, siempre habia gente dispuesta.

Aquellos montaraces que no se hubieran movido por nada de este mundo, de donde se habian tendido á tomar el sol, saltaban como á impulso de un golpe eléctrico, con la fisonomia in noble iluminada por la codicia, al grito de venir contra Buenos Aires, á saquear sus estancias y sus almacenes.

Los greñudos y montaraces de Santiago, Catamarca, etc., volaban á rodear á Quiroga cuando sintieron sonar su grito de guerra y esterinio.

Y peor para los que no se apresuraron á acudir á su voz, porque sobre ellos cayó todo el odio implacable del feroz bandido.

En la Rioja, donde fué primero á sacar gente para el plantel de su nuevo ejército, no solo hizo fusilar y matar á palos á los que anduvieron remisos, sino que él mismo degolló unos cuantos por su mano, dejando sus cadáveres para que sobre ellos pasara su caballeria.

De la Rioja pasó á Mendoza, donde su amigo el fraile Aldao le socorrió con cuanto elemento tenia disponible.

Las casas de comercio fueron puestas á saqueo y Quiroga salió de Mendoza con mas de cinco mil hombres, para formar sobre ellos un poderoso ejército.

Las provincias restantes tuvieron que pagar su contribucion de sangre y de dinero.

¿Quién se atrevia á resistir una indicacion de Quiroga?

Mas habria tratado en decir nó, que en senti

por su garganta la fiosa daga de aquel bandido.

Conforme se habia decretado el título de general, se habia erijido en señor de vidas y haciendas de aquellas pobres provincias que temblaban á su contacto, como las hojas de los grandes árboles al contacto del huracan.

Y Quiroga se los habia impuesto personalmente sin tener nunca que echar manos del gran poder que disponia.

A la aldea ó pueblo que andaba remiso en pagar las contribuciones que él imponia, ó entregar el contingente que habia pedido, entraba él solo, haciendo un destrozo incalculable.

El apaleaba, apuñaicaba, y penetraba á las casas á caballo, azotando á todo el que se le ponía por delante, fuera niña, viejo ó mujer.

En una pequeña poblacion de Zumampa, habitada por pobres diablos y gente infeliz, dejó impreso todo el génio de su ferocidad.

Por no haberle dado de comer tan pronto como á él le pareció que debia ser, la emprendió á puñaladas con sus habitantes, esterminándolos de tal manera, que cuando se cansó de matar por su propia mano, mandó á su escolta que concluyera aquella obra infame.

Esto que á primera vista parecerá exajeracion, no lo es tanto, si se tiene presente el terror de que Quiroga habia rodeado su nombre, y lo serviles que han sido siempre los habitantes de aquellos pueblitos miserables, habituados á ser tratados á lomo de sable, desde Quiroga hasta Sandes y desde Sandes hasta el presente.

De aquella manera logró Quiroga formar un ejército de seis á ocho mil hombres, con el que se puso nuevamente en campaña y en demanda del general Paz.

En aquel ejército de bandoleros, no habia mas ley ni mas ordenanza que la voluntad de aquel innoble montaraz, erijido en gefe supremo.

Porque el orijen de Quiroga era tan ruin como sus hechos.

Perteneció á las últimas capas sociales y desde ellas subió hasta ser el árbitro de aquellas provincias.

Las faltas no se castigaban allí por consejos de guerra ó aplicacion de ordenanzas.

El oficial que faltaba era castigado por el mismo Quiroga, ya á punta de palos ó á punta de lanza, segun la gravedad de la falta ó el humor mas ó menos negro con que amanecia aquel dia.

Ahora, el castigo á los soldados era muy diferente.

El que no recibia otro castigo que ser degollado, podia considerarse por feliz, porque generalmente aquel castigo venia despues de una serie de indecibles monstruosidades de toda especie, que Quiroga presenciaba con infinita fruision.

Así trajo aquel ejército, que mas se podia llamar un malon, hasta Córdoba.

Los greñudos que lo componian, tenian tal terror á su gefe, que venian persuadidos de que, en cuanto el enemigo supiera que allí estaba Quiroga, no se atreverian ni siquiera á hacer pié firme.

Quiroga no tenia solamente fuerzas de caballeria.

El fraile Aldao le habia dado alguna infanteria y armas con que formar nuevos cuerpos.

Además, llevaba cuatro piccitas de artilleria con su correspondiente dotacion.

Cuando el general Paz supo que Quiroga venia en su busca con un fuerte ejército, abandonó la ciudad de Córdoba para salir en su busca y escarmentarlo de una manera ejemplar.

El hábil táctico estaba convencido de que, aunque Quiroga trajera veinte mil hombres, con sus tropas regulares y en una batalla campal lo hacia pedazos.

Demasiado sabia él que aunque bravias, aquellas tropas eran completamente lijeras y fáciles de vencer, por consiguiente.

Quiroga era un leon en la pelea es verdad, pero prescindiendo de él mismo, tambien contaba Paz con leones como La Madrid y otros.

Cuando Quiroga supo que el general Paz habia salido de Córdoba con toda su tropa, hizo un movimiento á lo indio.

Contramarchó rápidamente aprovechando la oscuridad de la noche, y puso sitio á Córdoba que tuvo que rendirse al dia siguiente por falta de defensores y de elementos de resistencia.

La ciudad estaba hábilmente zanjeada, pero no tenia mas guarnicion que trescientos hombres, que fueron sin embargo bastantes para rechazar el primer ataque de todas las tropas de Quiroga.

Este ocupó la ciudad, dejando en ella una fuerte guarnicion de infanteria y dos piezas y se retiró con el resto de su ejército, fuera de ella, en el punto llamado la Tablada, decidido á esperar allí al general Paz que indudablemente no debia tardar.

El general Paz tuvo conocimiento de lo sucedido por los soldados de la guardicion vencida y contramarchó á Córdoba, donde llegó el 22 de Junio, encontrando á Quiroga en las posiciones que hemos indicado.

A la proximidad de aquel, este tendió su imponente linea y esperó el ataque.

El montonero se encontraba nuevamente con sus salvajes bravios y decididos, frente al brillante estratéjico y lucido general, que atacó sobre la marcha, despues de apreciar con su mirada inteligente al enemigo y el terreno en que iba á combatir.

Las primeras cargas fueron dadas y recibidas con un denuedo y un valor admirables.

Los greñudos de Quiroga capitaneados por Aldao, Brizuela y otros lobos por el estilo, llevaban con una bravura verdaderamente magnífica, los claros, que abrian los sables de aquellas

tropas lucidas, habituadas á no dilatar mucho el triunfo.

El general Paz mandando personalmente la reserva, acudia, con los cuerpos de ella, á los puntos del combate donde el enemigo hacia una resistencia mas tenaz.

Quiroga veia que luchaba con un enemigo superior en todo, menos en número; no se convenia que los mas pudiesen ser vencidos por los menos, y se le veia recorrer enfurecido toda la línea de batalla, llevando el contingente de su lanza allí donde lo creia necesario, y conduciendo á palos al combate, los regimientos que parecian no tener ganas de tomar parte inmediata.

Quiroga hizo verdaderas proezas de valor durante la batalla.

Su fuerte lanza postró muchas víctimas en Juca brazo á brazo, pero los veteranos de Paz empezaron bien pronto á imponerse y á mostrar su incontestable é incontrastable superioridad.

Se habia peleado mas de seis horas cuerpo á cuerpo, y haciendo muy poco uso de las armas de fuego.

El centro de Quiroga fué el primero que cedió, pero de una manera decidida para no volver mas al combate.

En aquel mismo momento el heróico La Madrid, aquel que cargó solo contra un cuadro de infanteria española, pocos años antes, cayó como una tormenta de muerte sobre el ala izquierda.

En vano fueron allí Quiroga y Aldao á restablecer el combate

En vano hicieron esfuerzos sobrehumanos por contener á la tropa, esta dió vuelta presa del mas invencible terror.

Envueltos unos escuadrones en otros, se fueron sobre el ala derecha, arrastrándola en la derrota.

La jornada habia terminado.

El enemigo huía dejando sobre el campo de batalla mas de seiscientos cadáveres.

La persecucion fué corta y solo se hizo hasta la caída de la tarde.

El enemigo iba en horrible confusion, y Paz estaba seguro que no se rehaceria mas.

Por otra parte no queria postrar á su tropa, sabiendo que al dia siguiente lo esperaba un nuevo combate á las puertas de la ciudad.

El enemigo era terco y duro en la pelea.

Se le vendria pronto, pero no seria sin alguna fatiga.

El general Paz dió esa noche un buen descanso á su tropa, y el 23 por la mañana marchó sobre la ciudad.

A penas se habia movido en aquella direccion, cuando le llegó un parte de la retaguardia anunciándole que otro ejército tan numeroso como el primero, los atacaba por aquel punto y por el flanco derecho.

Era el mismo Quiroga que en la noche anterior habia rehecho sus tropas y sin dar tiempo á na-

da, habia caído sobre la retaguardia del ejército del general Paz, con tal denuedo, que habia logrado llevar alguna confusion entre los cuerpos atacados.

El general Paz, entre la confusion de la pelea organizó sus cuerpos y acudió á la retaguardia á restablecer el combate.

Las tropas de Quiroga atacaban con tal brio, que nadie hubiera sospechado que aquellas eran tropas que habian combatido de una manera terrible todo el dia anterior.

Las cargas se sucedian unas á otras, con igual valor.

Quiroga se hacia pedazos.

Su voz airada dominaba el fragor del combate, incitando á sus tropas de una manera desesperada.

Estas fueron decayendo poco á poco fatigadas y convencidas de que el enemigo con que luchaba era de fierro.

Dieron dos ó tres cargas desesperadas, y rechazadas á filo desable, presentaron la espalda completamente acobardados.

Quiroga aún quiso contenerlos, insultándolos y apaleándolos con su lanza, pero fué envuelto por los fugitivos y obligado á disparar con ellos.

El segundo acto de aquel sangriento combate estaba terminado.

El general Paz destacó en su persecucion dos regimientos, para aniquilarlo por completo y marchó á Córdoba, llevando mas de ochocientos granados prisioneros.

En los dos combates, entre muertos, heridos y prisioneros, el enemigo habia perdido dos mil seiscientos hombres.

El general Paz puso sitio á la ciudad, y envió un oficial y un sargento, avisando que si no se rendian á discrecion, atacaria vigorosamente.

La guarnicion por toda respuesta fusiló á los dos enviados.

El general pudo haber tomado algunas represalias entre los prisioneros que llevaba.

Pero su carácter noble reprobaba esos actos. Se limitó á mandar un ataque general sobre la plaza.

Los defensores comprendieron el peligro que corrian y se entregaron á discrecion.

De esta manera el general Paz concluyó con el caudillaje del interior.

Mendoza, la Rioja, San Luis, San Juan y Santiago, fueron ocupadas por tropas que el general Paz desprendió de su ejército, á órdenes de gefes experimentados y de confianza.

Era la manera mas eficaz de concluir con los caudillos que se habian enseñoreados en el interior, manejando á sus habitantes como majadas de cabras ó manadas de burros.

El general Paz no tenia nada que temer por ese lado y podia fijar tranquilamente su vista sobre Santa-Fé y Buenos Aires, que eran los puntos

amenazantes y donde estaba en ebullicion la ni- | acontecimientos que daban surgir de estos pun-  
dada federal. | tos y que no tardaron.

Y así preparado esperó tranquilamente los

### Federacion ó muerte!

Quiroga, fugitivo del campo de batalla, siguió lu-  
yendo en direccion á Catamarca.

Solo lo acompañaban unos veinte greñudos de-  
sarmados, pues en la persecucion habian arrojado  
las armas que las recojió el ejército del general  
Paz.

Quiroga iba tan desesperado, tan irritado con  
aquella derrota que anulaba para siempre su po-  
der, que no teniendo en quienes descargar sus  
iras, lo hizo con los pobres montaraces que le  
permanecian fieles.

—Cobardes, canallas! exclamó, yo les voy á en-  
señar á dar vuelta!

A todos, á todos, á toditos los que han toma-  
do parte en esta batalla y han huido como lie-  
bres, los voy á degollar.

Y enristró sobre ellos su terrible lanza.

Los greñudos que lo que menos sospechaban  
era semejante ataque, dieron vuelta sus mulos  
y ganaron el monte con tanta rapidez como les  
fué posible.

Uno de ellos no pudo andar tan lijero, que no  
lo alcanzara aquella hiena y lo bajara del macho,  
de un golpe de lanza.

En seguida echó pié á tierra, y á pesar de los  
ruegos de aquel desventurado, lo degolló y ató la  
cabeza por el pelo á la cola del mulo, que espan-  
tó para que siguiera por el monte.

Esta era una ferocidad completamente inútil.  
sin objeto alguno, pero que refocilaba el alma de  
aquel bandido, para quien la sangre era ya una  
necesidad.

Comprendiendo Quiroga que nada tenia ya que  
hacer en las Provincias, pues vió los destacamen-  
tos que á ellas enviaba el general Paz, cambió de  
rumbo, atravesó la Sierra de Don Diego y se vino  
á Buenos Aires.

Rosas le habia escrito anteriormente y enviá-  
dole emisarios.

Luego Rosas lo necesitaba y no le negaria su  
apoyo, por la cuenta que le tenia.

La llegada del general Quiroga, vencido y redu-  
cido á la impotencia, fué un acontecimiento que  
causó tremenda sensacion en el avispero fe-  
deral.

Rosas y su partido estaban amenazados de

muerte, por el único militar que podia arrebatár-  
les el poder, dadas sus condiciones personales, y  
la enorme cantidad de elementos de que disponia.

La inaccion era el suicidio, así lo comprendió  
Rosas al conferenciar con aquel bandido, que lo  
impuso detalladamente de la critica situacion en  
que quedaban las provincias, situacion bien criti-  
ca por cierto, bajo el punto de vista federal.

Los federales aprovecharon la venida de Qui-  
roga para desatarse contra el partido unitario, que  
al parecer habia sido puesto fuera de la ley.

Ellos fueron insultados y aún estropeados por  
grupos de federales que salieron á recorrer las  
calles dando furiosos vivas á Rosas y á Qui-  
roga.

Las casas de las familias unitarias eran asalta-  
das y las señoras y niñas que las habitaban ul-  
trajadas de la manera mas salvaje.

Rosas comprendió que aquellas escenas salva-  
jes le hacian daño, desprestijiando su Gobierno  
ante la gente sería del pais.

Condenó enérgicamente aquellos escándalos  
y manifestaciones, ordenando á la Policia toma-  
se las medidas necesarias para que no se repi-  
tieran.

Para salvar su responsabilidad, dijo que aque-  
llos escándalos habian sido hechos por el mis-  
mo partido unitario, para incitar al desprecio de  
su Gobierno, y amenazando al dicho partido  
con terribles represalias si los hechos, á pesar  
de las medidas policiales, volvian á repetirse.

Los unitarios por su parte, sufrieron con pa-  
ciencia todos aquellos vejámenes.

Los triunfos del general Paz les hacian tener es-  
peranzas suficientes en el porvenir, para sobre-  
llevar los males que aquellos mismos triunfos hi-  
cieron caer sobre ellos.

Numerosas comisiones partieron sigilosamente  
para Montevideo, á influir con Lavalle para que  
tomara una actitud decidida y sublevara el En-  
tre-Rios y Corrientes, para hacerse de un fuerte  
ejército con que ayudar eficazmente al general  
Paz.

Rosas se apercibió del movimiento que trataba  
de hacerse y quiso matarlo en su cuna.

Al efecto envió á su vez comisiones á la Banda Oriental, para recabar del general Rivera la entrega de los que allí conspiraban contra su Gobierno.

Rosas le pedía además que persiguiera sin tréguja en Montevideo, todo movimiento tendente á alterar el estado de cosas en Buenos Aires.

Rivera se negó á pretension tan descabellada, y Rosas, furioso, no solo lo calificó de *pardejon Rivera*, sinó que desde aquel momento empezó á maniobrar para que el general Lavalleja derrocara á Rivera, y si hiciese señor de Montevideo, como él se habia hecho de Buenos Aires.

Fué desde este momento que empezó la enemistad entre estos dos caudillos, enemistad que llevó á Rosas hasta hacer quemar los judas de Semana Santa, bajo el calificativo del *pardejon Rivera*.

Lavalle por su parte, apreció la situacion, comprendió que los momentos eran preciosos y pasó con un gran grupo al territorio argentino, para sublevar al Entre-Rios y Corrientes, donde contaba con apoyo y partidarios.

Rosas decidió entonces obrar con energia y rapidez, poniéndose de acuerdo con el caudillo Lopez de Santa-Fé, para formar un fuerte ejército y ponerse en campaña contra el general Paz, primero y contra el general Lavalle en seguida.

Para que Quiroga pudiera rehacerse, puso á su disposicion los elementos de que podia sacar partido el feroz bandido.

Al efecto sacó de las cárceles doscientos forajidos de la peor especie y se los entregó á Quiroga, como base del ejército que debia formar.

Acto continuo puso bandera de enganche, á la que acudió cuanto aventurero habia en el pais, porque se les pagaba bien y se les prometia el libre saqueo.

Con quinientos hombres de este pelaje y catadura y con dinero y elementos suficientes, marchó á formar el nuevo ejército que esta vez obraria en combinacion con Lopez y Rosas.

Aquellos bandidos de cárcel, pronto pudieron apreciar el temple del hombre bajo cuyo poder habian caido.

Fiados en su número y en sus entrañas, una noche intentaron recuperar la libertad perdida, é hicieron un motin de cuartel.

Pero el tigre de los llanos, que no les quitaba un momento la vista de encima, se apercebíó á tiempo de lo que pasaba y cayó sobre ellos, armado de una macana de algarrobo.

Grande fué el destrozo.

Cuatro bandidos quedaron con la cabeza deshecha de tal modo, que el resto se apaciguó, conviniendo en que aquel hombre era el único tipo capaz de manejarlos.

No paró solamente aquí el castigo de aquel motin.

A la mañana siguiente el mismo Quiroga ató,

puñaleó y degolló otros cuatro de los **presidarios**,

Así concluyó de mostrarles su ascendiente in-

contrastable.  
Sumisa aquella canalla al hombre que los habia de mandar en lo sucesivo, sin mas ley que su exclusiva voluntad, Quiroga marchó á Santa-Fé á recibirse de otro contingente de las cárceles y de allí siguió viaje tranquilamente hasta las provincias de Cuyo, que bien pronto iban á sentir de nuevo el filo de su puñal.

Rosas, cuando lo supo, festejó con grandes risas el procedimiento que habia empleado Quiroga para someter aquella chusma ingobernable.

—Es la única manera de hacerse respetar en estos paises, dijo.

Y el tiempo se encargó de probar de que manera y hasta qué punto la habia encontrado buena.

Despachado Quiroga, Rosas se decidió á marchar á campaña.

Delegó el mando en sus ministros y dió á su hermano don Prudencio el mando de la fuerza que quedaba en el Retiro, y marchó á Pavon, donde se disciplinaba el ejército de linea que estaba formando.

Allí mostró claramente el camino que se hallaba dispuesto á seguir para dominar al pais por completo.

Los unitarios que debian secundar á Lavalle en Buenos Aires, comenzaron á conspirar tan abiertamente como les era posible.

En esta conspiracion, entró por mal de sus pecados, un sargento mayor Montero que se hallaba guarneciendo á Bahía Blanca, con su destacamento de caballeria.

La famosa policia secreta que habia creado Rosas, reclutándola entre las últimas capas sociales, se puso bien pronto al cabo de la conspiracion, pasando aviso de lo que sucedia, al campamento de Pavon.

Escusamos decir que el sargento mayor Montero fué delatado, como muchas otras personas que en la conspiracion debian tomar parte.

En el acto Rosas pasó un oficio á Montero, mandándole presentarse al campamento á recibir órdenes de marcha.

Dada la situacion del pais, aquella orden no podia causar estrañeza á un gefe que tenia fuerzas á sus órdenes y Montero, engañado, se apresuró á dar cumplimiento á ella.

Sabiendo que á Rosas le gustaba ser obedecido rápidamente, tomó una buena tropilla y se puso en marcha á media rienda, llegando á Pavon á los pocos dias.

—Lo he mandado llamar, le dijo Rosas, porque tengo confianza en usted y quiero significarle mi aprecio dándole un puesto de peligro en la vanguardia del ejército que pronto marchará á campaña.

Completamente engañado Montero por aquel

recibimiento cariñoso, se puso á sus órdenes fin-  
jiéndose muy agradecido de la distincion.

—Llevará usted este pliego á don Prudencio Rosas en el cuartel del Retiro, concluyó el Gobernador.

El entregará á usted dos escuadrones de caballeria, con los que se presentará usted, sin pérdida de tiempo en este campamento.

Montero se retiró y aquella misma noche se puso en marcha, pensando que en su nueva posicion iba á poder ser mas útil á los de la conjuracion.

En cuanto llegó á Buenos Aires, se presentó á don Prudencio Rosas, en el cuartel del Retiro, á quien encareció el pronto despacho de la orden que contenia el pliego.

Don Prudencio salió á dar algunas órdenes, rogándole lo esperara un instante.

Efectivamente, al poco tiempo regresó, asegurándole que á los pocos momentos seria despachado, para cuyo efecto habia dado las órdenes necesarias.

—Y usted sabe la orden que me ha traido? añadió.

—Si señor—una orden de entregarme dos escuadrones de caballeria para que me presente con ellos al campamento del señor Gobernador.

Don Prudencio quedó callado mirando con estrañeza la franca fisonomia del jóven.

Pocos momentos despues se presentó en el alojamiento un piquete de infanteria mandado por un capitan.

La orden que Montero habia traido á don Prudencio, se reducía á las siguientes terribles lineas:

“Al recibir esta, en el acto y sin pérdida de un minuto, hará usted fusilar al portador, que es el sargento mayor Montero.”

El distinguido doctor Bilbao consigna tambien este hecho monstruoso en su historia de Rosas.

Cuando Montero se apercibió de lo que se trataba, perdió toda su serenidad, preguntando si realmente lo iban á fusilar y por qué motivo.

—Es la orden que usted mismo me ha traido, replicó don Prudencio y la leyó en alta voz.

—Esta bien, miserables, replicó el jóven, recu-

perando toda la serenidad de su alma bien templada.

Pronto mi sangre unida á la de las otras victimas les subirá al cuello.

Solicitó luego de don Prudencio le permitiera escribir una carta para su familia, pero este se lo negó, invocando la orden de no perder un minuto.

El jóven salió al patio del cuartel, respirando valor y soberbia, se puso de pié mirando al piquete, y cruzó los brazos sobre el altivo pecho.

Dos minutos despues sonó una descarga, y el mayor Montero rodó por el suelo para no alzarse mas.

Aquel hecho bárbaro y brutal, por mas que se quiso ocultar, bien pronto fué conocido del pueblo de Buenos Aires.

Aquello no era mas que la muestra de lo que tendrian que esperar de un Gobierno, cuyos primeros pasos los daba sobre cadáveres.

Si el mayor Montero como militar era reo de alta traicion, ¿por qué no se le formó un consejo de guerra, aunque fuera verbal?

Es que Rosas no se preocupaba ya ni siquiera de guardar las formas, y hacia el uso que mas le convenia de sus famosas facultades extraordinarias.

Ante el hecho del mayor Montero los mismos que se las dieron se aterraron y esperaron temblorosos los hechós sangrientos que tendrian que seguir á aquel.

El sistema de Quiroga pasaba á ser el sistema del Gobierno de Buenos Aires, que no solo lo encontraba exelente, sino que así lo declaró y con Montero empezó á practicarlo.

Los demás complicados en el movimiento unitario pusieron la barba en remojo y tomaron las medidas tendentes á no correr la suerte de aquel desventurado.

El cadáver del mayor Montero fué envuelto en un poncho patria y conducido al carnero por la misma compania que ejecutó el fusilamiento.

Don Prudencio, al pié de la misma carta-orden, comunicó á su hermano Juan Manuel que le habia dado exacto cumplimiento, cinco minutos despues de haberla recibido.

## Fat: lidad

El general Lavalle se habia movido á levantar el Entre-Ríos y Corrientes, donde empezó á reunir partidarios decididos á correr aquella nueva caravana en beneficio de la patria.

La campaña se presentaba ruda y penosa, pero poco importaba.

El porvenir sonreía y el fin de la jornada compensaría todas las amarguras que en ella se apuraran.

Los agentes de Rosas emperazon entonces á perseguir á muerte al partido unitario de Buenos Aires.

Ya no se les desterraba ó se llenaban con ellos las cárceles y pontones.

Se les despojaba de sus bienes y despues de molerles un poco los huesos, eran enviados á engrosar las filas de los batallones de línea.

Don Gervasio en la campaña y don Prudencio en la ciudad, eran los encargados de velar por el santo nombre de la federacion.

Para Rosas la federacion era una palabra hueca cuyo alcance no comprendia y si lo comprendia no se le importaba de él un poroto.

Para él la cuestion era asegurar su Gobierno, costara lo que costara y cayera el que cayera.

Odiaba á los unitarios, no por sus ideas políticas, oscuras para él, sinó porque eran enemigos de su Gobierno, y lo querian voltear.

Y como entonces tenian poderosos elementos para hacerlo, queria esterminarlos antes que lo hicieran saltar de un Gobierno que habia adquirido, gracias á quince años de desvelos y de luchas, de sacrificios de todo género y de una perseverancia sin límites.

Aunque la actitud de Lavalle y el poder del general Paz lo inquietaban visiblemente, conta ba con su poderoso aliado de Santa-Fé el general Lopez, la importante cooperacion que debia prestarle Quiroga, y los veinte mil soldados que podia sacar de Buenos Aires en cualquier momento.

Si no estaba seguro del triunfo, por lo menos miraba como problemático el del partido unitario.

Esta fué la inauguracion del famoso primer Gobierno de Rosas, que se ha dado en decir que no fué tan malo, á pesar de las libertades suprimidas, las leyes pisoteadas y las cabezas separadas del tronco de los que cayeron en aquella primera época.

Véamos los acontecimientos que siguieron al asesinato de Montero.

Don Juan Manuel empezó á formar á gran prisa su poderoso ejército en el Arroyo del Medio y Pavon, para engrosar con él las filas del que ya tenia su poderoso aliado de Santa-Fé, de aquel ejército que dando en tierra con Paz, por una de aquellas casualidades inexplicables, debia implantar el sistema de la federacion y el puñal.

No queriendo perder un dia de tiempo, pues sabia que el general Paz se le venia encima, mandó incorporarse á Lopez su primer cuerpo de ejército, á las órdenes del coronel Pacheco, compuesto de las siguientes tropas:

El regimiento de Patricios mandado por el coronel Gervasio Espinosa y el escuadron 3 de línea, que mandaba don Mariano Espinosa, hermano de aquel.

El 1º y el 2º regimiento, mandados por los comandantes Millan y Gonzalez, los escuadrones de Estramuros de Buenos Aires, á órdenes del comandante Correa, el 4º escuadron de línea y dos escuadrones mas mandados por el coronel José Maria Cortinas.

Es preciso tener presente que cada regimiento de milicias, tenia un escuadron de línea, que le habia servido de base.

El coronel Pacheco se incorporó al general Lopez que tenia prontos para marchar el regimiento de Dragones, de línea, mil y tantos milicianos santafecinos y trescientos indios Guaicurús que formaban su escolta, en su campamento del arroyo de los Desmochados.

Con toda esa fuerza se movió de ese punto el caudillo Lopez, despues de haberse hecho reconocer como general en jefe.

El general Paz habia salido ya de Córdoba y se preparaba para venir á invadir las provincias de Santa-Fé y Buenos Aires.

Habia tenido aviso del movimiento que preparaba el general Lavalle y no dudaba que el mas espléndido triunfo coronaria sus armas.

Rosas se quedó en el arroyo de Pavon, preparando el ejército de reserva, para el caso on que las armas de Lopez sufrieran un contraste.

En seguida llamó á los generales Balcarce y Martinez, nombrando á Balcarce general en jefe de la reserva y á Martinez jefe del Estado Mayor.

Este ejército lo componian los batallones Rio de la Plata, á las órdenes de Olazábal, el regimiento 2º de cívicos, coronel Rodriguez, el batallon



San Nicolás, coronel Olleros y el batallón Guardia Argentina, coronel Rolon.

Además de estos cuerpos, había la artillería mandada por el coronel Biedma y las caballerías mandadas por don Prudencio Rosas, que eran el escuadrón 6º comandante Machado, regimiento Quilmes, Manuel Puirredon y un escuadrón de milicias, comandante Hernandez (Eufemio).

Lopez se movió sobre Córdoba buscando decididamente al general Paz, acampado en la posta de las Barrancas.

La vanguardia del ejército del general Paz, que mandaba el valiente coronel Pedernera, que se hallaba en el Fraile Muerto, se movió rápidamente cuando supo la proximidad de Lopez, y salió á campar á una gran abra que había entre el monte.

Allí pensaba el coronel Pedernera esperar al enemigo para batirlo, y ocultándose con el objeto de hacerlo por el flanco izquierdo y á retaguardia, pues sabía que Lopez se presentaba con todo su ejército.

Todo estaba preparado para dar á Lopez un buen golpe, pues este caeria en la emboscada, pero la fatalidad dispuso las cosas de una manera bien diversa.

Lopez marchaba ciegamente, ignorando donde se hallaba la vanguardia de Paz, cuando sus avanzadas descubrieron un muchachon que hicieron prisionero y remitieron á Lopez, suponiendo que podría suministrar datos.

El muchachon aquel que acababa de salir del monte donde quedaba Pedernera, impuso al enemigo de la peligrosa trampa donde iba á caer.

Sin pérdida de tiempo Lopez formó su ejército en línea de batalla y desplegó á su frente dos grandes guerrillas que debían iniciar el combate.

Algo sorprendido el coronel Pedernera con ver descubierta su emboscada, y olvidando que el enemigo traía fuerzas cuatro veces mas numerosas que las suyas, tocó á la carga y se les fué encima con un entusiasmo heroico.

Los patricios, que constaban de cuatrocientas plazas y otros dos regimientos mas fueron arrollados á filo de sable hasta la infantería.

Somejante temeridad debía ser pagada cara.

El ejército de Lopez rompió un violento y vigoroso fuego que sembró la mas desgraciada confusion entre los regimientos de Pedernera.

A su vez estos fueron doblados y acuchillados hasta el pueblito.

Allí se protejieron en la infantería, que iba en retirada por la orilla del monte.

Gracias á ella, esta y los regimientos pudieron franquear el paso del rio.

Una vez del otro lado, el bizarro coronel Pedernera tocó reunion y se puso á organizar sus tropas á vista del ejército triunfante, y emprendió su retirada hácia Córdoba.

El ejército de Lopez marchó en su persecu-

cion, dejando una fuerza á órdenes del coronel Espinosa, para proteger la division del Rio 3º que mandaba el comandante Lopez, amenazada por las fuerzas de Rio 4º que mandaba el coronel Chavarria, cuyas avanzadas se presentaron dos dias despues.

El coronel Espinosa hizo tomar caballo de tiro y marchó precipitadamente en busca de Chavarria.

Sintiendo fatigadas sus caballadas, las mudó en el punto conocido por la esquina de Ballesteros y siguió á gran galope hasta el paso de la Herradura, en el Rio 3º, donde campó.

Conociendo el coronel Chavarria este movimiento, le pareció bueno el partido, y á la media noche llevó una sorpresa en toda regla sobre el campamento del comandante Lopez, que aún no se había retirado como se lo ordenó Espinosa.

Las tropas de Chavarria entraron al campamento de Lopez, cuando las de este estaban entregadas al sueño sin la menor precaucion, y la carniceria fué en regla.

Para salvar la vida, el mismo Lopez tuvo que arrojar al rio, entre la matanza y la confusion, salvando milagrosamente.

Su division fué aniquilada por completo, dispersándose los que escapaban á la matanza.

Pero estaba de Dios que á Chavarria le había de tocar su parte.

Espinosa, que venia haciendo marchas forzadisimas; se encontró con él al dia siguiente de la sorpresa y cuando este aún saboreaba su triunfo.

El combate fué reñido y sangriento, pero acasadas las tropas de Chavarria dieron la espalda y Espinosa pudo tomar un buen desquite, lanceándolas hasta la cañada de las tres Cruces.

Entre tanto el general Paz marchaba con todo su ejército al encuentro del enemigo y ávido de dar la batalla.

Al contemplar el entusiasmo de sus tropas y la gran superioridad de sus brillantes soldados, para Paz no había la menor duda del triunfo.

Aquello, para él era una simple cuestion de llegar y obligar al enemigo á batirse.

Pero ya hemos dicho que la fatalidad estaba en su contra, en aquella campaña que tan brillantemente había empezado.

Sabiendo que el grueso del ejército de Lopez se hallaba campado en el arroyo de las Mojarras allí se dirigió desprendiendo avanzadas bastante fuertes para repeler cualquier agresion.

En marcha, el 10 de Mayo, se sintió á vanguardia y por donde debían andar las avanzadas, un fuerte tiroteo.

El general Paz mandó apresurar la marcha y se desprendió para inspeccionar él mismo lo que pasaba, adelantándose á gran galope con un ayudante, una trompa y un baqueano.

Como el tiroteo siguiera cada vez mas nutrido el general Paz quiso cortar campo para llegar

mas pronto á las avanzadas, pero el baqueano perdió el rumbo y tuvieron que guiarse por el rumor del fuego, que cada vez se hacia mas sostenido.

Marchando á media rienda, el general diviso una tropa que por la divisa creyó pertenecía á su ejército, pero muy cerca de ella reconoció que eran enemigos y, temiendo caer prisionero y perder la accion por esta causa, dió una rápida rienda á su espléndido caballo y echó á correr en la direccion que debia traer su ejército.

El enemigo se lanzó en su persecucion.

El gefe lo reconoció por su uniforme y llamándolo por su nombre le gritó que se detuviera.

Engañado el general Paz nuevamente se detuvo, pero convencido al fin de que estaba entre fuerzas enemigas, se puso en fuga de una manera decidida.

Aunque los que lo perseguian hacian esfuerzos sobrehumanos para darle alcance, bien pronto se convencieron de que aquella era una tarea vana, porque sus matungos fatigados, no podian competir con el caballo de batalla del general Paz.

Antes que perder tan ilustre prisionero, hicieron la última tentativa y el gefe de la fuerza desprendió en su persecucion cuatro boleadores dando á uno de ellos su propio caballo, que era el mejor.

Aquella estratajema infernal dió el mejor resultado.

El caballo del general Paz, que no hubiera sido alcanzado en manera alguna, rodó con las patas atadas por un certero tiro de bolas, arrastrando en su caída á su noble jinete.

Este, apretado por su cabalgadura, ni siquiera pudo sacar del cinto una pistola para defenderse.

Aquellos de scanisados cayeron sobre él, atándolo con sus maneadores como á un bandido y echándolo á las ancas.

Y en el acto se pusieron en fuga, pues lesya parecia sentir al ejército que llegaba á rescatar el prisionero.

Su ayudante y trompa de órdenes fueron muertos á su lado.

Aunque atado como un forajido aquella canalla guardaba al ilustre prisionero todos los respetos de que era susceptible.

Siéndoles imposible incorporarse aquella noche el ejército por el cansancio de sus caballos, resolvieron campar para darles descanso y seguir la marcha á la madrugada siguiente.

No ofreciéndoles la cosa el menor peligro, aquellos mercenarios desataron al general Paz para que á su vez tomara algun descanso.

Vencidos por la fatiga, aquellos hombres se entregaron al sueño.

El animoso guerrero, viendo que hasta el centinela que lo custodiaba se hallaba cabeceando, se le aproximó con cautela, y arrebatándole la rienda del caballo, que tenia en la mano, quiso saltar en él y huir.

Inútil tentativa!

Fué sentido á tiempo y á los gritos del centinela, toda la tropa se puso de pié.

Esta desgraciada tentativa no hizo sino empeorar sus condiciones.

Para castigarlo, el gefe lo desnudó de todas sus prendas y lujoso uniforme amarrándolo fuertemente al tronco de un árbol.

Al dia siguiente se pusieron en marcha, llegando á la caída de la tarde, al campamento de Lopez.

Este no quiso creer al principio la fausta nueva que se le comunicaba. Necesitó ver y tocar á Paz para convencerse que aquello no era un sueño. La prision del General Paz importaba irrevocablemente la derrota de su ejército, que quedaba sin cabeza que lo dirigiera con provecho para sus armas y aturdido por aquel golpe tan casual como inesperado.

Lopez, para aprovechar la postracion del enemigo, resolvió operar sobre tablas.

Envió bien escoltado á Santa-Fé al ilustre prisionero, y se puso en marcha sobre el ejército que iba á encontrar sin direccion y completamente desmoralizado.

Era indudable para él que La Madrid habia tomado el mando, por ser el gefe mas caracterizado, pero esto no le infundia á Lopez el menor temor.

El General La Madrid era uno de los gefes mas bravos del ejército argentino, pero esa misma bravura que sus enemigos eran los primeros en reconocerle, le hacia cometer mil desaciertos imperdonables en un gefe de su larga práctica, pues desde la guerra de las republicuetas, como oficial subalterno, habia hecho siempre una figura lucidísima y heroica muchas veces, atrayendo sobre si la atencion del país.

Lopez se dirigió, pues, á marchas forzadas sobre el ejército del General Paz, que debia estar muy próximo, segun el paraje en que aquel cayó prisionero.

Véamos entre tanto lo que sucedia en aquel ejército y el fin desastroso que le imprimió la pérdida de Paz.

## La sangre de los mártires

Al saber que su jefe había caído prisionero, el ejército del general Paz fué presa de una impresión terrible.

Al dolor que experimentaban tanto los oficiales como los soldados, se unía el triste presagio de una derrota tremenda.

Con el general Paz á la cabeza, aquel ejército se creía invencible, pues tenía una confianza ciega en el arte militar de aquel jefe.

Faltando el general Paz les faltaba aquella rica inteligencia que todo lo preveía y aquella voluntad firme que no se doblegaba jamás.

Sabían que iban á combatir con un enemigo poderoso y duro de vencer, y les faltaba aquella confianza que les imprimía el nervio y la inteligencia del general Paz.

No por esto desmayaron y se prepararon á combatir lealmente á las órdenes del jefe que tomara el mando del ejército, fuere cual fuere.

El general La Madrid al tener noticias de lo sucedido, vuela inmediatamente á ponerse al frente del ejército, que lo recibe con muestras de vivísima simpatía.

Pero en vez de avanzar sobre el enemigo emprende su retirada hácia la ciudad de Córdoba.

Cuál era el motivo que le hacia emprender una retirada que no daría mas fruto que concluir de desmoralizar la tropa?

Simple narradores de los hechos, no hacemos el menor comentario.

El general La Madrid no se detuvo en Córdoba.

Dejó allí de Gobernador á don Mariano Fraguero, siguiendo su retirada hasta Tucuman, sin que nadie conociera el plan de campaña que allí llevaba.

Cuando Lopez llegó á Córdoba y supo que el ejército mandado por el general La Madrid seguía su retirada para Tucuman, se dispuso ocupar la ciudad.

El Gobernador Fraguero comprendió que toda resistencia era inútil, y que solo lograría haciéndola, el derramar sangre estérilmente.

A la aproximación de Lopez envió sus parlamentos, ajustando una capitulación tan honrosa como le fué posible conseguir.

Por ella se convenia que ningun ciudadano ó militar seria molestado en manera alguna, por sus opiniones políticas anteriores al tratado y que se respetaria la vida de todos los que hubieran prestado sus servicios bajo las banderas del general Paz.

El general Lopez ocupó á Córdoba despues

de firmar la capitulación de que hemos hablado, sin que se le pusiera la menor resistencia de obra ó de palabra.

Veremos despues el cumplimiento que á aquel tratado dió el caudillo santafecino.

Ahora sigamos unos dias mas á La Madrid, para terminar estos acontecimientos que fueron la tumba de los unitarios.

La Madrid llegó á Tucuman, donde se situó definitivamente, sin dejar comprender cuales eran las intenciones que allí lo habían llevado.

Aunque el ejército de Paz, algo desencantado con el nuevo jefe cuyas intenciones no alcanzaba, había empezado á disminuir por las deserciones, era todavia respetabilísimo en su número.

Nunca había tenido el general La Madrid á sus órdenes un ejército tan imponente y de una organización tan irreprochable.

Fiado en este poder indiscutible, se posesionó de Tucuman, donde empezó á acumular todos los recursos que pudieran importar su sostenimiento.

La Madrid no hacia mas que huir de las llamas (Lopez) para caer en las brasas (Quiroga).

El terrible bandido, con los elementos que había llevado de Buenos Aires, empezó á organizar un ejército con suma rapidez, para poder recobrar la autoridad y poder que había perdido.

En el Arroyo del Medio lo habían alcanzado, bajo el nombre de regimiento de Auxiliares, unos quinientos enganchados mas que le había enviado Rosas, mandados por el coronel Ponce de Leon Grande y llevando como segundo jefe al comandante Ponce de Leon Chico, hermano del primero.

A esta fuerza se la había armado en toda regla, pagándoseles tres meses adelantados.

Llevaban además consigo varios carros con armamentos, vestuarios y municiones para unos mil hombres mas.

Con este plantel de presidarios y enganchados, el terrible Quiroga marchó á Mendoza, ocupada por un coronel Videla Castillo, con una regular division.

Quiroga lo batió, lo deshizo y con lo que salvó de la matanza, engrosó las filas de sus bandidos.

Ya estaba en campaña, y de una manera terrible el tigre de los llanos.

Campado en Mendoza, donde se propuso formar un gran ejército, despachó sus capitanejos á

Santiago del Estero y la Rioja, á rejun-  
tar sus antiguos greñudos.

A la aproximacion del bandido y á la noticia de su llamado, aquellas pobres provincias temblaron y se dispusieron al sacrificio.

Sabian que toda resistencia era inútil, y que solo lograrían con ella irritar á Quiroga, que vendría entonces á reclutarlos á lanza y cuchillo.

Ya sabian por esperiencia que era inútil resistirse á su llamado ó á las contribuciones que se servia imponerles.

Quiroga permaneció en Mendoza hasta que los greñudos llegaron, y se puso en marcha con un ejército de mas de mas de cuatro mil hombres, bien armados y regularmente vestidos.

Como tenia gran desprecio por la artillería, y poca fé en la infantería, aquellas tropas eran esclusivamente de caballería.

El objeto de esta marcha era seguir remontando su ejército y sacando fuertes contribuciones de las provincias menos pobres.

Como nuevo campo de accion, ocupó la provincia de San Juan, y envió sus capitanejos á San Luis, Jujuy, etc., con órden de pedir y traerle nuevos contingentes.

Y mientras estos contingentes llegaban, puso á contribucion, ó mejor diremos á saco, la ciudad de San Juan.

Los sanjuaninos sintieron entonces el peso terrible de aquella autoridad feroz.

Las mujeres fueron escarnecidas por las calles y los hombres llevados á garrote limpio y á engrosar las filas de sus greñudos.

Estando en San Juan y con un ejército que pasaba ya de cinco mil hombres, supo Quiroga que el general La Madrid se hallaba en Tucuman con los restos del ejército del general Paz, que tan despiadadamente lo habia batido dos veces, arrebatándole todo su poder y condenándolo, se puede decir, á la mendicidad de elementos bélicos.

Ante esta noticia, la mirada sombría del bandido, se iluminó de una manera siniestra, pues se le presentaba la oportunidad de tomar un desquite en toda regla.

Quiroga tenia un odio á muerte á La Madrid, desde que este gefe, por órden de Paz habia ocupado á Mendoza, haciéndole algunos prisioneros y fusilándole algunos greñudos.

Quiroga no temia á La Madrid, como no temia á nadie.

Reconocia la superioridad del general Paz, pero fuera de este, creia que no habia general capaz de resistirle, al frente de sus montaraces.

Y como esta vez habia engrosado sus filas con presidarios y enganchados sin ley ni Dios, se consideraba mas fuerte que nunca, pues aquellos elementos típicos se identificaron con él.

Facundo Quiroga levantó su campamento de San Juan despues de arrasarlo, y se dirijió á Tu-

cuman, con la firme conviccion de que iba á aniquilar al general La Madrid.

Otra vez iba á ponerse al frente de aquel ejército á que tantas ganas de vencer tenia, para vengarse en el triunfo de sus pasadas derrotas.

Marchando dia y noche y arrebatando cuanto arreo hallaba al paso, en menos de un mes, Quiroga se puso á la vista de Tucuman.

Sabedor La Madrid de que el formidable tigre de los llanos se le venia encima, sacó su ejército de la ciudad y lo formó en batalla en un gran descampado.

Allí lo esperó con aquella serenidad de espíritu que jamás lo abandonaba y con la somisa que la seguridad del triunfo imprimia en su boca expresiva.

Todas las tropas de La Madrid eran de primer órden, contándose entre ellas un batallon que mandaba el célebre negro Barcala.

Pocas horas despues de estar el ejército de La Madrid tendido en línea, se avistó el imponente ejército de Quiroga.

Despreciando este á su enemigo y sin dar siquiera un pequeño descanso á su fatigada tropa, desprendió á un coronel Fontaner, con una fuerte division.

Fontaner llevaba la órden de cargar y deshacer una fuerza de caballería, que se hallaba al flanco derecho de La Madrid.

Como la caballería de este era escasa y esta era la única arma que Quiroga respetaba, quiso ver si por una sucesion de cargas bien llevadas, lograba poner en fuga ó deshacer los regimientos de La Madrid.

Fontaner cargó escalonado sobre aquella fuerza, con tan buen éxito, que despues de un corto aunque terrible combate, la dobló y puso en precipitada fuga antes de que pudiera recibir la menor proteccion.

Creyendo haber cumplido las órdenes recibidas se plegó sobre el ejército, tiroteado por algunas guerrillas de infantería que poco daño le hicieron.

Irritado Quiroga con el regreso de Fontaner, salió á su encuentro, lanza en ristre, preguntándole:

—Con órden de quién ha regresado usted, coronel de porquería?

Sobrecojido el coronel Fontaner, con tal recibimiento al frente de su division triunfante, replicó con soberbia:

—He regresado porque no tenia mas enemigos al frente y habia cumplido la órden que se me dió.

—Si yo le di órden de cargar y de arrollar su frente, no se la di de retirarse—ahora verá usted lo que hago con los desobedientes copetudos.

Y sobre tablas hizo desmontar ocho soldados de su escolta, mandó que bajaran á tirones á Fontaner y lo hizo fusilar sin siquiera dejarle tiempo para ponerse de pié.

La tropa quedó aterrada con este hecho brutal. Los demás gefes lo atribuyeron á un sacrificio que por el triunfo hacia Quiroga.

Convencido de que su tropa solo por el terror podia sostenerse en el campo de batalla contra la de La Madrid, pensaron, ha hecho este sacrificio para aterrorizarla.

El mismo general Quiroga se puso á la cabeza de la division que habia dejado sin gefe, y metiéndose él mismo en lo mas encarnizado de la lucha, arrolló y despedazó el resto de las caballerias enemigas, al extremo de no dejarle un solo escuadron en el campo de batalla.

El general La Madrid quedó solamente con su infanteria y artilleria para luchar con tan enormes masas de caballeria.

Quiroga hizo avanzar entonces todo el grueso de su ejército, sable en mano, llegando hasta las piezas de artilleria revoleando los ponchos.

Las infanterias y artilleria rompieron un fuego desesperado, pero fueron ahogadas por los gendados, que se presentaban al combate con un valor terrible.

En lo mas récio del combate, presentaron á Quiroga al negro Barcala, á quien conocia de fama y que acababa de ser hecho prisionero.

—Qué haria usted en mi lugar, dijo el tigre, mirando fijamente á Barcala, si usted fuera el general Quiroga y yo el negro Barcala?

—Fusilarlo! contestó este sin vacilar, ó lancearlo para andar mas pronto.

—Esa franqueza me concluye de cantivar, replicó Quiroga.

Yo en vez de fusilarlo lo nombro desde ya mi ayudante de campo.

Y mandó que lo dejaran en libertad.

La Madrid, con su valor heróico hacia esfuerzos desesperados, pero inútiles.

Las cargas de caballeria se sucedian sin trégua y la artilleria habia apagado ya sus fuegos.

Acosada la infanteria y sofocada por aquel enemigo siempre de refresco, empezó á desbandarse en todas direcciones, arrojando las armas.

Aquí empezó la matanza.

Las tropas de Quiroga pugnaban por apoderarse de La Madrid y el Gobernador de Tucuman que lo acompañaba, pero no los conocian bien.

Quiroga lo buscaba por todas partes, con la mirada inyectada de sangre, sin poderlo descubrir.

Cuando el desbande se acentuó de una manera séria, recien La Madrid se decidió á abandonar el campo de batalla.

No habia la menor esperanza de salvacion.

Quiroga hizo cargar y perseguir los restos de aquel brillante ejército que una ciega confianza y mala disciplina habian hecho perder.

Concluida la persecucion, Quiroga reunió su ejército y llevando á la cabeza los prisioneros de la jornada, entró á la ciudad de Tucuman.

Al conocer allí la derrota de La Madrid, la poblacion sobrecujo de espanto.

Quiroga era allí demasiado conocido por lo que habia hecho en las demás provincias, para dudar que Tucuman fuera ferozmente sacrificado.

El tigre se preparaba aquel dia su mas suntuoso banquete de sangre.

Habia hecho mas de quinientos prisioneros, entre los que se contaban mas de ochenta entre gefes y oficiales.

Entre estos figuraban Larraya, Videla, Arenque, los Romero y el comandante Cordero.

Quiroga entró á la ciudad, seguido de sus gendados y presidarios, y paseó todas sus calles exhibiendo los prisioneros que llevaba.

Las tropas recorrian las principales calles, como en ciudad extranjera, conquistada.

Saqueaban los negocios, penetrando en ellos á caballo y azotaban, segun orden de Quiroga, á todo aquel que les parecia no tener cara de federal sin mancha.

Despues de distribuir aquellas tropas de forajidos en las principales casas y establecimientos públicos, se retiró á un inmundo potrero, que declaró ser su cuartel general.

El podia haberse alojado en la misma casa de Gobierno de Tucuman.

Pero preferia el potrero y su recado por todo mueble, dando así una muestra de la clase de persona que era.

Este era otro de los puntos de contacto que tenian Rosas y Quiroga, aunque el primero habia nacido y criádose en medio de todas las comodidades que pueden proporcionar la civilizacion y la riqueza, tomando los hábitos del salvaje á fuerza de asimilarse á él.

Desde aquel campamento donde habia puesto una tienda de campaña hecha con cueros de potrero, Quiroga dictó su primer bando, bando que contristó á todas las familias bien colocadas.

Por el se intimaba á todos los habitantes en quienes se suponía alguna fortuna y á los dueños de negocios, llevaran al mencionado potrero cuanto tuvieran en dinero, bajo pena de ser fusilados sobre la marcha.

El fundamento de este bando era que tenia que pagar sus valientes y heróicas tropas y que no disponia para ello de un solo centavo.

Sabiendo que Quiroga hacia exactamente lo que prometia, cada cual se apresuró á llevarle cuanto poseia, que él recibió sin siquiera dar las gracias.

Pero este dinero no era bastante para satisfacer la codicia de aquel bandido, y mandó saquear los principales negocios.

Satisfecha de este modo su ambicion de dinero, le faltaba ver colmada su sed de sangre, para lo cual tenia ya preparadas sus victimas, que no eran otras que los gefes y oficiales prisioneros.

Quiroga mandó que se los llevaran todos al cuartel general, es decir á su potrero, para fusilarlos á todos.

Los prisioneros [de la batalla fueron aumentados con algunos que se hicieron en la ciudad, su- mando entre todos un total de noventa y tres.

Cuando se supo esto en la ciudad, los habitan- tes concluyeron de aterrarse, pensando que, á aquel paso, Quiroga concluiría por mandarle pegar fuego.

Como la mayor parte de aquellos prisioneros pertenecían á la mejor sociedad de Tucuman, las damas, olvidando el peligro que ellas mismas cor- rian, resolvieron presentarse á Quiroga, para im- plorar el pendon de los mártires.

Aquí se presentaba á aquel asesino, la oportuni- dad de gozar de un placer que no habia imagina- do: la agonía moral de aquellas desventuradas mujeres.

Todo estaba dispuesto para la ejecucion, el mismo día que las nobles damas llegaron al po- trero.

Esta ejecucion era decretada en forma de ma- tanza, pues no podia hacerse de otro modo.

Los que no murieran en las primeras descar- gas, serian muertos á lanza y cuchilo.

Quiroga recibió á aquellas señoras finjiendo una amabilidad que llamaremos gatuna.

Les manifestó que estaba dispuesto á acceder á sus ruegos, y que esperaran allí, que él manda- ría traer los prisioneros para irlos *largando* uno á uno.

Las señoras no podían creer en semejante mag- nanimidad, y desde el fondo de sus corazones empezaban á perdonarle todo el mal que les ha- bia causado en aquellos amargos tres días que hacia ocupaba á Tucuman.

Quiroga observaba la alegría que iluminaba el semblante de aquellas señoras, saboreando el placer que se preparaba.

De pronto se sintió un fuego graneado, segui- do de alaridos salvajes y gritos de dolor.

Un vértigo de muerte pasó por el corazón de aquellas desgraciadas, algunas de las que se atrevieron á preguntar qué sucedía.

—No es nada, gruñó el tigre, son los mucha- chos que se entretienen en hacer salvas.

Pero los gritos de desesperacion y los ayes las convencieron muy pronto de que se trataba de alguna matanza, pero nunca se figuraron que las víctimas pudieran ser los prisioneros por quienes habian ido á pedir.

De repente cesó el fuego de fusilería, siendo reemplazado por un fragor y tropel extraño.

Ruidos de caballos que corrian en todas direc- ciones, maldiciones de toda especie y gran es- trépito de armas.

Quiroga no perdía un solo momento la espres- sion de agonía que cruzaba aquellos rostros mas ó menos hermosos, embellecidos por el dolor.

De pronto entró á su tienda una especie de oficial, de gran melena y cubierto de manchas de sangre, aún fresca.

—Ya está, señor, dijo, y los muchachos piden que les entreguen los otros.

—Por hoy basta, contestó Quiroga, lamiendo sus gruesos labios, como el tigre cuando acaba de comer.

Deciles que para mañana veremos, que ahora pueden descansar.

Y en seguida, dirijiéndose á las señoras, con- tinuó:

—Pueden ir ustedes tranquilas á recibirse cada cual de la persona que le interese.

Este lleva la orden de hacer la entrega.

—De los prisioneros que están ahí, dijo á aque- lla especie de ayudante, dirás que entreguen en el acto á las señoras, los que ellas pidan.

Y con tal naturalidad dió esta orden, que aque- llas infelices volvieron á creer en la piedad de Quiroga.

Este salió detrás de ellas para no perder el me- nor detalle del cuadro que se habia preparado.

Las señoras fueron conducidas á un descam- pado, donde habia tenido lugar aquella bárbara carnicería.

Los oficiales y gefes, atados codo con codo, é ignorantes de lo que iba á suceder, habian sido conducidos allí, segun se les dijo, para tomarles juramento de que nunca habian de volver á to- mar las armas.

En cuanto llegaron se les formó en ala, y va- rios pelotones de caballería desmontada avanza- ron sobre ellos haciéndoles fuego á discrecion.

Estas fueron las descargas que habian sentido las señoras.

En seguida aquellos bandidos arrojaron al sue- lo las armas de fuego que tan antipáticas les eran y siguieron la matanza á lanza y facon.

Aquellos desventurados morian de una manera horrible, sin tener el consuelo siquiera de de- fender sus vidas.

Algunos que habian logrado á costa de enor- mes esfuerzos sacar una mano de las fuertes li- gaduras que se las amarraban á la espalda, la llevaban al cuello, ofreciendo aquella débil de- fensa.

Pero las tropas de Quiroga, sin cuidarse de apartar aquel estorbo, cortaban primero la mano separando los dedos y seguian despues con la garganta.

Aquello era ya nauseabundo.

Los mismos bandidos se sentian hastiados de tanta sangre y se limitaban á desnudar los mo- ribundos, dejando á otros el placer de *despe- narlos*.

Este es el espectáculo que sorprendió á las señoras cuando llegaron á aquel cementerio.

La mayor parte de aquellos cadáveres no te- nian cabeza y estaban brutalmente mutilados.

Hay impresiones que el lenguaje humano no tiene colores con que pintarlas.

Todo es pálido y mezquino al lado de aquella realidad funesta y sombría.

Algunas señoras se desmayaron, otras rompieron en un llanto tremendo, abrazadas á las cabezas sangrientas de sus hermanos ó hijos, y otras quedaron sin accion alguna, idiotizadas por la sorpresa, el espanto y el dolor.

Quiroga sonreia y miraba todo aquello cruzado de brazos, y mostrando sus afilados dientes, que parecia haberse regalado con aquella sangre humeante.

Una sola de aquellas mujeres dominó el espanto del cuadro, se sobrepuso á todo dolor y avanzando sobre Quiroga, le azotó el rostro inobstante con su fina y aristocrática mano.

—Asesino! le dijo, así has de morir tú, porque esta noble sangre será tu sentencia de muerte!

Aquella accion heroica fué la señal de nuevas infamias.

Enfurecido Quiroga, de un golpe de puño, hizo rodar á sus piés á la valiente dama.

En seguida le destrozó el rostro con el taco de las botas y sus enormes nazarenas.

Luego mandó que todas las demás señoras fueran arrojadas de allí á punta de patadas.

Sin esperar mas, la soldadesca se arrojó sobre ellas, golpeándolas furiosamente, y apedreándolas con las cabezas de los degollados.

No se podía invadir de una manera mas exajerada el dominio de la fiera.

Quiroga reia desafortadamente, cada vez que el cráneo de uno de los degollados, chocaba con la cabeza de una de aquellas infelices, que ni aún tenían la fuerza de huir, entregándose sin resistencia á todo género de ultrajes.

La sociedad de Tucuman comprendió que le habia llegado su hora de espiacion, y dobló el cuello ante la espuela del caudillo.

No habia contra él, por el momento, defensa posible.

Ni aún les quedaba el recurso de huir, porque era imposible moverse de la ciudad sin ser visto y esto hubiera concluido de enfurecer á aquel mónstruo.

No por cumplir con un deber de humanidad, ni para salvarlos de los perros del campamento y animales feroces del campo, sinó para librarse del mal olor, Quiroga mandó sepultar aquellos despojos sangrientos.

Se cavó una zanja donde todos fueron arrojados incluso la mujer que el bárbaro Quiroga habia muerto á tazazos.

Este fué el fin de aquella batalla sombría, última que por aquellos tiempos habia de dar la civilizacion al caudillaje.

—Ahora, dijo Quiroga, ya quedan estas provincias libres de caudillos y locos.

No habrá ya quien se atreva á alzar el poncho! No me falta mas que concluir con el bandido de Paz, para asegurar el orden en toda la República.

Quiroga ignoraba todavia que el general Paz habia sido hecho prisionero, y lo suponía aún en Córdoba.

Solo ocho dias despues recibió aquella grata noticia que le hizo esclamar:

—Gracias á Dios! ya no habrá en todo el pais mas poderes que el mio acá, y el de Juan Manuel allá!

Al dia siguiente, desde su potrero convertido en cuartel general, nombró Gobernador y demás autoridades, elejidas entre los federales sin mancha, como él llamaba á los bandidos de última estafa.

Siendo su famoso batallon de Auxiliares el que mas habia sufrido en el combate, resolvió remontarlo á setecientas plazas, con soldados prisioneros y gente que sacó de la cárcel, y lo mandó de guarnicion al pueblito de Montero, cerca de Tucuman.

No se sabe si por hacerse el estravagante, ó por entrenerse, Quiroga estableció una tienda, especie de gran bazar que surtió con las mercaderias de los negocios que hacia saquear.

El mismo despachaba como mejor le venia á su antojo, haciendo que toda la poblacion viniera á surtirse de su pulperia.

Así estuvo en Tucuman mas de un mes, de dueño y mozo de su tienda, hasta que resolvió mandarse mudar á asolar las demás provincias, que quedaban entregadas por completo y sin defensa á su voluntad esclusiva y á la de sus capitanejos, pues no podia calificarse de otra manera á aquellos que lo rodeaban.

Hizo marchar á San Luis el regimiento de Auxiliares con los mismos gefes que tenia para que representaran allí su poder, y él, con el resto del ejército se retiró á la Rioja, que declaró cuartel general y residencia de su real persona.

El interior de la República quedaba así librado al caudillo mas feroz que haya existido jamás en tierra argentina.

Véamos los crímenes que se cometian de este lado del Arroyo del Medio, por orden del gran Rosas.

## Las primeras matanzas

Ya hemos dicho anteriormente que Lopez al saber la retirada de La Madrid, se habia dirigido á Córdoba con la intencion de ocuparla inmediatamente.

La Madrid habia dejado alli al Gobernador Fragueiro, quien quedó comprometido á defender la ciudad, con dos batallones de infanteria y tres regimientos de caballeria.

La caballeria habia sido formada fuera de la ciudad, la que fortificó con grandes zanjas y fosos, defendidos por la infanteria y un par de piezas de montaña.

Pero por el resultado de aquella defensa, se vió que mas era el número de partidarios federales allí existentes, que amigos de La Madrid.

Aterrada la poblacion con el abandono que de Córdoba habia hecho el general La Madrid, quiso influir con Fragueiro para que capitulara, á lo que este respondió que no tuvieran cuidado, que él sacaria el mejor partido posible de la situacion.

Cuando las caballerias situadas afuera de la ciudad vieron que el ejército federal se aproximaba, sin que sus avanzadas hicieran un solo tiro, se replegaron á las trincheras buscando el amparo de las infanterias.

Entonces empezaron á verse en la ciudad, enarbolar en las azoteas de las casas, gran cantidad de banderas, en señal de regocijo.

Eran los federales que se preparaban á recibir sus aliados y los habitantes mas tímidos que finjian serlo, para evitarse por este medio el mal que pudiera hacerles el ejército que indudablemente iba á ocupar á Córdoba.

Cuando los primeros regimientos se presentaron sobre las trincheras, en son de carga, salieron de ellas dos oficiales con bandera de parlamento, buscando al general López.

Este hizo suspender el ataque hasta hablar con ellos.

Aquellos dos oficiales venian en nombre del Gobernador Fragueiro á proponer una capitulacion.

La ciudad se entregaria inmediatamente sin disparar un solo tiro, siempre que el general Lopez respetara la vida y las propiedades de los capitulados.

—La poblacion como el Gobernador añadian, no es hóstil ni al general Rosas ni al general Lopez ni á sus tropas.

Pedian aquella garantia por tranquilizar á la poblacion indiferente, pues no habiendo allí enemigos de la federacion, nada habia que temer.

El general López no era un bandido.

Era un gaucho astuto y que no carecia tampoco de inteligencia.

No era una fiera como Quiroga, ni un déspota brutal como su aliado y compañero Rosas.

Era además enemigo de las matanzas inútiles, y desde que la ciudad se le entregaba sin resistencia, juzgó que no habia motivo para ejercer venganzas, ni era político entrar á sangre y fuego.

Consecuente con estas ideas, despachó los parlamentos, diciéndoles que estaba conforme con aquellas bases.

Que si de la ciudad no se hacia fuego sobre sus tropas, él respetaria la vida de los capitulados, decretando el perdon para los que habian servido en las filas unitarias—además, aseguraba que haria respetar á sus tropas la propiedad y los negocios de Córdoba.

Una hora despues aquella razonable capitulacion era firmada por el general y el Gobernador Fragueiro, y la guarnicion de la ciudad entregaba sus armas sin haber disparado un tiro.

El ejército de Lopez penetró entonces á la ciudad, en el mejor orden posible, y por la calle principal.

Todas las azoteas se vieron inmediatamente llenas de banderas y coronadas de cabezas sonrientes.

De las ventanas y puertas de las casas se arrojaban flores sobre las tropas vivándolas á su paso.

Córdoba no recibia á aquel ejército como un conquistador, sinó como á un libertador codiciado.

El general Lopez repartió sus tropas en los cuarteles de la ciudad y empezó á tomar todas las medidas del caso, pues pensaba regresar cuanto antes á Santa-Fé.

A pesar de su gran amistad, Lopez no tenia tan ciega confianza en Rosas, que no temiera dejarlo á sus espaldas con un tan formidable ejército.

Todos los gefes y oficiales que formaban parte de la guarnicion, fueron declarados prisioneros de guerra y remitidos al cuartel general.

Entre estos prisioneros figuraban los tenientes coroneles Luis Carbonell, Pedro Campero, Angel Altamira y un comandante Montenegro, junto con los sargentos mayores Pedro Cuevas y Pedro Cuello.

Además, y como los prisioneros mas importantes, fueron tomados el coronel Luis Videla, Gobernador de San Luis y un señor Duran, proveedor del ejército del general Paz.



El Gobernador Fraguero reclamó de Lopez aquellos prisioneros y demás oficiales, sosteniendo que con arreglo á las bases de la capitulacion no los debia llevar.

Lopez le dió todo género de seguridades sobre sus vidas, agregando que si los llevaba á Santa-Fé, era para ponerlos junto con el general Paz, allí prisionero y asegurarse de que no intentarían otro movimiento para cambiar el órden de cosas por él establecido.

Lopez nombró de Gobernador provisorio á su tocayo el comandante don Manuel Lopez, que guarnecía el Rio 3<sup>o</sup> y se preparó á marchar á Santa-Fé.

Por mas que Lopez quiso impedir que su ejército se entregara al pillaje, no pudo evitarlo.

Sus tropas, en la mayor parte eran compuestas de cuatreros y gauchos malos, á quienes no queria castigar por no perder su prestigio entre ellos.

De modo que fueron muy contadas las pulperias y almacenes que salvaron del robo.

Muchas de las situadas fuera de la ciudad, fueron incendiadas despues de robar todo el surtido y provision de bebidas.

Dos dias despues de estos sucesos, el general Lopez tomaba con su ejército el camino de Santa Fé, conduciendo los prisioneros que hemos nombrado y gran cantidad de oficiales subalternos.

No quedaba en Córdoba mas fuerza, que una escasa guarnicion, suficiente sin embargo para hacer respetar la autoridad de su tocayo.

La marcha fué por demás penosa.

Habia otro grupo de prisioneros que venian custodiados, á la retaguardia, y de los que nos ocuparemos mas adelante, por el lujo de horrores que con ellos se hizo.

Las familias de aquellos prisioneros quedaron sumidas en la mayor desolacion.

A pesar de todas las promesas y seguridades de Lopez, corroboradas por las palabras de Fraguero, temian, y con sobrada razon, no volver á verlos mas.

Habian cometido ya, los federales tantos horrores, que temian que aquellos prisioneros fueran fusilados, por la importancia que revestian.

A mitad de camino, fueron alcanzados por un hermoso niño como de catorce años, giuete en un petateo.

Era el hijito mayor del comandante Montenegro, que le enviaba su esposa para que lo acompañara y le fuera útil en su cautiverio.

La buena señora enviaba además aquel niño, como un angel custodia de su esposo.

Quién se atreveria á matarlo con abogado tan tierno é interesante?

Hubiera sido preciso renegar para creerlo, de todo sentimiento humano.

Cuando el comandante Montenegro vió llegar á su hijo, quiso hacerlo volver.

Para él era indudable que los llevaban al sa-

crificio y queria evitar al tierno niño la vista de la matanza.

Pero el niño se resistió con toda la gracia de su voluntad infantil.

—Déjelo usted comandante que lo acompañe, dijo Lopez, que siempre será un consuelo para usted tener á su lado ese tierno niño.

—Es que temo, contestó Montenegro, que nuestro viaje sea demasiado largo y tenga que volver solo.

Lopez comprendió todo el alcance de aquellas palabras, dichas con infinita amargura, y se apresuró á agregar:

—He empeñado mi palabra y mi firma de respetar las vidas de ustedes.

Los llevó á Santa-Fé para estar mas seguro de que no armarán nuevas intrigas ni movimientos, pero nada mas.

Estarán tan bien tratados como en sus propias casas.

Montenegro sonrió como si dudara de aquellas palabras, y consintió en que su hijo permaneciera á sulado.

El viaje siguió hasta Santa-Fé, con todo género de mortificaciones para los prisioneros aquellos.

En cuanto á los que venian á retaguardia, su marcha era una verdadera via crucis, pues la hacian con los piés desnudos, á pié y bajo el garrote de oficiales y tropa.

Despues, como lo hemos prometido, consignaremos lo que fué de ellos.

Cuando hubieron llegado al Rosario, Lopez los mandó poner en compañía del general Paz, bajo un cuerpo de guardia de su mayor confianza.

En seguida licenció sus milicias y mandó á las tropas de Buenos Aires, despues de racionadas, se incorporaran al general Rosas en Pavon.

Con el jefe de ellas enviaba dar á su aliado cuenta circunstanciada de lo que habia sucedido.

El poder de la santa federacion estaba asegurado de una manera incommovible.

El general Lavalle convencido de que todo esfuerzo seria inútil, se retiró nuevamente á la Banda Oriental, despues de licenciar y agradecer su patriotismo á las milicias que ya habia logrado organizar.

Cuando Rosas recibió los pliegos de Lopez, no pudo ocultar la inmensa alegria que lo dominó.

Mandó echar dianas por todas las bandas del campamento, é hizo á Buenos Aires, sin pérdida de tiempo, dos chasques montados en sus mejores caballos.

Además de dar cuenta, de su victoria, ordenaba que todas las campanas de la ciudad fueran echadas á vuelo, en festejo de su triunfo, que segun él, importaba para la República entera el imperio de las leyes por muchos años.

—Los caudillos han caído para no levantarse mas, concluia diciendo—era precisamente en el tiempo que los tres mas formidables de entre ellos se habian apoderado del pais.

Rosas mandó que se retiraran á sus cuarteles de Buenos Aires la mayoría de las tropas, y se preparó para ir al Rosario, á felicitar personalmente á su aliado por aquel gran triunfo de la causa federal.

Este era solo el pretexto, pues el móvil verdadero del tirano era muy distinto.

Tenia en sus manos las facultades extraordinarias y queria hacer un uso de ellas digno de sus aspiraciones.

Conocia las últimas hazañas de Quiroga y no queria quedarse atrás.

Habia debutado ya con el fusilamiento de un sargento mayor sin formacion de juicio, y encontraba muy cómoda esta manera de librarse de sus enemigos.

A pesar de todos sus triunfos, Rosas temia le minaran el poder, y despues de probar el presidio y el destierro, con sus enemigos, le habia parecido el procedimiento mas rápido y seguro, la muerte inmediata.

Así Rosas empezó á seducir á Lopez, como si le fuera una cosa indiferente, para que le entregara al general Paz y demás prisioneros que habia hecho en Córdoba.

—Quiero lucirlos en Buenos Aires, le decia.

No estoy animado contra ellos del menor sentimiento de venganza.

Paz, y los gefes y oficiales del ejército, serán perfectamente tratados.

En cuanto á los otros, en el ejército de Buenos Aires estarán mas seguros engrosando sus filas.

De Santa-Fé se le van á escapar el dia menos pensado, y de seguro que tentarán algun movimiento contra el órden público, incitados por los caudillos que no están en nuestro poder.

Lopez desconfiaba de Rosas, conocia la perversidad que empezaba á dominarlo, leia en su mirada azulada algo de terrible y no se animaba á entregarle los prisioneros.

—Lo mismo están aquí que allí, le decia.

A qué se va á hacer cargo de tanto pícaro?

Van á darle un trabajo endemoniado sin fruto de ninguna especie.

Dejéme los nomás.

Yo me he hecho responsable de la vida de esos pícaros y no quiero que por una casualidad fatal no pueda cumplir mi palabra.

Pero Rosas insistió en que se los habia de entregar, de tal manera, que ya el caudillo santafecino se veia en figurillas para resistirle.

Mucho de su poder local y fortuna particular le debia á Rosas, era un formidable poder vecino, cuya enemistad no se atrevia á afrontar.

Apurado por Rosas con gran habilidad, tuvo que ceder al fin haciendo una transaccion.

—Francamente, le dijo, no le entrego al general Paz, porque tengo miedo que su amistad por Dorrego haga vengar en él su injusta muerte.

Le entregaré otros prisioneros, porque no ha-

biendo en ellos el mismo motivo, sus vidas no peligran.

Propuso entonces á Rosas darle en cambio del general á los gefes cuya lista hemos apuntado ya y otra cantidad de aquellos prisioneros que venian á retaguardia.

Rosas insistió agotando toda su astucia porque le entregara la persona de Paz, pero convencido de que todo esfuerzo seria inútil por el momento, se contentó con los prisioneros que le ofrecia, reservando hacer despues nuevas instancias.

El general Paz era el mayor enemigo que Rosas temia, pues lo consideraba el único militar capaz de levantar un ejército y dar en tierra con la federacion, cosa que no habia hecho ya, por la casualidad de haber caido prisionero cuando menos se esperaba.

Así es que aunque no lo decia, tenia vivos deseos de concluir con él.

Como á Lopez no le convenia romper con Rosas, á este no le convenia tampoco romper con Lopez, así es que aparentó conformarse, despues de hacer esta declaracion:

—Francamente queria llevarme á Paz, porque deseo traerlo á nuestras filas y estoy seguro lograrlo.

Es el único hombre de valer que tienen los enemigos, y en vez de inutilizarlo para todós, es or atraerlo hácia nosotros.

—El estar en Santa-Fé no obsta para que se hagan esos trabajos, replicó Lopez sin querer dejarse persuadir de las buenas y cristianas intenciones de su aliado.

Por ahora lleve los otros prisioneros, que tiempo tenemos de pensar en Paz, que está bien seguro.

Rosas tragó su despecho, dejando brillar un rayo de ira en sus hermosos ojos, y mandó al capitán Clavero, que lo acompañaba, se recibiera de los prisioneros que le entregaran.

Cuando estos estuviéron en su poder, se despidió de Lopez, prometiéndole volver muy pronto á conferenciar con el general Paz.

El uno se puso en viaje para Santa-Fé, y el otro regresó á su campamento de Pavon.

Rosas venia lleno de alegria, pero de una alegria que sin saberse por qué, tenia en su espresion algo de feroz y repugnante.

En cuanto á los prisioneros, una vez que supieron iban á ser entregados á Rosas, perdieron toda esperanza de salvacion.

Habia algo que les presajaba un fin funesto.

—El general Lopez es el responsable de nuestras vidas, con su palabra y su firma, exclamó Videla, al ser entregado á Clavero.

Díganle ustedes que al entregarnos á Rosas ha renegado de ambas cosas.

Lopez supo esto y se arrepintió de lo que habia hecho, pero tarde ya, y sin tener el suficiente coraje de retirar los prisioneros.

Hubiera sido romper con su compadre Rosas

y esto no le tenia cuenta bajo ningun principio.

Entre tanto Rosas se preparaba á dar á la federacion el espectáculo que lo habia de hacer célebre, inaugurando una era de sangre y de lágrimas.

Desde Pavon, y sin querer hablar con ninguno de ellos, remitió los prisioneros á San Nicolás de los Arroyos, donde se hallaba el coronel Ravelo.

Una vez llegados allí, fueron alojados en el cuartel y separados en dos grupos, uno que debia ser remitido, á Buenos Aires, y otro que debia ser allí pasado por las armas.

En este grupo estaban las personas cuya lista hemos hecho ya, y que eran las de mayor significacion política y social.

En la nota de remision firmada por Rosas, y refiriéndose á estas personas decia:

“A estos los ejecutará usted á las dos horas de leerles la sentencia que acompaño, no admite ninguna peticion ni súplica del pueblo, ni otra contestacion, que el aviso de haber cumplido con ella; bajo pena de ser usted sacrificado con igual precipitacion”.

No se podia dar una orden mas perentoria y tremenda.

Así al coronel Ravelo se le cerraban todas las puertas, obligándosele á cumplir de la manera mas perentoria, aquella orden brutal y salvaje.

Rosas, como se vé, hacia uso de las facultades extraordinarias, revelándose en su mas repugnante desnudez.

Qué podia esperar el pueblo de un mónstruo semejante, que se inauguraba violando un pacto y derramando sangre para darse el placer de verla correr, ni mas ni menos que un tigre harto?

Pero á Rosas poco se le importaba de lo que pensaria el pueblo.

Tenia las facultades extraordinarias de que habia sido investido y un pretexto que invocar.

Los manes de Dorrego, que aunque su muerte le alegraba en el fondo por la posicion que le habia dado, le servian de pantalla á todos sus crímenes, para que los atribuyeran á un exceso de piadoso cariño.

En la plaza principal se habia hecho desocupar una casa, donde se improvisó un altar que debia servirles de capilla, durante las pocas horas que tardarian en ser sacrificados.

Allí el coronel Ravelo les leyó él mismo el oficio con que Rosas se los habia remitido y el terrible párrafo que lo remataba.

Ravelo nada podia hacer en favor de las victimas y así se los manifestó.

—Sin embargo, agregó, ustedes pueden aprovechar estas dos horas en escribir algunas disposiciones ó cartas familiares.

Esto no me ha sido prohibido, y yo empeño mi palabra de hacerlas llegar á su destino.

Como se vé el coronel Ravelo no tenia ninguna complicidad en aquel asesinato.

Era un gefe del ejército, á quien el Gobernador legal y Capitan General de la Provincia le mandaba cumplir una orden, á la cual no admitia mas contestacion, bajo pena de la vida, que el aviso de haberle ejecutado.

Al escuchar la lectura de la inicua sentencia los prisioneros se sintieron profundamente conmovidos.

Presentian que serian sacrificados, si, pero en otra forma, disfrazada siquiera con los visos de la legalidad.

El coronel Videla, Gobernador de San Luis, hombre valiente á quien la muerte no podia imponer bajo ninguna forma, fué el primero en dominar la situacion diciendo á Ravelo:

—Es que esto es inicuo y cobarde, el Gobierno de Buenos Aires no tiene ninguna razon ni derecho para condenarnos á muerte, pues ni siquiera somos sus prisioneros de guerra.

El general Lopez, Gobernador de Santa-Fé, ha pactado con nosotros, y hay que respetar las bases y la firma de este pacto.

Y en prueba de lo que decia, mostró un salvo-conducto para él y sus compañeros, que el referido general Lopez le habia dado, firmado y sellado, para que pudieran regresar al interior.

El coronel Ravelo se hallaba en una posicion terriblemente violenta.

No desconocia la razon que para espresarse así tenia el Gobernador de San Luis, pero él no podia hacer nada.

Así lo manifestó, enseñando nuevamente el párrafo que conocen nuestros lectores.

—Esto es sencillamente infame! exclamó nuevamente Videla.

En nombre de la civilizacion, de toda ley y de la humanidad misma, nosotros protestamos enérgicamente de este asesinato alevoso, llevado á cabo con todo lujo de cobardia y ferocidad.

El coronel Ravelo se retiró de allí conmovido y avergonzado, á disponer todo lo concuercente á aquella ejecucion infame.

El vecindario de San Nicolás que se habia echado á la calle, ávido de curiosidad por ver los presos, regresó á sus casas, sin sospechar siquiera la tragedia que poco despues iba á tener por teatro la plaza principal.

Los demás presos, conformes con lo que habia dicho su compañero de martirio el Gobernador de San Luis, se resignaron á correr su suerte con todo el valor y energia de que eran susceptibles.

De pronto, y poco despues de la salida de Ravelo, un estremecimiento de horror y de espanto se apoderó de todos ellos, al apercibirse de la presencia allí del niño hijo del comandante Montenegro, que estaba al lado de su padre mirándolo al través de un raudal de lágrimas.

—Es necesario hacer salir de aquí á este niño,

dijeron, pues no queremos que la ferocidad de estos hombres, llegue hasta hacerle presenciar la ejecucion de su padre.

Y acercándose al comandante Montenegro le hicieron presente que debía hacerlo salir.

A ninguno de ellos se le habia cruzado la idea, ni remotamente, de que aquella criatura inocente y bella, pudiera formar parte de los asesinados.

El comandante Montenegro, aflijido por su dolor acerbo, abrazó á su hijo con un cariño impo- nente, diciéndole fuera á esperarlo al hotel, don- de él lo iria á buscar.

—No voy, dijo el niño, porque te van á matar y yo quiero morir á tu lado.

Todos quisieron persuadirlo de que la senten- cia no tenia nada que ver con Montenegro, quien se quedaba allí solo por acompañarlos.

El niño les sonrió mansamente y con una en- tereza de ánimo asombrosa en su corta edad, repitió sus palabras añadiendo.

—He dicho que quiero morir al lado de mi padre.

No se podia consentir aquello.

El coronel Videla manifestó entonces que era preciso sacarlo á la fuerza y asi se acordó.

Entre este y su desgraciado padre tomaron al niño y suplicaron al oficial de guardia que lo encerrase siquiera en algun paraje, para ahorrar este inútil y doble martirio moral.

El oficial de guardia manifestó que nada podia hacer por sí, ni permitir que aquel niño saliera de allí.

Pero que aún á riesgo de esponerse á un cas- tigo, iba á pedir instrucciones al coronel Ravelo.

Cuál no seria la sorpresa y el espanto de aque- llos desdichados, al conocer la respuesta que ha- bia dado Ravelo, á saber:

Que no podia salir de allí el niño Montenegro, porque formaba en la lista de los condenados!

Aquello era el colmo de la ferocidad!

Parecia que Rosas habia querido superar al mismo Quiroga, y á cuanto bandido se habia he- cho conocer hasta entonces por algun rasgo de crueldad.

El comandante Montenegro sintió que todo su valor lo abandonaba, se abrazó de su hijo y sintió sus tostadas y varoniles mejillas, abrasadas por dos lágrimas de fuego.

—Ese miserable debe estar loco! gritó.

Pero esta monstruosidad no puede consentirse, antes que me despedazé!

—No te aflijas padre mio, repuso el niño, con su acento infantil cada vez mas melodioso.

Asi moriremos juntitos y no tendré yo que vol- ver á casa á llevar la triste noticia.

—Pero el menester hacer algo! exclamó el ge- neroso coronel Videla.

No se puede consentir en esta iniquidad!

Para mejor lograr su noble objeto, hicieron

llamar allí al vecino don Carlos Branizan, perso- na de respeto y de alguna influencia, quien con- currió pocos momentos despues al llamado que se lo hacia.

Cuando Branizan, que de todo estaba ignoran- te, supo de lo que se trataba, se sintió profunda- mente conmovido y horrorizado.

Como todos los vecinos de San Nicolás nada sa- bia, y su impresion era mayor, puesto que la no- ticia lo tomaba de sorpresa.

—Estos asesinatos no se pueden permitir! es- clamó y si Ravelo no cede, yo levantaré á San Ni- colás en masa.

—Será inútil, replicó Videla, puesto que Rosas está en Pavou con todo su ejército.

Lo único que con esto lograria, seria, sin salvar nos, aumentar el número de las victimas.

—Pero esto es cobarde! es un asesinato en masa.

—Y que le hemos de hacer!

Lo que urge ahora, es salvar á ese niño ino- cente, que ha venido á acompañar á Montenegro, enviado por su esposa.

Su muerte seria algo de horrible que es preciso evitar.

—Usted, amigo mio, no dé paso alguno por salvarnos, agregó Videla, por que este asesinato en masa lo han de consumir á pesar de todo, y ya digo á usted, seria aumentar el número de las victimas, sin llenar el objeto.

Pero asesinen á los hombres y no á los niños inocentes, que ninguna participacion pueden tener en nuestras acciones.

El niño Montenegro no es ni prisionero, ni si- quiera tomado en la ciudad capitulada.

Branizan salió de allí profundamente conmovido y en union de las personas mas respetables á in- fluyentes de San Nicolás, fueron á ver á Ravelo.

Todos ellos eran resistas reconocidos, que lo habian ayudado durante su permanencia allí y que no podian ser acusados de complicidad.

Ravelo, con harto sentimiento les manifestó que nada podia hacer en su obsequio, aunque él mismo era el primero en reconocer lo injusto y terrible de aquella sentencia.

—Pero ese es un niño inocente que no puede estar comprendido en la lista! esclamaron aquellos hombres, firmemente decididos á salir triun- fantes.

Nosotros y todo San Nicolás nos opondremos.

—Harán mal, porque á pesar de todo se cumpli- rá la terrible sentencia, para lo cual tengo orden de proceder contra el mismo vecindario.

Y en su descargo, Ravelo mostró á aquellos hombres indignados la lista donde figuraba el co- mandante Montenegro y su hijo y aquel párrafo terrible "no se admite otra contestacion que el aviso de haber cumplido con ella, bajo pena de ser usted sacrificado con igual precipitacion".

Toda insistencia venia á ser inútil.

Asi lo comprendió la comision presidida por

Branizan y se retiró profundamente indignado, y arrepentidos sus miembros de haber formado, por un momento, en las filas de los partidarios de semejante monstruo.

—Pobre Buenos Aires! exclamó Branizan, una vez que estuvo en la calle.

Quién sabe con cuántas cabezas mas tendrá que pagar el honor de ser gobernado por Rosas!

Los prisioneros entre tanto, por lo que tardaba Branizan, comprendieron lo inútil de sus empeños.

El desgraciado Montenegro estaba completamente rendido al dolor.

Tenia entre sus manos la hermosa cabeza de su tierno y cariñoso hijo, que cubria de lágrimas y de besos.

El corazón de un hombre no podia resistir tanto.

Algo insensibilizado por el mismo dolor y á punto de perder la razón, abrazaba al hijo de cuando en cuando, asegurando que ni con todo el ejército se lo arrancarían de los brazos.

Dominado por esta pena íntima é imponente, los demás compañeros no pensaban siquiera en la propia desventura.

Segun el proceso criminal seguido al bandido Juan Manuel Rosas, que tenemos á la vista, "el diez y seis de Octubre de 1831, á las cuatro de la tarde, salieron en direccion al patíbulo los condenados, asistidos por dos sacerdotes".

Se nos olvidaba un incidente digno de ser conocido.

Cuando el comandante Montenegro tenia abrazada la cabeza de su hijo, este permanecía con la vista fija en el suelo, que solo levantaba para irradiar sobre el rostro de su desgraciado padre, todo el amor que afluia á su mirada.

Estando en esta posicion, el niño vió en el suelo uno de aquellos antiguos clavos, largos y con cuatro filos bastante pronunciados.

El niño lo levantó con presteza y y enterrándolo con gran coraje en su pecho por dos veces, exclamó:

—No les he de dar el gusto de ver morir á mi padre, bárbaros, ni de matarme á mí!

Cuando su padre le arrancó el clavo, ya el niño se habia inferido las dos heridas, de las que brotaba poca sangre, como sucede en todas las causadas por armas de aquella forma.

De modo que cuando el niño fué sacado para ser conducido al banquillo, ya llevaba en su interesante rostro las huellas de la muerte, que muchos atribuyeron á temor.

El coronel Ravelo habia formado un cuadro de pocas y elejidas tropas, que él mismo mandaba.

En los cuatro ángulos como es de práctica en esos tristes casos, se hacia leer un bando remitido por Rosas á Ravelo y escrito de su puño y letra.

Ese bando solo decia lo siguiente:

"Pena de la vida al que nombre á cualquiera de los reos."

Al ruido de las cajas y las músicas, todo el vecindario salió á la calle, mostrando la mayor consternacion al saber de lo que se trataba.

Los prisioneros entraron al cuadro con la mayor entereza y se colocaron en fila delante de los dos pelotones que iban á ejecutarlos.

Allí se dirijieron al pueblo atónito que los contemplaba, manifestando que ningun delito los llevaba á aquel sitio.

—Ni siquiera somos prisioneros de guerra, exclamó el coronel Videla, pues nos hemos entregado bajo la fé de un tratado hecho con toda formalidad!

Y para mayor crueldad en este asesinato colectivo, se incluye á un niño inocente, que no es ni militar ni prisionero.

Tan graves eran estas estas palabras, y sin duda las que iban á seguir, que el coronel Ravelo para ahogarlas, mandó tocar las músicas y los tambores.

Los prisioneros quisieron hacerse oír todavia, pero el pueblo solo vió sus ademanes dignos y reposados.

Los que mas profundamente conmovia hasta á los mismos soldados que iban á hacer fuego, era el cuadro formado por el comandante Montenegro abrazado á su hijo.

El niño estaba sombríamente sereno, y empalidecido por las heridas que se habia inferido poco antes.

El valiente militar lloraba de una manera silenciosa y conmovedora, tratando de cubrir con el suyo, el cuerpo del hijo querido.

Déjame, padre mio, se le oyó decir en un momento que cesaron las músicas—mi pecho es tan bueno como cualquier otro.

Deja que me peguen en él, porque así moriré mas pronto y concluiré de penar.

La parte de concurrencia que oyó estas tiernas palabras, se conmovió hasta el llanto.

A pesar del terrible bando que se habia leído, en los extremos del cuadro empezaron á oirse voces de protesta.

—Esto es un crimen! decian algunos alentados por las pocas fuerzas que formaban el cuadro.

—Es un asesinato! repetian otros, que manchará el partido de una manera indeleble.

—Podre niño!

—Pobre niño! se oia decir por todas partes.

El coronel Ravelo comprendió que demorar mas la ejecucion era esponerse á un sério peligro y mandó ordenar al oficial que mandaba el peloton, que cumpliera con su deber.

Sonó entonces el ruido seco y peculiar de las armas al ser montadas, y á esto siguió el murmullo de los sacerdotes que acompañaban á los sentenciados.

Un estremamiento nervioso recorrió el cuerpo de aquellas nobles víctimas, las primeras

que el general Rosas arrojaba al rostro del partido unitario y de la sociedad argentina.

A una señal del oficial, los soldados bajaron las armas y muchos de ellos cerraron los ojos.

Era la manifestacion muda de la repugnancia que aquel crimen les causaba.

El comandante Montenegro se estremeció de nuevo de una manera mas poderosa, una espresion de inmensa agonía cruzó su semblante y volvió á estrechar á su hijo de una manera mas íntima, mas tierna.

Parecia que con sus brazos creia ofrecerle un escudo contra la muerte.

El primer peloton hizo fuego y avanzó inmediatamente el segundo, que descargó tambien sus armas.

El coronel Videla y el comandante Campero, cayeron para no levantarse mas.

Habian recibido varios balazos en la cabeza.

Carbonell, Altamira y Montenegro, cayeron tambien, pero volvieron á levantarse tambaleando, y sin poder ponerse de pié.

Estaban heridos en la caja del cuerpo.

Cuevas, Cuello y el niño Montenegro siguieron de pié.

Las dos descargas los habian respetado, sin causarles la menor herida.

Montenegro agonizando, mas por el martirio moral que por las heridas, estiró una mano hácia su hijo, que se precipitó sobre él y lo abrazó besándolo en la boca.

Los soldados entonces, á la voz del oficial, empezaron á hacer un fuego graneado, tan pausado que para concluir con la matanza, necesitaron mas de cinco minutos.

El niño Montenegro cayó sobre el cuerpo de

su padre, y sobre su pecho noble inclinó la juvenil cabeza, destrozada por las balas.

Horrorizado Ravelo con aquel crimen infame, á que se habia prestado bajo amenaza de la vida, sin siquiera hacer desfilar las tropas por delante de los cadáveres, se retiró con ellas á los cuarteles, dejando los cuerpos de las victimas abandonados.

Así permanecieron hasta el otro dia en que fueron conducidos en un carro al cementerio.

Allí se les arrojó á la fosa comun, sin siquiera cubrirlos lo suficiente para librarlos de los animales carnívoros que en el osario saciaban su hambre.

La poblacion de San Nicolás quedó aterrada con aquellas matanzas sin ejemplo.

La muerte de aquel niño, sobre todo, la habia conmovido de una manera indecible.

En qué nombre se habian cometido?

Con qué pretexto se habian llevado á cabo?

Cuál era la disculpa que podia darse á la muerte de aquel niño inocente?

Ninguna mas que la ferocidad de un hombre que habia querido hacerse superior los á bandidos mas infames.

Los mismos federales que antes creian en Rosas como en el único remedio que podia oponerse á la anarquía, se sintieron indignados.

Y aquel espíritu miserable quiso acallar la conciencia pública y tal vez la propia, con su eterna y jesuítica frase:

—Es preciso vengar el asesinato de Dorrego, cuyos manes claman sangre.

Buenos Aires recibió la noticia de aquellas matanzas, como una puñalada asestada al medio del corazon.

Y aún le faltaba mucho mas que ver todavía.

Aquello no era sinó un ensayo de las ferocidades que habian de seguir.

## Siguen los crímenes

Las nuevas victimas llamaron sobre sí la atencion de la aterrada poblacion de Buenos Aires.

Estas eran los sargentos mayores Cuadra y Tarragona, que conducidos por el coronel Hernandez, célebre edecan de Rosas, de quien nos hemos ocupado en nuestra obra *Juan Cuello*, debian ser ejecutados tambien despues de haber sufrido los tormentos mas espantosos.

Con estos se habia ensañado mas la federacion infiriéndoles las torturas mas amargas, pues con ellos se habia recurrido desde la pequeña herida hecha con la punta del sable, hasta el hambre, la sed y el cansancio.

Quando la fatiga de la marcha á pié les hacia detenerse, ó echarse al suelo, eran obligados á levantarse, á palos, ó á fuerza de pequeñas heridas.

Y estos, como los otros, no eran ni siquiera prisioneros de guerra, sinó simples capitulados en Córdoba, bajo promesa de respeto á la vida é intereses.

El coronel Hernandez que habia calado el espíritu de Rosas y queriendo hacerse como otros muchos el *don preciso* de aquel hombre cuyo poder crecia por momentos, se habia encargado de la conclusion de aquellas dos victimas.

Y por halagar el amor propio del patron, les proporcionaba todo género de mortificaciones.

Aquel viaje al patíbulo, para los mayores Cuadra y Tarragona, fué una verdadera via-cruis.

En todo el camino no se les permitió subir á caballo un solo minuto, y un oficial que por compasion les ofreció el suyo, fué castigado, obligándosele tambien á marchar á pié.

El cansancio habia postrado por completo al mayor Cuadra, antes de llegar á San Nicolás.

Mucho mas débil que su compañero ya estenuado por una fiebre intermitente, se dejó caer al suelo sin ánimo ya, negándose á dar un paso mas.

Para obligarlo á seguir la marcha, recurrieron á la amenaza, significándole que si no marchaba voluntariamente, lo harian marchar á palos y puntazos.

—Lo mismo me dá morir ahora que un poco despues, respondió el jóven languidamente.

La muerte para mi es cuestion de horas poco mas ó menos, puesto que aunque se nos oculte, se nos vá á fusilar.

Con que morir por morir, vayan matando no mas y dejaremos de penar.

—Es que no es lo mismo morir honrado por cuatro balas, que morir á palos, le hizo contestar Hernandez.

Y si no camina le hemos de pegar hasta que muera.

—Un poco mas de sufrimiento con tal de terminar pronto, no me acobarda, volvió á responder Cuadra con severa tranquilidad.

La cuestion es morir y vive Dios que matarme es el servicio mas estimable que pueden hacerme.

Se mandó á un cabo y un sargento que le dieran de palos hasta que se levantase y caminara, pero pronto se convencieron que aquel procedimiento daria resultados negativos.

Por mas que se le castigó, Cuadra no hizo e menor movimiento para incorporarse, ni borró la sonrisa que ondulaba sobre sus lábios.

—Lo matarán, pero no se moverá, dijo el sargento, dejándolo de golpear.

Parece hombre de alma bien fuerte.

Y mandó preguntar si seguia apaleándolo hasta que muriera, pues no habia medio de hacerlo caminar.

Estaban ya para ordenar que se le echase en ancas del caballo de un soldado, cuando el mismo sargento encargado de apalearlo dijo:

—Yo sé un remedio para hacerlo caminar pero no sé si querrán aplicárselo.

Que camina, lo aseguro con mi cabeza, pues con él he visto ya moverse á hombres mas entrañados que ese muñeco.

Es un remedio que usa mucho el general Quiroga cuando un cristiano se empaça.

Hasta ahora no le ha salido mal.

—Y cuál es ese remedio? preguntó Hernandez.

Es preciso que lo digas para saber si es bueno ó malo.

—El remedio consiste, dijo el soldado, dándose la importancia de un médico que revelara una receta salvadora.

El remedio consiste en rodear al empacado de una buena cantidad de leña seca, y ponerle á los piés desnudos, un buen fuego de brasas.

En seguida se le pega fuego á la leña y se deja nomás.

—Y si se chamusca? preguntó otro milico.

—No hay peligro de eso.

Todavia no he conocido yo cristiano que deje acabar de prender la leña.

Y sin mas trámite se mandó al sargento *le hiciera* el remedio en cuestion.

El mayor Cuadra, estenuado por el sueño, el dolor, el cansancio y el hambre, se quedó como aletargado, sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

Dos milicos guiados por el sargento, le rodearon el cuerpo de ramas secas, y mientras le pegaban fuego, el sargento se ocupaba en acercarle á los piés una cantidad de brasas de fuego.

El procedimiento dió el resultado que se esperaba.

No hay naturaleza, por mas exajerado que sea su valor moral, que se deje achicharrar en una hoguera, teniendo á su alcance los medios de evitar esa muerte terrible.

Se sufrirá pues mucho, hasta que la carne se llague, si se quiere, pero llega un momento en que el dolor terrible hará huir de las llamas al carácter mas decidido.

Cuando el mayor Cuadra se apercibió de lo que pasaba á su lado, ya las llamas lo rodeaban por todas partes y las brasas hacian chirriar la carne de sus piés.

A pesar de su postracion enorme, dió un brinco fuera de aquella hoguera que lo rodeaba, y exclamó:

—Por compasion, bandidos, ó lo que seais!

Conclúyase de una vez conmigo!

Dénme un tiro, ó degüellenme si esto ha de causarles mayor placer, pero concluyamos pronto ni puedo ni quiero sufrir mas!

Un coro infernal de carcajadas acojió el movimiento y las palabras del mayor Cuadra, inspirando á aquellos forajidos sus mas terribles y nauseabundos gracejos.

—La perra! y que cuerpo habia tenido! decian unos, mientras los demás se interrogaban con la mirada si era ó nó tiempo de tocarle el violin.

—No se apure mi mayor, que no por mucho madrugar amanece mas temprano, interrumpió el oficial á cuya guardia venia.

Todo se ha de hacer á su tiempo, sin que usted se apure, porque nadie nos corre.

Siga la marcha nomás, si no quiere que volvamos á darle otro humazo.

Esta salida de tono, volvió á provocar la risa de la soldadesca.

--Un esfuerzo mas, compañero, le gritó entonces Tarragona, para llegar pronto al lugar de nuestro destino, que será el de nuestro descanso eterno!

A turbar esa paz de la tumba no alcanza nadie por mas Rosas que se al

El mayor Tarragona era una naturaleza robusta y soberbio carácter, que no habian podido doblegar las penurias de aquella marcha.

Sabia que iba á morir y no queria dejar conocer á sus verdugos la intensidad de sus sufrimientos.

Con una sonrisa de profundo desprecio y un ademán de lástima inimitable, habia recibido los palos que muchas veces le dieron por el placer de oírlo quejarse, ó por hacerle gritar *viva Rosas*.

--Mientras yo tenga la cabeza sobre los hombros, decia desdeñosamente, no hay palo capaz de obligarme á hacer lo que yo no quiero, ni castigo que me obligue á gritar lo que no siento.

--No grito viva Rosas, porque lo considero un bandido mas miserable que ustedes mismos.

Aquí cesaban los palos, pero principiaban las bofetadas, los insultos mas groseros y las tiradas de barba, al extremo de no dejarle una hebra de cabello.

Tarragona sufría todo esto sin apagar de sus labios aquella irritante sonrisa de desprecio con que los anonadaba.

Viendo que con los golpes nada podrian recurrir á los tormentos del hambre y de la sed, sin poder doblegar aquella naturaleza de bronce.

--Prueben otros medios, les decia, pues estos para mi son inútiles.

Aguantaré el hambre todo lo que me sea posible.

Cuando ya no pueda mas, entonces comeré un pedazo del que esté mas cerca de mi.

La sed, sin embargo, habia llegado á hacersele insoportable.

Ya su fisonomía habia empezado á adquirir una espresion terrible, y la palabra se hacia dificultosa en su boca seca.

El día del incidente del fuego, con su desventurado compañero, Tarragona aprovechó una oportunidad que le deparó la suerte.

Todos estaban distraídos con los tormentos que aplicaban á Cuadra, hasta el punto de haberlo olvidado por completo.

Tarragona entonces se precipitó sobre una paba llena de agua cristalina que habia cerca de él, y se puso á beber con un deleite indecible.

Cuando lo apercibieron, no solo habia saciado su sed por completo, sino que tomaba ya por el placer de sentir el contacto del agua.

En el acto le arrancaron la paba de las manos y lo golpearon de una manera terrible.

Pero Tarragona, en vez de quejarse, les decia tranquilamente:

--Imbéciles! no se fatiguen inútilmente, pues por mas que me golpeen, con esto no van á borrar de mi boca la agradable sensacion del agua.

Y despues de haber sufrido toda clase de golpes y vejámenes, fué que dirigió la palabra á su compañero, animándole para que tuviera ánimo, única manera de llegar mas pronto al lugar del descanso eterno.

Pero en vano Cuadra quiso seguir aquel saludable consejo.

Por mas esfuerzos que hacia y golpes que recibiera, ya sus piernas se negaban absolutamente á describir un paso.

Fué entonces pue Hernandez lo hizo cargar en ancas, convencido que aquella naturaleza habia dado ya cuanto podia.

De otra manera habria muerto y no se hubieran podido cumplir las terminantes órdenes del brigadier Rosas.

Y estas órdenes espresaban que los dos mayores debian ser conducidos al Salto, y ejecutados allí, por ser aquella poblacion una de las mas rebeldes al partido federal.

En los altos que hacia la tropa del coronel Hernandez, los presos eran privados de todo descanso.

Tarragona solia dormirse de pié, porque no se le permitia sentarse y entonces era despertado con un par de rebencazos ó cosa parecida, que recibia al parecer complacido, lo que irritaba á sus verdugos de una manera tremenda.

Cuando los milicos churrasqueaban, algunos, por divertirse, les arrojaban zoquetes de carne revolcados en la ceniza.

Creian que esta injuria debia ser intolerable, sobre todo para el altivo Tarragona, pero se encontraban con que este recibia los zoquetes muy complacido y los devoraba agradeciéndoles el obsequio con su sonrisa mas despreciativa.

--Á este pillito no hay con qué darle! decian los milicos.

Es lástima que no sea de nuestro partido!

Si fuéramos á dar los detalles minuciosos de este martirio, nuestro libro seria interminable.

Necesitaríamos un volumen entero para cada una de las infinitas víctimas que vamos á presentar á la escena.

Cuadra y Tarragona, en su trayecto del Rosario al Salto, sufrieron lo que no es creible.

Cuando llegaron á este punto, el coronel Hernandez mandó preparar todo lo necesario para que la ejecucion fuera mas solemne.

Con los fusilamientos que habian tenido lugar en San Nicolás, todas las poblaciones del Norte estaban aterradas.

La triste historia del niño Montenegro, habia levantado un grito de horror y de indignacion en todos los habitantes de la República.

Solo á aquellos federales serviles, q' habian vendido al Gobierno su conciencia por un mendrugo



del presupuesto, se les oyeron palabras de aprobación.

Era la consigna que de Pavon habian recibido y que trataban de cumplir al pié de la letra.

—Está vengando á Dorrego! dijeron—muy bien hecho!

Ojalá no dejará un unitario en todo lo descubierto de la tierra!

Así Hernandez no tuvo en la plaza del Salto la concurrencia que esperaba para que presenciara tamaña hazaña.

Era tal el estado en que se hallaba el mayor Cuadra, que tuvo que suspenderse la ejecucion porque de otro modo hubiera sido fusilado un cadáver.

Y por temor de que sucediera lo mismo con Tarragona, se hicieron suspender los malos tratos y se mandó atendérseles, en cuanto al alimento.

—Se nos quiere matar gordos, exclamó Tarragona que no perdía su buen humor y que al través de la buena comida, comprendió de lo que se trataba.

De todos modos siempre llevaremos eso adelantado para el otro mundo.

—Señores bandidos! yo quiero hacer tres comidas por día, sinó me dejo morir de hambre, para no darles el gusto de que me fusilen.

Algunos desalmados de aquellos milicos se reian furiosamente de este espontáneo buen humor.

Otros se admiraban de aquel valor sereno y carácter inquebrantable, que no se doblegaba ante nada.

—Veremos si le duran hasta el fin esas posturas! exclamaba Hernandez.

Estos botarates, por lo general, llegan todos al banquillo mas muertos que vivos.

Ya veremos en que pára todo este buen humor.

El mayor Cuadra, con el descanso y el buen alimento, se habia repuesto algo.

Ya se ponía de pié, aunque no podía dar un paso. Tarragona lo animaba siempre con su palabra jovial y enérgica.

—Ya estamos en la última posta, compañero, le decía.

Guarde el ánimo que le quede, para azotar con él el rostro de estos miserables.

Estos no son militares que vienen á cumplir la órden ineludible de su superior, por bárbara que sea.

Son asesinos cobardes, cómplices del gefe de la gavilla, que para quedar bien con él ponen de su parte todas las iniquidades posibles.

Las torturas que hemos pasado, no han podido ser ordenadas porque no habia para hacer lo objeto alguno.

Guardemos, pues, el ánimo, camarada, para afrentar desde el banquillo á esos miserables.

El ánimo de Cuadra que habia decaído en estos últimos días, volvió á levantarse con la actitud de su compañero.

—No crea que me he rendido, le dijo.

El cuerpo está caído, postrado, pues motivos tiene para ello, pero el espíritu está mas fuerte que nunca.

No tenga recelo alguno de que yo haga un mal papel.

La ejecucion se habia, pues, demorado cinco días, por las causas que hemos espuesto.

Al cuarto las víctimas fueron notificadas de que á las 24 horas serian pasados por las armas.

—Bravo! gritó Tarragona, así que concluyeron de hacerles la terrible notificacion.

Señores bandidos, añadió sin cambiar de tono: Hoy se me antoja hacer cuatro comidas.

Si no me las dán, les garanto por mi ánimo que mañana amanezco muerto y si se descuidan hasta enterrado.

El buen humor habitual y la fortaleza de espíritu, habia valido á Tarragona la simpatía de aquellos oficiales mas decentes que con él se hallaban en contacto.

Sentian su muerte y apreciaban la injusticia que con ellos se cometía, lo que les habia ahorrado muchas pequeñas miserias.

Al día siguiente y desde la diana, se hallaba formado en la plaza del Salto, un cuadro de infantería, reforzado con un escuadron de caballería.

Los paisanos del Salto, patriotas y unitarios casi todos, se hallaban ausentes de la plaza en su mayor parte.

Habian montado á caballo la tarde anterior, y se habian ido á otros pagos, para no presenciar la ejecucion de los dos niños.

De entre los mismos federales, la mitad se quedaron en sus casas, de modo que la concurrencia, que Hernandez suponía fuera numerosa, se componía de muy poca gente.

Curiosos, extranjeros y gente perdida, aumentada con los presos que, para hacer número fueron puestos en libertad.

Cuadra y Tarragona habian sido sacados de la improvisada capilla y llevados hasta el cuadro, en compañía de un frailecito que se prestó á darles los últimos consuelos de la religion.

—Por mi no se moleste amigo mio, le dijo Tarragona, haciéndole un cariño sobre el hombro.

Lo que yo tengo que decir en esta hora suprema, se reduce á muy poco y lo puede oír cualquiera.

En mi conciencia no hay una mancha ni una sombra que pueda impedirme morir tranquilo.

No he hecho mal á nadie en todo el curso de mi vida y muero sin ódios.

No detesto ni siquiera á los asesinos que violando una ley divina me arrebatan la vida.

Para decir esto á Dios, creo que no se necesita intermediario.

Yo mismo se lo diré si es cierto que comparecemos á su presencia á dar cuenta del empleo de nuestra vida.

¡Vea, pues, padre á mi compañero que tal vez necesite.

Con tanta dulzura y mansedumbre fueron dichas estas palabras, que el sacerdote se dió vuelta hácia Cuadra, y lo invitó á ponerse bien con Dios.

—Nunca estuve mal con él, replicó el jóven, que habia oido las últimas palabras de su compañero.

Sin embargo, quisiera que usted cambiara conmigo algunas palabras de consuelo.

Como pecador no las necesito, pero como hombre me hacen falta.

Yo voy á dejar por, aquí en el mundo, una madre y una hermana que no tienen mas bienes de fortuna que mis manos.

Mi muerte las va á sumir en la miseria y esto me quita todo el ánimo que necesito en mi último momento.

El frailecito, en su tosca inteligencia y como Dios lo ayudó, trató de consolar aquel espíritu atribulado, comprometiendo llevar á aquellos dos seres queridos su última palabra.

Era lo mas que podía hacer y lo único á que Cuadra aspiraba.

Y así acompañados de aquel frailecito, ambos marcharon al banquillo con paso firme y ánimo sereno.

Cada cual se sentó en el que le estaba destinado y despues de haber rechazado cortesmente la venda que se les ofreció, hundieron la mirada en la concurrencia y buscaron en seguida á Hernandez, gefe del asesinato, puesto que ninguna ley, ni consejo de guerra mandaba aquellas muertes, violando hasta las simples leyes de la humanidad.

—“Pena de la vida al que tan solo nombre á los reos”, se gritó en las esquinas del cuadro, y las cajas tocaron su fúnebre redoble.

En un movimiento rápido, Tarragona se trepó sobre el banquillo y tendió sus manos como pidiendo silencio.

La multitud enmudeció y el mismo tambor dejó de tocar, impuesto por aquel ademan solemne y dominante.

— Señores de la plaza! gritó.

No somos reos de ningún delito, somos dos militares puros y honrados.

Hemos tomado las armas contra la federacion— la suerte nos fué adversa y capitulamos.

Sin embargo, esa capitulacion no se respeta y se nos manda fusilar, porque así es la voluntad de Juan Manuel Rosas.

Se ordenó á Tarragona bajara del banquillo, pero este dominó al oficial con un ademan lleno de imperio y agregó:

—Ya hablé con el público—ahora con ustedes.

Y se dirijió á Hernandez.

—Señores bandidos! gritó con voz sonora y conmovida lijeramente por la indignacion.

Señores bandidos! van ustedes á cumplir una orden del asesino Juan Manuel Rosas.

Yo los escupo en la cara, como prueba del profundo desprecio que me inspiran.

Y al decir esto unió la acción á la palabra.

Fuego sobre ellos! gritó Hernandez, temiendo que Tarragona hablara mas.

Y á indicacion del oficial los soldados prepararon las armas.

Tarragona se sentó y tendió á su compañero la mano, quien la estrechó mirándolo dulcemente.

El frailecito empezó á murmurar su plegaria, y las armas se apuntaron.

—Señores cobardes! gritó entónces Tarragona, y esclavos de un asesino—allá arriba nos veremos las caras—veremos entonces cuales son los que tiemblan!

Estas fueron sus últimas palabras.

Una descarga cerrada les cortó la palabra y la vida.

La tropa se retiró fuertemente impresionada.

Parecia que las palabras de Tarragona les hubieran caído como una maldicion.

Los concurrentes á la plaza quedaron mucho tiempo con la vista fija en aquellos dos cadáveres sonrientes, y sin atinar á moverse.

Al otro día, no solo en el Salto sino en todos los pueblos del Norte, se conocian las palabras que en el banquillo dijo el mayor Tarragona, palabras que llegaron á Rosas, costando á Hernandez una ronca soberana.

—Al primero que permita á un reo de muerte hablar con el público, le dijo, lo fusilo en seguida sobre el mismo banquillo.

## El premio del crimen

¶ Todos estos fusilamientos bárbaros, ejecutados por simples órdenes de Rosas, sin formacion de juicio de ninguna especie, aterraron á las familias de Buenos Aires.

Las personas de importancia que engañadas habian formado en las filas de su partido, se reti-

raron avergonzadas, no queriendo participar de aquellos crímenes y los que vendrian mas tarde, pues aquello era solo el preludio de años mas aciagos.

El mismo general Lopez se aterró cuando supo

la manera como se habia cumplido por Rosas la capitulacion de Córdoba.

Y se felicitó profundamente de no haber entregado al general Paz, porque su fin habria sido el mismo, sino mas terrible.

El ilustre prisionero era tratado por Lopez con la consideracion que merecian su rango y su persona.

Este lo visitaba diariamente, tratando de demostrarle por todos los medios á su alcance, que ni le guardaba rencor, ni lo tenia como un enemigo.

—Yo lo pondria en libertad, decia, pero temo que esto venga á alterar la paz de que actualmente disfruta la Nacion.

—Amable paz! repetia el prisionero, la que se impone con el filo del puñal y la matanza de oficiales y gefes capitulados!

—Qué quiere usted! Rosas es así medio alocado, y es preciso dejarlo nomás.

—Rosas es un miserable, general Lopez, contestaba Paz no pudiendo dominar su indignacion.

Yo comprendo la ferocidad de Quiroga, del fraile Aldao y demás bandidos entronizados hoy por un cataclismo general.

Estos son bandidos por inclinacion y por educacion.

Está en la masa de su sangre y no lo pueden remediar.

Pero lo que yo no alcanzo á comprender es que Rosas, hombre de roce social, de familia distinguida y de instintos buenos, se haya convertido en un bandido mas miserable que aquellos.

El triunfo de Rosas es el triunfo del facon contra la espada, de la barbarie sobre la civilizacion.

El importará para la patria cien años de atraso entre la sangre y las lágrimas.

Lopez, que era perspicaz, y que suplía la inteligencia é ilustracion que le faltaba, con una gran dosis de astucia y sagacidad, convenia con el general Paz en ciertas cosas, tratando de atraérsele á toda costa.

Pero el general Paz, sin chocar con Lopez, se mantenía en una prudente reserva, asegurándole que en cuanto se le dejara suficiente libertad para hacerlo así, emigraría al extranjero, no volviéndose á ocupar de su patria, mas que para lamentar la triste situacion á que habia llegado.

Rosas entre tanto observaba desde Pavon el efecto que causaban las que él llamaba sus medidas enérgicas para producir el orden inalterable del pais.

No contento con todo lo que habia hecho y queriendo aterrar por completo á sus enemigos políticos, y á los mismos federales que se le separaron, á quienes calificó de *lomos negros*, mandó sacar de la cárcel á diez y nueve individuos que estaban presos por delitos diversos.

A todos ellos se les seguía la causa por el juez

competente, siendo el mas grave de ellos un pobre diablo acusado de homicidio y el mas insignificante un paisano al que se habia arrestado por hallarse en su poder algunos caballos robados.

Estos diez y nueve ciudadanos fueron conducidos á San José de Flores, por orden de Rosas, segun se dijo para ser destinados al servicio de las armas.

Y una vez en Flores, fueron fusilados en la plaza principal unos, y degollados los otros durante la marcha.

—Puede ser, decia Rosas al ordenar estas matanzas, que los unitarios y federales renegados se me vengan al humo.

Pero han de ser mas que guapos, pues ya saben lo que les espera.

La Cámara de Buenos Aires, cuya mayoria era reclutada entre adulones y siervos mercenarios de Rosas, mientras este ordenaba las matanzas, se ocupaba en sancionar leyes, acordando todo género de premios y honores, al hombre que inauguraba su Gobierno de aquella manera sanguinaria.

En sesiones memorables por el servilismo de que en ellas se hizo alarde, sancionó la famosa ley de Diciembre 18, por la cual se declaraba al ciudadano Juan Manuel de Rosas, Restaurador de las leyes é instituciones de Buenos Aires.

Se le conferia el grado de brigadier, reservándose la Legislatura hacer trabajos para que fuese reconocido bajo ese carácter en toda la República.

Se le condecoró con un sable y medalla de honor, aquel de oro y adornado con los símbolos de la ley, y esta de oro tambien y guarnecida de brillantes y pendiente de una guirnalda entretrejida de laurel y gloria, que en su anverso presenta el emblema de la gratitud con el siguiente mote:

“Buenos Aires al Restaurador de sus leyes.”

Al reverso el busto de Cincinato y el lema siguiente:

“Cultivó su campo y defendió la patria.” leyes que como todo lo demás hemos visto parodiarse mas tarde.

Aquella famosa Legislatura concluyó por regalar al brigadier general don Juan Manuel de Rosas, en plena propiedad para él, sus hijos y sucesores, sesenta leguas cuadradas, en terrenos de pastoreo de propiedad pública, en los puntos de la campaña de esta Provincia que él eligiera.

Como se vé, el gran Restaurador de las leyes, no descuidaba la restauracion de sus bolsillos.

Estos eran los premios con que la Legislatura de Buenos Aires, recompensaba los fusilamientos de San Nicolás, el Salto y San José de Flores.

No está de mas hacer constar, que en aquella Legislatura degradada, se levantaron voces como las de Aguirre, Cárvia y otros mas, que con increíble energia pidieron el cese de las facultades

des extraordinarias, de que tan sangriento uso se habia hecho.

Sus Ministros Garcia y Anchorena le indicaron renunciara á las extraordinarias, pero tuvieron que renunciar sus carteras y retirarse tildados de lomos negros sospechosos.

Las resistencias que entre los mismos federales levantaron los hechos bárbaros que hemos narrado, empezaron á asomar en la prensa.

*El Cometa* y *El Nuevo Tribuno*, empezaron á hacerle algunas críticas, pero pronto tuvieron que enmudecer.

Por una orden terminante mandó suspender los dos diarios, prohibiéndoles su reaparicion bajo ningun otro nombre ni en ninguna otra forma.

Con esto la gente empezó á convencerse de que se les habia echado encima un poder del que no se librarian á dos tirones.

Así, aquel hombre que habia subido al gobierno como una garantia de paz y con las simpatias de todos, empezaba á hacerse odioso y terrible.

Rosas, no sabiendo hacerlo de otro modo, por que no tenia para ello ninguna preparacion, habia tomado á la provincia como una gran estancia, y como tal queria administrarla y gobernarla.

Para él el pueblo era lo mismo que el ganado, del que podia disponer sin limitacion alguna, cue-reando lo inservible á su juicio y reservando el resto.

Las autoridades menores las consideraba como sus peones, de que eran una especie de capataces los poderes legislativo y judicial.

Pero todo este gran mecanismo sometido al patron, cuya voluntad estaba arriba de todos, siendo inapelable.

Sus hermanos Prudencio y Gervasio, eran los capataces que habia dejado en la campaña, quienes disponian á su vez de todo lo que caia bajo el peso de su autoridad.

Ellos castigaban las faltas poniendo todo género de penas.

Pero en lo que mas se afanaban, sobre todo don Prudencio, era en cuerear cuanto les caia á mano.

Hojeando papeles y publicaciones de aquella época, nos hemos encontrado con una publicacion que hizo el señor Botet, referente á los robos de don Prudencio, de cuya publicacion hemos de ocuparnos mas adelante.

Una vez instalado en la ciudad y temido de todos, suspendió momentáneamente todo acto de crueldad y de rigor, dedicándose á gobernar la gran estancia.

Sus hermanos, sobre todo el general don Prudencio, fueron armados de un gran poder contra el gauchaje, elemento poderoso que él no queria dejar de mano.

El robo en la campaña era perseguido á sangre y fuego, porque los agraciados no querian tener competidores.

Si todos hubieran hecho lo mismo, no habrian

podido levantar la enorme fortuna que amasaron con cueros ajenos.

Don Leon veia todo esto, comprendia el abismo á que rodaba su hijo, pero no se atrevia á hacerle ninguna observacion.

Sabia lo rencoroso y perverso que se habia hecho este, y temia que rompiera con ellos.

Doña Agustina por su parte, solia esclamar:

—Le han dado las extraordinarias, como yo con mis estancias.

Ya verán la buena cuenta que vá dar de la hacienda!

Completamente familiarizado con el crimen y la impureza, se rodeaba de gente mercenaria, que podia servirle para todo lo malo.

Pancho el fiato era una autoridad temible en la campaña, porque tenia facultad para sí y ante sí, como Arbolito y muchos otros.

Consecuente con no confiar á nadie sus secretos, era por el momento doña Encarnacion la depositaria de sus mas íntimos.

Era esta su secretario privado como mas tarde lo fué Manuelita, personas de quienes estaba seguro no lo habian de vender.

Desconfiado como todo criminal, no dejaba la menor constancia de sus mas graves órdenes.

Las daba verbales y así mismo, á los corifeos en quienes mayor confianza tenia.

Los unitarios fueron perseguidos de todas partes y de todos modos, hasta el punto de ser esta opinion politica uno de los crímenes mas graves que podian cometer.

Con una especie de marca ó señal, para distinguir su hacienda, tiró su famoso decreto de principios del año 32, por el cual mandaba terminantemente el uso de la cinta punzó.

Por aquel decreto se obligaba á todo individuo que recibiera sueldo del Estado, comprendidos los eclesiásticos mismos, se colocaran aquel distintivo en el lado del corazon, bien visible sobre el pecho, con el lema *Federacion*.

La clase militar quedaba tambien obligada al uso del mismo distintivo, de la misma manera, con la sola diferencia que el lema seria por ellos alterado con esta forma:

*Federacion ó muerte.*

Las penas que en ese decreto se establecian para los que no lo cumplieran, era la pérdida del empleo para los civiles ó eclesiásticos, y el consejo de guerra para los militares.

Peró la mas grave de todas era aquella que no estaba consignada.

La clasificacion de unitario, que importaba una dersecucion terrible y sin cuartel.

Aquel decreto de marca, fué acatado por todos sin la menor observacion.

Los que eran federales lo llevaban con el natural placer y vanagloria.

El partido enemigo lo llevó tambien, como medio único de salvar la cabeza.

Y las emigraciones á Montevideo empezaron con mas fuerza que nunca.

Algunos que no pertenecian á ninguna de las clases citadas en el decreto, no se creyeron obligados á usar el cintillo, pero fueron victimas de su temeridad y por propia conveniencia obligados á llevarlo.

La chusma ensoberbecida por el apoyo que encontraba contra la gente decente, empezó la primera cruzada federal.

Todo caballero que por su condicion independiente no se creia incluido en el decreto y salia á la calle sin cintillo, era insultado y muchas veces golpeado por la plebe insolente, á la que se aleccionaba al efecto.

Los empleados de Policia, desde el gefe hasta el último sereno, tenian orden de no prestar auxilios á las victimas de estos desmanes y asaltos, y en general, á toda denuncia ó queja hecha por persona que no usase divisa.

En vista de esto todos aceptaron el uso del cintillo, siendo de notarse que aquellos que mas grande lo llevaban, eran los mas enemigos de la federacion.

Esto pronunció mas la division tremenda que existia entre federales y unitarios, produciendo á cada paso luchas á mano armada, que exasperaban los ánimos de una manera terrible.

La persona que salia á la calle sin divisa, no regresaba á su casa sin haber provocado por lo menos esta frase:

Perro sin collar se mata.

Frase que por el tono con que era dicha, y los motivos que la dictaban, era una verdadera amenaza de muerte.

Los efectos de aquel decreto fueron tales, que el mismo Rosas empezó á alarmarse.

Algunos extranjeros acriollados habian sido victimas de asaltos de lo que mas tarde habia de llamarse mazorca, lo que trajo reclamos y perturbaciones.

Rosas no queria perder las simpatias que calculaba tener entre el comercio extranjero, pero tampoco queria revocar el decreto causante de aquella situacion escepcional.

Y los escándalos se repetian diariamente, sin que nadie los reprimiera.

Y quién iba tampoco á reprimirlos?

En las luchas nocturnas de gente con cintillo contra gente sin él, los serenos se ponian inevitablemente del lado de los primeros, ayudándoles á golpear los segundos.

El Gobernador consultó por primera vez á sus Ministros lo que debia hacer en tan grave emergencia, y estos, para llenar el principal objeto de inspirar mas confianza al comercio, le aconsejaron la devolucion de las facultades extraordinarias.

Rosas que ya habia hecho de ellas todo el uso que queria y necesitada, lo hizo así por medio de una larga nota llena de consideraciones imaginarias.

La paz estaba asegurada, decia, y en el poco tiempo que de Gobierno le quedaba, queria gobernar con suavidad, ciñéndose en un todo al texto de las leyes.

Pero esta devolucion fué como las demás renunciaciones que hacia el célebre Restaurador de las leyes.

Aparato para engañar al pueblo inocente.

El mismo dia que pasaba la nota devolviéndolas, prevenia á sus siervos de la Cámara que no se las aceptasen.

Trabajo inútil, pues por temor de no disgustar al gran Rosas, sus camaristas no se habrian atrevido á aceptarlas.

Despues de cinco meses de estudio, la Cámara no solo no las aceptó, sino que se las dió mas amplias, si es posible, en un documento que tenemos á la vista y que seria pesado transcribir.

Rosas hizo de ellas todo el uso de que era capaz.

Mirando hácia el porvenir, y faltándole ya poco tiempo para concluir su período; Rosas quiso asegurar su poder eterno, y con su sagacidad característica empezó á trabajar en ese sentido.

La oposicion habia empezado á ganar terreno hasta el mismo recinto de la Cámara, donde se levantó la palabra ardiente y digna del Diputado Martínez, contra las facultades extraordinarias.

En este sentido Martínez era apoyado por Argerich, Vidal y otros.

Rosas empezó su gran batalla.

Si le quitaban las facultades extraordinarias, no podria seguir manejando el pais como una estancia, sin dar cuenta á nadie de sus manejos.

Obligado á dar cuenta de sus actos, tendria que dejar el Gobierno, como dejó la administracion de la fortuna paterna, por huir de aquel requisito que no estaba con su carácter.

Todo cuanto valia y podia, lo puso en juego para la conservacion de las facultades extraordinarias.

Llamó á su casa á los Diputados y les indicó que queria conservarlas á todo trance.

Pero la oposicion habia ganado ya mucho terreno, terreno que habia perdido Rosas con sus ruidosos errores.

En el mes de Noviembre, la Cámara terminó de tratar la cuestion, y votó el cese de las famosas facultades extraordinarias, por doce votos de mayoria.

El tigre acababa de ser privado de sus colmillos y sus garras.

No podria seguir destrozando la sociedad como hasta entonces.

## Doña Encarnacion política

Rosas recibió lleno de ira la noticia de aquella derrota que lo privaba de todo su poder.

Qué haría él teniendo que ceñirse á las leyes que no conocía ni por las tapas?

Rosas juró entre sí, que los lomos negros le habían de pagar aquello de una manera terrible y empezó á prepararse para el futuro.

Terminado el período de su Gobierno, lo sucedería en el mando uno que no podría sostenerse entre la lucha de los partidos.

Conservando él siempre el inmenso poder de la campaña, podía ser el árbitro de la situación, é imponerse de nuevo como el hombre mas necesario.

A este fin dedicó los últimos meses de su Gobierno el flamante brigadier Rosas.

Durante todo el periodo, Rosas había cuidado de atender prolijamente las necesidades del ejército, sistema que hemos visto poner en práctica mas tarde, por el dictador don Lorenzo Latorre.

El ejército que se había visto siempre impago, desnudo y hambriento, empezó á mirar con asombro á aquel Gobierno que no le dejaba faltar nada, y concluyó por pertenecerle en cuerpo y alma, desde el primer gefe hasta el último soldado.

Las tropas de guarnicion eran racionadas con cierta esplendidez, recibiendo por la mañana, hasta una racion de café y caña, cosa de que no había ejemplo.

Su vestuario y su sueldo les eran entregados con una exactitud asombrosa.

Y de cuando en cuando, como una recompensa á servicios imaginarios, el Gobierno les daba una carne con cuero ó cosa por el estilo.

Es claro que el ejército así tratado, tenía que sostener á todo trance al único Gobierno que lo había atendido, desde él año 10 hasta entonces.

Las milicias de campaña, que servían en la frontera, eran tratadas de la misma manera, teniendo sus milicos, como una compensacion extra, algunas cabecitas de ganado, que de alguna parte salian, menos, se entiende, de los establecimientos de Rosas y Terrero.

Rosas, como Latorre, sin que comparemos estos dos hombres, pues el primero fué una fiera y llegó á disponer del ejército á su antojo.

Su menor palabra era una orden que ningun gefe hubiera desobedecido.

Por esto se creía dueño y árbitro de la situación, y tenía confianza en sus fuerzas materiales.

Para poder tener este ejército en un soberbio

pie de guerra, sin recurrir al Gobierno, Rosas decretó la formacion de un parque en la Guardia del Monte donde aglomeró todos los elementos bélicos de la Provincia.

Allí fueron las armas de toda especie que poseía Buenos Aires, y todos sus elementos de guerra.

De este modo el Comandante General de campaña, residente en el Monte, sería siempre un poder superior al del Gobierno, que dependería de él y á quien ahogaría en un caso necesario.

Persistimos en estos detalles, para que el pueblo pueda comprender el poder en que se apoyó aquella tiranía sangrienta, que envolvió á la República en una noche de veinte años, cuyas tinieblas cruzan aún, de cuando en cuando, nuestro horizonte.

Para que mas se creyera que todas sus infamias habían sido cometidas por asegurar la paz fija y estable, los últimos meses de su Gobierno, fueron de una suavidad inesperada.

Los lomos negros, federales que no estuvieron con las matanzas, fueron el blanco de sus iras.

No les perdonaba el que no lo hubieran acompañado con su aplauso en todas sus iniquidades.

Los elementos para poner un fuerte ejército sobre las armas, estaban aglomerados en el Monte, como se ha visto.

Ahora faltaba el pretesto para levantar ese ejército y ponerlo en un buen pie de guerra.

Mas adelante veremos cual fué este pretesto.

Estando por vencerse el período de tres años para que Rosas había sido elegido, la Legislatura se reunió para nombrar el que debía sucederle.

Fueron estos, dias de terrible angustia para el pueblo de la oposicion, que lo eran los unitarios y lomos negros.

Algunos decían que la Legislatra iba á reelegir á Rosas, noticia que cayó como una bomba entre los que miraban á aquel Gobierno como la lápida de su sepulcro.

Aunque los federales paseaban las calles á son de música, para demostrar una alegría que estaba lejos de existir el aspecto de la ciudad era triste y sombrío.

Parecía una ciudad amenazada por alguna desgracia inevitable.

La Legislatura se reunía diariamente y despues de largas discusiones, no atinaba con el hombre digno de suceder al gran Rosas, al divino Rosas, como lo llamaban entonces algunos miembros de nuestro actual Gobierno.

Rosas recorría las calles y paseos, montado en soberbios caballos, con la sourisa en sus finisi-

mos lábios y la hermosa fisonomía resplandeciente de orgullo y seguridad.

Demasiado sabía él todo lo que había de suceder.

Después de grandes discusiones á puerta cerrada, después de devanarse los sesos y fundir el magín en intrincadas cavilaciones, la Legislatura dió por fin con el único hombre capaz de suceder en el mando al gran Rosas.

Rosas mismo!

La Legislatura volvió á elegirlo por tres años, sancionando una minuta por la cual se le rogaba, en nombre de la patria en peligro, aceptase aquel nuevo sacrificio.

Los honorables legisladores concluían esperando no ser desairados en su demanda, porque la patria tenía el derecho de exigirle aquella nueva prueba de amor y de abnegación profunda.

La noticia de la reelección de Rosas, resonó en medio de los cohetes y músicas.

Parecía que se tratase de un triunfo patrio!

Los federales recorrieron las calles con bandas de música durante el día, y sendas serenatas de guitarra durante la noche.

Las casas de los unitarios conocidos ó sospechados, fueron víctimas de furiosas encerradas y de grandes gritos de amenaza lanzados por la chusma federal, que se veía entronizada por tres años más.

Los unitarios á quienes se calificaba de lavallistas, recibieron la noticia como una sentencia de muerte, preparándose á emigrar á Montevideo, pues creían que en el segundo período, Rosas daría rienda suelta á su ferocidad.

Al día siguiente Rosas pasó á las Cámaras un oficio, diciendo que renunciaba el honor que se le quería hacer, porque el estado delicado de su salud no le permitía aceptar.

Rosas quiere que le rueguen, y hacerse el don preciso, dijeron, así es quien se alteraron por esto las fiestas federales, ni cesaron las amenazas á los unitarios y lomos negros.

No había más defensa, para gozar de cierta tranquilidad en la calle, que atarse una gran cinta punzó, según el decreto que nuestros lectores conocen y pasar confundidos entre los numerosos grupos de federales que andaban de música y de jarana.

La Cámara como todos lo esperaban, no aceptó la renuncia, é insistió en el nombramiento, pasando á Rosas una nota llena de serviles rogativas en que se le pedía que aceptara el gran sacrificio de gobernar otros tres años.

La Cámara fué entonces el objeto de todas las manifestaciones federales.

—Es necesario salvar el país de la anarquía, se decía, y solo Rosas puede hacerlo.

La Cámara debe insistir hasta quemar el último cartucho por la felicidad de la patria, pues al fin el gran Rosas no se negará al último sacrificio que se le pide.

Y como estas palabras eran sugeridas por el mismo Rosas, la Legislatura se había preparado á librar una verdadera batalla.

Rosas, con su sagacidad fecundísima quería dar al país el espectáculo raro de un hombre que se resiste á aceptar un Gobierno que le quieren dar á viva fuerza.

De este modo quería recuperar las simpatías perdidas, mostrando que no tenía ninguna ambición de mando, al mismo tiempo que armaba debajo del poncho, el plan que lo había de llevar al Gobierno por más largo tiempo.

Rosas volvió á renunciar el Gobierno á que con tanta insistencia se le llamaba.

La patria tiene hijos más esclarecidos que yo, decía, y además mi salud no me permite seguir en la labor administrativa.

Tengo que recuperar la salud perdida.

La Cámara no aceptó la renuncia y volvió á insistir en el nombramiento, haciendo notar al pueblo que Rosas había perdido su salud por servir á la patria y que el sacrificio que se le pedía era tal vez el de la vida.

Tres veces insistió la Cámara en suplicar á Rosas que aceptara el Gobierno por un nuevo período, y tres veces el supremo Restaurador de las leyes rechazó el nombramiento.

Se le enviaron emisarios de legisladores y de amigos influyentes, pero todo fué en vano.

Era preciso convencerse de que Rosas realmente rechazaba el nombramiento, no por hacerse rogar para aceptarlo después, sino porque no lo quería, decididamente.

Ninguno sospechó el verdadero móvil de estas renunciaciones.

Porque Rosas no confiaba sus planes á nadie, y su secretario privado era su misma consorte doña Encarnación.

Los unitarios y los mismos lomos negros se hacían cruces de aquella conducta, llegando á preguntarse:

—Realmente estará Rosas delicado de salud?

Solo una enfermedad moral puede hacerle renunciar a lo que ha ambicionado toda la vida y por lo que ha trabajado quince años consecutivos, sin trégua ni descanso.

Y ninguno, ni sus confidentes más íntimos alcanzaban á penetrar su secreto.

—Yo serviré al país de cualquier otro modo, decía.

Ahora necesito descanso y respirar el aire puro del campo.

Si allí puedo servir á la patria, lo haré con mi habitual desinterés.

La Legislatura se vió entonces en la necesidad de aceptar la última renuncia, y reunirse nuevamente para elegir el sucesor.

A indicación y serios empeños del mismo Rosas la Legislatura nombró para sucederle al general Balcarce, que más suavemente, no sería otra cosa que el continuador de su política.

Rosas dominaba á Balcarce por muchas razones, entre otras, porque el nuevo Gobierno comprendia que toda su base de apoyo y de poder, estaba en el Comandante General de campaña, puesto que, como se sabe, se habia reservado Rosas como base de sus futuras operaciones.

Al efecto, pasó á la Legislatura un proyecto, por el cual proponia una expedicion al desierto, en combinacion y de acuerdo con los demás gobernadores de provincia.

En ese proyecto el brigadier Rosas mostraba la necesidad vital que habia en asegurar las fronteras, pues los indios ya avanzaban una cantidad de poblaciones que quedaban desamparadas por el abandono que se habia hecho de tan importante cuestion.

La provincia de Buenos Aires, decia, ganaria unas cuantas leguas mas de tierra, como los que concurrían á la expedicion, y la frontera quedaria asegurada, pues entonces su defensa podria hacerse con un puñado de hombres.

La Legislatura no solo aprobó el proyecto en todas sus partes, sino que votó la suma de un millon de pesos, para que el brigadier Rosas atendiera los gastos de la expedicion que iba á dirigir en persona, movilizandole la fuerza que fuera necesaria para la mejor y mas rápida realizacion.

El pretexto para formar un ejército y ponerlo en pié de guerra, no podia ser mejor.

Con cinco mil ó mas soldados, si era necesario él se haria el árbitro absoluto de la situacion, pesando con la amenaza de su ejército sobre el Gobierno, si acaso Balcarce se le daba vuelta.

Rosas entonces almacenó en el Monte grandes provisiones de boca y de todos aquellos articulos necesarios á la comodidad y bienestar de la tropa.

No queria que esta careciese de nada absolutamente, no solo para que soportara con alegria el nuevo servicio á que iba á someterla, cuanto por no perder en un átomo el ascendiente que sobre ella tenia.

Ya habia hecho correr la voz entre los milicos, de que en los toldos se habia de tomar gran canti-

dad de hacienda que, como botin de guerra, seria repartida entre ellos.

Acostumbrados los milicos á que nunca les hubiera faltado Rosas á sus promesas, no veian el momento de ponerse en campaña, para ir á arrebatar á los indios sus espléndidos rodeos.

Los indios iban á ser víctimas de su aliado, con toda alevosia, pues desde que él estaba en el Gobierno, no habian traído ninguna invasion importante, que autorizara una expedicion como la proyectada.

Pero que podia importarle á Rosas llevar el incendio y el saqueo á los toldos de las pampas?

No lo habia hecho en el centro de la civilizacion haciendo matanzas en masa y todo género de atrocidades?

Entonces el degüello de indios pampas no podia importarle repugnancia alguna, mucho menos cuando este era un medio de lograr sus ambiciones y traer á los Cerrillos algunos rodeos de hacienda vacuna, de aquellos espléndidos de un solo pelo que tienen los indios.

Arreglado esto, Rosas se puso á dar los últimos toques á su Gobierno antes de entregarlo al general Balcarce.

Su último decreto fué para esplotar una vez mas la sombra de Dorrego.

En el aniversario de su muerte, decretó luto público, é hizo decir grandes misas por el descanso de su alma.

Eran las últimas lágrimas de cocodrilo que dejaba correr el brigadier Rosas para enganar mejor al populacho.

El 17 de Diciembre de 1832, se recibió del mando el general Balcarce, abriendo una nueva era de esperanzas y de paz.

Rosas quedó en observacion.

No queria ausentarse á su expedicion, sin dejar bien aleccionado al que creia un ciego instrumento de su política y de sus bárbaras pasiones.

Veremos mas adelante las consecuencias de esta tutela forzosa, de la cual le seria imposible emanciparse, por la clase de poder con que contaba.

## Doña Encarnacion revolucionaria

Después de dar á Balcarce las ideas generales que debian servirle de norma para su Gobierno, Rosas se decidió á salir á campaña para preparar su famosa expedicion al Colorado.

Ni por un momento, pensó Rosas dar á aque-

lla expedicion el carácter que habia prometido.

Amigo de todas las indiadas, contaba con su contingente poderoso, y no queria romper con ellas.



Con las tropas que podía reunir, tenía para batir toda la pampa ventajosamente, pero entonces se privaba de un gran elemento, pues sabido era que en un momento dado, Rosas reunía una vanguardia de mas de dos mil lanzas, como lo hizo en la guerra de Santa-Fé.

Su objeto único era levantar un ejército con que imponer á Balcarce, y conque poder ocurrir victoriosamente á sofocar cualquier movimiento unitario que pudiera sobrevenir.

Rosas se ausentó á la Guardia del Monte, dejando en Buenos Aires el mejor agente imaginable por su lealtad y su perspicacia educado por él.

Este agente no era otro que su consorte doña Encarnacion Ezcurrea.

Doña Encarnacion amaba á Rosas de una manera entrañable, tal vez con un amor aumentado por el abandono en que la tenía.

La belleza artística de Rosas la subyugaba, y el gran respeto y cariño que le profesaba, hacían de ella un instrumento ciego que él manejaba á su antojo.

Admirablemente aleccionada por él, doña Encarnacion quedó encargada de darle una cuenta precisa y minuciosa de la marcha del Gobierno, y de todo lo que sucediera en la ciudad durante su ausencia.

Sus cartas de instrucciones debían ser aprendidas de memoria, y destruidas en el acto para no dejar de ellas el rastro mas leve.

Sus agentes de segundo orden, entre los que se contaba el general Guido, debían tomar órdenes de doña Encarnacion y ejecutarlas como si las recibieran de su propia boca.

De esta manera Balcarce que se creía libre de Rosas, por la distancia que los separaba y los trabajos que á aquel debían preocupar, estaba mas vendido que nunca.

No daba un solo paso que no lo conociera en el acto el Restaurador de las leyes.

Balcarce era un hombre honrado y bondadoso por naturaleza.

Débil de carácter, hubiera estado subordinado á Rosas, si este se hubiese quedado en Buenos Aires.

Pero libre de su influencia y lejos de él, su marcha en el Gobierno debía llevar el sello de la legalidad y la honradez.

La division profunda de los partidos y los ódios que los actos de Rosas habían levantado, debían dificultar su marcha de una manera terrible.

Balcarce vió que era imposible caminar por la senda recta, sin llamar á su lado todos los buenos elementos que andaban dispersos ó emigrados.

Con este propósito llamó todos los hombres de valer y de inteligencia, sin averiguar cual era su color político, y empezó su Gobierno bajo los auspicios de la paz y la reconciliacion.

Los titulados lomos negros, que como se sabe eran los federales que no habían aplaudido la s

matanzas ocuparon puestos públicos y los unitarios dejaron de ser perseguidos á muerte.

El uso del célebre cintillo pasó de moda, hasta el punto que solo lo llevaban los federales rosistas, aquellos mas exaltados que estaban violentos porque los fusilamientos se habían suspendido, y se dejaba en paz á los malditos unitarios.

La policia atendía sus deberes y los atropellos unitarios á personas que andaban en la calle sin cintillo eran rigurosamente castigados.

Los emigrados en Montevideo empezaron á volver á sus hogares, convencidos de que la influencia de Rosas había cesado en el Gobierno y que las vidas é intereses estaban garantidos por la autoridad.

Así empezó el Gobierno de Balcarce á hacerse de opinion, y á ser sostenido por el elemento decente y de orden.

Doña Encarnacion no descuidaba de transmitir á Rosas todos estos detalles, por conductos seguros y fieles.

—Si sigue así la marcha del gobierno de Balcarce, decía, los enemigos se van á apoderar del pais, haciéndote perder todas las ventajas que con tanto trabajo has conquistado para la causa de la federacion.

Rosas, trémulo de ira por lo que él llamaba la perfidia y traicion de Balcarce, se decidió á poner en juego contra él todos sus elementos.

—Es necesario que los amigos empiezen á hostilizar á ese cobarde, escribía á doña Encarnacion.

Sobre todo, los amigos de la prensa y de las Cámaras.

Doña Encarnacion pasó la palabra, y los elementos federales se pusieron en campaña.

Don Pedro de Angelis en la prensa y los demás corifeos en la Legislatura y en los corrillos, empezaron á censurar la marcha del Gobierno, calificándolo de traidor á la santa causa de la Federacion.

Balcarce se aterró viendo en esto la mano de Rosas, pero lejos de su influencia y sostenido por el elemento sano del pais, perseveró por la marcha recta que se había trazado.

Don Juan Manuel, llegado el momento de obrar empezó á aglomerar á gran prisa los elementos con que iba á hacer la expedicion al desierto y que le iban á servir en seguida para expedicionar sobre la plaza de la Victoria.

Sin ponerlo en conocimiento de Balcarce, pues él obraba en la campaña como si fuera el único Gobierno, ordenó al general Pacheco, en quien mas confianza tenía se presentara á su cuartel general de la Guardia del Monte.

Habiendo concurrido Pacheco, sin pérdida de tiempo, como se le ordenaba, marcharon á Tapalqué, donde empezó á formar el ejército, bajo el plantel de las fuerzas que allí se hallaban, que eran bastante numerosas.

De estas tropas formaban parte las indíadas

de Catriel Viejo, Cachul, Venancio, Mariano Rosas y el capitanejo Nicasio, lo que prueba que don Juan Manuel no pensaba abrir campaña contra los indios.

De otro modo, estas prestigiosas indiadas no lo hubieran acompañado.

Los indios eran amigos de Rosas, porque él siempre los había ayudado, pero esta amistad no llegaba hasta acompañarlo á pelear con sus hermanos.

Su primera operacion fué racionar sus tropas de una manera espléndida y repartirles como suelen adelantado una buena parte del millon votado por la Legislatura.

La tropa estaba deseosa de entrar en campaña, para demostrar á su caudillo el cariño que le profesaba.

Las milicias del Sur fueron llamadas, y los paisanos, como siempre, se apresuraron á ocurrir á su llamado con todos sus elementos de guerra, es decir con sus caballos de tiro, ó su tropilla, segun sus medios.

En pocos dias, Rosas reunió una division magnifica, llena de entusiasmo y de brios.

Para que nada faltara y queriendo tambien imponerse por el terror, Rosas hizo, antes de despachar las divisiones expedicionarias, una matanza terrible en los potreros del mismo general Balcarce.

No se sabe por qué hubo una especie de motin en un escuadron del regimiento de patricios, que mandaba el coronel Espinosa, que habia pasado á Lobos en comision.

Este escuadron acababa de llegar de Córdoba donde habia sufrido infinidad de penurias.

Sabiendo que sobre el pucho de estas iban á entrar en nueva campaña, los soldados descontentos, y cansados de sufrir, se amotinaron encabezados por los sargentos y cabos.

Rosas hizo sofocar el motin y fusiló á todos los cabecillas.

En seguida hizo formar el escuadron y se *limpió* de cada cuatro uno.

Acto continuo proclamó al ejército, haciendo saber á la tropa que el que se portara bien tendria su buena recompensa; pero el que anduviera *maniereando* le haria pegar cuatro tiros.

Esta matanza produjo tal efecto, que en toda la campaña no hubo un solo desertor.

Rosas dejó en Tapalqué un fuerte destacamento de infanteria y caballeria para quedarse como reserva y auxiliase el convoy, poniéndose en marcha con el resto del ejército.

Este destacamento era mandado por varios gefes, siendo cabeza de ellos un coronel conocido por el Colombiano, cuyo nombre no hemos podido averiguar.

Rosas dejaba todas sus órdenes bien dispuestas en Buenos Aires.

La manera como se habia de seguir haciendo la oposicion á Balcarce y recomendando á sus

agentes fuesen siempre á tomar instrucciones de doña Encarnacion.

El ejército marchaba perfectamente racionado vestido y equipado como para mucho tiempo.

La vanguardia, mandada por el general Pacheco, se internó al desierto, llegando hasta el Colorado.

Rosas marchaba mas lentamente, como si no quisiera alejarse mucho del centro de las operaciones políticas.

Los partes de Rosas, exajerados hasta el escándalo, con supuestos triunfos, empezaron á llegar, y la oposicion comenzó en su tarea de minar al Gobierno.

Don Pedro Angelis, en la *Gaceta Mercantil* era quien llevaba la batuta de este manejo.

A Balcarce se le acusaba públicamente de haberse aliado, no ya á los enemigos de la Santa Federacion, sino á los enemigos de Rosas, lo que era mas grave.

Daba la voz de alarma á los verdaderos federales y llegaba ya hasta amenazar al Gobierno.

Libre de Rosas y sin saber que era él quien tejia toda esta trama, Balcarce quiso ser rígido y empezó á perseguir y aún castigar á los mas insolentes.

Por intermedio de doña Encarnacion, Rosas supo todo esto, y decidió regresar al Monte, para preparar la caida de Balcarce, porque si esto seguia así, iba á ser el sepulturero del rosismo.

Ambicioso y cruel, estaba ávido de volver á tomar el mando, para vengarse de los lomos negros y volver á perseguir á los unitarios, que eran sus mortales enemigos.

En su campaña al desierto, habia sometido algunas indiadas, halagándolas con dádivas y haciéndolas ver con los caciques que lo acompañaban como una garantia, que cumpliria lo que les prometia.

La frontera quedaba asegurada por medio de una paz, susceptible de ser rota cada vez que los indios quisieran, segun vieja táctica,

Pero la cuestion era aparentar haber hecho mucho, aunque en realidad nada resultase hecho. El general Pacheco, á todo evento, quedaba en el Colorado con una fuerte division.

Los triunfos del gran Rosas levantaron en Buenos Aires gran tumulto entre los federales rosistas que los ponian por las nubes.

El Gobierno temeroso de indisponerse con Rosas, le pasaba oficio tras oficio, espresándole el reconocimiento del pais y del Gobierno, mientras la Legislatura lo nombraba héroe del desierto.

Es curioso el servilismo con que aquella honorable Sala de Representantes, decretó para Rosas, todo género de honores y dádivas.

Se sancionó una ley mandando regalar al gran Rosas la isla de Choel-choel, cuya isla se llamaria en adelante Isla de Rosas.

Se le mandaba así mismo regalar una espada guarnecida de oro, gravándose por un lado de su guarnición las armas de la Provincia orladas de laurel, y por el otro la siguiente inscripción:

“La provincia de Buenos Aires grata á los servicios de su ilustre defensor, brigadier general D. Juan Manuel de Rosas“.

Y como si todo esto no fuera bastante, se le acordaba una medalla de oro y brillantes que debía usar pendiente al cuello y con una banda escaflata cruzada del hombro derecho al costado izquierdo.

Rosas, que no se mamaba el dedo, devolvió la isla, proponiendo se le cambiara por una estension igual de terreno á su eleccion, aunque fueran terrenos dados en eniteusis, lo que se le acordó al momento.

Dejemos á un lado estos vergonzosos servilismos que empezaron á degradar al pais, y tomemos nuestra narracion en su punto interesante.

Los preparativos que hacia Rosas para su segundo Gobierno, que habia de durar diez y siete años, como diez y siete siglos de atraso y de barbarie.

Doña Encarnacion habia recibido instrucciones que repartia entre sus corifeos de segundo orden, para precipitar la caída del general Balcarce.

Rosas desde el Montemanejaba toda la trama, que resolvía aquí con un raro talento doña Encarnacion, á quien los federales miraban como si fuera el mismo don Juan Manuel, pues la mayor parte creía que aquella dama, por inspiracion propia, trataba de salvar la federacion y restaurar su imperio.

Doña Agustina y don Leon, creyendo que aquello podria traer serios perjuicios para la familia, le decian que no se mezclara en política, pero ella los echó á rodar diciéndoles que lo que ella hacia era salvar á su esposo y su gran partido.

La casa de doña Encarnacion era el cuartel de los conspiradores, el Gobierno lo sabia, pero no se atrevia á tomar la menor medida.

Cómo meterse con la esposa del Héroe del Desierto?

Quién se atrevia á atraerse sobre sí el odio de Rosas, provocando al gran ejército á sus órdenes?

Balcarce se hallaba en una situacion terrible, de la que no sabia cómo salir.

La *Gaceta Mercantil* era cada vez mas vehementemente en sus ataques, y ya se hablaba á cara descubierta de voltear á Balcarce si no desterraba y perseguia á los unitarios y lomos negros.

Balcarce fué debil y no se atrevió tomar la menor medida precaucional.

Su caída fué decretada por Rosas y anunciada por doña Encarnacion con gran sigilo.

Se fijó para el movimiento, un dia en que de-

bia celebrarse en la plaza de la Victoria una especie de reunion, á pretesto de un juicio de imprenta, entre federales y lomos negros.

Cuando la concurrencia fuera numerosa y los cabecillas estuvieran en sus puestos, debía empezar el baile al grito de ¡viva Rosas! abajo los lomos negros!

El primer gran grupo que llegó á la plaza, era compuesto por los personajes tristemente célebres despues, Ciriaco Cuitiño, Benavento, Parra, Troncoso y Alegre.

Poco mas tarde, y con aspecto misterioso llegó el segundo grupo, que lo fomaban un gallego Maestro, famoso Juez de Paz de Monserrat, Moreira, los hermanos Paleta, el carretillero Arballo, Salomon, el temido Salomon, y otros cuya lista seria larga y fastidiosa.

Los federales de cierta posicion y valer no estaban en el movimiento, ó no querian dar la cara.

Todos los cabecillas de grupos reclutados entre la gente de hacha y tiza, habian salido de casa de doña Encarnacion, donde recibieron las últimas órdenes.

Doña Encarnacion que habia sido siempre una señora mansa y suave, se hallaba transfigurada.

Con una entereza asombrosa y un valor de que no se la hubiera creído susceptible, repartia las armas, proclamando á los caudillejos con palabras llenas de pasion y vehemencia.

—Es necesario hacerse dignos de la federacion, les habia dicho, y del aprecio del brigadier Rosas.

El que no tenga ánimo de morir por tan santa causa, que se quede en su casa, que yo lo reemplazaré si es necesario.

Con semejantes proclamas los gefes de grupo habian salido templados y dispuestos á echar el resto por la santa causa de la federacion.

Ni los monigotes de la inquisicion se vieron jamás animados de ardor semejante, ni mayores deseos de que empezara la matanza.

Reunidos en la plaza y “saliéndose de la vaina“ los federales no aguardaron el juicio de imprenta ni la señal convenida.

Cuitiño y Troncoso fueron los primeros en gritar ¡viva Rosas! armándose el motin á las voces de muera Balcarce, acompañadas por el afilar de los facones en las piedras de las calles.

—Muera el traidor Balcalce! viva Rosas! ahulló aquella jauría federal y se lanzó cuchillo ó garrote en mano en direccion á Quilmes, punto de reunion.

Toda era gente de á caballo y la jornada no podia ser penosa.

Los de á pié, gente cruda y á “lo que te criaste“ se desparramó por la ciudad á hacer de las suyas.

Las personas mas conocidas por unitarios ó lomos negros, fueron apaleadas por las calles y

saqueadas sus casas, sobre todo si eran de negocio.

La gente decente, que era la así clasificada, se defendía como mejor le era posible, de donde resultaron no pocos muertos y un buen número de heridos.

La casa de doña Encarnación, que era la que es hoy del Gobierno de la Provincia estaba rodeada de grupos enfurecidos, que atronaban los aires con sus gritos de muerte y sus vivas á Rosas y doña Encarnación.

Aquellos que acertaban á pasar por allí en las primeras horas, eran detenidos y obligados á

gritar con ellos sus diferentes vivas ó muertas.

Y desgraciado del que no les obedecía, porque ó tenía que ceder obligado por los palos, ó los dejaban en un estado lastimoso, si es que no le hacían alguna *mejada* de facon.

Los almacenes de los alrededores fueron saqueados en sus bebidas, de modo que á la oración, los grupos que rodeaban la casa de Rosas, estaban ébrios á no poder permanecer en pié.

Doña Encarnación tuvo el buen tino de despacharlos á Quilmes, punto de reunión de los revolucionarios, quedándose con veinte hombres de la mayor confianza.

## La caída de Balcarce

El Juez de Paz de Quilmes, don Manuel Gaete, era el que llevaba la voz en aquel terrible movimiento, y decimos terrible, porque eran las últimas capas sociales, lanzadas contra la sociedad de Buenos Aires.

No era aquel un movimiento político, que obedeciera siquiera á una razón cualquiera.

Era una revolución personal, para entronizar la dictadura mas miserable que haya sufrido la América.

Gaete ó Galán, había reunido el escuadrón de Quilmes que mandaba el mayor José Montes, y á él se habían plegado todos los grupos de la ciudad y de la campaña.

Al día siguiente se hallaba reunido sobre el Puente de Barracas un verdadero ejército.

Los lomos negros y unitarios de la ciudad, estaban con un jupon mayúsculo, pues bien sabían que aquello todo era obra de doña Encarnación, obediendo instrucciones de Rosas.

A pesar de lo franco y decidido del movimiento, Balcarce no se había atrevido á tomar ninguna medida enérgica.

Desconfiaba de sus elementos, temía no ser obedecido por las mismas tropas que había en la ciudad y prefirió tentar primero los medios pacíficos y conciliatorios.

El Gobernador Balcarce llamó al general Pinedo encomendándole fuese al Puente de Barracas y ordenase á los revolucionarios abandonasen su actitud amenazadora y se retiraran á sus casas, en la seguridad que si así lo hacían el Gobierno los indultaba.

El general Pinedo llegó al Puente, donde se habían agregado á la revolución una buena cantidad de milicias, formando un ejército suficiente en su número para cambiar el orden de cosas.

El general fué recibido con vivas entusiastas

por los revolucionarios, que lo proclamaron general en jefe del movimiento.

A Pinedo le pareció de mas porvenir la causa de aquellos forajidos y se plegó á ellos aceptando el puesto que se le brindaba.

Quedaba á Balcarce el general Rolon, con quien creía poder contar.

Pero este, que estaba indeciso, viendo lo que había hecho su amigo Pinedo, salió por el bajo esa misma tarde, con su batallón al paso de trote, para plegarse á la revolución.

Todos estos jefes estaban vistos y comprometidos de antemano con los agentes de Rosas, á nombre de doña Encarnación.

Rolon dejaba preso en el cuartel á su segundo el comandante Pieres, pues sabía que este era fiel al Gobierno y que lo pondría en serios conflictos respecto á la tropa.

Cuando Balcarce supo que Pinedo y Rolon lo traicionaban, quiso tomar entonces medidas enérgicas, siguiendo el consejo que desde el primer momento le dieron sus amigos, pero demasiado tarde ya.

Reunió las únicas fuerzas que le quedaban, que era el batallón Rio de la Plata, mandado por el coronel Olazabal y las caballerías de Estramuros.

En seguida ofició por medio de chasques á los Jueces de Paz y comandantes reúneran sus respectivas milicias y viniesen á la ciudad forzando las marchas y ganando el mayor tiempo posible.

Así mismo envió comisionados al general Quiroga, para que concurriese á sostener su autoridad.

Los comandantes militares y Jueces de Paz reúneren inmediatamente las milicias, como se les

ordenaba, pero fué para plegarse con ellas á la revolucion.

Quiroga se puso en marcha con su famoso regimiento de auxiliares, que segun recordará el lector era aquel cuya base fueron los habitantes de las cárceles de Buenos Aires.

Pero este contingente no podria llegar en tiempo oportuno.

Toda la Provincia se levantaba contra Balcarce, y este no tenia ningun elemento, ni siquiera para sostenerse.

Los regimientos que acudian de todos los puntos de la campaña, con sus comandantes á la cabeza, pusieron sitio á la ciudad, intimando á Balcarce presentar su renuncia.

Por considerarlo completamente inútil, Balcarce no habia pedido auxilio á Rosas, el único que hubiera podido dárselo.

Comprendia que Rosas debia estar furioso con él y no queria esponerse á alguna sátira sangrienta de las que aquel usaba con frecuencia.

Viendo la inutilidad de toda resistencia y convencido que al fin tendria que caer, decidió abandonar el mando, y presentó su renuncia á la Cámara.

Esta, cuya mayoría de miembros estaba en el complot, la aceptó en el acto, nombrando para reemplazarlo en el mando y como Gobernador interino, al general Viamont, que ya conocia la manera de pasar el mando á Rosas.

Viamont se recibió del Gobierno y el general Balcarce, acompañado del general Martinez, Olazabal y los pocos gefes que le habian sido leales, pasaron á la Banda Oriental, para no participar de la vergüenza y luto en que iba á ser envuelto Buenos Aires primero, y la República entera mas tarde.

El ejército sitiador, sin objeto ya de permanecer en su campamento, se disolvió tomando cada regimiento para su pago, sin dejar de arrasarlo cuanto hallaron al paso.

Cuando llegó Quiroga ya todo habia concluido.

El tigre de los llanos que habia volado olfateando sangre, tuvo que contentarse con escuchar las noticias de lo que habia sucedido.

No era ya necesaria la intervencion de su lanza ni el facon de sus greñudos.

El Gobierno despues de agradecer su lealtad, le cedió los cuarteles del Retiro para que alojara su tropa, la que se mandó tratar á cuerpo de rey.

Aquellos bandidos que habian abandonado las cárceles para salir de la ciudad, volvian á ella con todo el aire y pretensiones de libertadores.

Quiroga resolvió descansar en Buenos Aires la fatiga de la marcha, esperando al amigo Juan Manuel para charlar largamente antes de volver entre sus greñudos y montaraces.

Rosas entre tanto estaba entregado á saborear el feliz resultado de sus manejos.

Concluido el interinato de Viamont, á quién mas que á él elegia la Cámara?

Y si no lo elegia, para qué estaba allí su ejército espedicionario?

Cuando tuvo conocimiento por su esposa, de que Balcarce estaba sitiado por las fuerzas de la campaña y pasadas de la ciudad, reunió en el acto á todos los gefes de su ejército.

Y con aire contristado y lamentándolo profundamente, dió cuenta de todo lo que sucedia.

—En Buenos Aires ha estallado una revolucion contra el Gobierno, que está sitiándolo.

Como es natural que muchos de ustedes quieran presentarse á ofrecer sus importantes servicios, el que deseo hacerlo, puede decírmelo ahora mismo, para estenderle su pasaporte, pues es preciso que el que quiera llegar oportunamente no pierda tiempo.

A pesar de la benevolencia aparente con que estas palabras eran pronunciadas, habia en su fondo tal amenaza, que eran un equivalente á estas otras:

—El que no quiera provocar mi venganza que no sea nueva de mi lado.

Y así lo entendieron todos aquellos gefes.

—Yo no me apresuro á cumplir ese deber, concluyó, porque aún no he terminado la campaña y debo esperar órdenes del Gobierno.

Los gefes se apresuraron á hacerle mil protestas de fidelidad y lealtad extrema.

—Nosotros, dijeron, no reconocemos mas jefe que V. E., ni mas deber que cumplir las órdenes que se sirva darnos.

Nadie se moverá de aquí sin una orden expresa de V. E.

La tropa por su parte se entregó á todo género de manifestaciones y vivas al gran Rosas, quien quedó convencido una vez mas, que podia contar con aquel ejército, para obrar segun sus miras.

Necesitando tenerlo reunido, resolvió no dar aún por terminada la espedicion.

Entre tanto en Buenos Aires no habia mas héroe que doña Encarnacion, á quienes los federales, por un exeso de suprema adulacion, proclamaban como la única autora de aquel movimiento que les habia hecho perder todo temor de una caída ruidosa.

Dicen que el general Viamont consultaba con ella todos sus actos de Gobierno, no haciendo nada sin que ella no estuviera conforme.

Bastaba un simple recado trasmitido por la persona interesada, para que esta obtuviera lo que pretendia.

Y Rosas desde su campamento y por intermedio de doña Encarnacion, trazaba la marcha que debia llevar aquel Gobierno.

Comprendiendo por su parte el general Viamont, que su mision se reducía como la vez primera, á conservar y entregar á Rosas el mando, poco ó nada se ocupaba de administracion.

No queria indisponerse ni con él, ni con su terrible partido, cuya ferocidad empezaba ya á traducirse en ciertos actos del populacho

La persecucion á los unitarios recrudeci6, haciéndose esta vez estensiva hasta los lomos negros.

Y unos y otros empezaron á emigrar nuevamente á Montevideo, para no hallarse en Buenos Aires á la vuelta de Rosas.

El célebre cintillo volvió á usarse, y los que no lo llevaban empezaron nuevamente á ser el blanco de los atropellos y palizas del populacho federal, alentado por la glacial indiferencia de la Policia.

La vida, pues, se hacia insostenible para los miembros de aquellos partidos.

Rosas encargaba que se persiguiera sobre todo á los lomos negros.

—A estos, decia, no se les puede perdonar de ninguna manera, porque han sido traidores y renegados.

Que caiga sobre ellos todo el ódio y el desprecio de la santa federacion.

El ejército expedicionario, seguia admirablemente tratado, para que olvidara, á fuerza de beneficios, los sufrimientos de aquella campaña estéril y penosa.

Viamont no retardaba un momento el despacho de todos los pedidos de Rosas, de modo que el ejército estaba sobrado de dinero, porque no tenia donde gastar el que habia recibido, rico de buenos y abundantes víveres, y con ropa buena y abundante.

Así se explica el cariño entrañable que aquel ejército habia cobrado á Rosas.

Las faltas eran castigadas con todo rigor y muchas de ellas con toda la ferocidad de que Rosas era susceptible de modo que por temor y por conveniencia cada cual trataba de portarse lo mejor que le era posible.

Doña Encarnacion seguia en su papel de heroína, é intermediaria entre Rosas y sus parciales de la ciudad.

Con ninguno de ellos habia querido entenderse directamente y cuando alguno se dirijia á él por medio de carta ó nota, aunque fuera el Gobierno mismo, hacia que doña Encarnacion le contestara verbalmente.

Así concluyó esta por hacerse una política é intrigante de primera fuerza, aunque una infeliz en el fondo.

El Gobierno de Viamont se acercaba á su fin y era necesario que Rosas regresara.

El héroe del desierto dió por concluida su expedicion y se vino á San José de Flores para esperar los acontecimientos que no habian de tardar en suceder.

Desde allí empezó á maniobrar, apoyándose en el gran ejército á sus órdenes, para dominar á sus caudillos.

La mayor parte de los gobernadores lo habian reconocido en su grado de brigadier general, cediendo á los trabajos que hizo, como lo habia

prometido, la servil Legislatura federal de Buenos Aires.

Estos reconocimientos fueron anunciados en pomposas notas, de las que se tiró una edicion especial que se hizo circular hasta la última pulperia de campaña.

La tal Legislatura, no encontrando ya calificativo con que adornarlo, creó el empleo de gran mariscal, como se verá mas adelante, título que al mismo Rosas le dió vergüenza de aceptar, repugnado sin duda de aquel servilismo tan miserable.

El plazo de Viamont se acercaba y era preciso pensar en el Gobernador propietario que debia sucederle.

A pesar de lo que Rosas queria hacerles entender, algunas tribus no encontraron bien la expedicion, y empezaron á hostilizar y pelear las tropas expedicionarias.

Pero qué podian hacer los pobres salvajes con su chuzo y sus bolas, teniendo que combatir con tropas perfectamente armadas y diez veces superiores en número?

Cada vez que vinieron al combate fueron batidos y esterminados, con una ferocidad que no habrian usado los mismos salvajes.

Aquí empezaron los partes, tratando de despertar la admiracion pública, con hechos heroicos que no habian existido jamás.

Concluida la matanza de las pocas tribus que se resistieron, Rosas hizo retirar su ejército del Colorado.

Formó un regimiento de mil plazas, refundiendo en este otros mas pequeños y lo dió á mandar al célebre Pancho el fiato, bajo la denominacion de regimiento de Dragones.

Este cuerpo quedó en Bahia Blanca, guarneciendo la frontera por la parte Sur.

El resto del ejército fué traído á inmediaciones de la ciudad, en prevision de lo que pudiera suceder.

Puesto en contacto con los miembros mas influyentes de la Sala de Representantes, quedó acordado su nombramiento para suceder á Viamont.

Pero Rosas no queria gobernar sin6 con la suma del poder público y queria hacérselo dar sin tener que pedirlo.

Para esto contaba no solo con el servilismo, sino con el temor que le tenian los personajes que por su influencia habian llegado á ocupar el puesto de representantes, muchos de los cuales se habrian estasiado ante un nombramiento de teniente alcaide de la campaña.

Rosas pretendia además librarse de todos aquellos caudillos feroces que podian hacerle sombra y que no habia podido domar, por que cada uno en sus dominios pretendia ser otro Rosas.

Entre estos figuraba en primera linea don Facundo Quiroga, que era á quien mas temia por su poder y su valor legendario.

Fué este el primero que cayó bajo el puñal de la federación. que sorprendió á los federales del interior, y aterró á los caudillos iguales.

Véamos cómo tuvo lugar este acontecimiento

## La muerte de un tigre.

Aunque muy ligeramente, hemos bosquejado al general Quiroga lo bastante, para que el lector se dé cuenta de lo que era este hombre feroz y bravo.

El solo merecería un libro aparte, pero habiéndose ocupado de él escritores eminentes, creemos que nada importante podríamos decir, después de lo que ellos han consignado.

Como dijimos antes, Quiroga había venido á Buenos Aires con su regimiento de presidarios, á sostener al Gobernador Balcarce.

Este solo hecho, que importaba un acto de insolente rebelión cometido por el caudillo riojano contra el caudillo porteño, hizo que este lo tomara entre ojos, y decidiera destruirlo á toda costa.

Balcarce había traicionado á la federación de ciutillo y puñal, y Quiroga, al venir á sostenerlo, cometía delito de lomo negro y por consiguiente se hacia acreedor al ódio de Rosas y como es natural, reo de muerte.

Como Quiroga permaneciera en Buenos Aires cuando regresó Rosas del Colorado, fué á visitar á su amigo en su residencia de Flores.

La entrevista fué cordial, porque á Rosas no le convenia dejar entrever su ódio al general Quiroga.

Era el tigre de los llanos demasiado bravo, para que el tigre de los pajonales lo provocara lealmente.

Iba ser una lucha de tigre á tigre, en la que indudablemente triunfaria el mas cobarde.

Quiroga no creia haber cometido delito con venir á apoyar á Balcarce, hechura de Rosas, y por consiguiente no desconfiaba de las intenciones de aquel.

Accedió entonces á pasar una temporada en Buenos Aires, antes de regresar á la eterna vida del púchero de hóveja que se hacia en las provincias por él dominadas.

Quiroga era un gran calavera, pero un calavera brutal, como podia serlo un hombre de sus condiciones y habituado á los centros miserables que habia habitado siempre.

Para él cualquier mujer de medio pelo y aún de pelo entero, estaba colocada en las mismas condiciones de cualquier mujer de cuartel.

Les echaba un requiebro como un bote de lanza y respondía á un desden con una andanada de

frases que habrian lastimado al mas veterano de sus milicos.

El día lo empleaba en dormir como un bien aventurado, pasando las noches en perfecto jaleo y algazara, de aquellas que nuestros compadritos califican pintorescamente de *no te muevas*.

Habia por aquellos tiempos, detrás de la Merced, una casa incalificable, por sus parroquianos y la clase de escenas que allí tenian lugar.

Esta tal casa era conocida por *la jugada de la Figueroa*.

A esta jugada concurría lo mas serio de la sociedad, en ambos sexos, ocupándose en pelarse harta el último centavo y armando cada tremolina que hacian ruborizar hasta los mismos hábitos de los piosos habitantes de la Merced.

A esta jugada concurría noche á noche el general don Juan Facundo Quiroga.

Hombre de campamento y habituado á todo género de jugadas buenas y malas, era rara la noche que se retiraba sin una buena ganancia.

De allí salía al amanecer, se entraba al primer fondin que encontraba abierto, y se entregaba al placer de regalar sus piadosos intestinos.

En seguida, y segun el humor que llevaba, se retiraba á dormir á su alojamiento ó al cuartel, de sus presidarios, que le quedaba mas próximo.

En la tal jugada de la Figueroa, Quiroga solia cometer sus avances y genialidades.

Pero quién se metía entonces con el general Quiroga, cuyo valor legendario era la admiración de todos?

Muchos eran los desplumados por él que le tenían ganas, pero se contentaban con tenerlas, pues ninguna de ellos se hubiera atrevido á coparle la banca, ni aún en pandilla.

Quiroga era además muy amigo de concurtir á los bailecitos y reuniones alegres de la gente del pueblo.

Allí solia arrojarse de la mejor moza que habia, sin averiguar quién era su marido ó su hombre.

Y cuál era el que se hubiera atrevido á quitársela?

“Ni por un queso!”

Los compadres mas bravos le tenían recelo y no se animaban.

Habia sin embargo tres ó cuatro á quienes se les hacia bueno el partido, y que habian resuelto limpiárselo en la primera ocasión buena.

Estos eran tertulianos de la jugada de la Figueroa, y reputados como hombres de alma atra-vesada.

Cansados de que Quiroga les ganara siempre hasta el resuello, habian decidido desbancarlo y si no podian, quitarle en la calle lo que les hubiera ganado.

La empresa era dificil pero no imposible, juntándose tres ó cuatro.

La noche aquella, los jugadores habian caido con mucho dinero para poder pelar en regla á Quiroga, y este que queria ganarles cuanto llevaran, habia concurrido con buenos pesotes.

Era tal el aspecto de la jugada, que el *cafíse* habia agrandado en relacion á lo que el *coimero* creia deber recibir.

El principio de la jugada fué malo para Quiroga que, ó habia entrado en la mala, ó les daba sogá para agarrarlos mas confiados.

Una buena cantidad de sus onzas pasó á poder de sus antagonistas, que creyeron entonces poder llevarlo *de calle*.

Poco les duró aquella ilusion.

La suerte inconmovible de aquel hombre es-traordinario empezó á aparecer, y todo el oro y papel de la mesa empezó tambien á pasar á su poder.

A media jugada habia recojido todo el dinero que estaba en circulacion.

Viendo que no habia ya quien pusiera banca ni quien llevara el apunte, se dispuso á retirarse despues de soltar á los pelados media docena de buenas pullas.

Puso en dos bolsillos que le prestó la casa las onzas y patacones que habia ganado, que eran muchos y salió.

Los tres compañeros, que habian perdido hasta á rabia, cambiaron una seña y salieron detrás.

Parece que Quiroga se apercibió de aquella seña, pues sonrió de una manera especial y quebró el cuerpo como diciendo:

—Veremos como se hamacan.

Era tal la fama y hechos de los tres compadres, que cuando salieron, el *coimero* recojió el *cafíse* diciendo:

—No, pues si los tres se le echan encima, le van á quitar hasta el resuello.

Al salir, Quiroga pareció vacilar como si temiera, pero se resolvió en seguida y tomó la calle del 25 de Mayo, en direccion al Retiro.

Los tres compadres caminaban á unas cinco varas á retaguardia de una manea decidida.

Los tres llevaban dagas.

Al llegar á la esquina que hoy se llama General Lavalle, Quiroga se detuvo.

Puso un talego sobre el poste, otro en el suelo y sacó un cigarro y fuego.

Al llevar el cigarro á la boca se echó al poncho sobre el hombre derecho, dejando ver la culata de dos pistolas de gran calibre.

Su figura quedaba iluminada de lleno por la luz mortecina del reverbero.

Los tres compadres creyeron bueno el momento y avanzaron de una manera resuelta.

Pero al llegar á Quiroga, acariciando la empuñadura de las dagas, se encontraron con aquella fisonomía fuertemente varonil iluminada por una sonrisa de supremo desprecio.

Quiroga en aquel momento encendia su cigarro, desplomando sobre los compadres su terrible mirada.

Aquellos se encontraron dominados sin poderlo remediar.

Se detuvieron un par de segundos, y pasaron por delante de Facundo, balbuceando un débil "buenas noches general."

Fué entonces Quiroga quien los detuvo.

—Francamente, les dijo, me vienen ustedes como llovidos del cielo.

Confieso que estas dos bolsas pesan mas de lo que yo creia, y me temo que con ellas no voy á poder llegar á casa.

Hagan, pues, ustedes el favor de llevármelas.

Ante tal salida los compadres se repusieron algo y trataron de resistirse con débiles disculpas.

Pero Quiroga acababa de amartillar las pistolas, lo que no daba lugar á réplica.

Cargaron humildemente las talegas, y devorando su despecho, echaron á andar por delante, en la direccion que este les indicó.

Indudablemente Quiroga, con su astucia incomparable, les habia "maliciado el juego."

Así llegaron hasta la puerta del alojamiento de Quiroga,

Este llamó y cuando le abrieron, les hizo dejar los talegos en el zaguan, y los acompañó hasta la puerta.

Una vez allí, guardó sus pistolas en la cintura y dando á cada uno un buen puntapié, los despa-chó con estas palabras:

—Así aprenderán trompetas á saber quien es Quiroga!

Los compadres corridos y humillados hasta el último extremo, salieron como alma que lleva el diablo, dándose por bien librados, pues siempre creyeron que Quiroga iba á hacer fuego sobre ellos.

Esta aventura concluyó de acentuar la personalidad de Quiroga en los garitos, al extremo de ser muy pocos los que con él se atrevian á jugar.

Esta vida de trueno tuvo que abandonarla Quiroga para cumplir una mision federal que lo iba á hacer desaparecer de la escena cuando menos lo sospechaba.

Habian asesinado al Gobernador Heredia, asesinato que se quiso hacer caer sobre los unitarios, pero que todos sabian era obra de don Juan Manuel, que empezaba á deshacerse de todos aquellos que importaban para él un fuerte estorbo.

Con este motivo llamó Rosas á Quiroga, dándo-



le una importante comision sobre los pueblos que él dominaba.

—Los unitarios ban empezado con Huidobro y Heredia, le dijo, y si siguen en ese camino, concluirán tambien con nosotros.

Es preciso dar la voz de alarma y contrarestar aquellos crímenes y los que puedan venir.

Nadie mejor que usted para tomar las medidas del caso.

Es preciso marchar ganando tiempo, para que no caiga otro de los nuestros antes de llegar usted.

Quiroga tragó el anzuelo y creyendo de buena fé lo que su aliado le decia, se dispuso á marchar en el acto.

—Si voy con el regimiento, la marcha será mas lenta.

Voy á dejarlo aquí, añadió, porque pienso pegar la vuelta para que nos pongamos de acuerdo sobre las medidas que hemos de tomar si los unitarios reaparecen.

Por lo pronto yo voy á lancear á cuantos encuentre al paso.

—Vaya tranquilo, que yo me encargo de llenar las necesidades de su regimiento.

Rosas concluyó de engolosinar á Quiroga con sendos planes de dominacion y se despidió de él ofreciéndole dinero para su viaje, que Quiroga rehusó pues la jugada de la Figueroa habia sido para él una especie de Banco.

Al otro dia el general Quiroga se puso en marcha, acompañado del general Ortiz como secretario.

Quiroga pasó á Catamarca, Rioja, San Luis y San Juan, desde donde mandó dar á Rosas cuenta de lo que habia hecho, anunciándole su pronto regreso.

Es voz general y cosa probada, que Rosas habia mandado sus instrucciones á Córdoba, para que á su regrese quitaran de en medio al temido general Quiroga.

Era entonces Gobernador de Córdoba, el desgraciado Reynafé, víctima mas tarde, como su hermano, de la ferocidad de Rosas.

Las órdenes de Rosas fueron trasmitidas por el Gobernador, á su hermano que era Comandante General de la Provincia.

Eran tales y tantos los crímenes y actos feroces cometidos por Quiroga en las provincias, que no habia un solo hombre que no deseara su muerte.

Lo servian y obedecian en fuerza del terror que les inspiraba y porque sabian que el que no acatase sus órdenes, perdía la cabeza, irremediablemente.

La muerte de Quiroga era cosa santa para aquella buena gente, pero quién se atreveria á herirlo!

Temerian morir antes ellos bajo su mirada de fiero.

Los hermanos Reynafé, se pusieron de acuer-

do para cumplir los deseos de Rosas, y enviaron una partida, bajo las órdenes de un oficial Santos Perez, con órden de esperarlo en Barranca Llano y matarlo allí.

Quiroga era un bandido puesto fuera de la ley por sus mismos crímenes, de modo que su muerte, á nadie podia repugnar.

Quiroga, ageno á toda esta trama, salió de San Luis apresuradamente, de regreso á Buenos Aires, siempre acompañado, de su secretario el general Ortiz.

El Gobernador hizo montar una compañía de buenos soldados para que le sirviera de escolta, pero Quiroga la rechazó.

Tenia la conciencia que no habia mejor escolta que el prestigio de su nombre, y además, en su valor soberbio, no creia que hubiera gente capaz de asesinarlo, sobre todo allí, en medio de todo su poder y prestigio.

Viajaba en una especie de galerin, rodado indefinible, tirado por fuertes mulas.

Cuando llegó á la posta que está á la entrada del monte donde lo esperaban los que habian de matarlo, el dueño de ella le ofreció unos cuantos peones para que lo escoltaran hasta Córdoba.

Pero Quiroga los rehusó, como habia rehusado la escolta que le ofreció el Gobernador de San Luis.

—Yo no necesito mas escolta que mi nombre, y en ultimo caso mis pistolas, dijo.

El de la posta puso al volantín sus mejores mulas, y despues de las mil adlonerías que le inspiraba el temor, se despidió de los dos generales.

Media hora despues entraban al monte fatal.

En un pasaje mas estrecho que habia como a la mitad, estaba apostada la partida á ambos lados del camino.

Un raro presentimiento habia asaltado al secretario de Quiroga desde que salieron de San Luis.

Los caminos no estaban seguros y la insistencia con que Quiroga rechazaba las escoltas que le ofrecian, no le daba buena espina.

—Me parece, decia el general Ortiz, que es una imprudencia viajar sin escolta, sobre todo, cuando se tienen enemigos, como usted los tiene.

—El miedo que me tienen me libreria de cualquier atentado, repuso Quiroga, convencido de lo que decia.

Si yo viajase con escolta, les daria á entender que era posible jugarme una mala partida, y esto en ningun caso es bueno.

Pierda usted todo recelo que nada nos ha de suceder.

—No es que yo tenga recelo, repuso Ortiz, no queriendo confesar su presentimiento: observo una imprudencia y nada mas.

Los unitarios son muy traidores, ellos le tienen á usted un odio á muerte y es preciso ser precavidos.

Quiroga sonrió creyendo que su compañero tenía miedo y le pidió un cigarro.

Entraban al camino mas estrecho del monte.

Sacaba Ortiz el cigarro y lo alcanzaba á Quiroga, cuando sonó una descarga terrible, á ambos lados del camino.

Uno de los caballos y el que guiaba la volante rodaron al suelo.

De los dos lados del camino salieron los que formaban la partida que mandaba Santos Perez, creyendo este que todo estaba concluido.

Quiroga como un verdadero tigre, saltó al camino por la portezuela amartillando sus pistolas.

—Alto ahí, canallas ladrones, les dijo.

No saben que yo soy el general Quiroga?

—Por eso mismo, replicó Santos Perez, es que te voy á matar, para librar á los pueblos de semejante bandido.

Entre tanto los soldados habian vuelto á cargar las armas y permanecian atentos á la voz del oficial.

Quiroga comprendió recien que se trataba de asesinarlo.

—Ah! hijo de mala madre! gritó y se lanzó sobre Santos Perez descargando sus pistolas.

Y como estas ya le eran inútiles, las arrojó sacando con presteza un puñal que llevaba siempre en la cintura.

El tigre parecia dispuesto á vender cara su vida, y aún creia imponer á los asesinos con su valor sobrehumano.

Perez por su parte era un oficial bravísimo, y el único tal vez capaz de acometer aquella empresa.

Indudablemente Quiroga era un hombre de un valor novelesco, y de una fibra escepcional.

Su solo nombre infundia temor y respeto, al estremo de que en todo el interior no se hubiera encontrado un hombre capaz de salirle al encuentro para matarlo.

Los mismos que á su lado hacian verdaderas proezas en un campo de batalla, se sentian dominados por él, hasta el estremo de tener miedo cuando le veian enojado.

No se hubieran atrevido fuera de duda, ni siquiera á defenderse atacados por él.

Por eso es que para acometer la empresa se habia buscado un hombre de un valor á toda prueba, y que conociera poco al hombre que se trataba de matar.

Santos Perez, pues, aceptó el encargo de matar á Quiroga, como hubiera aceptado el de matar al diablo.

No conocia á Quiroga ni habia tenido ocasion de verlo en ningun campo de batalla, disputando personalmente la victoria con la punta de su lanza, ó tomando á pónchazos al frente de sus guerreros, los cañones enemigos.

Por eso cuando el general Quiroga se nombró,

descargó sus pistolas y sacó su puñal, Santos Perez no se sintió impresionado.

Tenia por delante, para él, un hombre igual á los demás, ya se llamase Quiroga, ya de cualquier otra manera.

El general Ortiz habia salido tambien de la volante y con la espada en la mano permanecia inmóvil, sin saber lo que debia de hacer.

Si no era su persona lo que se buscaba, creia que no seria conveniente provocar á los asesinos.

—No se acobarde maulla! gritó entonces Quiroga y avanzó sobre Santos Perez que lo miraba sonriente.

La fisonomia de Quiroga habia tomado ese aspecto feroz y sombrío que adquiria en los momentos de peligro.

Indudablemente, si llegaba á Perez, este era hombre muerto, por mas bravo y agil que fuera.

El tigre de los llanos era una fiera, pero una fiera serena en medio del peligro, dueña de todos sus recursos y plenamente convencida de que no habia quien fuera capaz de arrancarle la vida.

—Fuego! gritó Santos Perez y la segunda descarga sonó terrible, repitiéndose su eco entre los árboles seculares que formaban el tupido monte.

El general Ortiz rodó entre las ruedas del carri-coche, dolorosamente herido.

Habia recibido dos balazos en el pecho y uno en la espalda.

Quiroga se detuvo á mitad de camino, lanzando una maldicion digna de él.

—Hijo de mala madre! agregó. acércate á mí para siquiera tener el gusto de darte una puñalada!

Santos Perez soltó una carcajada esclamando:

—La perra! y qué flojo habia sido el tigre de los llanos!

Quiroga quiso avanzar, pero no pudo.

Habia recibido un balazo que le fracturó el hueso de la pierna á la altura del muslo.

—Vamos á ver puerco! agregó Perez, ya que eres tan malo y tan bandido, como te compones en este trance!

Quiroga lanzaba maldiciones terribles, y en sus pupilas negrísimas habia algo como un infierno.

Sus lábios trémulos dejaban escapar una espuma blanquecina.

A una mirada de Santos Perez, sus soldados se lanzaron sobre las victimas, cuchillo en mano.

El general Ortiz y el que guiaba el carri-coche se revolcaban aún en un charco de sangre.

Aquello fué obra de un minuto.

Las cabezas de aquellos desgraciados fueron separadas del tronco, con una rapidez vertiginosa.

Al pasar por el lado de Quiroga uno de los soldados, aquel, dominando el dolor de la he-

rida, lo sujetó del chiripá con mano hercúlea y le abrió el estómago de una puñalada.

El soldado rodó á sus piés para no levantarse mas.

Quiroga levantó el puñal, blandiéndolo de una manera feroz y miró á Perez como diciendo:

— Ya ves miserable que aún soy Facundo Quiroga!

Perez se lanzó sobre él.

Algunos soldados quisieron ayudarle, pero él los contuvo con un ademán.

Quería medirse con Quiroga.

Perez tenía la enorme ventaja de que su enemigo tenía embarazado todo movimiento por la herida de la pierna.

Pero en honor de la verdad, era capaz de haberse medido con su víctima, aún con desventaja para él.

Aquello fué una esperanza para el tigre de los llanos.

Luchando con su asesino, estaba seguro de matarley entonces le seria fácil dominar á los soldados con su sola voz y prestigio.

Si aquellos se habian atrevido á agredirlo, era indudablemente por respeto y temor á su oficial.

Pero muerto este, Quiroga se les impondria por aquel mismo acto.

La lucha era terrible y encarnizada.

Concluido el degüello de los otros dos, los soldados contemplaban aterrados, la lucha de aquellas dos fieras.

Facundo hacia lo posible por ultimar á su contrario, que habia logrado ya herir en un brazo, pero indudablemente su hora habia sonado ya.

La fractura de la pierna lo hacia sufrir de una manera tremenda, imposibilitando toda su accion de ataque.

Santos Perez le partió la cabeza de un hachazo.

Quiroga cayó, envuelta ya su mirada en un torrente de sangre.

— Así, le gritó Perez, tomándole del pelo;

Así, bandido, como has muerto y hecho morir á tantos!

Quiroga hizo un esfuerzo supremo para desairse de aquel enemigo implacable, pero aquel esfuerzo no hizo sinó debilitarlo mas.

Un momento despues, rendia la vida, no sin haber antes, como última injuria, escupido á la cara de su matador, con una baba sanguinolenta.

Así murió el tigre de los llanos, el asesino desapiado y cruel, bajo cuya palabra habian sido sacrificados tantos inocentes como los vencidos en Tucuman.

Los soldados se entregaron en seguida al saqueo de los cadáveres.

Santos Perez se apoderó del carri-coche, y en él regresó á Córdoba á dar cuenta de haber cumplido su comision.

Las provincias quedaban libres del bandido mas feroz que se haya conocido en ellas.

Esto no podia llamarse ni un crimen ni un delito.

Quiroga habia sido un bandido, contra el que no habia habido ley ni justicia.

Sus crímenes lo habian puesto fuera de toda ley y el que lo matara, cometia una accion humanitaria, puesto que libraba á pueblos enteros del puñal de un bárbaro, que no tenia, para distinguirse de la fiera, mas que la figura de hombre.

Su muerte fué, pues, festejada en todas aquellas provincias que habia asolado de todos modos, matando á sus hijos y escarneciendo sus mujeres.

Ninguno se atrevia á manifestar en público la alegría que dominaba á la generalidad, porque hubiera cometido delito de lesa-federacion.

Pero en la intimidad del hogar, la muerte de Quiroga fué festejada de todos modos.

Ya no podria el tigre hacer uso de sus garras y ferocidad.

Quiroga, en su fiereza no han tenido simil.

El coronel Sandes es el único que hallgado á aproximársele, pero nunca á igualarlo.

La huella de sus pasos está marcada en las provincias de Cuyo, por centenares de montecitos que indican tal ó cual matanza, por ellos cometida.

Hoy mismo, en los llanos de la Rioja, los paisanos tiemblan al oír pronunciar su nombre.

Parece que su recuerdo y su sombra fueran á traerles nuevos cataclismos y matanzas.

Santos Perez, con la muerte de Quiroga se hizo una especie de héroe, sobre todo, por la manera bravia con que la habia ejecutado.

Reynafé mandó dar cuenta á Rosas de la muerte de Quiroga, quien inmediatamente la atribuyó en documentos públicos á los unitarios, que sólo querian ensangrentar al país, privándole de sus hombres mas culminantes.

Quedaba á Rosas otros manes que invocar, y otra muerte que vengar, en personas inocentes, puesto que era él el único responsable de ella.

Y los Reynafé vinieron á pagar mas tarde con su vida, aquel servicio que habian hecho á la humanidad, por intermedio de Santos Perez.

Mas tarde y con poder suficiente para ello, Rosas hizo levantar un sumario sobre el cobarde asesinato del ilustre Quiroga.

Traidos aquellos á Buenos Aires y despues de permanecer en el hospital, curándose una enfermedad que los martirios les habian hecho contraer fueron condenados á muerte y fusilados frente al arco del Cabildo.

De esta nueva matanza nos ocuparemos á su tiempo, de una manera detallada.

Tomemos, pues, el hilo de nuestra narracion, que entra á su parte dramática y mas conmovedora, en la narracion de los crímenes que han

hecho malditamente célebre la tiranía del miserable cuya historia narramos á grandes rasgos. Todos esos crímenes comprenderán el material de nuestro libro tercero.

## Los preludios

Como hemos dicho, Juan Manuel de Rosas preparaba desde Flores la noche de veinte años que, como un manto de muerte iba á caer sobre la República Argentina, arastrando en su vorágine á la valiente República Uruguaya, como lógica consecuencia de la tiranía.

La época de los bandidos erijidos en Gobierno iba á comenzar recién.

Ya Rivero, aquel que inspiraba el brisdis "brindo por el gancho Rivero", habia caído bajo el calificativo de pardejon, por haberse negado á entregarle las personas de los emigrados unitarios allí asilados.

La espuela y el sable de los caudillos mas bárbaros, iba á encargarse de doblar la cerviz de aquel héroeico pueblo, el mas bravo tal vez de todo el continente americano, y el refugio de los infelices señalados por el dedo inflexible de la mazorca.

Estando por terminar el Gobierno provisorio del general Viamont, la Sala de Representantes se reunió solemnemente, para elegir el Gobernador propietario que debia sucederle.

Ya hemos visto como estaba dispuesta la votacion federal de linea.

Despues de sen las discusiones, tendentes á disminuir el inícuo enjuague, la Sala de Representantes eligió Gobernador al ilustre brigadier general don Juan Manuel de Rosas, Restaurador de las leyes y héroe del desierto y de la independencia americana.

Pero se encontraron con que el ilustre Restaurador le volvió el nombramiento, por no encontrarse capaz de desempeñar el cargo en época tan difícil.

Todos comprendieron que aquello no era mas que una farsa del héroe de Santos Lugares, para mejor lograr su objeto, engañando al pueblo que aún no lo conocia bien.

Rosas queria el Gobierno, puesto que habia sido la ambicion de toda su vida.

Pero queria un Gobierno sin leyes que respetar, sin limites de accion y sin censura de ningun género.

Quería recibirse del Gobierno como de una estancia, sin mas autoridad que la suya, para cuedear, matar y destrozár á su antojo, sin que nadie le tomara cuenta de ello.

Esto era no solamente mas cómodo, sino la única manera de perpetuarse en el poder, como lo habia pensado.

Ante la renuncia de Rosas, la Sala de Representantes abrió tanña boca, y una comision vino

á San José de Flores, á recibir órdenes sobre lo que debia hacerse.

—No se puede ser Gobernador en época tan difícil, dijo Rosas.

El país se viene abajo y para contener el derumbe, se necesita una mano de fierro y plena libertad de accion.

Es mucha responsabilidad para mí, que he resuelto retirarme á la vida tranquila y al manejo de mis estancias abandonadas.

Los ilustres representantes adivinaron el pensamiento del patron, insistiendo en el nombramiento, que se remitió con una nota, llena de alabanzas y adulaciones.

—El país espera esta nueva prueba de patriotismo y amor, de tan ilustre y esclarecido ciudadano, le decian, y todos esperamos que se dignará aceptar este nuevo sacrificio que le impone la patria.

Pero el ilustre Restaurador volvió á arrojarles por la cara con el nombramiento, manifestando que estaba decidido á no aceptar el Gobierno de paistan ingobernable.

Aquí fueron las pellejerías y apuros de los honorables Representantes.

Cuatro veces insistieron en el nombramiento y cuatro veces lo rechazó Rosas, amenazando con renunciar hasta el cargo de Comandante General de Campaña, siempre pretestando el tener que atender sus intereses, y siempre persiguiendo su ideal.

La suma del poder público depositada en sus manos perversas y criminales.

Aquí empezaron los empeños, las comisiones y los lloriqueos de todos lados.

Cumplido el plazo para que habia sido electo Viamont, y quedando el puesto acéfalo porque Rosas no aceptaba, se hizo cargo del Gobierno, hasta elegir el propietario, el Presidente de la Sala, don Manuel Vicente de Maza.

Este era el hombre en quien Rosas tenia depositada toda su confianza.

Consejero privado desde muchos años, estaba al cabo de todas las intrigas y crímenes, en los que le habia ayudado con toda su poderosa inteligencia.

El Gobierno de Maza era el Gobierno de Rosas, puesto que este no era mas que su subordinado.

Sus actos iban á pasar primero por su censura como que era él el encargado de hacer los trabajos para que se le nombrara Gobernador, con toda la suma del poder público.

Los unitarios y los negros, comprendiendo que Maza iba á caer sobre ellos como una maza verdadera, y en la certeza de que el Gobierno de Rosas, en la forma que él deseaba sería una cosa que no podía tardar, empezaron nuevamente á emigrar á Montevideo, liquidando sus intereses, no solo para salvarlos de la rapiña federal, sino para tener recursos de vida durante la época del destierro, que iba á ser larga, fuera de toda duda.

Bajo la *regencia* de Maza, los federales exaltados se sintieron apoyados por la autoridad y empezaron nuevamente á perseguir por su sola cuenta á los unitarios ó clasificados de tales.

Los empeños para que Rosas aceptara el Gobierno, asumían entre tanto un carácter epidémico.

Doña Encarnación, que era mirada como una especie de Restauradora, se veía asediada de todas partes, para que influyera con su consorte de manera que aceptara el Gobierno vacante.

Otras comisiones salieron á Flores, á la quinta de Ferrero, donde paraba Rosas, para rogarle de rodillas que aceptara el nombramiento de Gobernador, sin obtener una respuesta categórica.

Rosas quería que le rogaran.

Creyendo que doña Agustina fuera una buena influencia, se apersonó á ella una comisión compuesta de los miembros mas importantes de la *Legislatura*.

—Es preciso que usted aconseje á su hijo aceptar el Gobierno, le decían atijidísimos, porque de ello depende la salvación de la patria.

—Y qué puedo yo aconsejarle? respondía sonriendo la buena señora.

Mi hijo no admite mas consejo que el de su sagrada voluntad, y es inútil que yo me empeñe.

Juan Manuel no admite consejos y mucho menos míos, que poca ó ninguna influencia tengo en su espíritu rebelde.

Porque aunque Rosas aparentemente estaba bien con sus padres, doña Agustina que lo conocía á fondo, sabía que no le perdonaba y tal vez no le perdonaría nunca la historia aquella de sus estancias.

—Pues interponga su influencia con don Leon, decía aquella comisión, quemando su último cartucho.

Tal vez él pueda persuadirlo y logre con su autoridad paterna, mas que nosotros con todos nuestros ruegos.

Señora, agregaban en el colmo de la aficción y penetrados de un santo amor patrio notablemente finjido:

La salvación del país está en la aceptación de su hijo!

Eran aquellos los judas que ponían en juego todos los recursos á su alcance para la venta de Buenos Aires.

Sabían bien que entronizaban un bandido, pero este bandido les arrojaba la bolsa de los treinta dineros y este era el principal.

Que la patria estenuada cayera despues en un charco de sangre, poco les suponía.

Siempre los judas son los mismos.

No hay mas que un solo molde para vaciarlos.

—A ustedes, dijo entonces doña Agustina, voy á darles un consejo para que con poca fatiga vean colmados sus deseos.

Los comisionados se volvieron puro oídos, como se dice, para no perder una sola palabra de aquel consejo.

—Si ustedes quieren que mi hijo acepte el Gobierno, dénele las facultades estraordinarias para que gobierno el país como gobernaba mis estancias, y aceptará en el acto.

Ahora, el día que ustedes le pidan cuenta de ellas como lo hice yo, les volverá el Gobierno como me volvió la administración de las estancias.

Aquella comisión se retiró entonces sin atreverse á adoptar por lo pronto aquel consejo.

Ya se sabía prácticamete del uso que hacía Rosas de las facultades estraordinarias y no tenían el suficiente valor para arrostrar tan alta responsabilidad.

Sin embargo, era preciso decidirse á todo trance. La situación se hacia cada vez mas tirante y si Rosas demoraba en ocupar el Gobierno, el partido unitario podría organizar algun golpe de mano.

La Sala de Representantes, bajo la presidencia de don Manuel J. Pinto, por estar Maza de Gobernador provisorio, decidió hacer aceptar á Rosas el Gobierno, á cualquier precio.

Al efecto se reunió y sancionó una ley, que se apresuró á comunicar al Gobernador provisorio, y cuyos artículos mas importantes decían:

1º Queda nombrado Gobernador y Capitan General de la Provincia, por término de cinco años, el brigabier general don Juan Manuel de Rosas.

2º Se deposita toda la suma del poder público de la Provincia, en la persona del brigadier general don Juan Manuel de Rosas.

3º El ejercicio de este poder estraordinario durará por todo el tiempo que á juicio del Gobierno electo fuere necesario.

La provincia de Buenos Aires podía mandar construir su ataúd.

Pero poco suponía esto.

El brigadier Rosas subía al poder, y los treinta dineros se aseguraban á perpétuidad.

Estas dos cosas eran lo importante.

Rosas no renunció al Gobierno en esta forma y tomó posesion el 13 de Abril de 1835.

La alegría federal no tuvo límites.

El populacho federal se entregó á tales fiestas y manifestaciones, que si no corrió el pato en las calles de la ciudad, fué porque no se le ocurrió.

Todo era bullicio y algazara terrible.

Y mientras los federales de campo se trataban

Jaban á la casa del ilustre Restaurador á besarle la mano, el populacho federal paseaba por las calles el retrato de S. E., á son de música, cohetes y detemplados vivas á la federacion.

La misma divisa fué voluntariamente transformada en leyenda, de la manera siguiente:

*Viva la Confederacion Argentina!  
Mueran los salvajes unitarios!*

Y era tal la exaltacion federal, que el Juez de Paz de la parroquia de Monserrat, dispuso que, toda persona que entrara al juzgado, por cualquier cuestion, antes que el saludo dirigido al mismo Juez, debia descubrirse y gritar:

Viva Rosas!

Sin este requisito esencial, no solo no era escuchado en el asunto que alli le habia llevado, sino que se esponia á una regular dosis de palos, aplicados por los corchetes del juzgado y comedidos del barrio y de la relacion del Juez.

—Ah! ya sabrán quién es Juan Manuel! esclamaba el noble anciano don Juan Miguens, vecino de Rosas y fuerte hacendado del Sud.

A este no se lo sacan de encima en toda su vida. Rosas tuvo conocimiento de este dicho, que valió á Miguens todo género de persecuciones y sinsabores.

El partido unitario podia darse por muerto y enterrado.

Sus miembros andaban dispersos y emigrados careciendo por el momento, aún de los elementos necesarios para dar señales de vida.

Antes de entrar al tercer libro, que abrazará la época mas dramática de la tiranía, vamos á narrar á nuestros lectores la manera curiosa cómo se formó el pueblo del Azul.

Es un hecho casi desconocido que no debemos pasar por alto, porque en él está estereotipado el carácter de Rosas y porque es muy poco conocido á la par que curiosísimo.

Nuestro tercer libro abarcará toda la época mas dramática de la tiranía, con los horrores que tuvieron por escenario las calles de Buenos Aires y las casas de familia.

Llega su parte á la mazorca y á las tragedias de Santos Lugares de Rosas.

## La formacion del Azul

Muchas veces Rosas, cediendo á instancias de amigos á quienes complacer, habia decidido formar un pueblo en el Azul.

Pero por mas que habia aguzado su magin, no habia alcanzado el medio de realizar su idea.

—V. E. no debe bajar del poder, le decian los amigos interesados de llevar á cabo aquella idea durante el tiempo de su primer Gobierno;

V. E. no debe bajar del poder sin haber dotado á la provincia de su nacimiento, con un nuevo pueblo que tanta falta hace en el Azul.

De esta manera las tierras tomarán mas importancia allí, la frontera quedará mas resguardada y el pais tendrá un nuevo motivo de agradecimiento hácia la esclarecida persona de V. E. á quien tanto debe ya.

Ya sabemos que Rosas no era un hombre de Estado ni de Gobierno.

Trataba al pais como á una estancia, y á sus habitantes como á la peonada.

Pero como todo ignorante, tenia la vanidad de creerse un político de primera fuerza y un gobernante cuya memoria no moriria nunca.

—Formaré el pueblo que se me pide, dijo á sus amigos, y así ligaré mi nombre á un pueblo destinado con el tiempo, tal vez á ser una capital.

Firme en este propósito y cuando estaba por terminar su primer Gobierno, llamó un dia al coronel don Pedro Burgos, con quien tuvo el siguiente diálogo:

—Se me ha ocurrido formar un gran pueblo en el Azul, y desde el primer momento he pensado

en usted como la persona mas apropiada para ayudarme.

—Señor, replicó Burgos, que era puro almíbar delante del Restaurador, estoy á las órdenes de V. E.

—Muy bien—se vá usted entonces al Azul mañana mismo.

En cuanto llegue, se dedica sin pérdida de tiempo á la formacion del pueblo y me dá cuenta en cuanto haya terminado su trabajo.

El coronel Burgos declaró que no se sentia con la inteligencia necesaria para el desempeño de aquella comision, agregando:

—Y con qué gente he de formararlo?

Hombres no digo que falten, si V. E. me dá algunos regimientos.

Pero, y mujeres?

—No faltarán, replicó Rosas, y de todo pelaje y copete.

Usted forme el pueblo, que yo proveeré lo demás.

Por lo pronto, mañana recibirá usted todos, los elementos necesarios para su mejor desempeño.

Puede llevar con usted los regimientos 3º y 7º.

Con estos, agregados á las milicias que hay ya en el Azul, tiene un plantel de primer orden.

Burgos, aunque no tenia idea de lo que era la formacion de un pueblo, se puso en marcha al dia siguiente, con los elementos que se le dieron.

Fran estos, unos quinientos cortes de rancho y todas las herramientas necesarias para el trabajo.

Además, una buena suma de dinero, y varios carros con provisiones.

Llegó al Azul, y acompañado de un italiano que tenía bastantes ideas de ingeniero, se dedicó al desempeño de su comisión, de la mejor manera que le fué posible.

En seis meses había parado los quinientos corrales de rancho y sembrado muchas chacritas.

Los milicos, que temblaban de emoción ante la perspectiva de que iban á ser propietarios de un rancho y una chacra, trabajaban con un maravilloso empeño.

—Solo nos falta, decían picarescamente, una costilla con quien partir tanta grandeza.

—Caramba! exclamaban, y como se luciría aquí una matrona como Dios manda.

Se iba á dar mas tono y mas infulas que una autoridad de pueblo!

Concluidos los elementos que se le habían dado, y con un plantel de quinientos ranchos y chacras, bajó á Buenos Aires, á dar cuenta del desempeño de su comisión, al heroico defensor de la América.

—Lo que es el pueblo está ya formado, Exmo. señor, decía.

Pero el milicaje se queja de la falta de mujeres.

Creen que para mejor llenar los deseos de V. E. necesitarían casarse cuanto antes.

—Que no se afijan esos pillos, que yo les he de proveer de todo.

En su perra vida selas han de haber visto tan gordas.

Al día siguiente Rosas hizo llamar á don Genaro Chaves, dueño, de una tropa de carretas, que paraba en la plaza de la Concepción.

—Mañana, le dijo, espera usted con su tropa de carretas, en la plaza de la Concepción, sin faltar una, las órdenes que le transmitirá el jefe de policía, las que obedecerá usted al pié de la letra.

Don Genaro Chaves, que perdía con este motivo una buena ganancia, pues ya tenía fletadas sus carretas, se retiró dado á los diablos, pero con buen cuidado de no dejar traslucir su mal humor.

Quién era el guapo que se atrevía á protestar de una orden de Rosas, aún con la mirada?

Don Juan Manuel mandó en seguida llamar á don Gregorio Pedriel, jefe de Policía, á quien dió las originales órdenes que siguen:

—Esta noble á las diez en punto, enviará usted dos levas que deben recorrer toda la ciudad.

Estas levas tomarán presa y conducirán á la Policía toda mujer que despues de esa hora, transite por las calles, sin compañía de hombre.

—Habrá que hacer alguna escepcion? preguntó Pedriel, sin saber de lo que se trataba.

Ninguna, absolutamente ninguna, replicó Rosas.

Si su propia hija anda sola por la calle, la hará usted tomar y conducir á la Policía.

Mañana al toque de diana formará usted un

grupo de todas las mujeres que hayan caído, y las entregará usted al capitán Avelino Garmendia, quien se hará cargo de ellas.

En seguida hace usted ordenar á Genaro Chaves, en la plaza de la Concepción, que se ponga inmediatamente en marcha hacia el Azul, conduciendo al referido capitán y la carga que él lo indique.

Pedriel completamente ignorante de lo que se trataba y creyendo que esta fuera una simple broma de las que acostumbraba dar Rosas, se dispuso á partir para cumplir las órdenes que le habían dado.

—Exijirá usted recibo al capitán Garmendia, al pié de la lista que de esas damas se formará antes de la entrega, concluyó Rosas, despachando á Pedriel.

Esa misma noche á la diez la ciudad era sorprendida por un acontecimiento extraño.

Dos patrullas de soldados, con un sargento á la cabeza, arrestaban y conducían á la Policía, á toda mujer que andaba sola por la calle.

Era una noche de invierno, fría como un témpano de hielo.

Los transeuntes andaban por la calle tapados hasta el punto de dejarse ver apenas la punta de la nariz.

Las mujeres que alegres y leves transitaban á aquella hora por la calle, eran algunas muchachas que, acompañadas de la tía ú otra parienta, se retiraban de alguna reunión ó visita de barrio, envueltas en sus abrigos.

Algunas otras mujeres de vida mas ó menos dudosa, cruzaban las calles solas ó acompañadas, pero de una manera mas pesada.

Eran dueñas de su tiempo, no tenían á quien dar cuenta de haberse ó no retardado y les era indiferente llegar á sus respectivas casas una hora antes ó despues.

Con menos abrigo, y desafiando el frio de la noche con el calor del estómago, cruzaban tambien las calles, mucho mas pesadas y vacilantes, las mujeres que, sin otra misión en la vida que la de adorar á Baco, salían de la pulpería, porque era la hora de cerrar y las habían echado á la calle.

Este tipo original y travieso, lleno de vicio y desvergüenza, no ha faltado jamás de nuestras calles, á altas horas de la noche, buscando el sitio donde han de atorrar con toda tranquilidad.

En estos tres gremios hizo presa la Policía aquella noche memorable, llevándolas juntas y en horrible confusión al Hotel del Gallo.

El llanto de la vergonzosa chirusa, se mezclaba á la insolente discusión de las pérdidas, mientras las humildes y fragantes muchachas honestas se cubrían los ojos y oídos, para no ver ni escuchar aquellos horrores.

Cuentan que tres copetudas damas, entre ellas la esposa de un personaje de aquellos tiempos fueron tambien conducidas á la tía.

Y aseguran que una de ellas venia de una aventura amorosa, aventura que se descubrió por esta extraña prision.

Al dia siguiente, bien de madrugada, la ciudad era un conflicto.

Quien buscaba á su hija, quien buscaba á su consorte y quien en fin, á la hermana que faltaba del hogar desde la noche anterior.

Un peinetero Masculino de nombre aunque no de hechos, casi perdió el juicio, por no haber podido dar con su consorte que habia esperado á tomar el té hasta las tres de la madrugada.

Nada menos que ochenta y tres era el número de mujeres encerradas en el Hotel del Gallo, por haber andado sin compañía en la calle la noche anterior.

Algunos maridos y hermanos se trasladaron á buscar noticias á la Policia, donde les informaron de lo que sucedia.

La voz se corrió de tal manera, que poco despues no habia quien no supiera, en la ciudad, lo que habia pasado la noche anterior.

—Es preciso ver al supremo Gobierno, y verlo con tiempo, respondia Pedriel á las demandas de libertad.

Sin su orden yo no suelto á nadie, y en cuanto echen diana las enviaré con la persona que de ellas debe recibirse.

La Policia hizo una lista de todas las presas, como se habia ordenado.

Poco despues del toque de diana se presentaba en la Policia el capitán Garmendia, quien previo recibo, sacó al patio las presas, donde las hizo formar.

Alli dió una frazada y varias otras pilchas á cada una, ordenándoles seguir la marcha, cargadas con sus pilchas, en direccion á la plaza de la Concepcion.

Aquí fué donde se armó el verdadero escándalo.

Cada cual se abalanzó á su consorte, á su hermana ó su novia, declarando que no las dejarían llevar, porque aquel era un atentado infame.

—Qué derecho tiene la Policia, para apoderarse de las personas que ningun daño han cometido?

El capitán Garmendia tuvo que despejar el campo de reclamantes, bajo las mas serias amenazas.

Viendo los interesados que por aquel camino no lograrían mas que una buena paliza, se retiraron en direccion á la casa del Gobernador.

Rosas, como buen hombre de campo, era muy madrugador.

Aquel dia, esperando los reclamos que le llevarían, se levantó así que empezó á amanecer.

De manera que aquella muchedumbre reclamante lo encontró paseándose por el patio, riendo como si le hicieran cosquillas.

—¿Qué hay señores? por qué tanto alboroto? Cada cual dió su queja en un concierto infer-

nal, acompañado por los quejidos del peinetero Masculino.

Rosas rió como un desafortado, tomándose la barriga con ambas manos como si temiera fuera á reventarle.

Esta risa tenia completamente desconcertados á los de la petición, quienes ponian el semblante cada vez mas lánguido y compunjado.

Rosas, al contemplar aquellas caras que amenazando llanto trataban de ponerse en una corriente risueña, reia cada vez con mas ganas.

Como á la media hora, cuando se hubo fatigado de tanto reir, llamó uno por uno á los peticionantes, haciéndoles entablar su queja detalladamente.

—Cosas del jefe de Policia! murmuraba al escucharlos—ya remediaremos eso, no hay que aflijirse!

Despues de mil bromas y chuscadas sobre los maridos que dejaban andar solas á sus mujeres, a altas horas de la noche, Rosas convino en poner en libertad á la esposa de Masculino y á veinte y dos mas que halló justamento reclamadas.

Las otras sesenta quedaron destinadas á ir á poblar el Azul.

Masculino fué el primero que rompió filas, con la orden de libertad en la mano.

Los demás lo siguieron con igual precipitacion yendo á alcanzar la tropa de carretas, á unas tres leguas de distancia.

El capitán Garmendia hizo formar nuevamente las presas, entresacando de ellas las que espresaba la lista que llevaba Masculino.

Las otras, llorando largamente, tuvieron que resignarse á su suerte fatal.

Es verdad que las que quedaban eran aquellas por las cuales no hubo quien reclamara.

Esta remesa de sesenta mujeres, cayó al nuevo pueblo, como un fruto de bendicion.

En un abrir y cerrar de ojos se casaron diez y ocho milicos, que no esperaban para hacerlo sinó tener con quien.

Las demás fueron habilitadas con su correspondiente corte de rancho y suerte de chacra, donde pudieron esperar tranquilas á que se les presentara un novio apetecible.

Muchas de ellas tuvieron que apechugar con el primero que se les presentó, porque entre los nuevos pobladores, cada desdeñ ó calabaza era correspondido con una paliza de mano maestra y eran pocas las que se esponian á obtener semejante retribucion.

De esta manera fué formado el pueblo del Azul, uno de los mas importantes de toda la campaña de Buenos Aires.



